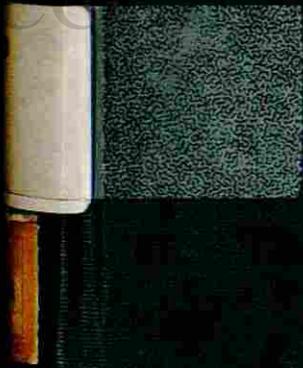


110

111





LIC. F. ELGUERO



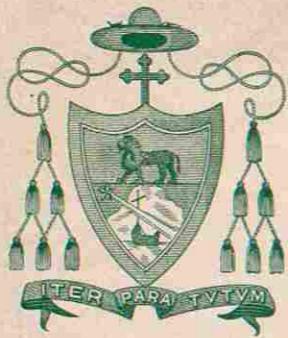
LA
INMACULADA



BT620
E4

002401



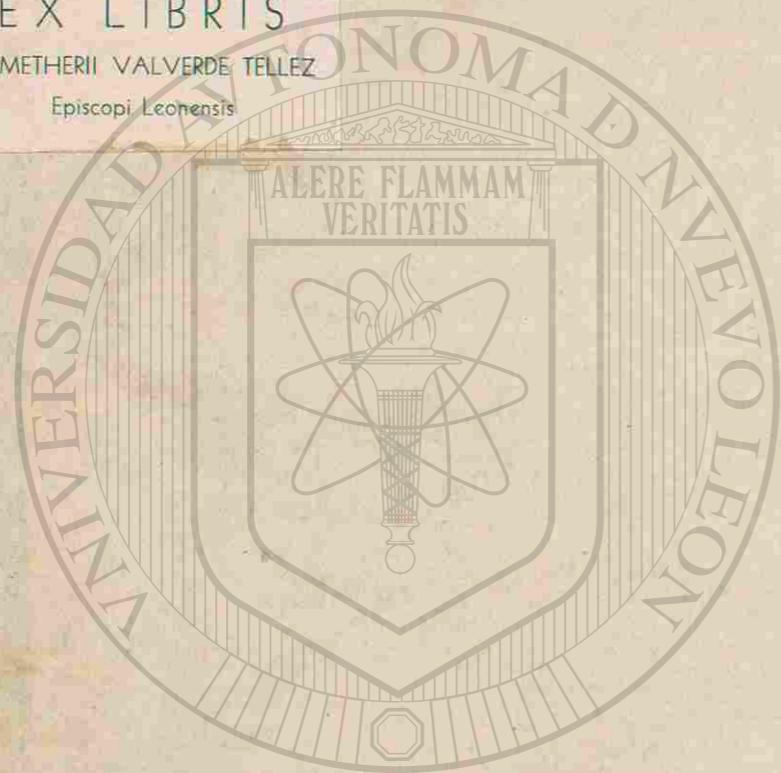


1080014926

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA INMACULADA

DISERTACIÓN

FILOSÓFICA

É HISTÓRICA

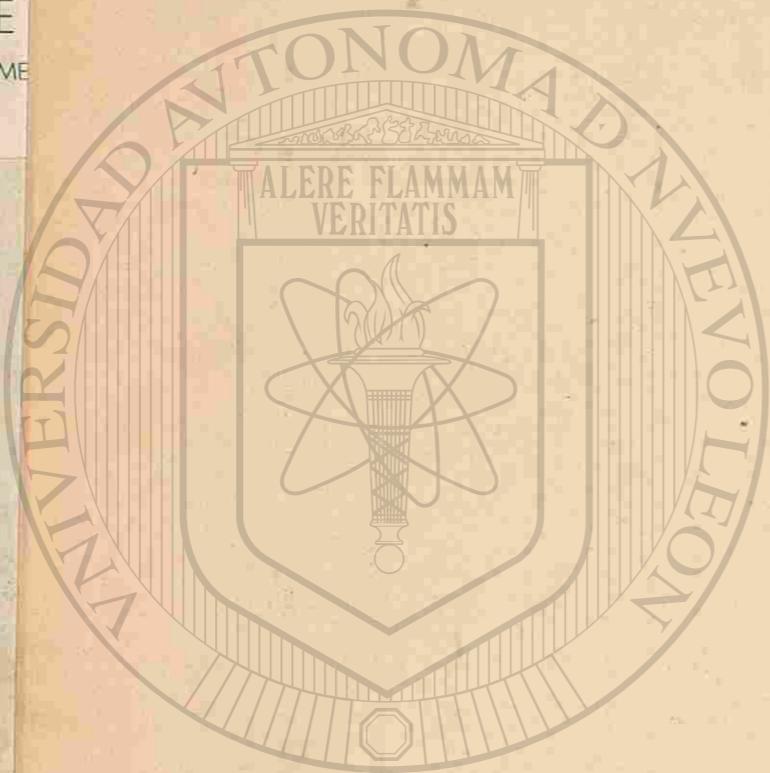
POR EL

LIC. D. FRANCISCO ELGUERO

RES CONTEMPTA HOMO EST, NISI
SE SUPRA HUMANA ELEVAVERIT.

(Petrarca.)

(Premiada en el Concurso científico, literario y artístico, abierto en Morelia (1904) con motivo del semi-centenario de la definición Dogmática de la Inmaculada Concepción.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

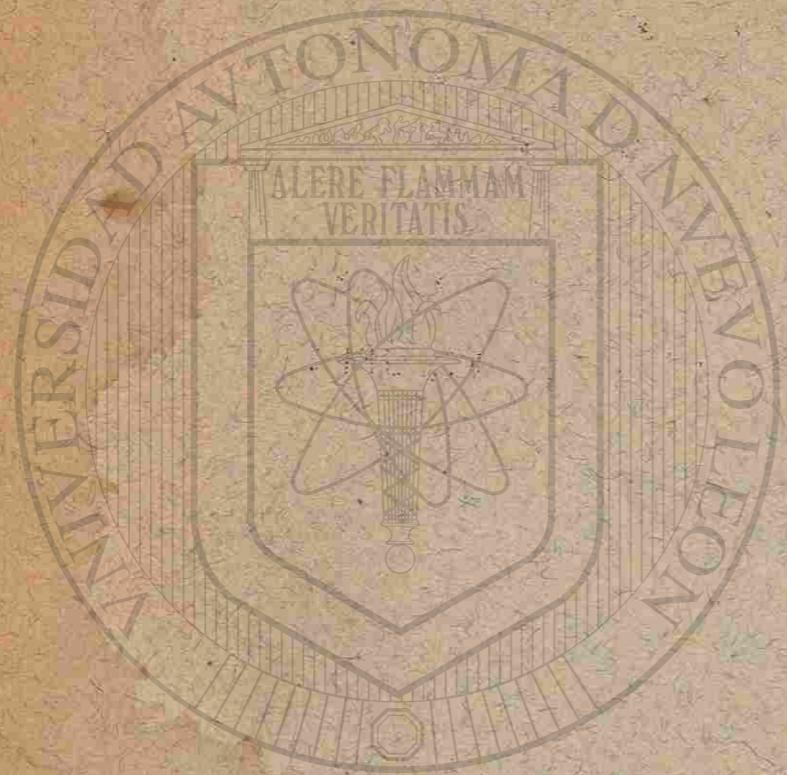
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

TALLERES TIPOGRAFICOS DE "EL TIEMPO,"

Primera de Mesones número 18

1905



A respetable Sr. Ca-
nónigo Dn. Eusebio Val-
verde Feller, como
prueba de la profun-
da estimación que
como escritor me
merece.

El Autor

LA INMACULADA

Morelia, 29 de Mayo

de 1907



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA INMACULADA

DISERTACIÓN

FILOSÓFICA

É HISTÓRICA

POR EL

LIC. D. FRANCISCO ELGUERO 1856 - 1925

RES CONTEMPTA HOMO EST, NISI
SE SUPRA HUMANA ELEVAVERIT.
(Petrarca.)

(Premiada en el Concurso científico, literario y artístico, abierto en Morelia (1904) con motivo del semi-centenario de la definición Dogmática de la Inmaculada Concepción.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MEXICO

TALLERES TIPOGRAFICOS DE "EL TIEMPO,"

Primera de Mesones número 18

1905

39826

BT 620

EA



JUANIL

A LA MEMORIA DE MI HIJO MANUEL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

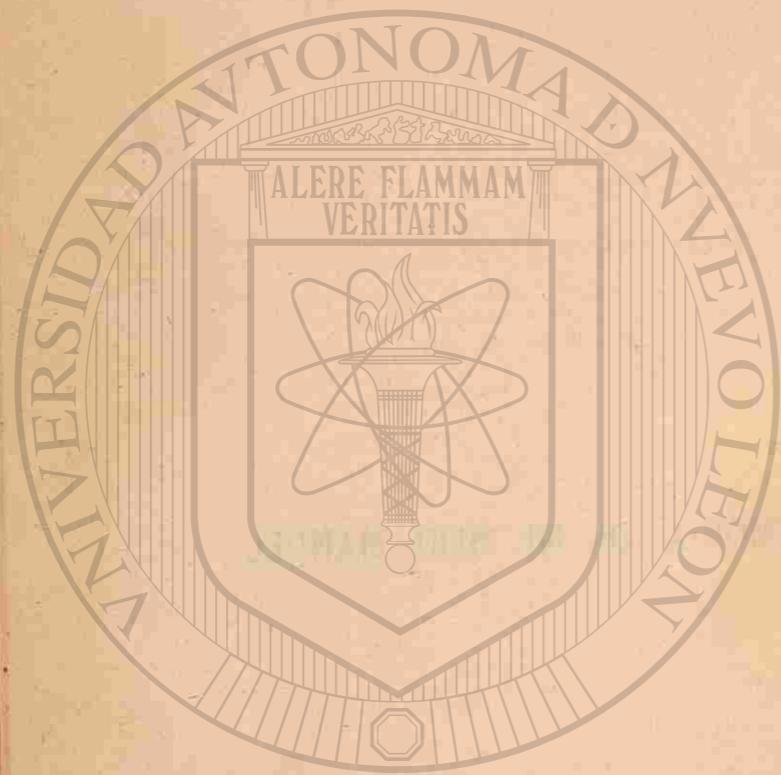
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Inmaculada Concepción - Ensayos, conf. y etc.

65889



FONDO EMERITO
VALVERDE Y BELL



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SECRETARIA DEL ARZOBISPADO

DE

MICHOACÁN



Gustoso comunico á Ud. por orden del Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, que el Jurado Calificador ha juzgado MUY DIGNA DE SER PREMIADA, la composición cuyo lema es: RES COMPTENTA HOMO EST NISE SE SUPRA HUMANA ELEVAVERIT; y que abierto el sobre respectivo, resultó ser Ud. el autor, por lo cual S. S. I. y R. le ha adjudicado el premio propuesto.

Al cumplir este mandato de S. S. I., tengo el honor de felicitar á Ud. por la justísima distinción que ha merecido.

Dios le guarde muchos años.

Morelia, á 7 de Octubre de 1904.

Francisco Banegas,
Srio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



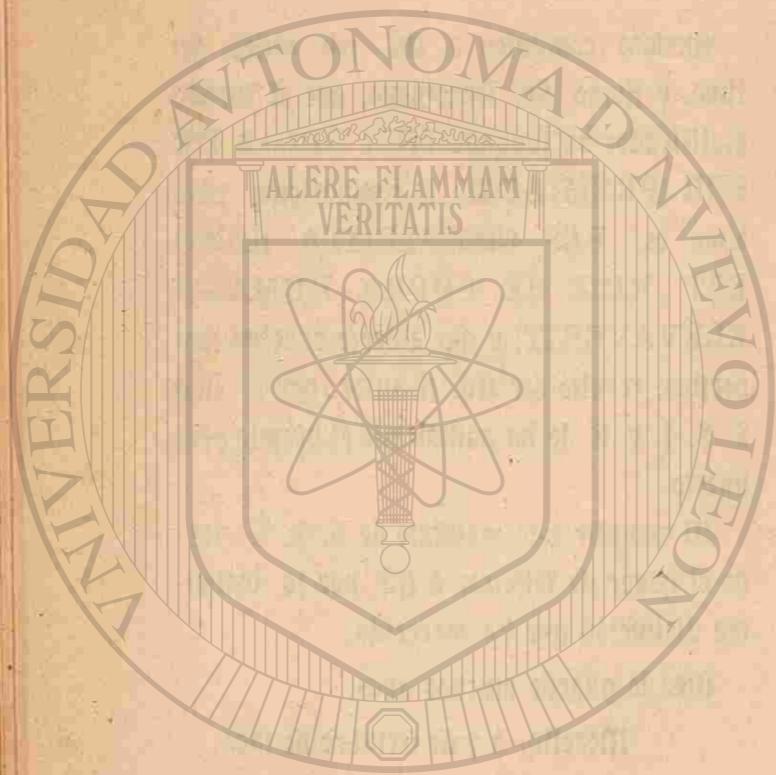
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Señor Licenciado

Don Francisco Elguero.

Presente.

002401



El Dr. Dn. Atenógenes Silva
Arzobispo de Michoacán

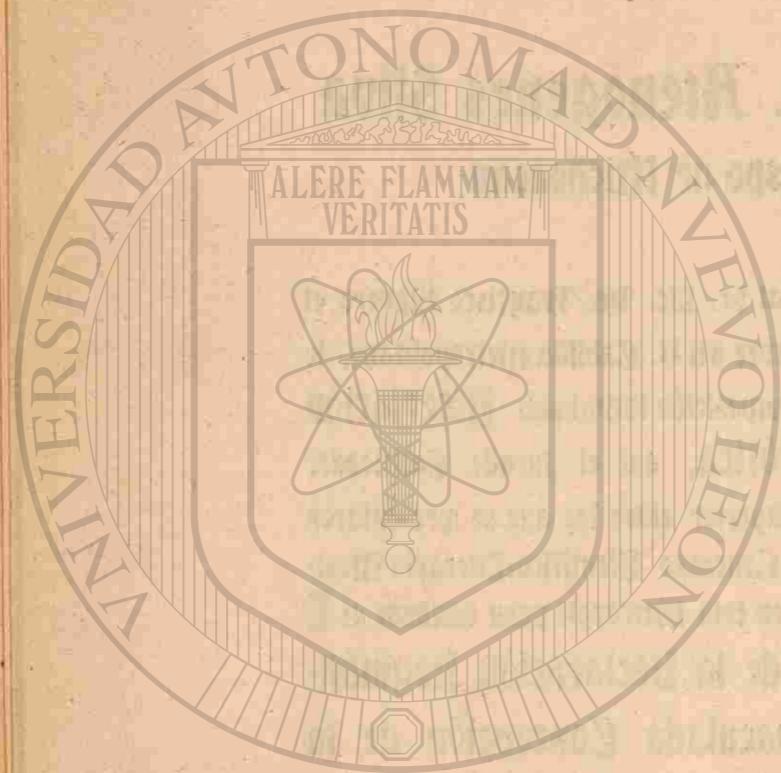
Adjudica al Sr. Lic. Dn. Francisco Elguero el premio que, á nombre del U. Cabildo Metropolitano, le concede por la composición intitulada: **Disertación histórico-filosófica**, que el Jurado Calificador designó como la superior entre las que se presentaron en el II tema del Concurso Científico-Literario Musical, que se abrió en esta Metrópoli para celebrar el **L Aniversario de la Declaración Dogmática de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María.**

Morelia, 8 de Octubre de 1904.

† Atenógenes,
Abpo. de Michoacán.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



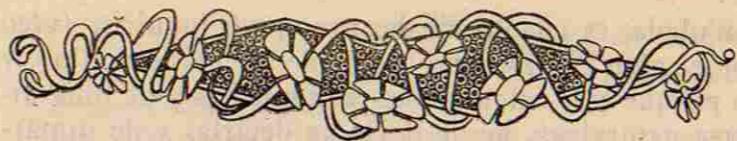
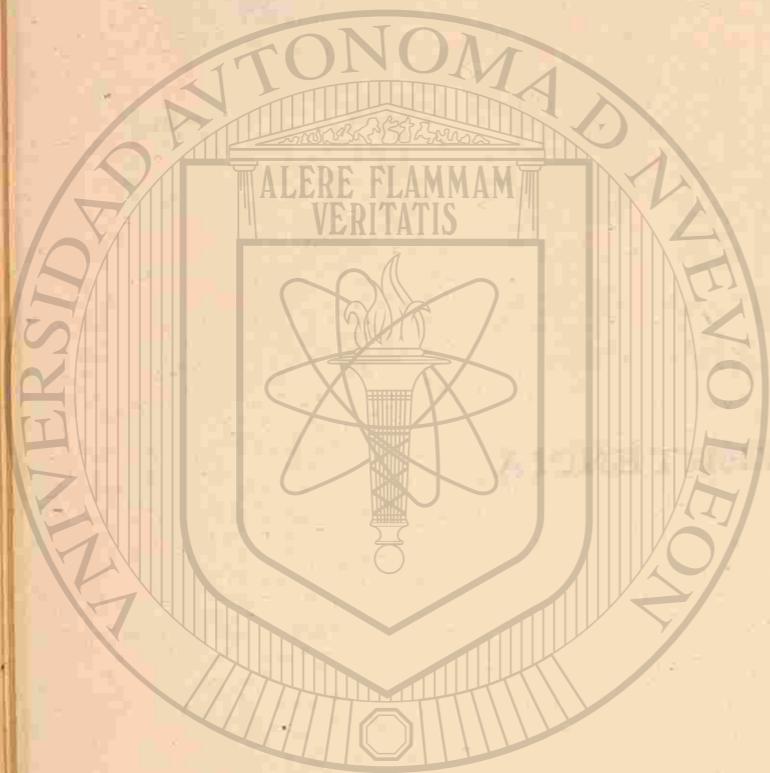
ADVERTENCIA

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ADVERTENCIA

En Marzo último, comencé este libro, y como no he podido dedicarle diariamente sino los ratos de ocio, no muchos, en verdad, ha resultado obra *de primera intención*.

Esto no lo digo para que se disculpen sus muchas faltas, sino para que se vea que las reconozco, y para que, al menos, si se me echan en cara con justicia muchos defectos literarios, no se me tache de petulante.

Más aún: creo que el libro no tendrá sólo los defectos consiguientes á la rapidez con que se escribió, sino algunos otros que dependen quizá, como la traza ó plan, de insuficiencia de aptitudes en el autor, cosa irremediable, y que condenará á mi pobre libro á ser eternamente malo.

¡Qué lástima que uno de los muy pocos que en México se publican, con tan buenos fines como el mío, no salga airoso del intento!

He pensado muchas veces lo abigarrado que resultará un conjunto de tan diversas y hasta tan dispartadas materias, por mucho que me haya esforzado en ligarlas en apretado haz, con un pensamiento común; y el temor de hacer obra churrigueresca y barroca, como ahora se dice, me ha causado á menudo la tentación de abandonar el plan propuesto. Pero he considerado que mi trabajo no es de arte, sino de historia y de filosofía. ¿Qué me importa que el libro no tenga la forma sencilla y pura de un monumento clásico, si cuanto digo resulta verdadero, pertinente, y, en último análisis, sujeto á enlace y unidad?

Los males que podía remediar el dogma de la In-

maculada, es cuanto me he propuesto inquirir, (creo que el plan en abstracto no puede ser más sencillo), y no porque esas calamidades sean muchas y de muy diversa naturaleza, he de dejar de decirlas y de pintirlas; que mientras más numerosas y variadas fueren, más demostrarán la importancia y oportunidad de la declaración de aquella verdad admirable.

Fácil, facilísimo es, casi hasta seguro, que haya errado algunas veces en la elección de datos y en el juicio de los mismos, dejando que la imaginación hiciera lo que correspondía al discurso. Cuanto puedo asegurar acerca del particular es que he procurado ser discreto y prudente; pero en verdad que mucho me temo no haberlo siempre conseguido.

En medio de tantos temores, quédame un motivo de consuelo. Cuando perseguimos un fin muy alto con intenciones muy rectas, por más que el cansancio, ó el extravío de la senda, nos impida llegar á la cima, siempre algunos bienes, y no muy escasos, suelen cosecharse en el camino: es ley providencial.

Una vez dos niños, como Santa Teresa y su hermano Rodrigo, por ejemplo, quisieron marchar á país de gentiles y dar su vida por la fe. No había moros ni chinos á dos mil leguas de distancia, y apenas unas cuantas habían caminado los rapaces lejos del hogar paterno, cuando cansados, hambrientos y sin saber qué rumbo tomar, se sentaron en la vera del camino, tristes y cabizbajos. En aquel momento vieron venir hacia ellos un anciano de noble continente y con algunas cicatrices en el rostro. Era un misionero que regresaba del Asia, desesperado de vencer tanto obstáculo á la evangelización de aquellas ingratas regiones. Pregunta á los niños á dónde van; le dicen éstos ingenuamente su imposible empresa, y el misionero reflexiona. Pensaba en lo que San Pedro, cuando le dijo Cristo: *quo vadis?* Volvieron los niños á su hogar, y el anciano emprendió de nuevo el camino del destierro, de la lucha y del martirio. ¡Los pequeñuelos no fueron mártires; pero hicieron un apóstol, un mártir, un santo!

La anécdota anterior no es más que una fábula; pero ¡cuántas enseñanzas encierra!

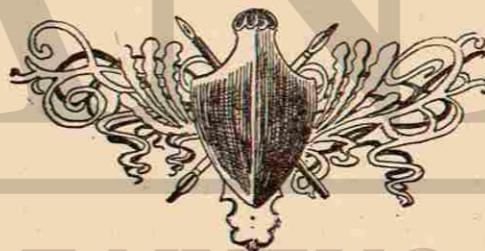
Mi libro no conseguirá su fin científico; pero ¿no

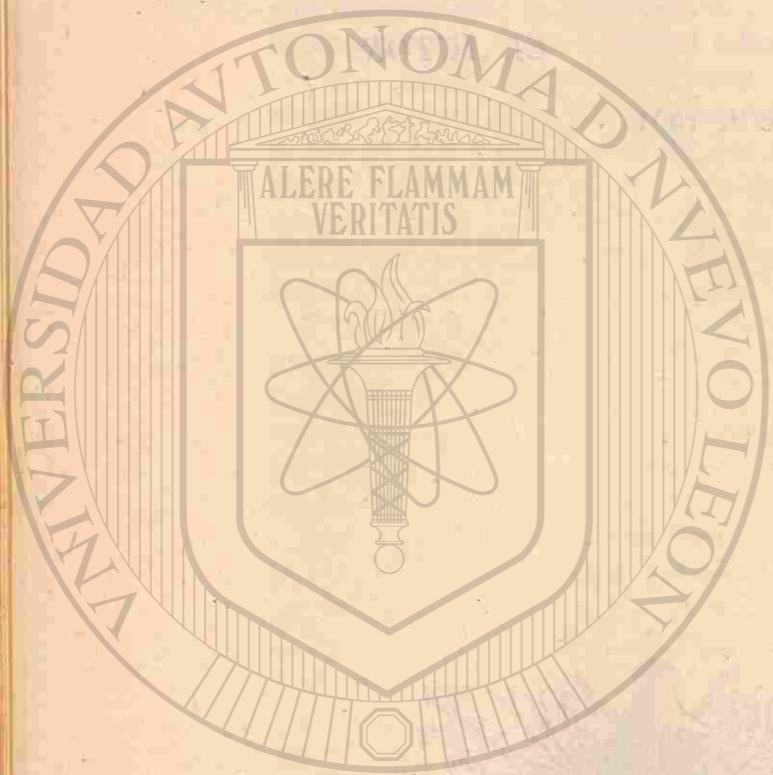
estimulará á quien lo realice? Y si no hace un escritor, ¿no logrará sembrar siquiera en un alma recta ó pecadora algún buen pensamiento?

Desconfío de mis propias fuerzas; pero no de las de la verdad: por eso he escrito.

EL AUTOR.

Morelia, Octubre de 1904.





I
UNA LEY DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA

PRIMERA PARTE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNA LEY

DE LA

HISTORIA DE LA IGLESIA

Sabido es que el arca de Noé simboliza la Iglesia, y como esa nave maravillosa salvaba al género humano y cuantas cosas le son necesarias para la vida, en medio del cataclismo formidable que hizo verter sobre la tierra el caudal del mar y las cataratas del cielo, la Iglesia de Jesucristo, cuando vientos de dañosas doctrinas ó de malas pasiones se desatan sobre el haz de la tierra, recoge piadosa la verdad y el bien, los defiende denodada, y más benéfica aún que el arca bíblica, los cultiva y desarrolla para difundirlos después sobre el mundo, cuando, satisfecha la ira de Dios, el iris de paz aparezca en lontananza. ¡Glorioso destino del cual emana una ley de la historia!

Si estudiamos ésta atentamente, veremos que, cuando en las sociedades se desata una corriente de mal, en el seno de la Iglesia el bien contrario cobra nuevo vigor y aliento; de manera que mientras en la humanidad alguna cosa santa ha llegado á corromperse al grado de que la creeríamos muerta, en la Iglesia florece tanto que llega á la completa lozanía.

Ley de las compensaciones y de las reacciones, llamaría yo á esa ley maravillosa, por virtud de la cual siempre existe en la tierra para los mayores males, contrapeso de bien, para los mayores errores, contrapeso de verdad; equilibrio maravilloso del que es profética imagen el arca bíblica flotando sobre el haz de las aguas.

San Agustín dice que Dios compensa las adversidades de la Iglesia con prosperidades y consuelos, y á la ciudad santa de Jerusalén aplica aquellas palabras del Salmista: "De día y de noche me sirvieron de pan mis lágrimas." (1)

Es decir, entiendo yo, que así como el pan se asimila al cuerpo y le da fuerza y vida, así las tribulaciones de la Iglesia y las lágrimas que derrama, no la debilitan ni la agotan, sino que, convertidas en verdadero alimento suyo, le proporcionan sangre y vigor.

En otra parte, el gran Obispo exclama con elocuencia digna del asunto: "Entre las persecuciones de la tierra y entre los consuelos de Dios, discurre peregrinando la Iglesia." (2)

Supuesta su divinidad y la misión que le señaló Cristo, no se presenta dificultad en descubrir *á priori* esa gloriosa ley; pero es hermoso y útil comprobarla en la historia, y muchos sabios no católicos la han advertido y confesado, más ó menos explícitamente. (3)

En los primeros tiempos del Cristianismo, mientras en torno de la Iglesia naciente, el conquistador oprimía pueblos y razas y el patricio muchedumbres de esclavos; mientras la sed de goces y riquezas se consideraba un legado de los dioses, al grado de exclamar el poeta: *auris sacra famas*, la sociedad cristiana recibía en su seno, como iguales, pobres y ricos, siervos y señores, y la comunidad de bienes, utopía del socialismo moderno, era en la Iglesia real y efectiva, por obra de la más profunda caridad. (4)

Lammenais dice: "Sería obra interesante la de mostrar, tanto como es permitido al hombre, cuáles han sido las miras de la Providencia en las persecuciones contra la fe. Entonces se vería á cada error producir el desarrollo de una verdad, cada crimen engendrar una virtud: porque cuando más estragadas están las costumbres por algunos sectarios, más vela la Iglesia sobre sus hijos; y las increíbles austeridades de los primeros solitarios, fueron, en cierto sentido, como el efecto y la expiación de los infames desórdenes de los Gnósticos y de la licencia monstruosa de los paganos. Cuando algunos hombres concedían todo á los sentidos, fué necesario que otros les rehusasen todo: cuando la

voluptuosidad tenía altares, fué necesario que la castidad tuviese mártires." (5)

En los tiempos bárbaros, la Iglesia recogía los restos de la civilización latina, como se recoge á un niño —dice Thiers— sobre el cadáver de su madre muerta; y al individualismo bárbaro y feudal, contraponía el socialismo cristiano de los monasterios; á las tendencias opresoras de la nobleza, la democracia más verdadera que hayan visto los siglos; al espíritu de dominación y de conquista, la libertad que daba á sus esclavos y su triunfo final sobre la esclavitud; al instinto belicoso de los caballeros, por el cual dice Lacordaire, Europa estaba siempre con la lanza en la cuja y el pie en el estribo, esperando de qué lado venía el rumor de la injuria, aquella institución suya, no bien conocida ni bien ponderada, cuyo código era para el guerrero lo que la regla para el monje, aquella orden de la caballería madre del honor, inspiradora de las más altas hazañas, creadora única de aquel linaje de épicos personajes, en el que sobresalen como modelos de las virtudes del cristiano y del soldado, maravillosamente fundidas, Carlo Magno y Godofredo, San Fernando y San Luis. (6)

Pero adviértase que la Iglesia no cura el mal, como pretenden hacerlo los gobiernos temporales, valiéndose de medios exteriores. El médico busca la medicina en la naturaleza, Jesucristo la saca de sí mismo. "De mí ha salido una virtud"—decía una vez al curar un enfermo— y la Iglesia lo imita. La Iglesia reacciona contra el mal por su caridad. Apela ciertamente al anatema, al brazo secular, á la predicación; pero apela también á otro medio mejor que todos, á su purificación propia, á revestirse de la virtud contraria al mal que combate, á la penitencia y á la oración que esa virtud le inspiran. Y ésta (un psicólogo pudiera explicar el fenómeno hasta naturalmente) le da tal clarividencia, que discierne en el mal enemigo los elementos de bien que pueda entrañar y entraña muchas veces, y no combate por eso el espíritu guerrero, sino que lo disciplina con la caballería y lo encamina á las Cruzadas; no excomulga al arte pagano, sino en cuanto es sensual, y lo acoge y hasta lo cultiva en cuanto que es bello; el espíritu científico de inquirir y de in-

novar, que le ha causado tantas heregías, no es ahogado por ella en época alguna, sino que procura encauzarlo, y son tantos los ejemplos, que no los enumeraría nunca.

En los tiempos modernos, la acción de la Iglesia, ya más libre ésta de sus ligas con los gobiernos temporales y más bien determinado el campo suyo y el de ellos, parece que se acentúa y se perfila mejor, y la ley de compensación que estudiamos, aparece con claridad maravillosa.

Por ejemplo, á medida que en las sociedades humanas el principio de autoridad se ha ido relajando, hasta el punto de que hay sistemas socialistas que proclaman la anarquía y el nihilismo, en la Iglesia se ha ido robusteciendo, hasta llegar á la declaración de la Infalibilidad Pontificia; es decir, hasta obtener el completo triunfo, y esto sin golpes de mano, sin violencia ni intriga, sino por una evolución fácil, natural y lógica de las ideas, que vino verificándose durante veinte siglos, para producir el fruto en la oportunidad elegida por la Providencia. (7)

Es admirable ese contraste entre la autoridad humana que baja, y la de la Iglesia que sube, y mientras la primera, más débil cada día, aunque lucha sin cesar, pierde terreno siempre, la segunda obtiene completo y definitivo triunfo. Quizá la declaración de la Infalibilidad presenta el único caso, de que un problema sociológico quede resuelto definitivamente, sin dar margen á dificultades ulteriores.

Como dice Lammenais, después de Jesucristo no se ha inventado ninguna virtud, pero en cambio muchas se olvidan por los hombres. Sobre todo, las grandes virtudes cristianas, la humildad, la pobreza, la obediencia, la castidad, el silencio, hubieran desaparecido de la tierra en el pasado siglo sin la solicitud de la Iglesia, que no sólo las conservó en su seno, sino que las hizo florecer admirablemente en infinitas instituciones religiosas.

Para no hablar sino de la más extraña en estos tiempos, la más inexplicable, la que ni muchos cristianos comprenden siquiera, la virtud del callar, recordamos que la Iglesia no sólo la ha cultivado en los claustros,

sino que le ha dado universal prueba de su estima, proclamando Patrono suyo al hombre del silencio.

No podemos resistir el deseo de insertar las palabras de un gran observador, profundo psicólogo, uno de los escritores católicos más originales, Ernesto Hello, que hablando de San José escribe:

“¡San José! ¡la sombra del Padre! ¡aquel sobre quien la sombra del Padre se proyectaba densa y profunda! ¡San José! ¡el hombre del silencio! ¡aquel á quien la palabra apenas toca! El Evangelio no dice de él más que esto: “Era un hombre justo;” el Evangelio tan sóbrio siempre en palabras, es más sóbrio aún al hablar de San José. Diríase que este hombre, envuelto en el silencio, inspira silencio. El silencio de San José produce silencio alrededor de San José. El silencio de su alabanza, su genio, su atmósfera. Donde él está el silencio reina. Dicen algunos viajeros que cuando el águila se cierne, el peregrino sediento adivina una fuente en el lugar del desierto, donde la sombra del águila se proyecta. El peregrino escarba la tierra en aquel lugar, y el agua brota. El águila lo había dicho en su lenguaje, esto es, cerniéndose. La belleza se convertía en utilidad: y el que tenía sed, entendiendo el lenguaje del águila, buscaba entre la arena, y encontraba el agua.

Haya lo que haya de verdad natural en ella, esta preciosa leyenda es fecunda en grandes símbolos. Cuando la sombra de San José se proyecta en alguna parte, el silencio no está lejos de allí. Escárbese la arena, que en su significación simbólica representa la naturaleza humana, y el agua brotará. Y el agua será aquel silencio profundo en el que están contenidas todas las palabras; aquel silencio vivificante, refrescante, apaciguante, saciante: el silencio substancial. Donde la sombra de San José es proyectada, la substancia del silencio, profunda y pura, brota de lo más hondo de la naturaleza humana.” (8)

Pero la mejor aplicación que puede hacerse de esos hermosos pensamientos al asunto que tratamos, la hace el mismo Hello, á quien gustosos cederemos otra vez la palabra, satisfechos de que el juicio de tan poderoso pensador venga á confirmar el humilde nuestro:

“El siglo XIX es, sobre todos, y en todos sentidos del vocablo, el siglo de la Palabra. La Palabra, buena ó mala, llena nuestra atmósfera. Una de las cosas que nos caracterizan es el ruido. Nada más ruidoso que el hombre moderno: ama el ruido, le gusta hacerlo alrededor de los demás, y le gusta, sobre todo, que los demás lo hagan alrededor suyo. El ruido es su pasión, su vida, su atmósfera: la publicidad reemplaza en él muchas otras pasiones que mueren ahogadas en esta pasión dominante, á no ser que vivan de ella y se alimenten de su luz para brillar con mayor violencia. El siglo XIX habla, llora, grita, se alaba y se desespera: y todo lo convierte en exhibición. Detesta la confesión secreta y estalla á cada momento en confesiones públicas. Vocífera, exagera, ruge. Pues bien, este siglo de estrépito será el que haya visto elevarse y engrandecerse en el cielo de la Iglesia la gloria de San José. San José acaba de ser elegido oficialmente patrón de la Iglesia entre el fragor de la tempestad; y es más conocido, invocado y honrado que en tiempo alguno.

Entre rayos y truenos prodúcese insensiblemente la revelación de su silencio.”

Basta de ejemplos. Los indicados servirán á quien desee estudiar con fruto la historia de la Iglesia, si no para convencerlo de la existencia de esa ley providencial, al menos para atraer su atención acerca de tan hermoso asunto, y no se necesitará más para que, si procede de buena fe y examina los hechos con criterio imparcial, llegue á descubrir en la Iglesia esa voluntad, esa aptitud y ese instinto, los tres formando su temperamento propio de reaccionar contra el mal exterior, sobre todo, por la purificación interior.

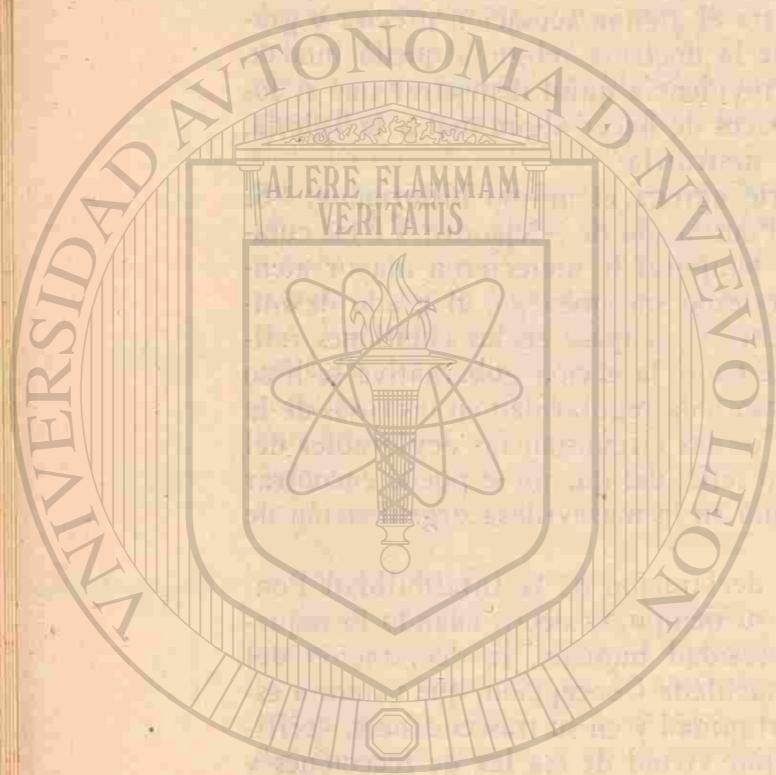
Y no se traigan á cuento los Papas malos (dos ó tres á lo sumo en la larguísima serie) (9) ni los vicios del clero en determinadas épocas, porque siempre el bien ha dominado en la Iglesia, y, sobre todo, porque de ella misma ha salido el remedio, demostrando que es santa, pues encierra la virtud de santificar. Si la sal se hiciera insípida ¿con qué se le devolvería el sabor?

Hé aquí lo que dice Pastor de Alejandro VI, aplicable también á otros Papas de no muy limpia reputación, que no fueron ciertamente sino dos ó tres como ya dijimos: “Hasta su postrer instante no cesó de os-

tentar á los ojos de todos, con cinismo absoluto, su existencia culpable. Y sin embargo, es digno de notarse que en las cuestiones puramente religiosas, Alejandro VI no ha dado margen á ninguna censura fundada, y jamás sus enemigos más encarnizados han podido formular contra él alguna acusación precisa y grave. La pureza de la doctrina religiosa quedó intacta. Parece que la Providencia quiso demostrar que si los hombres son capaces de hacer algún mal á la Iglesia, son incapaces de destruirla.”

Y en otra parte agrega el mismo historiador: “Si durante todo el Pontificado de Alejandro VI las cuestiones del orden temporal le merecieron mayor atención, no le absorvieron sin embargo, al grado de impedirle enteramente se ocupase en las cuestiones religiosas. Bajo su reinado, la acción gubernativa se hizo sentir, en suma, con toda regularidad en las cosas de la religión, á pesar de las circunstancias deplorables del tiempo, fenómeno feliz, del que no se puede encontrar la explicación, sino en la maravillosa organización de la Iglesia.” (10)

Y así como la declaración de la Infalibilidad Pontificia se hizo en su tiempo, es decir, cuando lo requería una gran necesidad humana, la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción, que vamos á estudiar en su oportunidad y en su trascendencia, verificóse igualmente por virtud de esa ley de reacciones y compensaciones, para combatir con ella la dañosa filosofía imperante, para poner un dique á la marea de sensualidad que crecía y crecía siempre; á la tendencia diabólica del suicidio que precisamente desde el año de 1854 comenzó á tener más incremento; al divorcio, gangrena de la familia; al socialismo que ya amenazaba á la autoridad y la propiedad con brutal insolencia. Para poner valla á esa marea espantosa, la Iglesia necesitaba esfuerzo supremo, y lo hizo acrisolando las virtudes opuestas al mal amenazante, y elevando á Cristo la más solemne y universal de las plegarias, con el auxilio de la Madre de Dios, á quien en cambio de nuevo homenaje, pedía nuevo rayo de luz para la fe, nuevo aliento para la caridad y la esperanza.



II

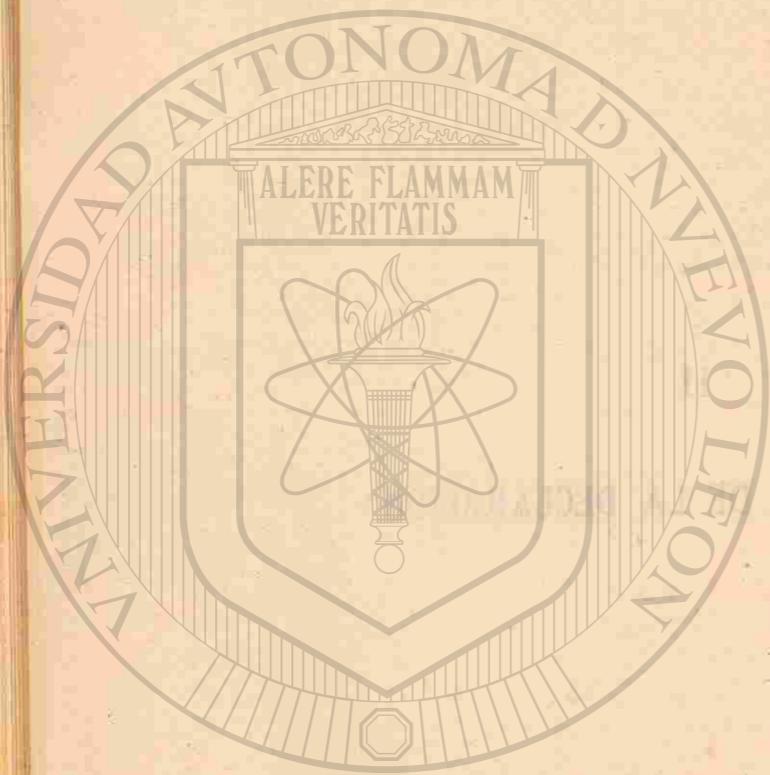
PRECEDENTES DE LA DECLARACION

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





II

PRECEDENTES

DE LA DECLARACION

Me bastaría ser cristiano y leer el Génesis para creer en la Inmaculada Concepción de María, porque desde el establecimiento del Cristianismo, la Iglesia creyó que esta mujer privilegiada era la Madre de Dios, la profetizada como vencedora de la serpiente, y no podría corresponder tal vaticinio á una mujer concebida en pecado. *Ipsa conteret caput tuum*, dijo Dios á Satanás, la mujer quebrantará tu cabeza, y tal profecía sería inexplicable ciertamente, aplicada á la Santísima Virgen, si María hubiera sido víctima de la serpiente bíblica, naciendo con la mancha original.

Conceded el dogma de la Inmaculada, y las palabras del Génesis tendrán aplicación inmediata, natural y fácil; suprimidlo, y si bien en todo caso por la redención que Cristo realizó, la serpiente resultaría vencida, no podría decirse que el triunfo correspondía de modo directo á la mujer.

No hablo como teólogo, pues desgraciadamente no lo soy, sino solamente aplico el buen sentido á un texto muy claro, y la observación que acabo de hacer y á nadie puede dejar de ocurrírsele, bastaría sólo á demostrar que en la Iglesia siempre se creyó en ese dogma, porque aparte de otras muchas razones, si la Virgen María, como siempre se ha juzgado, debía ser la vencedora de la serpiente, fué concebida sin mancha

original, porque de otro modo habría sido vencida por el monstruo.

Con razón Lacordaire en una página inmortal que más que de un sabio parece de un vidente, dice que todas las cosas grandes en la Iglesia, no sólo tienen eterna subsistencia, sino prístina preexistencia, por lo que San Juan afirma que el Cordero fué inmolado desde el principio del mundo. (1) Es decir, que desde que el hombre pecó, me atrevo á creerlo así, y la redención quedó decretada, debiendo verificarse por la efusión de sangre del Cordero, la Divina Víctima comenzó á intervenir en el plan de la Providencia y en los destinos de la humanidad, y el holocausto del Calvario, aunque de diverso modo, influía sobre el pasado como sobre el futuro.

En sentido, si no igual, semejante, pero con la misma histórica realidad, la Inmaculada Concepción, como todo dogma tuvo también preexistencia desde la caída del hombre, porque fué anunciado á la mujer y á la humanidad en las puertas del Paraíso como una esperanza, y desde entonces se elevó en la conciencia de la Iglesia naciente, iluminando sus destinos, la idea de la Virgen sin mancha, aurora del desierto y estrella de los mares.

La huella del dogma se ha seguido en la Escritura (2) y sería curioso recorrer el interesante camino, pero tan grata tarea es por demás ajena á nuestro propósito, que se reduce á hablar de los precedentes inmediatos á la declaración, para dar á conocer el estado del mundo católico cuando tuvo lugar tan importante suceso.

Si hemos hablado de la profecía genesiaca, ha sido porque la reflexión hecha, brotó naturalmente de la pluma y del mismo modo al hablar del dogma en los tiempos modernos, no es posible abstenernos de decir que en los principios del Cristianismo, y por muy notables Padres de la Iglesia, se confesó el Misterio de la Inmaculada, en términos indubitables.

San León decía: "*Immaculata virginitus concupiscentiam nesciebat,*" y San Agustín: "*Nihil in ea concupiscentialiter resistebat.*" (3) "Los padres no han cesado de llamar á la Madre de Dios lirio entre espinas; tierra absolutamente intacta, tierra virgen, cuya

superficie no ha sido tocada por mancha alguna, tierra siempre bendita, libre de todo contagio de pecado y de la que ha sido formado el nuevo Adán; irreprochable, brillante, delicioso paraíso de inocencia y de inmortalidad, plantado por Dios mismo, é inaccesible á las asechanzas de serpiente venenosa; bosque incorruptible al que el gusano roedor del pecado no ha alcanzado jamás; fuente siempre limpia y sellada por virtud del Espíritu Santo; templo divino, tesoro de inmortalidad; sola y única hija, no de la muerte, sino de la vida; enjendro, no de cólera, sino de gracia; planta siempre verde que, por concesión especial de Dios y contra las leyes comunes, brotó floreciente de una raíz seca y corrompida." (4)

La voz solemne de esos Padres ilustres no se perdía en la humanidad; ésta recogía su sentido como un tesoro, y por eso todos los poetas del cristianismo han cantado la Inmaculada, desde Sedulio hasta Santeuil, desde los troveros, hasta Lamartine y Hugo. (5)

El Padre Alcantarino en su libro *La Chiesa Cattolica circa l'Inmacolata Concezione di Maria. S. S.*, marca perfectamente la historia del dogma dentro del cristianismo:

"Comprende el primer período, los primeros cinco siglos cristianos, tiempo en que los fieles creían sin duda en la Inmaculada Concepción, pero careciendo todavía el sublime dogma de fórmula propia, festividad especial y culto público. El segundo período une el siglo V con el nuestro, y puede llamarse de *la festividad*, pero se divide en ocho épocas perfectamente bien marcadas."

"La primera corre de ese siglo al XI, y es llamada de *la institución de la fiesta*, que establecida al principio en la Iglesia oriental, se introdujo en Occidente por medio de los Monjes Basilianos, comenzando á celebrarse en Nápoles antes del siglo IX, según el más antiguo documento conocido, publicado por Mazzocchi, para establecerse después en los siglos X y XI en Navarra, Normandía é Inglaterra.

La segunda comprende desde *el origen de la controversia en tiempo de San Bernardo*, hasta el siglo XIV, en que los teólogos formularon netamente el ob-

jeto del culto que la Iglesia prestaba á María Santísima en la fiesta de la Concepción.

La tercera comienza en la *fiesta de la Concepción en Roma*, hecho que determinó gran movimiento teológico, declarándose en favor del dogma, la Universidad, las Ordenes Religiosas, los reinos enteros.

La cuarta corre de 1476 á 1622, y puede llamarse *de los Romanos Pontífices*, porque los Papas favorecieron grandemente la común doctrina y permitieron la propagación del culto de la Inmaculada, que comenzó á tener oficios y misas propios.

La quinta ofrece la particularidad de que Gregorio XV, á la palabra *santificación*, usada en la liturgia, substituyó la de CONCEPCION.

La sexta fué insigne por el gran número de iglesias particulares y reinos enteros que obtuvieron de los Sumos Pontífices facultad de convertir en fiesta de precepto la de la Concepción Inmaculada, que en 1708 llegó á ser obligatoria para la Iglesia universal por mandato del Papa Clemente XI.

La séptima superó á las otras por la concesión de Pío VII en 1815, que introdujo en el Prefacio la fórmula tan precisa de *In Conceptione Immaculata*, y la última comprende desde Gregorio XVI hasta Pío IX. (6)

Pero sucede con los dogmas de fe lo que con las verdades naturales. Por la orientación especial de los espíritus en cada época de la humanidad, aunque las crea constantemente y más ó menos implícitamente las confiese, no las cultiva siempre (es la expresión propia) con igual ahinco y esmero, y en edades determinadas es cuando más vienen á estudiarse, discutirse y resplandecer.

El siglo XIII, el siglo cristiano por excelencia, el que tuvo filósofos como Santo Tomás, poetas como Dante, apóstoles como San Francisco, Papas como Inocencio III, guerreros y reyes como San Luis y San Fernando, códigos como las Siete Partidas, (7) universidades como Oxford y París; el siglo de la mayor eflorescencia cristiana, el del verdadero y santo renacimiento, el siglo cuyo espíritu hubiera llevado á la tierra á perfección inconcebible, si sus tendencias no se hubieran torcido y ofuscado en las épocas siguien-

tes, por lamentables causas; ese siglo—decimos—debía ser también y lo fué el siglo de la Inmaculada, resonando en la Sorbona la poderosa elocuencia del gran irlandés Scoto, que hacía brillar la Concepción sin mancilla de la Madre de Dios á la luz de aquel argumento, breve é irresistible como el rayo: *potuit, decuit, ergo fecit!*

El siglo XVII también fué siglo de María (8). Edad de grandes talentos en todo orden, en la literatura, en las ciencias, en la guerra, en el gobierno, en el púlpito; edad cristiana que fundó el culto del Sagrado Corazón, produjo hombres insignes que estudiaron los dogmas, la tradición y la historia, y anhelaban la declaración de la Inmaculada, como nuevo homenaje á la Madre de Dios, nueva gloria á la Iglesia, y amparo de la fe y estímulo de la virtud.

Bossuet, el primer orador moderno, quizá el primero de los siglos, teólogo insigne que aniquiló científicamente la mayor de las herejías, émulo de San Agustín por el genio; de Oriégenes por la erudición, de Tertuliano por la sobriedad de su férreo estilo, y superior á todos por la elocuencia, armonizadora admirable de las bellezas del arte clásico y las del arte cristiano, Bossuet en una de sus cartas se lamentaba, quizá con excesiva amargura, de que la Iglesia no declarase el dogma de la Inmaculada, que él, en la clarividencia de su genio, iluminado por fe sencilla y profunda, percibía con la lucidez de un principio primero. "¡Cuán depravada es la naturaleza humana! —exclamaba tristemente.—La Iglesia no osa decidir que la Santa Virgen, Madre de Dios, nació sin la mancha del pecado. ¡Cuán depravada la naturaleza humana! ¡Cuán profundo y cuán espacioso su mal! ¡Oh pureza! ¡Oh visión! ¡Oh verdad! ¡Oh luz! ¡Oh vida! ¿cuándo os contemplaré? ¡Oh Dios! ¿cuándo estaré en vuestra presencia? (9)

Pero no, no era la depravación de la naturaleza humana la que impedía á la Iglesia declarar el suspirado dogma; era quizá la prudencia casi profética de la Santa Sede, ó al menos Dios de esa depravación se sirvió para sacar mayor partido de aquel tesoro, haciéndolo brillar en épocas de más densas tinieblas, de más recios embates, de incredulidad más obstinada por

ser más sabia, de pesimismo y desesperación desconocidos antes.

Ya la necesidad de mayor estímulo espiritual, asomaba bruscamente y hacía prorrumper al gran Obispo en queja tan amarga; pero ya vendrá el siglo XVIII, seco, frío, burlón, frívolo, á aumentar esa necesidad de modo inexplicable, sin estar él mismo en condiciones de aprovechar la medicina, porque había llegado á aquella madurez de irreligión—como dice nuestro Bernardo Couto—en que ya no se razona, sino que se desprecia: *quum in profundum venerit, contemnit*. El error de Comte entraña algo de verdad y puede merecer lástima y hasta disculpa; el desprecio de Voltaire es más que la negación de todo y no entraña ningún elemento humano que atraiga hacia sí la misericordia divina. Dios puede perdonarlo, porque todo lo puede, pero de modo enteramente sobrenatural.

El siglo XIX llegó, y Francia, que iba á la cabeza del mundo, después de sufrir la tiranía del populacho y de anegarse en lágrimas y sangre, se vió sujeta al despotismo militar más absoluto, y arrastrada á la guerra continental más loca. Los horrores de la revolución primero, las angustias de las luchas y los desengaños del desastre después, la hicieron volver á Dios los ojos, estimulada á ello por las medidas Napoleónicas y por el estilo admirable de Chateaubriand y el genio de Lammenais y de De Maistre.

El Clero escaso, poco instruído quizá, necesitaba entonces poderosos auxiliares, y como la fe principiaba á conquistar grandes inteligencias en la clase seglar, comenzó á formarse ese apostolado laico, la más pura gloria de Francia en el siglo, y que había de tener después en toda Europa y aun en América, émulos dignos, entre los que descuella sin disputa el gran Donoso Cortés.

El siglo XIX inicióse con un acontecimiento que por entonces ni tuvo resonancia, pero que debía influir en la historia eclesiástica poderosamente: El 2 de Febrero de 1801, fiesta de la Purificación, seis jóvenes, todos sabios, todos de gran corazón como de gran inteligencia, y ¡cosa extraña! la mayor parte médicos, (10) se reunían en la celda de un jesuíta perseguido, el insigne Padre Delpuits, y fundaban, ó más bien dicho

reconstruían, bajo el amparo de María, Auxilio de los Cristianos, una congregación llamada de la Virgen, que, según el Conde de Mun, autoridad irrecusable, fué la cuna de la vida religiosa de la época. (11)

Los católicos abandonaban la actitud del siglo anterior. Así en Francia como en Alemania, España é Italia, sus filas se alineaban, mejoraba su disciplina, se enardecía su celo, y el clero, reformándose cada día, ayudado de poderosos auxiliares de la clase seglar, emprendía denodada lucha contra los errores, herencia del último siglo, y contra los que iban apareciendo nuevamente.

La impiedad en vista de esa actitud y de esos aprestos, apercibíase por su parte á la lucha y habría de librar á mediados del siglo la batalla más reñida en que la Iglesia haya combatido; pero ya la Madre de Dios, Auxilio de los Cristianos, la vencedora del Islamismo, cuya bandera era la enseña de las huestes católicas, vendría generosa en su ayuda.

En la Iglesia florecía cada vez más el culto de la Virgen. Junto á la congregación formada por aquellos jóvenes sabios, beneméritos de su religión y de su patria, formábanse otros de la aristocracia y del ejército (ésta llámase de Nuestra Señora de las Victorias); y á ejemplo de Francia, la gran vulgarizadora de todo lo bueno como de todo lo malo, el mundo católico se poblaba de innumerables asociaciones, cuya Patrona era siempre la Virgen María.

No hay interregno—dice el gran Monseñor Beaurgard—en la soberanía de María durante el siglo XIX.

“Por los años á que nos venimos refiriendo, una piadosa y poética costumbre había comenzado á generalizarse: la de consagrar á la Santísima Virgen el mes de Mayo y santificarlo con ejercicios en su honor. Creemos que de Italia nos vino esa práctica, y en la misma Italia encontramos el primer *Mes de María* publicado en Palermo por el Padre Lalomia (1758), después traducido al francés por el P. Doré, Jesuíta, quien lo dedicó á *Madame Louise de France*. Otro libro con el mismo título se escribió más tarde, también en italiano, por el sabio P. Muzzarelli, teólogo de la sagrada Penitenciaría, muerto en París en 1813. En 1815, Pío VII estimuló esta devoción por medio de indul-

gencias concedidas á los fieles. Uno de los más antiguos *Meses de María*, escrito por uno de los convertidos por la Santa Virgen, el Abate Debussi, "bendecía la misericordia divina por haber inspirado á tan gran número de pastores el pensamiento de santificar sus rebaños por medio de los piadosos ejercicios de ese mes." Y mostraba desde entonces "los fieles de las parroquias, decorando y cubriendo de flores los altares de María, exponiendo y honrando su imagen en sus casas, reuniéndose en las iglesias para rezarla, asistiendo á la Misa, recibiendo los sacramentos, haciendo una lectura común y cantando alabanzas á Dios y á su augusta Madre."

"Siguiendo aún ese rito, el mes de María se celebra en nuestros días en todas ó casi todas las parroquias de Francia. A la piadosa lectura algunos han substituído una instrucción oral, y hasta una serie de conferencias acerca de María ó á propósito de María.

"¿No ha resultado en alguno de esos púlpitos cierta insípidez en la palabra sagrada? Y, por otra parte, la literatura florida de ciertos *Meses de María*, ¿no ha menoscabado en algo la antigua gravedad del culto de la Virgen prudente? Nada tenemos que ver en ello. En todo caso es una religiosa y bella inspiración la que pide á la primavera el homenaje de su más rico adorno, para la que es reina del cielo y de la tierra. Y de buena voluntad diría á toda esa naturaleza, con el Libro santo: "Oh flores de Mayo! floreced para ella como el lirio; árboles, dadle vuestro follaje; tierra, exhalad en su honor el perfume de vuestro incienso; entonad vuestro cántico, y que así el Señor sea alabado en sus criaturas." (12)

Por el año de 1830, introdujose, procedente de Italia, la costumbre de consagrar á María el mes de Mayo, poética costumbre hoy universal, al punto de que en nuestra lejana República no hay un solo poblado presidido por una iglesia en donde no se ofrezcan á la Reina de los Angeles, en la época más hermosa del año, las flores y los corazones.

En esa misma época (1830) apareció como precursor del dogma el acostumbrado heraldo de las cosas sobrenaturales, el milagro, y cedamos la palabra á un

historiador veracísimo para que lo refiera mejor que nosotros:

"La primera de estas manifestaciones sobrenaturales de María es la de la llamada Medalla milagrosa. Una humilde y santa Hermana de la Caridad, Catherine Labouré, cuenta que, el 18 de Julio de 1830, víspera de la fiesta de San Vicente de Paul, á las once de la noche, en el dormitorio de la casa de la calle de *Bac*, en París, fué despertada, conducida á la capilla por un niño maravilloso, puesta en presencia de María, quien le anunció claramente las sangrientas jornadas de Julio la caída del trono y una misión de la que ella misma se encargaría en bien de Francia. Segunda aparición, el 27 de Noviembre del mismo año: María rodeada de rayos, con los pies sobre una esfera, lleva en rededor suyo esta invocación escrita con letras de oro: "¡Oh María concebida sin pecado! rogad por nosotros que recurrimos á Vos." Tal es el modelo para la medalla que deberá grabarse en su honor. "Los que la lleven con indulgencias, recibirán grandes mercedes." Tercera aparición en el mes de Diciembre; después se sucedieron otras hasta el año de 1836, confirmando las primeras. Las pruebas brillan, las predicciones se verifican, la santidad de la Hermana edifica y alienta, las dudas se disipan en los espíritus más desconfiados; el Arzobispo de París, Monseñor De Quélen, acepta que se grabe la medalla, según el tipo indicado, y la recomienda á la piedad de los fieles por medio de una carta pastoral de 15 de Diciembre de 1836. ¿Hay necesidad de decir que el metal por sí mismo no tenía virtud alguna? Pero provocaba una oración y llevaba inscrita una profesión de fe. Era un signo. El misterio de la Inmaculada Concepción se manifestaba por medio de este signo, y se atraía la creencia y la confianza de los pueblos." (13)

Estos sucesos maravillosos fueron confirmados por otro de indiscutible autenticidad, la conversión del judío Ratisbonne, que, si no nos equivocamos, murió siendo Patriarca de alguna región católica de Oriente. El mismo Monseñor Beaunard refiere así el glorioso suceso:

"Sin embargo, en Roma (Enero de 1842), la colonia francesa que allí residía, estaba conmovida por

una maravilla de gran resonancia. Un joven judío alsaciano, M. Aphonse Ratisbonne, rico, de buen porte, instruído, en vísperas de un gran matrimonio con una de sus correigionarias, á la que amaba; obstinado, apasionado, fanático por el judaísmo, entró casualmente y por acompañar á un amigo, en la iglesia de *Saint-André delle Fratte*, cuando súbitamente, en una capilla, María se le apareció de pie, grande, resplandeciente, permaneciendo sobre el altar y haciéndole señas de que se arrodillase. Allí es donde su amigo le vuelve á encontrar estupefacto, bañado en lágrimas, absorto: "La he visto, es María, tal como la representa la medalla ¡Es Ella!" Esta medalla era la que su amigo acababa de enviarle, y la llevaba consigo. Otro amigo, Albert de la Ferronnays, había expirado tres días antes, ofreciendo su vida por la conversión de este interesante endurecido. Y el mismo día de sus exequias, María había aceptado la ofrenda. "Ella no me ha hablado, pero todo lo he comprendido"—repetía el judío transportado de júbilo.

"El mundo comprendió también cuando le vió abandonar situación, medio, novia, sueños de porvenir, para ser bautizado y hacerse cristiano. Poco después pensó que debía ser sacerdote católico y lo fué. Roma había hecho constar jurídicamente el milagro, en el brillo de su evidencia. París, Francia, el mundo cristiano y el mundo israelita lo proclamaron largo tiempo; sobre todo, Francia, donde el nuevo sacerdote vino á asociarse á su hermano en la obra apostólica de Congregación de Notre-Dame-de-Sion, fundada por ellos, para la conversión de los judíos, sus hermanos siempre queridos." (14)

Nos hemos detenido tanto en los milagros, precursores de la definición dogmática, insertando en el texto los episodios citados, porque nada como ellos demuestra la conveniencia de tal definición, ya que se operaban por el instrumento material de una medalla, con la efigie y el lema de la Inmaculada Virgen.

No hablo de otros milagros que los historiadores refieren, porque no tengo de su autenticidad la misma certeza, pero los referidos bastan á mi propósito.

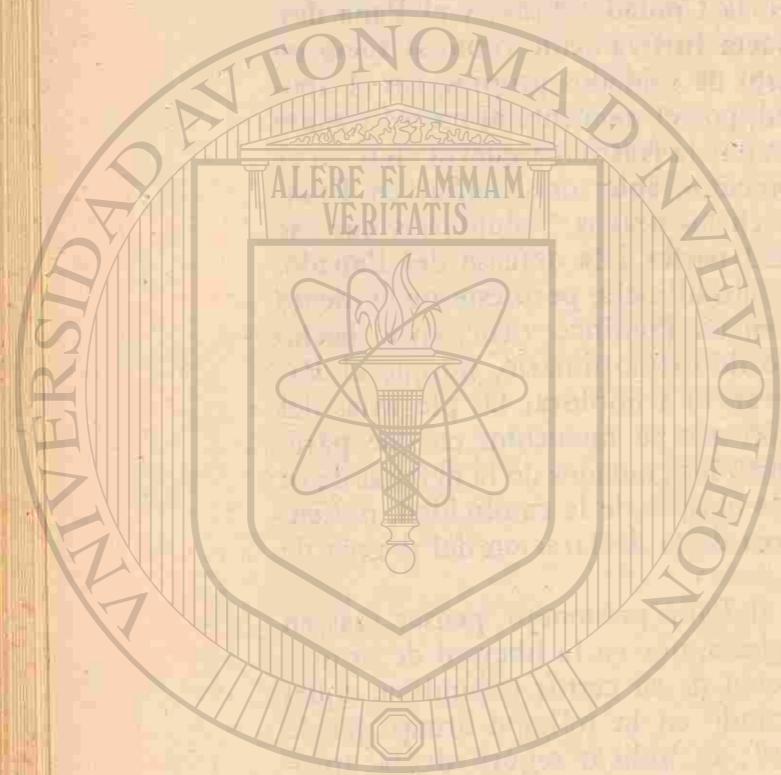
Y á ellos añadiré, para concluir, otro hecho sobremano significativo y elocuente que, sin ser sobrena-

tural, por las circunstancias especiales que lo rodearon, declara nuevamente la voluntad del cielo.

La república que en cualquiera otra parte puede alguna vez ser legítima y conveniente, pero que en Roma será siempre sacrílega y nefanda, alzó la bandera de la revolución en la Ciudad Eterna, y el Papa destronado huyó á Gaeta furtivamente como si fuese un criminal, desprovisto de soldados propios, sin el apoyo de la cristiandad, por el momento al menos y sobre todo, procurando evitar la fratricida guerra civil. (15)

En aquellos momentos, antes que confiar en Francia y en España y en los bravos voluntarios que se aprestaban por todas partes á la defensa del Papado, Pío IX vuelve los ojos al cielo, pero este movimiento sencillo y natural en un Pontífice, tiene, en el hecho que referimos, algo de extraordinario, porque el Papa no se limita á orar, ni á implorar las plegarias del universo entero, sino que en momentos en que parecían deber embargarlo los cuidados de la defensa de su trono, se dirige á los obispos de la catolicidad, pidiéndoles su juicio acerca de la declaración del dogma de la Inmaculada.

Es hermoso ver al Papa prisionero pensar más en los asuntos de la Iglesia, que en la libertad de su persona y la conservación de su cetro; es sublime aquel varón inerme buscando en la religión armas que le niega la humanidad; es indicio seguro de la aprobación del cielo á la grandiosa idea, el que la haya propuesto á la Iglesia un Papa proscrito, escarnecido, destronado. Cuando los Pontífices no tienen el poder temporal, Dios los asiste por medios sobrenaturales. Si la declaración dogmática misma no enseñase á los católicos su oportunidad, yo creería en ella sólo ante la augusta, la sublime, la santa actitud de Pío IX en el reino de Nápoles. (16)



III

EL POSITIVISMO

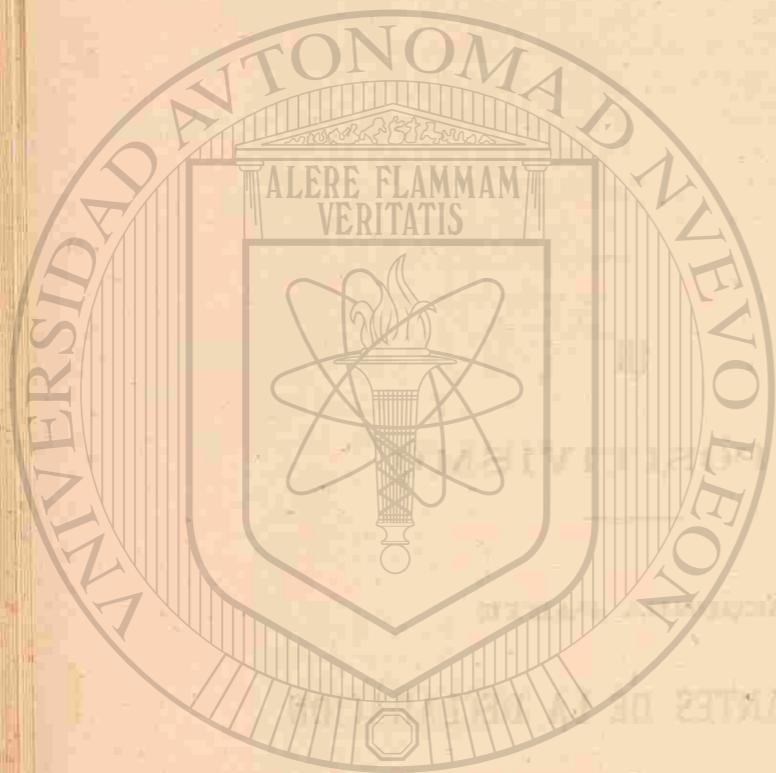
SEGUNDA PARTE

EL MUNDO ANTES DE LA DECLARACION

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





III

EL POSITIVISMO

Un escritor notable (1) al exponer la filosofía de Epicuro, pobre filosofía que no pudo dar jamás solución á los problemas del principio y del fin, nos dice que, sin embargo de su insuficiencia, era tal la situación moral de Grecia en aquel entonces, presa de la inquietud y del desaliento, que las doctrinas del filósofo fueron acogidas con entusiasmo, y remediaron, ó más bien dicho, aliviaron el mal, porque al menos, tranquilizaban momentaneamente las conciencias, moderaban el desenfreno de las pasiones, y establecían en lo moral cierto equilibrio y armonía, que si no eran la paz cristiana, ni aún la indiferencia estoica, sí reconciliaban al hombre con los dioses y hacían más llevadera la carga de la vida.

Al menos si ese autor no ha expuesto explícitamente tal cosa, la deduzco de su estudio, y me parece que la filosofía positivista, que por otra parte presenta muchos puntos de contacto con el epicureísmo, vino á mediados del siglo XIX á satisfacer en apariencia una necesidad de aquella época de desazón, de ansiedad, neurósis mental, buscando á la razón extraviada, en medio de tan encontradas opiniones, asilo seguro, aunque estrecho; campo reducido, pero sin precipicios; maestro que enseñase poco, pero con absoluta certidumbre. (2)

Y en verdad, la razón, olvidada de Dios y de la Iglesia, luchaba en vano por buscar segura norma, y Augusto Comte se la presentó en apariencia, pero con la condición de que se cortase las alas, de que se limitase á ver á través de los sentidos; de que prescindiese de su origen y de su fin, buscando sólo la verdad en el haz de la tierra, como la bestia el pasto. Puede cumplir el positivismo su promesa de no dejarnos errar, pero á trueque de ignorar lo que más importa. ¡Qué verdad tan costosa la que no satisfaciendo las aspiraciones del corazón se compra á trueque de tanta ignorancia! El positivismo encierra la razón en una cárcel, en cuyo estrecho recinto tendrá menos tropiezos, pero en donde quedará eternamente privada del libre ambiente y de los dilatados horizontes.

No hay causas, todos son fenómenos, hechos, puros hechos y sólo hechos, como gritaba el pedagogo de Dickens. La ciencia está en generalizar y su generalización es la ley. Y aquí se detiene el sistema. (3) Y qué—pregunta el catecúmeno— ¿nunca esa ciencia miope se remontará á las causas? “Nunca— contesta el Pontífice. Observa exactamente, generaliza lógicamente lo observado, y conténtate con la ley que nazca de la generalización. No llegarás á Dios por ese camino, pero no importa; el progreso está precisamente en separarse de El.” (Aquí el positivismo, que nada quiere enseñar en materias religiosas, comienza á hacerse apóstol del ateísmo) “¿No ves—continúa el Pontífice—que el salvaje entero es fetiquista; el salvaje á medias monoteísta; el civilizado incipiente, metafísico y científico sólo el civilizado completo, científico, es decir, conocedor sólo de los hechos é ignorante de todo lo demás?”

Augusto Comte, en efecto, á su diminuta y miope filosofía de simple observación, quiso buscar base en una ley histórica, porque no le encontró otro fundamento racional, é inventó la teoría de los tres estados de la humanidad, teoría tan contraria á la historia y al sentido común, como la del pacto social de Rousseau en su orden.

“La humanidad en su desarrollo pasa necesariamente por tres fases. Comienza por el estado *teológico* ó ficticio: entonces el hombre explica el mundo exterior

por voluntades sobrenaturales, análogas á la suya; descuida la observación y la imaginación reina soberanamente. Al estado teológico sucede el estado *metafísico* ó abstracto; éste no es más que una transición: las abstracciones ocupan el lugar de los seres concretos y sobrenaturales. En fin, el espíritu se detiene en el estado *positivo* ó científico, como en un estado definitivo: todos los fenómenos se explican por las simples relaciones que hay entre los hechos accesibles á la experiencia.”

Pero realmente, la razón tornadiza y voltaria, como brújula solicitada por diversos imanes, en ese sistema descansaba siquiera, aunque cambiando por vuelo de insecto, el propio suyo de águila caudal.

Fuera de la Iglesia se producía el caos, y Comte, que carecía de humildad para ser creyente (4), sin saber qué pensar, erigía en sistema el no pensar, y la razón civilizada, la científica, la distante tantos siglos del fetiquismo, levantaba un altar á la ignorancia.

Echemos una rápida ojeada á la situación intelectual del mundo en la primera mitad del siglo XIX.

Era un caos—decíamos—y si ardía como siempre puro y tranquilo el faro de la Iglesia, las nieblas del derredor eran oscuras de tal modo, que aquella luz bendita no podía disparlas.

Napoleón fué gran enemigo de los filósofos que le parecían peligrosísimos, y según Jouffroy en 1814, la filosofía en Francia se asfixiaba en un agujero sin aire. (5)

Cuando á la caída del César pudo respirar un poco, pidió oxígeno á Alemania, y Kant le inspiró el pesado ambiente germánico, saturado de densas y pegajosas brumas.

Según Heine, la *Crítica de la razón pura* es el hacha que mató en Alemania al Dios de los deístas (6); pero no se concibe cómo pudo ser esto porque del mismo sistema de Kant no se deduce el panteísmo lógicamente y porque el filósofo, después de sostener esta doctrina sobre falsa base, echa por tierra, en nombre

de la razón práctica, lo que había construido con el instrumento de la razón crítica.

En efecto, según ésta, no tenemos conciencia más que de los fenómenos, pero nos son desconocidos los *neumones*. Es decir, los objetos exteriores nos impresionan, pero sólo tenemos certidumbre de la impresión y lo externo permanece incognoscible. Según Kant, *el yo es una luz que brilla en medio de las tinieblas*.

AL Pero bien—pregunto—esos objetos externos que nos impresionan ¿son nosotros mismos ó son diversos de nosotros mismos? Kant no se atreve á afirmar lo primero y parece que duda, lo que ya basta para que el panteísmo no se deduzca lógicamente de su sistema, (7) y después de enseñar la razón pura, inventa la razón práctica, que no sé qué cimiento racional pueda tener, si buscamos materiales sólo en el arsenal del filósofo, y confiesa al Dios personal diverso del *yo* y del mundo.

Heine, al hablar y al burlarse evidentemente de esta evolución candorosa, dice con exquisita gracia: “Dios, según Kant, es un *noumen*, y en consonancia con sus argumentos, ese ser ideal y trascendental, que hasta entonces se había llamado Dios, queda reducido á una suposición. Es el resultado de una *ilusión* natural. Sí, Kant demuestra que no podemos saber nada acerca de ese *noumen*, acerca de Dios, y que es imposible dar ninguna prueba razonable de su existencia. Las palabras de Dante, *Lasciate ogni speranza*, las inscribimos en esa parte de la *Crítica de la razón pura*.”

“Creeréis tal vez que ya no nos queda sino volver á nuestra casa. No tal, aún nos queda por ver el sainete; tras la tragedia viene lo cómico. Manuel Kant ha tenido hasta aquí el acento de un filósofo inexorable, ha tomado el cielo por asalto y ha pasado á cuchillo toda la guarnición. Veis que yacen sin vida los guardias de corps ontológicos, cosmológicos y psicoteológicos; la misma deidad, privada de demostración, ha sucumbido; ya no hay ni misericordia divina, ni bondad paternal, ni recompensa futura para las privaciones actuales; la inmortalidad del alma está en agonía....

No se escuchan sino estertores y gemidos.... Y el viejo Lampe, afligido espectador de esta catástrofe, deja caer su paraguas; córrenle por el rostro gruesas lágrimas y sudor de angustia. Entonces Kant se entenece y demuestra que es, no solamente un gran filósofo, sino también un buen hombre; reflexiona y dice con tono entre bonachón y malicioso:

“Es preciso que el viejo Lampe tenga un Dios, sin lo cual no puede ser feliz el pobre hombre.... Ahora bien, el hombre debe ser dichoso en este mundo.... Esto es lo que dice la *razón práctica*. Así, pues, quiero muy de veras que la razón práctica garantice la existencia de Dios.” Como consecuencia de este razonamiento, Kant distingue entre la *razón teórica* y la *razón práctica*, y, con ayuda de esto como con una varita mágica, resucita al Dios que había matado la razón teórica.

Pudiera ser muy bien que Kant emprendiese esa resurrección, no solamente por amistad con el viejo Lampe, sino por temor de la policía. ¿Obraría por convicción? ¿Quiso, al destruir todas las pruebas de la existencia de Dios, mostrarnos lo triste que era para nosotros el no saber nada de Dios? Obró en esto, poco más ó menos, como mi amigo Wesfaliano, que rompió todos los faroles de la calle Grhond en Gotinga, y nos echó en la obscuridad un largo discurso sobre la necesidad práctica de los faroles que había apedreado de una manera teórica, para enseñarnos que sin la luz bienhechora no podíamos ver nada.” (8)

Tras de Kant entraron en Francia las filosofías más nebulosas si cabe, de Fichte, Shelling y Hegel; el enrevesado Hegel, autor del sistema de la Síntesis, el más abstruso, el más ilógico y, para decirlo de una vez, el más absurdo que haya salido nunca de la boca de un filósofo alemán, (9) sin negarle rasgos de profundísimo genio.

Naturalmente bajo el limpio cielo francés tenían que transformarse aquellas tristes producciones del Norte, y nació el eclecticismo de Jouffroy y de Cousin, nuevo Proteo que tomaba mil diversas formas y que sólo tenía el mérito en los países latinos de ostentar las galas de un estilo de cálido color, tan diverso del ropage gris y descolorido de las doctrinas alemanas.

“Habla (el eclecticismo) el más bello lenguaje que se ha oído después de Platón, Cicerón y San Agustín en la antigüedad; después de Bossuet, Fénelon y Malebranche en los tiempos modernos; y sin dar una importancia exagerada á esta cuestión de forma, pensamos que la verdadera filosofía no debería perder esa tradición artística, ya sea que hablase en latín, ó en francés, ó en cualquiera otra lengua viva. La delicadeza y la belleza no están del todo desnudas de valor objetivo: quien escribe elegantemente da al saber humano una semejanza más exacta con la omnisciencia divina.” (10)

Entre los católicos, De Maistre era un gran genio y un insigne apologista, pero su lenguaje truculento, sus paradojas y arranques de pasión, lo desacreditaban. (11) Bonald era una ilustre medianía; Donoso, orador insigne, no encontró teatro suficiente en que desplegar sus inauditas dotes y sólo Lammenais, si hubiera prescindido de sistemas propios y adoptado la sana y robusta filosofía que adoptó después su discípulo Lacordaire (12), habría encauzado el movimiento filosófico y librado el mundo de la plaga del positivismo.

Pero no fué así. Lammenais dió el triste espectáculo de proscribir primero la razón en nombre de la fe, y después la fe en nombre de la razón, pasando del tradicionalismo al racionalismo y demostrando que se tocan los errores extremos.

Sus contradicciones y su caída, siendo la inteligencia más poderosa de Europa, desorientaron muchos espíritus y prepararon el campo al positivismo, que parecía la única tabla de salvación en tan espantoso naufragio.

Panteísmo de diversas formas, ateísmo brutal en Proudhom, eclecticismo de variados tintes, tantos sistemas como filósofos y tantos filósofos como no se habían visto nunca, inundaban la tierra, sin que apareciera ningún Bossuet que hiriera aquella bestia de cien cervices, como el gran Obispo de Meaux hirió el protestantismo, aniquilándolo en el orden científico, cuando apenas llevaba un siglo de existir.

Lacordaire, inteligencia clarividente que descubrió la necesidad de apoyar la apologética en la filosofía

tradicional de la Iglesia, en la escolástica; elocuencia suave y prudente que con mano amiga sabía amansar los odios más enconados; espíritu sutil que supo presentar bajo aspectos nuevos y lucientes cosas envejecidas y empolvadas por los siglos, habría sido el llamado á traer en auxilio de la fe la escolástica y á disputar el campo al positivismo, si no hubiera sido más que orador, si hubiera acertado á ilustrar el mundo con su pluma, como encantaba á un auditorio escogido (*d'elite*) con su poderosa palabra. (13)

Chateaubriand, muy inferior á Lacordaire como pensador, supo escribir un libro de circunstancias, que hizo volver á Francia la vista hacia atrás y comprender que había olvidado en su carrera muchas cosas hermosas. Ese libro no lo pudo escribir Lacordaire, porque el genio, como el espíritu de Dios, sopla donde quiere. Quizá la Providencia quería privar á la Iglesia de medios humanos, para demostrar al mundo el valor de la fe y la virtud de la plegaria.

El positivismo engañaba al mundo, ofreciendo al pensamiento norma que parecía segura, y desde su aparición (1830) se ganó algunas buenas inteligencias sin orientación, y conquistó enorme cantidad de medianías cultas y semi-cultas, ilustradas y semi-ilustradas, porque siendo doctrina de fácil acceso es admirablemente apta para la difusión.

Nada más cierto, y esto hace el positivismo muy peligroso, tanto, que ahora, como lo demostraremos después, que ha ido perdiendo terreno en las inteligencias de los sabios, aún domina la caterva semi-docta, y Augusto Comte, Littré, Robin, Brewster, St. Mill, Lewes, Spencer, Buccholz, Twisten y E. Duhring, desautorizados en el mundo científico, siguen siendo los maestros infalibles de periodistas, abogados, médicos, ingenieros, militares y hasta de personas que ni de lejos han saludado las escuelas. (14)

Kant es profundo muchas veces y algunas tan obscuro, que su pensamiento se halla en el fondo de un pozo, como la verdad del filósofo griego, y Cousin, Jouffroy, como buenos metafísicos no pueden vulgarizarse, que la metafísica—como dijo Lacordaire—es una ciencia que está muy por encima del vulgo.

“Porque vosotros mismos, señores,—decía el ora-

dor—familiarizados desde vuestra infancia con las especulaciones de las palabras y de las ideas, vosotros no entenderíais su trabazón (la de la metafísica) si yo os la expusiese, sino con enorme dificultad. Tal vez muchos ni llegaríais á comprenderla, porque nada más raro que la sagacidad metafísica, mirada que, prescindiendo de todas las realidades, penetra firmemente en el mundo de las abstracciones. Os sentiríais agobiados bajo el peso del pensamiento; la misma claridad deslumbraría vuestro espíritu hasta su fondo y todo desaparecería de vuestra mente, lo real y lo ideal, en desfallecimiento doloroso.” (15)

El positivismo es un sistema cómodo, accesible á las medianías y con el aparato científico de que se rodea y con la autoridad de sus maestros, con su moral utilitarista y con su pretendida infalibilidad, apenas apareció en el mundo, la Iglesia vió en él un gran vulgarizador, un apóstol del ateísmo y el enemigo más formidable de la Religión.

En verdad, mal que pese á algunos positivistas honrados, pero ilógicos é inconsecuentes, el positivismo es ateo.

Litré, sucesor de Comte, hombre de bien que murió felizmente en el seno de la Iglesia, cuando contemplaba tristemente *el más allá*, no se atrevía á negar ni á Dios ni á la otra vida y decía con acento melan-

dió á los cielos? Si suprimís la razón os arrancáis los ojos del alma, y la antorcha resplandeciente de la fe que sólo guía é ilumina, nada os hará ver evidentemente. Santo Tomás dice: *Sic enim fides proesupponit cognitionem naturalem, sicut gratia naturam et ut perfectio perfectibile.*” (17)

Augusto Comte negaba por lo mismo lo sobrenatural, y tras él, Taine, Spencer y toda la escuela.

El primero de esos filósofos hasta llegó á inventar la famosísima y nunca bien ponderada *Religión de la Humanidad*, con sus ritos, sus santos y su Diosa Razón de la cual es ahora Pontífice el chileno Lagarrigue, triste celebridad americana.

Uno de los Goncourt decía con mucha gracia cuando se le hablaba de tan raro y portentoso invento: “Religión sin sobrenatural, vino sin uvas.” Y en efecto, de ese vino falsificado muy pocos han querido beber y el pobre Lagarrigue está expuesto á ser, el día que menos piense, pontífice é iglesia; pero el positivismo filosófico sin formas solemnes, ni culto externo, sí se ha propagado mucho, declarándose sin embozo ateo con Taine y con Spencer.

Bien es que estos maestros, al menos el segundo, no se dicen secuaces de Comte y alardean sistema propio, pero la verdad es que lo siguen en substancia, y ambos niegan lo sobrenatural.

Aquí y por vía de paréntesis, cabe observar un he-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todas las cosas, en lo más alto del éter luminoso é inaccesible; la fórmula creadora, cuya resonancia prolongada, compone, con sus ondulaciones innagotables, la inmensidad del universo." (18)

Y bien, ese axioma QUE SE PRONUNCIA POR SI MISMO. ¿No, es el Verbo Eterno que resuena eternamente en las alturas?

Bossuet y Lacordaire demuestran con admirable lógica, inspirándose sin duda en Santo Tomás, la existencia de Dios por la de las verdades absolutas. Ese axioma, esa verdad eterna, inmutable, absoluta y que se entiende á sí misma, pues consigo misma conversa, á SI MISMA SE PRONUNCIA, ¿qué nombre tiene si no el de Dios? Taine no lo mentó, pero lo confesó; llámole Verdad, pero la Verdad es su primer nombre.

Spencer hace al final de su *Sociología* esta hermosísima confesión que en mi concepto echa por tierra su sistema:

"Sólo hay una verdad que siempre será luminosa: la de que existe un Ser inescrutable, manifiesto dondequiera, y del que no se pueden concebir el principio y el fin. En medio de los misterios que llegan á ser más oscuros mientras más los ahonda el pensamiento, se oculta una certidumbre absoluta, á saber, que siempre estamos en presencia de la Fuerza infinita y eterna, de donde proceden todas las cosas." (19)

Muy bien; pero estas preciosas confesiones que los católicos recogemos y guardamos como prendas de victoria, pugnan con el sistema, aún parecen arrancadas inconscientemente como las predicciones del Profeta, y Taine y Spencer, como Comte y los más francos y denodados positivistas, no son más que ateos, al menos en la cátedra y en el libro, si no en el fondo del corazón. (20)

¡Y qué amenaza para el mundo el ateísmo, ya no crudo, ya no brutal, como el de Holbach ó de Clotz, sino disfrazado de ciencia; ateísmo que no siempre niega lo sobrenatural, pero que por sistema lo ignora; que pone á la razón la barrera infranqueable de lo INCOGNOSCIBLE, fuera de los hechos que caen bajo los sentidos, y que, por lo mismo, implícitamente, al menos, niega á Dios, pues éste no existe si no se dá á conocer y no es nuestro fin, si no se presenta como tal

á nuestra naturaleza, es decir, á nuestro entendimiento!

¡Peligro inmenso para la humanidad! Ya la filosofía incrédula no engaña sólo á los sabios; ya descenderá más bajo aún, hasta el mismo pueblo, hasta la masa anónima; ya se aliará con el socialismo y le quitará su único freno: la esperanza.

Hay que hacer justicia á Comte, y confesar ingenuamente y sin ambages, porque la verdad nunca perjudica, que fué un genio. Platón, Sócrates, los filósofos antiguos y los modernos, han pretendido en vano la popularidad, y Napoleón se burlaba de esos maestros cuya filosofía, apenas al pasar el umbral de la escuela, muere como la princesa de la fábula.

Augusto Comte, para lograr popularidad, tuvo que prescindir de la ciencia, porque el vulgo nunca es sabio; tuvo que inventar un sistema plebeyo, acomodado á todas las clases; tuvo que democratizar la razón y la despojó de sus galas; tuvo que convertirla en pedestre haciéndola andar por la acera. Pero logró la popularidad, al menos en buena parte, bien que por poco tiempo. Ya veremos después que el positivismo, si no expiró, ya está expirante en Europa (*le positivisme est aux abois*—decía un gran orador francés) y si entre nosotros todavía vive, bien que muy raquíticamente y suele cacarear en periódicos y tribunas, es que caminamos á la zaga de la civilización, al grado de que Europa nos precede muchos años, pudiendo decir que en el banquete del progreso, apenas nos tocan, y esto hambres y trasnochados, *los relieves del yantar*, como dice Pereda.

Pero bien, Comte impuso al siglo el positivismo (21) y éste no encontró más valladar que la Iglesia, que nunca tuvo frente á frente enemigo más formidable por el número y por las armas, por la calidad de sus adeptos, difíciles de persuadir por serlo de aprender por método y sistema, pues encastillábase en la fortaleza casi inexpugnable de la ignorancia.

Parece mentira que un hombre que tal vez murió loco y arrastró miserable vida (22) haya logrado tanto ascendiente sobre el mundo; pero pensando en lo efímero de la obra, ya no sentimos tal extrañeza, y la popularidad nos parece muy explicable, según ya hemos

dicho, porque el positivismo aparecía en época de poca fe y la razón sin ella es náufrago que se agarra al primer asidero.

Según la ley histórica que hemos estudiado, la Iglesia debería aperebirse á la nueva lucha, robusteciendo sus fuerzas naturales, y limpiando y afilando sus mejores armas.

A la teoría de los incognoscible, debería contestar con solemne reconocimiento de lo sobrenatural; á la doctrina de los tres estados que supone la civilización enemiga de la Cruz, con un manifiesto de su fe siempre viva y robusta, pues que ha sido madre y amparo de la civilización moderna; al desprecio sistemático del principio y del fin, la declaración de un dogma que encierra todos los principales del cristianismo: la Trinidad, el pecado, la redención y la inmortalidad.

Ante la nueva filosofía, se irguió la fe, y en el tesoro del Evangelio y de la tradición halló una verdad antigua en que habían creído siempre los Padres, los teólogos y las multitudes; pero que aún no se enseñaba por el supremo magisterio de la Iglesia; verdad que encerraba el Cristianismo entero de manera que la declaración era un desafío al panteísmo que niega la personalidad divina (23); al naturalismo bajo todas sus formas, cuando la afirmación de lo sobrenatural no podía ser más alta y solemne; al positivismo, que en sus sueños morbosos, soñaba en el advenimiento de la edad científica, é iba á ver al mundo, de hinojos, á los pies de un anciano que le mostraba el cielo.

Newman decía que el siglo XIX necesitaba nueva revelación, ó estaba perdido. Pues bien, la primera parte de la profética disyuntiva se cumplió, y comenzó para la humanidad nueva era de esperanza.

* * *

Aquí deberíamos ya poner punto á este interminable artículo; pero al hablar del ateísmo de Comte, no puedo abstenerme de decir tres palabras acerca de otro más nocivo y pegajoso: del de Spencer.

A pesar de que el filósofo inglés sostiene que su filosofía se compadece con el ateísmo, el panteísmo y la creencia en un Dios personal, creador y legislador de

todas las cosas, su sistema, lógicamente examinado, es ateísmo en puridad, como vamos á demostrarlo luego; que no podemos resistir á la tentación de presentar al filósofo como es, poniendo de relieve, mal que pese á sus admiradores, su pobrísima dialéctica. (24)

Spencer confiesa, y negarlo sería destruir la razón por su base, que tratándose del origen de las cosas, una de estas tres proposiciones tiene que ser verdad: *O el universo existe por sí mismo, ó se ha creado á sí mismo, ó debe la existencia á un agente exterior.* (Palabras textuales). (25)

Tan sencilla y natural exposición basta para convencer al buen sentido de cuál sea la verdad; pero veamos lo que piensa el filósofo de las tres hipótesis. ¡Pobre ciencia moderna!

Confiesa paladinamente repugna á la razón que el universo sea el ente necesario, pues al cabo de varias consideraciones enrevesadas y obstrusas, fundadas en una famosa teoría suya en que se confunde infantilmente (26) la imaginación con la concepción, acierta á decir que en tal hipótesis el mundo tendría *un pasado infinito, lo que repugna, pues un pasado infinito es un infinito terminado.*

En efecto, aunque Spencer no formule su pensamiento así, diremos que si el pasado del mundo fuese una serie infinita de momentos, como tendría que ser si existiese por sí mismo, tropezaríamos con el número INFINITO EN ACTO, cosa imposible.

Tampoco se ha creado el mundo á sí mismo—dice el filósofo—porque una potencia no puede ponerse á sí misma en acto, con lo que no hace más que expresar substancialmente el principio aristotélico de que *todo lo que se mueve se mueve por otro*, y en este punto, fuera de Bedlam, (27) no habrá quien no esté de acuerdo con él. Pero también en su concepto, *repugna á la razón su tercera hipótesis*, y resulta que el ilustre Spencer se queda sin ninguno de los tres miembros de la proposición y que el pobre hombre no sabe qué pensar.

Pues una de las tres cosas tiene que ser cierta, y si se aclara que ninguna, podemos agregar algún otro miembro á la proposición; cualquiera cosa, como la

de que el mundo lo hizo Inglaterra en las fábricas de Manchester, por ejemplo.

Un perro—cuenta Santo Tomás—seguía una pista, y se encontró en una encrucijada hecha por tres caminos: rastreó en uno, y no halló la huella; husmeó en el otro, y tampoco la descubrió, y entonces ya sin buscar nada, hizo este *raciocinio*: (al menos así lo supuso el cazador) “no por éste, no por aquél, luego por el otro,” y tomó el tercer camino sin vacilar.

El perro estuvo más afortunado que el filósofo. No se creó el mundo á sí mismo, no existe por sí mismo, luego lo creó una causa superior, dice cualquiera, **POR MAS QUE NO CONOZCAMOS LA NATURALEZA DE ESA CAUSA**, y ante el pensamiento clarísimo, inconcuso, casi evidente de ese Ser Supremo, se descubre y se inclina, como Newton.

Spencer confunde lamentablemente la esencia con la existencia de Dios, y no comprendiendo la primera, deduce que no existe la segunda, deducción que sería exacta si encontrara contradicción realmente; pero que no puede serlo supuesta la falsedad de los dos términos de la proposición, **CUANDO EVIDENTEMENTE** tiene que ser verdadero uno de los tres. Además, la razón del filósofo para hallar implicación y contradicción en los terminos de la esencia divina, es baladí, y ni San Agustín, ni Santo Tomás, ni Bossuet, ni Balmes, se necesitan para descubrir el sofisma que puede refutarlo cualquier seminarista vulgar. (28)

Spencer, á ese respecto, hace suyo el siguiente miserable sofisma de Mansel: “Pero estas tres concepciones, la causa, lo absoluto, el infinito, todas igualmente indispensables, ¿no se contradicen entre sí cuando se las considera como atributos de un mismo ser? Una causa no puede, como tal, ser absoluta; el absoluto no puede, como tal, ser una causa. La causa, como tal, no existe sino en sus relaciones con el efecto; el efecto es un efecto de la causa. Por otra parte, la concepción del absoluto implica existencia posible fuera de toda relación. Intentamos escapar de esta aparente contradicción introduciendo la idea de sucesión del tiempo. El absoluto existe primeramente por sí mismo, y en seguida llega á ser causa. Pero aquí nos detiene la ter-

cera concepción, la del infinito. ¿Cómo el infinito puede llegar á ser lo que no era en el principio? Si la causación es un modo posible de la existencia, lo que existe sin ser causa no es infinito, lo que llega á ser causa ha traspasado los límites primitivos. . . .” (29)

Como se ve, todo el sofisma estriba en esto, ya mejor formulado por la escolástica como objeción: Lo infinito es inmutable; si Dios es causa ha habido en El mutación, porque la causa al obrar se mueve (movimiento es tránsito de la potencia al acto): luego Dios no es infinito. (30)

El error, como se ve á las claras, consiste en suponer que la causa al obrar se mueve, ó, haciendo uso de los términos de Spencer, que al producir el efecto no es lo que era antes. ¡Qué grandes pensadores son estos positivistas!

Dios es un acto puro—dice Santo Tomás—lo que quiere, lo ha querido siempre, y no se altera, por lo mismo, su naturaleza ni su voluntad, porque el efecto decretado *en la eternidad en el tiempo se verifique*.

Con tan sencillas palabras, ¿no está resuelta la objeción satisfactoriamente?

Ahora bien, que no se comprenda cómo Dios es infinito, eterno, inmutable, es muy diferente de sostener que entre sus atributos haya contradicción.

Si discurro como el gran Spencer, acabo por negar la existencia de los cuerpos. En efecto, ó éstos se reducen á elementos simples, ó son divisibles hasta el infinito, y como no entiendo ni una, ni otra cosa, lo más acertado sería decir que no hay cuerpos.

Pero el hecho es, como se ha visto, que Spencer, que encuentra contraria á la razón la existencia de los dos primeros extremos de su tesis, afirma encontrar el tercero, y que por lo mismo, niega su existencia, pues nada existe contrario á la razón, ó no podemos tener conciencia de nada, y debemos caer en el pirronismo más completo, ó más bien, debemos anular la razón y destruir la ciencia misma.

Sigue el gran Spencer en la tarea ingrata de atacar á Dios y abandonando á Mansel, se echa á campar por su respeto, y dice que no se compadece la existencia del mal con la de un ser infinitamente bueno. Si

Dios quiere el mal—dice—su bondad no es infinita, y si se verifica sin su voluntad, ésta se halla limitada.

¿Qué es lo incognoscible para Spencer, Dios ó el mal? En la duda diría yo que el segundo; pero él no, porque lo ve, lo palpa, y no discute su existencia ni por un momento: luego no cree en la existencia de Dios, porque de dos cosas contradictorias, una tiene que existir solamente.

Pero de la existencia del mal, deducir la no existencia de Dios, es deducir que un cuadro no tuvo autor, porque nos parece incompleto.

El mal no es más que resultado de imperfección de la libertad humana. El mal es negación que Dios no ha creado; el mal no es sino la desviación del orden de un ser libre. Si Spencer hubiera leído á San Agustín, á Santo Tomás, á todos los grandes teólogos y filósofos católicos, se habría formado concepto exacto del mal y no habría tomado como argumento invencible una mera objeción de principiante.

Para suprimir el mal, habría que suprimir la libertad. Dios respeta sus obras. Si hace la libertad humana, es para no aniquilarla, porque nada aniquila, y la aniquilaría si no la dejase elegir entre las cosas que la solicitan en diversos sentidos.

Santo Tomás ya expone como objeción, y con más fuerza, el argumento de Spencer, y lo contesta con su acostumbrada sencillez y claridad.

“Una cosa infinita—dice—destruye la contraria. Todo el mundo entiende por Dios el bien infinito: luego si Dios existiese, no existiría el mal. El mal existe en el mundo: luego Dios no existe.” (31)

El Angel de las Escuelas contesta la objeción, de este modo: “Dios, siendo el sumo bien, nunca permitiría el mal en sus obras, como dice San Agustín en el *Enchiridión*, si no fuese omnipotente y bueno para sacar el bien del mal.” (32) Es decir, si Dios permite el mal, es siempre bajo la razón de bien, como el médico corta y quema para curar.

Un ser libre imperfecto, desde el momento en que su libertad es imperfecta, puede delinquir; pero Dios permite tal desorden como sabio, porque respeta esa libertad, y como poderoso y bueno, para sacar de la

prueba el mérito; del pecado, la justicia; y del arrepentimiento, la misericordia.

Dios (lo que no ve Spencer) hace del desorden moral un orden superior; es decir, como afirma Santo Tomás, convierte el mal en bien, y así, por la ciencia y la bondad divinas, todo cuanto acaece en el universo es bueno.

Un gran compatriota del triste Spencer, Pope, expone en versos magníficos ese pensamiento cristiano: “La naturaleza—dice substancialmente— es arte ignorada; la causalidad, dirección oculta; la discordia, armonía no entendida; el mal parcial, bien universal; y, pésele á la razón orgullosa, esta verdad brilla en el universo: *cuanto acaece es justo.*” (33)

Shakespeare expone en estos hermosísimos versos el mismo pensamiento:

“*Tongues in trees; books in the running brook;
sermons in stones, and good in every thing.*” (34)

Consuela pensar que Inglaterra siempre ha de sentir, como sus inmortales poetas, y tras de poco tiempo ya no se acordará del filósofo.

Otros argumentos expone el sabio inglés, para demostrar que la tercera hipótesis, la de que el mundo fué creado por un agente exterior, es contraria á la razón; pero son aún más baladíes que los referidos, y no saco de todo ello más que la verdad psicológica de que adelante hablaré.

Por ejemplo, de la existencia del espacio deduce también el pobre hombre que Dios no existe, “pues si el espacio ha sido creado—dice—es preciso que no haya existido antes, y NO HAY ESFUERZO MENTAL CAPAZ DE HACERNOS IMAGINAR LA NO EXISTENCIA DEL ESPACIO,” y si no ha sido creado (así completo yo el pensamiento), ya tenemos un segundo ser necesario, lo que repugna. Si la no existencia del espacio—agrega—es inconcebible absolutamente, se sigue por necesidad que su creación es también absolutamente inconcebible.

En primer lugar, Spencer supone que el espacio es una cosa positiva, idea enteramente falsa, indigna de un sabio, y que causaría la hilaridad de cualquiera de

nuestros estudiantes. El espacio no es la extensión, como creyó Descartes, sino la negación de la extensión, pero aún suponiéndolo algo positivo, no veo la menor repugnancia en concebir que pueda perder la existencia, y lo que sucede al poco afortunado pensador, es que no puede imaginarse el universo sin el espacio, y sigue en su confusión ridícula de imaginación y concepción.

Supóngase el mismo argumento formulado de este modo: no puedo concebir que en alguna parte no haya silencio ó soledad ú obscuridad: luego estas cosas han existido siempre, no son creadas, y ya tenemos algo coexistente con Dios y contrario, por lo mismo, á la noción de lo absoluto.

¿A quién se le ocurrirá decir que el silencio, la soledad, la obscuridad necesitan crearse, cuando consisten sólo en la CARENANCIA de sonido, de toda clase de seres y de luz? Pues lo mismo sucede con el espacio; que es sólo CARENANCIA DE CUERPO. Pero también si aquellas negaciones tuvieran existencia real, claro es que podrían perderla, y de seguro no la habrían tenido alguna vez, pues toda cosa finita necesita principio.

¿Cómo se explica que un hombre como Spencer, profundamente erudito, infatigable observador, que en muchos otros puntos da pruebas de verdadero talento, caiga en tan crasos errores, indignos de cualquier ignorante?

Monseñor Mercier (35) el gran filósofo de Lovaina lo admira muchas veces tratándose de otras materias, y á nosotros que apenas hemos saludado la metafísica, luego que habla de Dios, nos hace reír, como si oyéramos á un loco. ¿Qué fenómeno es éste?

Ernesto Hello, el altísimo pensador, hablando de Víctor Hugo, le aplica la siguiente fábula:

“Un pintor y un pensador viajaban juntos. El pintor, servidor fiel é inteligente, cubría de tiempo en tiempo con un manto de púrpura las espaldas del pensador.”

“Pero bien pronto nació y creció en su corazón el proyecto de viajar solo, para ser el amo, y el deseo de despojar á aquel á quien debía servir.”

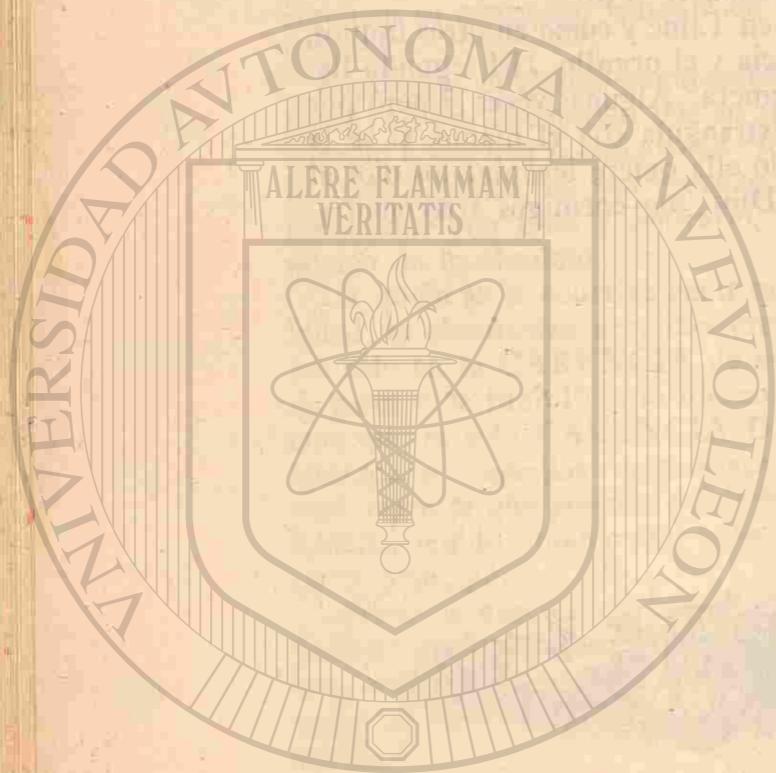
“En cierta encrucijada, el pintor, embriagado de

orgullo á causa de los encantos de su paleta, se arrojó traídoramente sobre el pensador, enredóle en torno del cuello el manto rojo con el que habíale prometido adornar sus espaldas, y lo estranguló en vez de ataviarlo.”

“He aquí la historia de Víctor Hugo. En él viajaban el pintor y el pensador.” (36)

En Spencer, como en Taine y como en otros impíos, viajan unidos la ciencia y el orgullo. ¿El segundo llegará á matar á la primera? Algunas veces sí pero por lo común, si no la estrangula con el manto, sí se le echa á la cara, cuando ella quiere levantar los ojos al cielo. El orgullo y Dios son enemigos irreconciliables.





IV

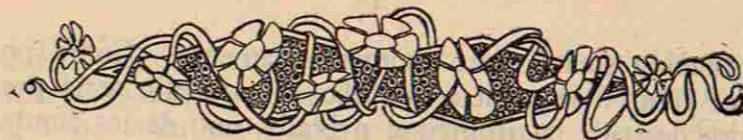
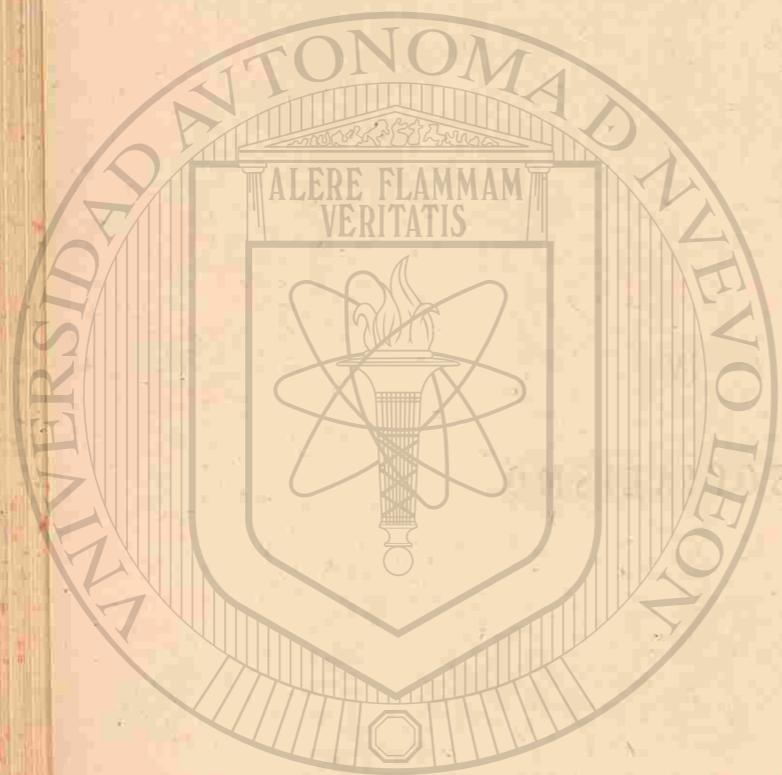
EL SOCIALISMO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





IV

EL SOCIALISMO

Hay que distinguir entre la cuestión social y el socialismo. (1) La primera consiste en la lucha fatal entre el capitalista y el obrero, en el conflicto entre el derecho de propiedad y el derecho de conservación.

El rico tiene derecho á sacar utilidad de su oro; el trabajador, á que su trabajo sea debidamente indemnizado, de modo de poder subvenir á sus necesidades materiales, sin que se le exija una tarea superior á sus fuerzas, que agote su salud y que le prive de un descanso periódico necesario para su cuerpo y su alma.

Peró el rico exagera á veces su derecho, pretendiendo utilidad excesiva, á costa del infeliz obrero, á quien sin causa bastante, reduce el salario y aumenta la tarea; y el obrero á su vez pretende que el propietario prescinda de su utilidad legítima, queriendo que ésta corresponda únicamente al trabajo y no al capital, improductivo de por sí. Tengo derecho—dice—á todo lo que produce mi trabajo y no se me da ni la mitad siquiera. *¡Guerra, pues al capital privado, vampiro del pobre; guerra á la férrea ley de los salarios, ergástulo de mi nueva esclavitud, más ominosa que la antigua!*

La ley es impotente para impedir esa lucha. Por algunos medios indirectos podrá aliviar algo tan penosa

situación social, pero momentáneamente. ¿Cómo poner freno á la codicia del rico, si para ello sería preciso destruir la propiedad privada, uno de los fundamentos de la sociedad actual? ¿Cómo inspirar al pobre, amor á la pobreza, conformidad con su suerte para que no apele á la fuerza brutal del número en ocasión propicia y busque con ella la mejora de su dura situación, ó al menos el goce de una venganza tanto tiempo reprimida?

La Iglesia comprende mejor que nadie esa situación, y se afana por resolver la cuestión social por los medios que su temperamento y su misión ponen á su alcance, y que por cierto, son los únicos posibles. En este sentido es la gran socialista. Pero fuera de su seno se ha inventado otro sistema, impropriamente llamado socialismo, que pretende remediar al mal, destruyendo las bases mismas de la sociedad. Leed sus principios fundamentales:

I.—LA IGUALDAD NATURAL DE TODOS LOS HOMBRES—de donde proviene la *igualdad de sus derechos* y la abolición de todas las desigualdades sociales.

II.—LA COMUNIDAD DE LOS BIENES NATURALES—á que se opone la *propiedad privada*.

III.—EL DERECHO AL TRABAJO—que no puede ser tutelado en todos los individuos, si la sociedad no se apodera de los materiales y de los instrumentos del trabajo, y no dirige ella misma el trabajo, la producción y el reparto.

IV.—EL DERECHO AL PRODUCTO ENTERO DEL TRABAJO—que no podrá existir sino cuando sea abolido el derecho del propietario privado.

V.—EL TRABAJO OBLIGATORIO A TODOS—porque todos tienen la obligación de proveerse de lo necesario para la vida." (2)

En apariencia el socialismo no ataca más que la propiedad, lo que ya es bastante para la ruina del mundo, pero en puridad, hiere también rudamente las otras bases sociales, la religión y la familia, porque tales cimientos se apoyan los unos en los otros, y conmovido éste, se desquicia aquél.

En 1847, el desarrollo de la industria, el aumento de la población y, más que todo, la falta de fe, exacer-

vaba la dolencia social en que nos ocupamos, y el socialismo surgió en Europa, llamándose infalible medicina, ó más bien que nacer, se organizó en sistema, dando forma definitiva á sus principios capitales.

Marx y Engels lanzaron en ese año su famoso manifiesto, exponiendo doctrina semejante á la anunciada, y terminándolo con estas palabras de aterradora elocuencia: "Los comunistas no tratan de ocultar sus miras y sus aspiraciones. Ellos declaran abiertamente *que su fin puede únicamente conseguirse derribando violentamente toda la actual constitución de la sociedad*. Las clases directoras tiemblan ante una revolución comunista. El proletario nada tiene que perder más que sus cadenas, y tienen en cambio, todo un mundo que ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!" (3)

¡Qué peligro para la sociedad, Dios santo! El burgués de la revolución que, á pesar de su fanatismo sectario, podía abrigar algunas ideas nobles, entre ellas el amor á las clases desheredadas, tenía que convertirse, por causa del positivismo, en el más frío egoísta, y, como lo veremos en otro de los capítulos de esta disertación, á mediados del siglo la burguesía se paganzaba. El jacobino, por evolución natural, se convirtió en positivista, en ateo más ó menos disfrazado. La nobleza en algunas partes desapareció, en otras iba perdiendo sus privilegios y sus riquezas, y la sucedía la clase media en el gobierno, en la industria, en el dominio territorial, como sucedía al clero en la cátedra y en la prensa. La burguesía convertíase en directora de la sociedad, porque disponía de los principales instrumentos de dirección. Y en esa clase el positivismo hacía principalmente sus extragos y la iba convirtiendo en la mayor tiranía para el pobre, porque el rico sin Dios, es Dios de sí mismo, como dijo el poeta.

Al pobre pueblo bajo, ya por su parte las ideas liberales habían comenzado á descristianizarlo en el mundo. Napoleón, apenas subió al poder, quiso darle la religión, pero la gran obra napoleónica la desbarataban las logias, los clubs, los periódicos, y aunque las nuevas filosofías no llegaban naturalmente al pueblo de modo directo, se le corrompía con la negación brutal, la blasfemia cínica, la mentira histórica, la

utopia social más ó menos grosera, pero bastante á engañarlo, porque engañaba sus pasiones.

En donde quiera se hizo al pueblo bajo, en buena parte al menos, enemigo de los reyes y de la nobleza y enemigo también del clero, porque se acusaba á éste de cómplice de la nobleza y de los reyes. Ser enemigo del clero y ser impío es una misma cosa, principalmente en el ignorante.

En esa situación, el socialismo tenía que ganar el pueblo. El liberalismo había proclamado la igualdad de derechos, ¿por qué el socialismo no había de proclamar la igualdad de fortunas? El liberalismo proclamaba la perfección humana, negando la existencia de la culpa original (4), é imputando los males del mundo á la sociedad y no á la naturaleza: ¿por qué el socialismo no había de sublevarse contra esa sociedad criminal y desnaturalizada, proclamar su completa ruina y la de sus bases fundamentales que son la autoridad, la religión, la familia y la propiedad?

El liberalismo quiere la secularización del estado; el socialismo, más lógico, quiere la secularización del hombre. El liberalismo atacaba á Dios, pero incosecuente por egoísta y cobarde, quería respetar la autoridad, la propiedad y la familia. El socialismo, enemigo franco y brutal como la clase que lo acogía, se proclamaba abiertamente anarquista desde su aparición en el mundo. Si no hay Dios para la sociedad—exclamaba por boca de sus apóstoles—en vano nos pedís respeto á la propiedad, amor á la familia y obediencia al gobierno. Sin Dios, la propiedad es robo; la autoridad, tiranía; el matrimonio, contrato rescindible y la familia, sociedad liquidable.

En la burguesía, el positivismo; en el pueblo bajo, el socialismo. Arriba, el egoísmo y la codicia; abajo, la sensualidad y la venganza. Tal era la situación de la sociedad humana en la parte más civilizada, á mediados del siglo XIX y fuera de la Iglesia Católica.

No se puede decir, en mi concepto, que el positivismo historicamente sea padre del socialismo, pues nacieron juntos con Saint Simón, que comenzó á perfi-

lar el segundo en el siglo pasado, al mismo tiempo que echaba los cimientos del primero. Saint Simón fué precursor de Comte como lo fué de Proudhom. (5)

Pero esa doctrina filosófica es admirable egida de la utopia social. La primera allana el camino á la segunda. Aquélla, sin proclamar el ateísmo crudo y procaz, lo profesa sin embargo, lo propaga admirablemente entre los ignorantes y perezosos, á quienes resulta sobremanera cómodo no pensar ni discutir acerca de lo que es por su naturaleza incognoscible. Esta (el socialismo) necesita del ateísmo para prosperar, porque Dios es su mayor enemigo y la Iglesia el campeón del cielo.

El positivismo es la egida filosófica del socialismo. Mientras el primero reine en los entendimientos, ya el segundo podrá encender sin obstáculo las pasiones de las multitudes.

Por eso todos los principales jefes del socialismo, han sido francamente ateos.

“Hé aquí por qué los corifeos del socialismo contemporáneo son todos ateos, materialistas, masones ó judíos renegados, Enrique Saint Simón, Carlos Fourier, Feuerbach, Engels, Pedro Leroux, Roberto Owen, Fernando Lassalle, Carlos Marx, Miguel Bakounine, Proudhom, Liebknecht y Bebel son nombres que lo dicen todo. Los que están á la cabeza del movimiento socialista no hacen misterio de ello. El ateísmo es el fondo común de su sistema, háyanlo tomado de Hegel en Alemania, de Augusto Comte en Francia ó de Mazzini en Italia.” (6)

El socialismo, como todo error, es frecuentemente hipócrita y como ve en el sacerdote su mayor enemigo, quiere muchas veces engañarlo y sostiene como los liberales que no ataca la religión privada. ¡Mentira! Bastaría para que fuera anti-católico, que atacase la religión en el estado, la propiedad y la familia, pero en realidad de verdad, sus dogmas son intrínsecamente ateos, y sus instintos y pasiones se compadecen con tan nefandos principios.

Bien sabemos que los primeros apóstoles del error, Saint Simón y Cabet, querían identificar el cristianismo con el socialismo, pero ésto era á las claras ardid sectario, y si bien acertaban al decir que si reinase el

cristianismo no habría cuestión social, erraban ó mentían al afirmar que el cristianismo y el socialismo eran una sola y misma cosa.

El Profesor Bellarini pone de relieve las diferencias en el siguiente párrafo:

“Ellos quieren destruir la propiedad, y nosotros, por el contrario, queremos reforzarla, vigorizarla y difundirla. Ellos quieren destruir toda desigualdad social, todo orden jerárquico, toda autoridad mediante la *lucha de clases*; nosotros, en vez de eso, queremos el orden jerárquico de la sociedad, la igualdad *proporcional*, la solidaridad en los designios finales de la vida civil: *la paz*. Ellos quieren perfeccionar la obra de la civilización moderna, concentrándolo todo en manos del Estado y despojando á los individuos de sus derechos naturales; nosotros, en vez de eso, queremos llevar á cabo la obra de la civilización cristiana, llamando al Estado para tutelar la libertad y los derechos de los individuos. Ellos quieren una doctrina *laica*; es decir, *atea*, una sociedad en la cual la autoridad, el derecho, la ley, el deber, sean independientes de Dios; nosotros, por el contrario, queremos una sociedad cristiana, donde la autoridad, el derecho, la ley, el deber, tengan su fundamento en Dios. Ellos van agitando las masas con las engañosas esperanzas de un paraíso terrestre; y nosotros, por el contrario, sin alimentar con ilusiones al pueblo, procuramos mejorar su suerte, reclamando para él los derechos de la justicia y de la caridad cristianas. Ellos, en suma, quieren hacer de la sociedad un inmenso rebaño que trabaje y se apaciente en común, *usando*, pero *no poseyendo nada propio*; y nosotros, en lugar de esto, queremos que la sociedad se organice de modo que asegure á todos *el trabajo, la libertad y la propiedad*.”

Esto es lo que quieren los socialistas y lo que quieren los católicos.

¿De dónde vendrá, ¡oh pueblo! tu salvación?

Y vosotros, gobernantes, ¿de quién, ó á qué habéis de temer? (7)

Pero lo que causaría risa si no inspirara tanta repugnancia la impiedad hipócrita, es ver cómo los burgueses y los socialistas, apelan á Dios y á la Iglesia en lances apurados, los unos queriendo convertir al Papa

en un gendarme, excelente custodio del capital, después de que despojaron á la Iglesia de sus bienes; los otros pretendiendo que en nombre de la caridad y del Cristo, se constituya campeón de los profesores de venganza y de los mayores enemigos del Crucificado.

En esa intriga suelen tenderse ellos mismos un lazo y se les escapan preciosas confesiones.

“Los mismos enemigos de la Iglesia—dice Bellarini—llaman á León XIII restaurador de la sociedad y hasta en el recinto de Montecitorio gritan á voces: “Hay que retroceder á todo trance porque en el fondo está el abismo; hay que purificar el ambiente; necesitamos aire sano; ¡EL SOCIALISMO SOLO TEME AL SACERDOTE!”

Me desviaría demasiado del asunto si citase casos de hipocresía socialista, en que la fiera, disfrazándose de cordero, llega á lamer los pies del Papa; pero por lo común, el socialista es más brutal que el burgués, y se proclama francamente ateo, como lo son sus principios, alardeando muy lógica consecuencia.

Existe un libro, publicado en Alemania en 1892, por Riechter, admirable orador del Parlamento germánico, en que se ponen de manifiesto las tendencias socialistas de modo tan persuasivo y elocuente, que de la obra se hicieron sólo en medio año doscientas veinticinco ediciones. (8)

Allí aparece de relieve el ateísmo socialista y la fórmula de que se vale para expresarlo, tomada de Bebel, gran apóstol del colectivismo, es de veras expresiva y elocuente: “*Para el hombre, la tierra; el cielo para los ángeles y los pájaros.*”

A mediados del siglo, presentaba ya el mal socialista su forma más aguda. Oíd á Proudhon:

“Proudhon escribe que la causa del mal en nuestra sociedad es la moral cristiana, que se ha hecho corruptora, apoyándose en la Providencia, en la Redención y en el Juicio. Por la primera se tienen pobres y ricos: el pecado original muestra al hombre caído y despreciable, y la consecuencia de ella es la necesidad de que haya una potestad humana para refrenarle y conservar la miseria. La redención hace consistir la regeneración en una teurgía por medio de los Sacramentos: la religión enardece y fomenta la actividad hu-

mana, afloja la voluntad y deja al hombre entregado al arbitrio del hombre. Dios, imagen de la naturaleza humana, es una abstracción, un ídolo del pensamiento filosófico, la sanción de una moral debilitante; guerra, pues, al Angel, al Arcángel, á las Dominaciones, á los Principados, á la Iglesia, al Concilio, al Parlamento, al púlpito, á la personalidad, á la cabeza, y, en fin, al absoluto de los absolutos, que es Dios. De este modo, se depuran las ideas y se llega al reino de lo bello, de lo bueno, de lo verdadero, en el que el hombre sólo es principio de toda moral y de toda justicia, las cuales lleva en la razón y en la conciencia: de este modo se restablece la igualdad, queda destruida la miseria y abolido el salario, elevando al hombre á la dignidad de partícipe." (9)

¡Qué contradicciones del entendimiento humano! Se suprime á Dios, se priva al alma de la esperanza en el cielo en nombre de la razón y de la filosofía, y se inventa sin el menor fundamento racional, el dogma más arbitrario, más empírico y caprichoso, mejor dicho, más absurdo, porque pugna con la naturaleza humana, el dogma de un paraíso futuro en la tierra, en que no habrá desigualdades, ni odios, ni pasiones, ni dolencias de ninguna especie, ni muerte tal vez.

Bebel, vuelto profeta, predecía en el Reichstag esa nueva y utópica edad de oro, y Alfredo Fouillée, en la *Revue de deux Mondes* (10. de Agosto de 1900), hacía acerca de ella las siguientes juiciosísimas reflexiones:

"El absoluto pesimismo hacia la sociedad presente y el absoluto optimismo hacia la sociedad venidera, forman una extraña contradicción; ya que si la sociedad actual es tan mala, ¿cómo esperar que pueda producir una sociedad perfecta? Otra ilusión es ésta: que para cambiar á los hombres, baste cambiar las instituciones, como si éstas fuesen independientes de aquellos, y pudieran valer lo que aquellos no valen. . . . El colectivismo, tan desdenoso con las religiones, es á su vez una nueva religión que exige ciega credulidad y su dogma fundamental es éste: que bastará transportar al egoísta á una sociedad comunista para que su vicio se convierta en virtud, y su modo de ser interesado se convierta en desprendimiento."

¡Pobre razón humana! No cree en el Dios de la sana filosofía, en el Dios en que han creído todos los pueblos, en el Dios de la revelación, en el Dios de la Iglesia, y cree en la palabra empírica de un fanático ó de un sofista, sólo porque adula sus pasiones, semejante al niño que quiere coger la luna, porque se le dice que puede servirle de juguete.

El socialismo y el positivismo constituían para la humanidad espantosa amenaza, y la Iglesia necesitaba reaccionar, y reaccionó.

A los falansterios, á los clubs, á las logias, opuso sus círculos de obreros; opuso, sobre todo, congregaciones admirables, como la de los Hermanos de las Escuelas, la de Don Bosco, el apóstol de los trabajadores, el santo que quizá dé su nombre al siglo en las edades futuras, cuando hayan desaparecido ante ellas, las nubes de polvo que tanto movimiento levanta y queden sólo los monumentos imperecederos. (10)

Pero la reacción debía ser aún más cristiana, más sobrenatural y más eficaz por lo tanto. La declaración del dogma de la Inmaculada era la respuesta mejor á la blasfemia del ateísmo, al grito de rabia del pesimismo (11), á las mentiras optimistas y á la tiranía del poderoso. El Papa, como lo veremos después, ostentaba su autoridad infalible ante los enemigos del poder, y doscientos millones de hombres, á su voz, doblaban la rodilla y golpeaban su pecho. El Papa, al declarar el dogma, condenaba el error de la perfectibilidad humana, porque aquél encierra la verdad de la culpa original, cuyo reato se perdona, pero cuya huella no se borra; condenaba el pesimismo, que es enemigo de la esperanza, presentando á la humanidad glorificada en virgen sin mancha, la esperanza más firme y consoladora; condenaba á los opresores, lo mismo que á los rebeldes, enseñando que á los ojos de Dios nada ennoblece ni dignifica más que la fe, la esperanza y la caridad.

Realmente la Iglesia al buscar de modo más especial el auxilio de María Inmaculada, manifestaba que comprendía la cuestión candente; que se interesaba

por su solución pacífica con todo el celo de su corazón de madre, y que acertaba con el UNICO medio de hacer cesar la lucha desenfrenada y sin tregua entre el rico y el pobre: el de provocar en el mundo NUEVA EFUSION de caridad, como dijo León XIII.

Empeñaos en vano, legisladores, filósofos, economistas, filántropos; empeñaos en vano en resolver el problema social más arduo de todos los tiempos. No contáis con Dios y no extinguiréis la codicia; no contáis con El y no reprimiréis la venganza. La cuestión es más que económica, filosófica, administrativa, es religiosa y moral. ¿Qué instrumentos tenéis vosotros para ilustrar las conciencias, y, sobre todo, para reformar los corazones? Hoy, después de haberse despreciado tanto á la Iglesia, después de que Voltaire lanzó á su augusta faz la más insultante carcajada; después de que la han escarnecido los reyes, los legisladores, los sabios, los periodistas, los tribunos, se comienza á comprender que de ella sola puede venir el remedio, porque es el único faro de fe, la única estrella de esperanza, la única fuente de caridad. Por eso hace un momento recordábamos una voz de Montecitorio, del impío Parlamento italiano, que hace una de las más hermosas confesiones de la época y que circuye á la Iglesia de honra y de respeto: "¡EL SOCIALISTA SOLO TEME AL SACERDOTE!"



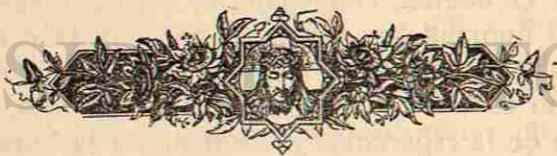
V

EL NEO-PAGANISMO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por su solución pacífica con todo el celo de su corazón de madre, y que acertaba con el UNICO medio de hacer cesar la lucha desenfrenada y sin tregua entre el rico y el pobre: el de provocar en el mundo NUEVA EFUSION de caridad, como dijo León XIII.

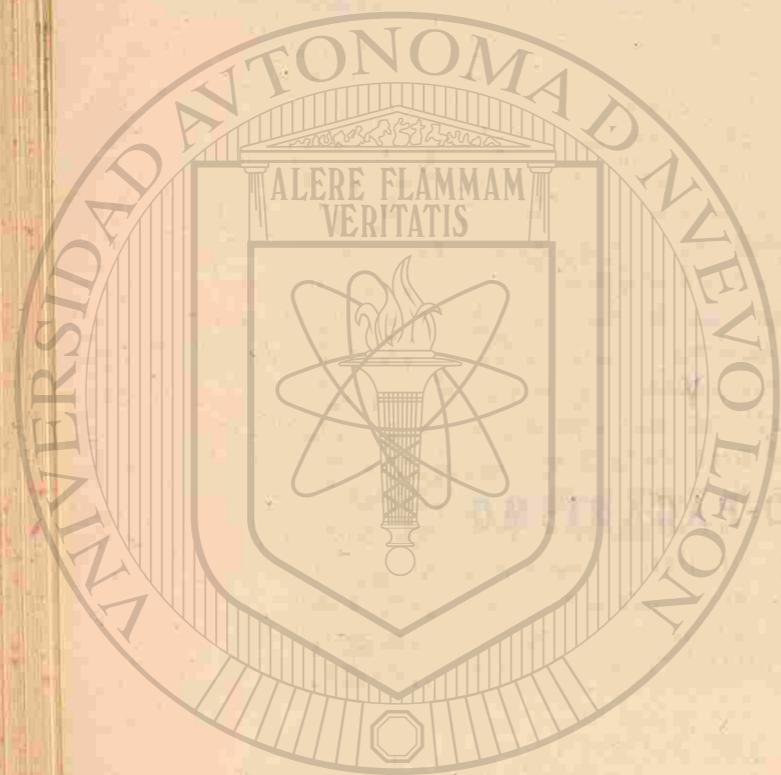
Empeñaos en vano, legisladores, filósofos, economistas, filántropos; empeñaos en vano en resolver el problema social más arduo de todos los tiempos. No contáis con Dios y no extinguiréis la codicia; no contáis con El y no reprimiréis la venganza. La cuestión es más que económica, filosófica, administrativa, es religiosa y moral. ¿Qué instrumentos tenéis vosotros para ilustrar las conciencias, y, sobre todo, para reformar los corazones? Hoy, después de haberse despreciado tanto á la Iglesia, después de que Voltaire lanzó á su augusta faz la más insultante carcajada; después de que la han escarnecido los reyes, los legisladores, los sabios, los periodistas, los tribunos, se comienza á comprender que de ella sola puede venir el remedio, porque es el único faro de fe, la única estrella de esperanza, la única fuente de caridad. Por eso hace un momento recordábamos una voz de Montecitorio, del impío Parlamento italiano, que hace una de las más hermosas confesiones de la época y que circuye á la Iglesia de honra y de respeto: "¡EL SOCIALISTA SOLO TEME AL SACERDOTE!"



V

EL NEO-PAGANISMO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



v

EL NEO-PAGANISMO

*Paganismo inmortal, es-tu mort? on le dit;
mais Pan tout bas s'en moque et la Sirene en rit!*

Desde el advenimiento del Cristianismo, no creo que haya habido siglo más pagano que el siglo XIX.

En el XV y XVI el gusto por los estudios clásicos, llevado al exceso, hizo olvidar á muchos la ciencia cristiana, la literatura cristiana y el arte cristiano y Boccacio, Valla, Poliziano, Pulci, Pomponio Leto y otros mil no se inspiraban más que en el espíritu de la sabia antigüedad, bebían el falerno de Horacio y de Petronio, se recostaban en su triclinio y ceñían su guirnalda de laurel y de rosas.

Pero los paganizantes puros no eran la sociedad; muchos, como Petrarca, Bembo y Sañoleto, aunque quizá se daban con algún exceso á estudios clásicos, no olvidaban su carácter de católicos, ni aun de sacerdotes, y el espíritu pagano, si bien hizo estragos entre los humanistas seculares y hasta eclesiásticos, no descendió á las multitudes; que mal que pesara á Pomponio Leto y á Pocaró, seguían siendo tenazmente cristianas. (1)

Florençia, cuna del humanismo clásico; Atenas de los tiempos modernos, era pueblo profundamente cristiano que llegó hasta la exaltación y el fanatismo al

incentivo de la elocuencia de Savonarola, y cuya vida común y cotidiana, admirablemente descrita en el diario del farmacéutico Lucas Landucci, (2), puede dar idea de lo que eran por aquel tiempo los pueblos de la cristiandad; es decir, sencilla y profundamente religiosos.

El protestantismo no favoreció por de pronto el espíritu pagano; después, sí. Necesitaba para luchar, falto de verdadera caridad apostólica, de fanatismo ardiente, cruel, implacable, y por cierto, que tan bárbara pasión, por su temperamento y por su fin, no se compadecía con la cultura refinada y con el escepticismo horaciano de los paganizantes. (3)

La pasión protestante, como todo fruto humano que no bebe su savia de raíces divinas, poco á poco degeneró y hasta extinguióse, y hoy el fanatismo de Zwínglio y de Knox, que fué dulcificándose hasta ser culta tolerancia, es indiferencia por lo común, así que el protestantismo proporciona en estos tiempos á la incredulidad gran parte de su contingente. (4)

M. Gabriel Monod, en la *Revista Histórica*, de Mayo de 1892, escribía: "El protestantismo no es más que una serie y una colección de formas religiosas del libre pensamiento."

"Ya en 1869 el abate Martín descubría lo siguiente con mirada profunda: "Identificándose cada día más con el racionalismo, el protestantismo llega á ser la forma religiosa de las últimas negaciones, no solamente para los protestantes, sino hasta para gran número de católicos, ejerciendo de esta manera sobre los espíritus la más funesta influencia." (5)

El siglo XVII fué siglo de grandes santos; (6) en él nació la devoción cristiana por excelencia, la del Sagrado Corazón; en él resonaron los acentos de Bossuet, Fenelon, Bourdaleu, émulos de los Padres de la Iglesia; en él acabó de completarse literatura tan cristiana como la española, y si bien en sus postrimerías puede llamarse de decadencia, porque Roma comenzó á perder su influencia política, habiendo realizado los gobiernos el maquiavélico consejo de Harley á Luis XIV, "besad al Papa el pie y atadle las manos," no puede llamarse época pagana, sino muy al contrario,

tanto más, cuanto que las multitudes continuaban creyentes.

El siglo XVIII se acercó más al paganismo. Fué siglo de frivolidad, y los católicos mismos parece que participaban de ella. Sin embargo de que la moral cristiana no era despreciada, más allá de su mitad aparecieron hombres profundamente perjudiciales á la Iglesia. Kant, cuyo panteísmo nos daña aún (7), cumpliéndose su profecía de que un siglo después sus doctrinas tendrían más aceptación que al darse á luz; Goethe, el gran pagano, adorador de la forma, inteligencia flexible, ya clásico en *Ifigenia*, ya romántico en *Werther*, (libro venenoso, causa de mil suicidios), ya profundamente original en *Fausto*, pero en todo anti-cristiano y corruptor; Voltaire, el de la eterna burla, el farsante que se disfrazó de sabio para combatir la verdadera ciencia, bajo adulator, así del pueblo como de los tiranos; tipo abominable que mereció de José De Maistre esta frase justiciera: "Si sentís si quiera inclinación á los libros de Voltaire, Dios no os ama;" Rousseau, el inventor del *contrato social*, del que ha emanado el liberalismo moderno, que puede jactarse de proceder de una teoría que la historia y el sentido común condenan de consuno; Aranda, que, con Pombal y Choiseul comenzaban á traducir en política las ideas de los filósofos, y atacaron desde luego la vanguardia de la Iglesia, la Compañía de Jesús, con sólo el fin de privar á Roma de su campeón más fiel y temido. (8)

El siglo XIX iba á recoger la herencia de esos hombres, sin beneficio de inventario, y aunque sus teorías causaron más ruidosos trastornos en el siglo en que se produjeron, en el nuestro se infiltraron mejor en las venas sociales y acabaron por hacerlo el más pagano de los tiempos cristianos, cristianos aún, pues existía la Iglesia. ®

El alma es naturalmente cristiana, como dice Tertuliano, pero la carne es naturalmente pagana, y cuando la vida del alma, que es la fe, se pierde, la carne predomina y el paganismo triunfa.

La esencia de nuestra religión está expresada admirablemente por una sola frase de Kempis "Sean las cosas temporales para el uso y las eternas para el de-

seo." Es decir, la eternidad es el fin del cristianismo, y del mismo modo, la tierra, la vida presente, el tiempo, constituyen el fin del paganismo.

¿En qué época, más que en la nuestra, se han olvidado tanto las sociedades de Dios y de la eternidad?

La secularización de la vida humana á que aspiran el liberalismo y el socialismo, amparados por el escudo de la filosofía positivista, se ha llegado en buena parte á realizar. El individuo se ha hecho ateo; la escuela, laica; el matrimonio, sociedad mutualista; la familia ya no tiene por base un sacramento, sino la arena movediza de un pacto civil inmoral; y la ley ya no se dicta en el santo nombre de Dios.

Esto no es más que paganismo, no el honrado é ingenuo de Simmaco, que hizo á Roma grande por su piedad hacia los inmortales, sino el que consiste en indiferente escepticismo, y en el culto de la materia.

Hablando de las masas populares francesas, M. Taine dice: "Por un retroceso insensible y lento, la gran masa rural, á ejemplo de la gran masa urbana, está á punto de volver al paganismo." (9)

Ya hemos visto que el positivismo y el socialismo, son necesariamente ateos, y así como el mundo se admiró una vez de verse arriano, así el siglo XIX se asombró de encontrarse incrédulo.

Las sociedades secretas en que nuestro siglo ha sido fecundo y contra las cuales ha reaccionado la Iglesia del modo que diremos después, han sido los más poderosos agentes de esos errores, viciando con el uno las inteligencias, excitando las pasiones con el otro y asuzando á los gobiernos contra la religión para expulsar á Dios de las escuelas, despojar al Clero de sus bienes, perseguir las órdenes religiosas, excluir á los católicos de los puestos públicos.

Monseñor Darboy, el gran Arzobispo de París, escribía lo siguiente, veintinueve años antes de su glorioso martirio: (10) "Las teorías funestas en que dominan la indiferencia y aun el desprecio de las cosas eternas, han pasado á las costumbres públicas alterándolas profundamente. ¿Quién lo podrá negar cuando los que han hecho á Francia tal como es y que se maravillan ante el espectáculo de sus obras comienzan á

temblar al fin, al ver el aumento de la población de los baños (lugares exclusivamente de recreo) y al contar los golpes que descarga anualmente la espada de la justicia? La inmoralidad es, sin duda, excesiva en lo que se hace y en lo que se dice, pues que la frente de la policía comienza á ruborizarse de ella, y que los libros impuros desagradan aún á los hombres que nos gobiernan. Se necesitan ahora tantos soldados para defender el poder, como para guardar las fronteras, y la Corte suprema del *Estado* se ha constituido en sesión permanente para juzgar los repetidos atentados de los anarquistas y de los regicidas. Desde el jefe de la nación hasta el de la familia, la autoridad lucha débilmente contra la revolución, á menos que sus subordinados se hayan dignado ponerla bajo la protección de su desprecio. Muchos niegan en derecho, y casi todos lo hacen de hecho, la diferencia gerárquica de las diversas clases de la sociedad; y apenas en el corazón de las masas encontraréis los hábitos más necesarios de legítima dependencia, restos que barrerá pronto el viento de cualquiera tempestad. Efectivamente, por todas partes, hállanse motivos de inquietud por el porvenir individual, que los crímenes del presente comprometen, y que el de un pueblo que no tiene en su moralidad la garantía de firmeza y duración que nunca darán los guardias municipales. *Quid leges sine moribus? vanae proficiunt.* Interrogad á cualquiera, y cualquiera os responderá que camina temblando sobre el volcán apenas extinguido de las revoluciones; poned el oído en tierra y decidnos si no escucháis ruidos lejanos y sordos derrumbamientos. ¿No han confesado vuestros ministros recientemente desde la tribuna, que tienen más miedo á los franceses que á los rusos, y no han pretendido más bien amordazar la rebelión que romper las lanzas de los cosacos?"

Si la Iglesia no hubiera existido; si ella, como el arca bíblica, no hubiera salvado en su seno la verdad y el bien, el siglo XIX hubiera sido un caos.

Positivismo, monoísmo, racionalismo, panteísmo, liberalismo, eclecticismo, socialismo, todo género de errores pululaban en la tierra, y todos, entre sí enemigos, se congregaban en un terreno común, para com-

batir á la Iglesia: el naturalismo, formulado por Bebel elocuentemente en estas expresivas palabras: "el hombre para la tierra; el cielo, para los ángeles y los pájaros." (11)

Monseñor Pic decía en sus conferencias, que el mal intelectual radical de nuestro siglo es el naturalismo, del cual Leibnitz profetizaba hacía doscientos años que sería la última de las heregias y la más temible. (12)

El naturalismo, ó sea el paganismo, reinaba en el mundo fuera de la Iglesia Católica, con su cortejo natural del vicio y la ciencia. El protestantismo, caduco casi en la infancia, se deja robar por el catolicismo las almas escogidas (13); de él desertan todos los días miles y miles de desengañados para ir á engrosar las filas de la incredulidad, y en cuanto al núcleo de sus fieles, conserva las tradiciones protestantes como las cosas inertes la velocidad adquirida, pero perdiéndolas y desnaturalizándolas día por día, que no puede conservar mucho tiempo la savia ni el verdor una rama desprendida del tronco. El P. Young, en un libro nutrido de irrecusables datos estadísticos, ha demostrado hace poco, que en el siglo XIX el protestantismo ha llegado á ser hermano del racionalismo, un naturalismo disfrazado de religión.

¿Qué diremos de los cismáticos griegos? Reducidos al dominio moscovita, ni se expanden, ni combaten, ni se mueven. La tiranía de los Czares ha modificado esa religión que nació muerta. Nada puede hacer, por lo mismo, en beneficio de la cristiandad y del mundo.

La Iglesia, en último análisis, no ha tenido ni tiene en los tiempos modernos más que un enemigo: el paganismo, y el paganismo ha reinado en el siglo, sin que le dispute el terreno más que un campeón: Roma.

La marea pagana, á mediados del siglo XIX, crecía y crecía siempre, y la Iglesia, obedeciendo al Espíritu que la dirige, tenía que reaccionar con inaudita energía, ó el mundo estaba perdido. Tenía que reaccionar y reaccionó, apelando contra el naturalismo al auxilio de lo sobrenatural, para lo que ideó nuevo, solemne y universal homenaje á la reina del cielo, invocándola con nuevo nombre, que resume en un epíteto to-

do el orden sobrenatural: INMACULADA CONCEPCION. (*)

El paganismo antiguo fué siempre fuente de sensualidad, incapaz de hacer á la familia libre, digna, casta y duradera; enemigo de los sentimientos generosos, y protector del frío egoísmo; inventor de supersticiones tan corruptoras como la magia, y generador de costumbres tan depravadas como el infanticidio y el suicidio.

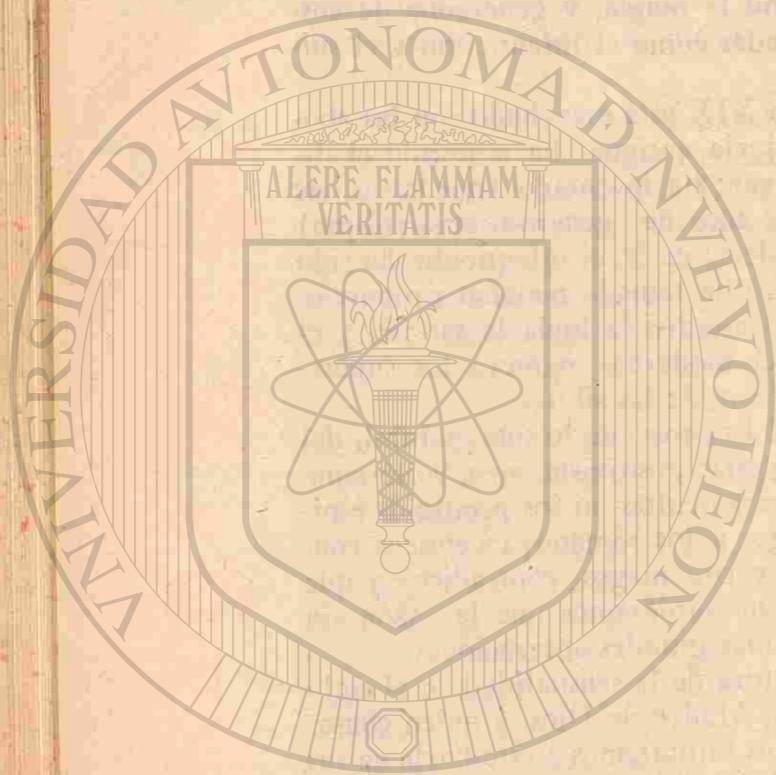
Pues bien, el siglo XIX está manchado con las abominaciones de la lujuria antigua; ha renovado el divorcio, peste del hogar; ha inventado (puede decirse así después de tantos años de generoso cristianismo) los pecados á sangre fría; en él, el infanticidio ha sido casi moda; el suicidio ha tomado tamañas proporciones, que su pavorosa estadística hiela la sangre, y el espiritismo—la magia moderna—renueva las supersticiones de los oráculos y de las sibilas.

¡Pobre siglo XIX! Enemigo de lo sobrenatural, del Evangelio y de la Iglesia; positivista, ateo, volteriano, no reprueba las ciencias ocultas, ni los prestigios espíritas, como los griegos y los romanos escépticos consultaban con brujas y con magos, contradicción que sería inexplicable si no supiéramos que la razón sin Dios es capaz de las más grandes aberraciones.

No haremos la pintura de la sensualidad en el siglo XIX por respeto á la Madre de Dios, á quien consagramos este libro, y nos limitaremos á estudiarla en sus principales frutos: el divorcio es el más venenoso de ellos. (14)

(*) Ya hemos dicho que este Dogma entraña los principales del Cristianismo.





EL DIVORCIO

VI

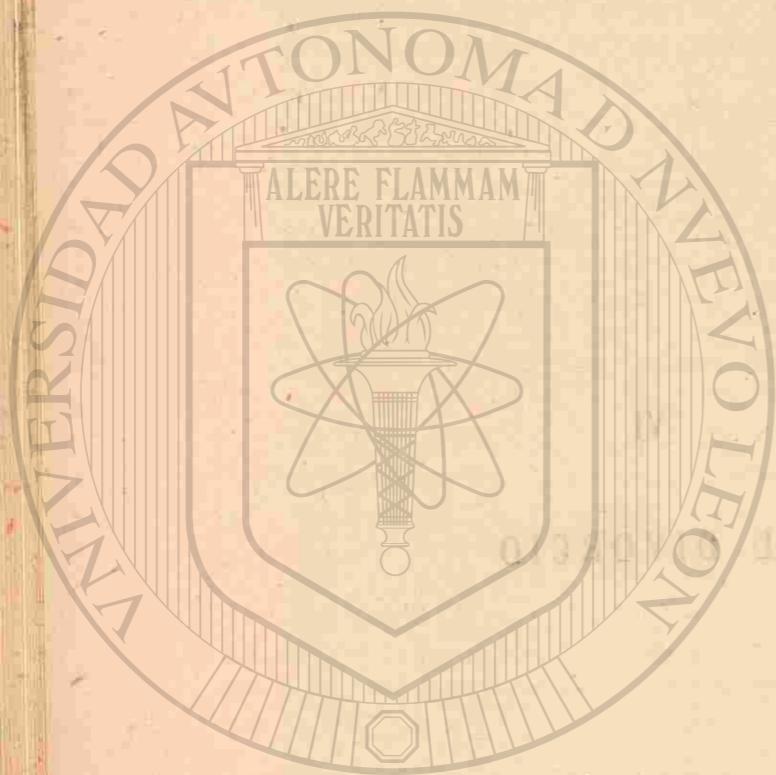
EL DIVORCIO

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





VI

EL DIVORCIO

Ya á mediados del siglo XIX, la familia era combatida abiertamente por el socialismo, y Proudhom, entre sus truculentas y escandalosas tesis, sentaba la de que la patria potestad, no es derecho, sino tiranía. (1)

El feminismo extremado atacó también la familia, predicando el amor libre, y Bebel en su grande obra *La Mujer y el Socialismo*, (1883) rejuvenecía y presentaba crudamente doctrinas de sansimonianos, proudhonianos y positivistas, haciendo estas profecías, regocijadoras de las hembras sin fe: "Ella (la mujer futura) hará los mismos estudios que el hombre, gozará de los mismos placeres, y tendrá igual libertad en amor. El matrimonio será contrato privado, sin intervención de funcionario alguno, que los instintos del ser humano no deben tener más coto que el perjuicio ajeno, y los sexuales, son, como cualquiera otro instinto natural, derechos individuales enteramente libres. Así, pues, en caso de incompatibilidad, antipatía ó desilusión entre los cónyuges, la moral ordena desatar un lazo contrario á la naturaleza, y, por lo tanto, inmoral." (2)

En trece años se hicieron en Alemania, del libro que tales enormidades predicaba, veinticinco ediciones; en el mismo período se tradujo la obra á doce lenguas,

y Arnede Barine, autor concienzudo, asegura que semejantes doctrinas ganaron al socialismo muchos corazones de mujer.

Por la misma época poco más ó menos en que Bebel insultaba así á la religión y avergonzaba la naturaleza, una joven, casi una niña, publicaba en el Africa del Sur, un libro semejante, que fué considerado en Inglaterra como el Evangelio feminista, alcanzando tal circulación, que cien mil ejemplares se habían ya vendido cuando se consideraba que la publicación hallábase en boga todavía. (3)

“Así—dice el mismo Barine—en los dos extremos de la tierra, un hombre envejecido en las luchas políticas (Bebel) y una jovencita sin experiencia (Miss Olive Schreiner) declaraban con el mismo convencimiento que la condición de la mujer, producida por el Cristianismo y el presente estado social, es inicua é intolerable; y coincidiendo ambos en las reivindicaciones, aseguraban el amor libre por corona y remate del programa de la “mujer nueva.”

“Nadie ignora que la voz de Bebel no se perdió en el desierto; no hay país en el que la abolición del matrimonio no figure como cosa común en los grupos socialistas y anarquistas. Olive Schreiner tuvo al principio grandes dificultades para que su libro fuese aceptado entre la sociedad elegante, á la cual se dirigía. La idea de que el matrimonio es institución caduca, no respondiendo á las necesidades de la sociedad moderna, era difícil hacerla aceptar en una nación que se precia de puritana. Los feministas la aprobaban en el fondo de su corazón, pero no se atrevían á proclamarla en voz alta, acabando por resolverse á admitirla; y sus recriminaciones han revestido su tesis con la forma de la novela. Los unos, menos radicales ó menos atrevidos que su maestra, se fijan más bien en los defectos de la institución, que en la institución misma, y se limitan á reclamar la reforma de las costumbres en lo tocante á la unión conyugal. Los otros se pronuncian francamente por el amor libre, y sobrepasando á Miss Schreiner en el sentido de que introducen al debate las cuestiones más repugnantes, cuestiones que se nos permitirá hacer á un lado. Todos quieren hacer de la pasión la piedra angular del hogar domés-

tico, y se irritan contra las tradiciones nacidas de otras ideas.” (4)

La literatura pesimista de ese linaje, fué abundante en todo el mundo, y principalmente en Inglaterra, que tuvo la gloria de producir á Thomas Hardy, autor célebre de una novela inmunda, de la cual en las notas daremos á conocer algún trozo, suprimiendo lo que ofenda el pudor.

Con motivo de ese libro, Barine ha escrito lo siguiente, que reproducimos, porque da cabal idea de las tendencias del siglo en punto al amor y al matrimonio:

“A la aparición de *Judas el humilde*, una revista inglesa denunció la existencia en la Gran Bretaña “de una cruzada contra el matrimonio, públicamente organizada y furiosamente activa.” Esto es decir demasiado, y alarmarse hasta el exceso después de haber desdeñado las señales de la ruina moral que estalla en Inglaterra, como en todas partes. La literatura inaugurada con la *Historia de una alquería africana*, representa, en suma, los sentimientos de débil minoría. No tiene más importancia que la síntoma, porque prueba la tenacidad de un mal que corroe á Europa hace cien años, y cuyos accesos no se podrán contar dentro de poco. ¿En dónde no se encuentra su huella? En Inglaterra las ideas sostenidas en *Judas el humilde*, son muy viejas, y Mr. Hardy no lo ignora, puesto que hace decir á uno de sus personajes (al de Schelley): “Esas ideas han sido abiertamente predicadas y practicadas en Alemania á fines del siglo, por un grupo de hombres célebres, Schelling y los dos Schlegel á la cabeza. Rusia tuvo su crisis hacia el año de 1860, y los países escandinavos no están curados aún de la fiebre ibseniana. En cuanto á Francia, apenas tengo necesidad de recordar que no hay un solo argumento invocado por los feministas para defender los derechos de la pasión, que no haya servido ya á Jorge Sand. No es Judas sino Jaques, el que ha dicho lo siguiente: “No he cambiado de parecer, no me he reconciliado con la sociedad, y el matrimonio es, según mi modo de pensar, una de las más bárbaras instituciones que ha bosquejado. No dudo de que sea abolido, si la especie humana hace algún progreso hacia la justicia y

la razón; un lazo más humano y no menos sagrado, reemplazará á aquél, y se podrá asegurar la existencia de los hijos que nazcan de un hombre y de una mujer, sin encadenar para siempre la libertad de alguno de ambos." (5)

Toda doctrina que se apodera de la opinión pública, tarde ó temprano se traduce en hechos, y como primer paso para satisfacer el pagano ideal del amor libre, la ley, en gran parte del mundo civilizado, legitima el divorcio, cáncer de la familia, demonio del hogar.

Antes del siglo XIX, los protestantes en Inglaterra y en Alemania le habían admitido. El P. Didon dice lo siguiente:

"Entró (el divorcio) en Inglaterra desde hace mucho tiempo: ¿sabéis por qué puerta? Por la puerta del adulterio real. Y pudo haber buscado mejor camino. Cuando se entra, ó se entra bien, ó no se entra; se espera."

"El divorcio entró en Alemania: ¿por qué puerta? Por la puerta que abriera un monje apóstata, cosa repugnante por cierto. Soy monje, y declaro que un monje apóstata no es sólo rebelde, sino perjuro. Los hombres no le perdonan ese sayal del que no ha logrado despojarse y que arrastra, á su pesar, como el castigo y la prueba de una traición sacrílega."

El divorcio entró á Rusia: ¿por qué puerta? Por la del cisma y el abatimiento de la jerarquía. La debilidad sacerdotal en Oriente, dió entrada al divorcio: esta puerta está debajo de la puerta de servicio. Los amos que se abaten caen más bajo que los criados á los cuales gobiernan." (6)

Veamos ahora lo que es el divorcio en los países sajones, de donde fué trasplantado á las naciones católicas, libres antes de semejante plaga. El Rev. J. B. Sweet, Vicario de Otterson (protestante), escribía así en 1883:

"En la historia de Inglaterra no se registra época alguna en la que el indisoluble lazo del matrimonio se haya roto con tanta facilidad, ó su sagrado honor pisoteado con tanta desvergüenza como en nuestros días. La ley del divorcio es no sólo la negación de la ley de Cristo, sino también rudo golpe asestado á la vida misma y á la esencia de la sociedad. Tal ley permite

y fomenta la disolución de los matrimonios; abre ancho campo al adulterio; legaliza la unión de los contrayentes inválidos; franquea á las curiosas miradas del vulgo locuaz los secretos más íntimos del sagrario de la familia; y, por último, impone severas penas al sacerdote que, en cumplimiento de su deber, se niega á bendecir ante el altar la unión sacrílega de unos adúlteros. Con esta impunidad y aprobación que las mismas leyes conceden, nada tiene de particular que el matrimonio se haya convertido para muchos en un paliativo de anteriores delitos; que el concubinato se extienda por todas partes; que los vínculos de la familia se aflojen de día en día; y, en fin, que las humanas concupiscencias se hayan de tal modo excitado, que ya se pida á voz en grito licencia ilimitada, y supresión de la ley fundamental que el Hacedor puso á todo hombre como condición indispensable para el bienestar del individuo y la propagación de la especie. En tanto, las calles de nuestras ciudades están plagadas de mujeres públicas, entre las que se cuentan muchas niñas de corta edad. Las autoridades municipales y los magistrados públicos buscan solícitos un remedio á tan asquerosa llaga, que está gangrenando el cuerpo social. Y tan general es la alarma en que á todos ha puesto, que los Pares en el Parlamento; los Obispos, los clérigos y los seculares en los Congresos y Conferencias, y hasta las señoras en la prensa y en la tribuna, se ocupan seriamente en buscar antídotos contra un vicio que, hasta hace unos cuantos años, nadie se hubiera atrevido á nombrar siquiera en un discurso público, ni aun en una conversación privada." (*The Increase of Immorality*. Págs. 28-30.)

En los Estados Unidos el número de divorcios "ha crecido últimamente de un modo extraordinario." En un semanario de esa República, el *Catholic Columbian*, recogimos los datos siguientes: "En la ciudad de Chicago se han dado, en el término de doce meses, 3,000 sentencias de divorcios; 8,844 demandas de lo mismo se presentaron en otras 24 ciudades, de las que fueron falladas 6,608. Los divorcios autorizados por los tribunales en el término de cuarenta años, ascienden á 500,000. El año de 1870 son anulados el 3 y medio por ciento de todos los matrimonios del país; en

1881, la proporción es de 4 por ciento; en 1890, de 6 y medio por ciento, y, por fin, de 8 por ciento en el de 1900." (7)

La revolución francesa estableció el divorcio en 1792, y en algunas partes el número de disoluciones matrimoniales superó al de matrimonios. El Código civil aceptó el divorcio con grandes taxativas, lo abolicieron los Borbones en 1816, y hubo tendencias para restablecerlo en 1830, 1831, 1832, 1848, 1876, 1878 y 1881, hasta que, por fin, Naquet consiguió en 1884 realizar el diabólico proyecto. (8)

"En Francia entra con tal rapidez en las costumbres—dice un escritor no católico—y se hace de tal modo fácil, que se anuncia reconciliación peligrosa entre la opinión y lo que ha dado en llamarse la poligamia sucesiva; y *sin la resistencia de la Iglesia romana*, iríamos ya muy abajo en la pendiente." (9)

Actualmente se encuentra el divorcio establecido en Alemania; el Landrscht prusiano asimila el matrimonio á cualquier contrato civil, y permite el divorcio por una serie de causas suplementarias. En Austria se halla establecido para los no católicos; existe en Bélgica, Holanda, Rusia, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Noruega, Suiza y Unión Americana, lo mismo que en el Japón; y en alguna parte, como en Maine (E. U.) con tal latitud, que los tribunales pueden decretarlo por cualquiera causa que les parezca justa. (10)

En España, Italia y América española, no existe el divorcio absoluto; es decir, el que consiste en la disolución del vínculo, que es al que nos referimos; pero diversas veces en Italia y México por lo menos, se ha suscitado la cuestión en las cámaras, sin que el liberalismo imperante se haya decidido entre nosotros á tomar tan grave resolución y á acabar de descristianizar el matrimonio, á pesar de que en México la sociedad no reputa el enlace civil (único reconocido por las leyes) como contrato válido, sino sólo el que se celebra *in facie Ecclesiae*, sin que lo conmueva, por lo mismo, una innovación que en realidad no afecta las instituciones sociales. Quizá el desprecio con que se han visto en el país las tentativas de divorcio, ha sido parte á abandonarlas, para no acabar de poner de relieve lo desacreditada que está la institución civil del matrimonio.

Como se comprende mejor la inconveniencia del divorcio es considerando sus efectos. En Francia apenas data su establecimiento de 1884; es decir, hace veinte años, y ya son innumerables los escándalos, los crímenes, y por otro lado, las escenas ridículas, pero siempre inmorales, á que dan lugar los enlaces disueltos.

Sobre todo, en los hijos de esposos divorciados, sus efectos, que consisten siempre en la ruina espiritual de aquellos infelices, revisten muchas veces los más repugnantes caracteres.

Una escritora, Madame Renée Pingrenon, racionalista cabal, pero de notorio talento, acaba de publicar un folleto muy sugestivo acerca de los hijos de esposos divorciados. Después de referir varios casos, notoriamente históricos ó al menos perfectamente verosímiles, que en sí mismos, por ser hechos aislados, podrían no constituir elementos de convicción, pero que hacen reflexionar acerca de su causa y demuestran su monstruosidad moral, la inteligente escritora dice:

"Las historias de raptos de niños después del divorcio, podrían proporcionar materia á muchos relatos. Los dramas añaden sus sangrientos horrores á las numerosas escenas cómicas y ridículas, provocadas por la separación legal de los esposos. ¿Quién no recuerda la reciente agresión de un profesor divorciado contra el que fué su hermano político? ¿De dónde vino ese proyecto de crimen? Del deseo de venganza; pues el profesor, divorciado contra su voluntad, suponía que su mujer había sido mal aconsejada.

Los legisladores pensaban que, permitiendo el divorcio, se evitarían en lo futuro los actos de violencia y los crímenes: esas tristes consecuencias de los malos matrimonios. Después de la experiencia de los años, mirad una ilusión que se desvanece.

En los choques inevitables de los viejos esposos, ocasionados por las diversas determinaciones acerca del porvenir de sus hijos, los rencores y los errores persisten tan vivos como si no hubiera habido divorcio. Al mismo tiempo, el odio obra de una manera permanente, mientras el hijo está sujeto á "representación" legal.

Sería torpe pensar que un hombre y una mujer, llenos de quejas mutuas y sin intereses comunes, sólo em-

pleasen los medios legales para atraerse el cariño de los hijos, sin herirse recíprocamente en su ánimo, y teniendo la grandeza de alma suficiente para dar á la prole sabios consejos con relación al cónyuge ausente. ¡Si tuvieran tanta nobleza de corazón y tanta fuerza de carácter, no se habrían divorciado!

Me diréis que, por el hecho de despreciar á sus padres, no llega uno forzosamente á ser mal hombre; pero nadie negará que esto inclina al menos á dudar fuertemente de la honradez.

¡Triste principio el de la vida que comienza con el espectáculo de rencillas y odios en nuestros propios padres! Así se vuelve el joven desconfiado, se paralizan sus buenas intenciones; se le entrega á influencias perniciosas—el ejemplo del escándalo es más contagioso que el buen ejemplo—se le priva á menudo de las relaciones y de las ventajas sociales, á las que le daba derecho su situación primitiva.” (11)

El divorcio, muy generalizado en el siglo XIX, ha sido, después del suicidio, su más asquerosa lepra, y ese fruto es netamente pagano. Ya, á causa de su extensión, de su generalidad y su persistencia, á pesar de que, por lo visto, sus efectos son espantosos, podremos medir el fondo del paganismo sobre que descansan las sociedades nuevas.

VII

EL SUICIDIO



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



pleasen los medios legales para atraerse el cariño de los hijos, sin herirse recíprocamente en su ánimo, y teniendo la grandeza de alma suficiente para dar á la prole sabios consejos con relación al cónyuge ausente. ¡Si tuvieran tanta nobleza de corazón y tanta fuerza de carácter, no se habrían divorciado!

Me diréis que, por el hecho de despreciar á sus padres, no llega uno forzosamente á ser mal hombre; pero nadie negará que esto inclina al menos á dudar fuertemente de la honradez.

¡Triste principio el de la vida que comienza con el espectáculo de rencillas y odios en nuestros propios padres! Así se vuelve el joven desconfiado, se paralizan sus buenas intenciones; se le entrega á influencias perniciosas—el ejemplo del escándalo es más contagioso que el buen ejemplo—se le priva á menudo de las relaciones y de las ventajas sociales, á las que le daba derecho su situación primitiva.” (11)

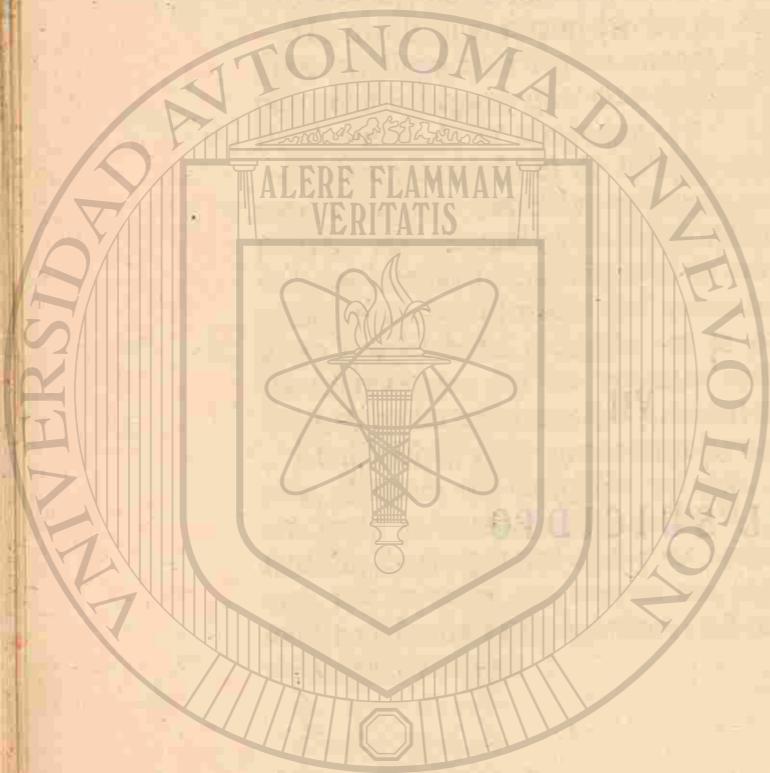
El divorcio, muy generalizado en el siglo XIX, ha sido, después del suicidio, su más asquerosa lepra, y ese fruto es netamente pagano. Ya, á causa de su extensión, de su generalidad y su persistencia, á pesar de que, por lo visto, sus efectos son espantosos, podremos medir el fondo del paganismo sobre que descansan las sociedades nuevas.

VII

EL SUICIDIO



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VII

EL SUICIDIO

El siglo XIX, por sus tendencias gentílicas, ha producido el suicidio más que ninguna otra edad cristiana. Ese delito, tan opuesto á la naturaleza y á la sociedad, ha sido el crimen pagano por excelencia.

En Grecia, en algunas escuelas se le consideró como acto de heroísmo, y los estóicos lo recomendaban en el Pórtico, á decir de algún escritor. (1)

Más todavía: en Grecia, como en Roma, no se castigaba el suicidio en la sucesión del criminal, cuando el aspirante ocurría al Senado, exponía las razones que lo impelían á abandonar la vida y recibía de la justa asamblea un pasaporte para la eternidad, ó sea el permiso de darse la muerte de *la manera que los jueces indicaban*. (2)

En Roma el suicidio entraba en las costumbres, y aun suponiéndosele como fin adecuado á la dignidad patricia, se imponía en castigo á los augustanos que desagradaban al César, bastando una simple orden de Nerón para que se abriesen las venas hombres tan grandes como Petronio, Paulino, Séneca y Lucano.

Pero el cristianismo abolió tan horrible costumbre, y si en la Edad Media el crimen no desapareció enteramente, como lo comprueban muchas leyes penales (3), siempre tuvo el carácter de un hecho aislado, ex-

cepcional y grandemente odioso, sin que pueda saberse en la mayoría de los casos si los suicidas eran ó no dementes, así porque la ciencia y los tribunales disponían de escasos medios para averiguarlo muchas veces, como porque no se cuidaban de ello (al menos Francia) ya que la ley en extremo severa, y ante todo ejemplar, consideraba igualmente punible el suicidio del loco que el del cuerdo. (4)

En donde el cristianismo impera, ese monstruo del suicidio muy rara vez asoma la cerviz, pues considerar como suicidas á los mártires, según lo hacen algunos escritores indoctos, y aún el mismo Durkheim, para ser consecuente con sus doctrinas, es necedad incalificable, mayor que la de los que hicieran igual imputación á los que sacrifican su vida por la ciencia y por la patria. Quizá adelante tengamos ocasión de decir una palabra más acerca de esto. (5)

Ya en el siglo XVIII ese crimen comenzó á ser frecuente como lo atestigua Buonafede (6);—pero en el XIX tomó proporciones tales, que algunos sociólogos poco observadores lo han tenido por locura especial, contagiosa y epidémica. (7)

Durkheim ha escrito acerca del suicidio una obra estimable de cuyos datos abundantísimos é inconcusos se puede deducir lógicamente, aunque él no lo haga de un modo explícito, que la causa más ó menos mediata y más frecuente del suicidio es la falta de creencias religiosas, y así lo han creído antes que él, no sólo el católico Buonafede, un religioso, sino los principales sociólogos que han escrito acerca del suicidio, entre los que se cuentan algunos protestantes. Dice el jesuíta Roure:

“Todos los sociólogos modernos que se ocupan en el suicidio, proclaman la influencia preservadora de la religión, en esto van de acuerdo positivistas, espiritualistas y creyentes.”

“El doctor Corre no piensa de manera distinta que Brierre de Boismont y Legoyt, ni que M. Levasseur. No es ciertamente un religioso como el P. Appiano Buonafede, sino un médico y un fisiologista el que ha escrito que la religión católica tenía en la confesión una palanca y una válvula de seguridad eficacísimas, y lo decía en voz alta, á riesgo “de hacer reír de lásti-

ma á varios metafísicos alemanes y aun á algunos más.”

“M. Durkheim se inclina á hacer la misma confesión. Hablando de las relaciones del capital y del trabajo, dice que, “hasta los últimos tiempos, existía un sistema de poderes morales que servía para reglamentarlas. Existía la religión, cuya influencia se hacía sentir igualmente sobre los amos, sobre los pobres y sobre los ricos; la religión que consolaba á los desvalidos y los exhortaba á contentarse con su suerte, enseñándoles que el orden social es providencial, que la parte que corresponde á cada clase ha sido fijada por Dios mismo, y haciéndoles esperar en un mundo futuro, justas compensaciones á las desigualdades de éste; que moderaban á los ricos recordándoles que los intereses terrestres no son el todo en el hombre, que deben ceder á otros más elevados, y por consiguiente, que no merecen ser perseguidos sin regla ni medida.” (8)

Sin embargo, Durkheim, positivista declarado, como dice el P. Roure, y que parece serlo por educación y convicciones, trata de buscar á la funesta costumbre otras causas diversas de la disminución de la fe, cediendo al instinto ó á la reflexión común en los impíos de no querer hacer al cristianismo una concesión que constituye argumento positivo de verdadera fuerza. Si careciendo de fe el hombre se suicida y la sociedad se acaba, ¿no es el que combate la religión enemigo de la humanidad? Pero Durkheim, verdadero sabio, digno profesor de sociología en la facultad de letras de Burdeos, hombre honrado sin duda, expone con franqueza cuantos datos le sugiere la estadística y la observación, y aun cuando se advierte en él cierta resistencia á atribuir la costumbre del suicidio á la causa indicada, acaba por convenir en que ella no puede ser más que del orden moral, consistente en cierto aislamiento, en cierta falta de solidaridad fraterna que quita al hombre la virtud de la resignación y el valor de luchar, cuando el suicidio es egoísta (9); y al revés, en cierta sugestión mal sana que la sociedad ejerce sobre el individuo, si éste le pertenece con exceso, cuando el suicidio es altruista.

El ingenioso profesor expresa su idea del modo siguiente:

“En el orden de la vida, nada desmesurado es bue-

no. Un carácter biológico no puede cumplir su misión, sino á condición de no traspasar ciertos límites. Sucede lo mismo con los fenómenos sociales. Si, como acabamos de ver, una *individuación* excesiva conduce al suicidio, una *individuación* insuficiente producirá los mismos efectos. El hombre separado de la sociedad, se mata fácilmente, lo mismo que cuando está fuertemente ligado á ella (*fortement intégré*).” (10)

Para llegar á esa conclusión, Dukheim analiza los móviles que más frecuentemente se atribuyen al suicidio, como la locura, la raza, la herencia, el clima, etc., etc., y sin negar por supuesto que en casos especiales puedan esos factores determinar el hecho, ejerciendo sobre él más ó menos directa influencia, los desecha en calidad de causas generales, sentando la teoría de la *individuación* y de la *integración*, y perdónenos los galicismos.

Cuando el individuo no está estrechamente unido al grupo social á que pertenezca, como en las sectas protestantes, se produce el suicidio egoísta; cuando la unión es de tal naturaleza que la sociedad absorbe al individuo, como sucede en la clase militar, se produce el suicidio altruista, así que ya la relajación de los lazos de solidaridad, ó ya una estrechez de ellos tal, que vengán á constituir más que vínculos, prisiones, son causas generales del delito.

El autor hace consistir ese altruismo en una influencia tal de las ideas sociales en el individuo, que le impongan la muerte en algunos casos como obligación (11); en otros por sugestión, y en determinadas circunstancias (aquí confieso no descubrir el altruismo) en cierta susceptibilidad ó irritabilidad producida por el espíritu de clase que hace al individuo no soportar la contrariedad más ligera (entre los militares una leve reprimenda, por ejemplo) y á causa de motivo tan baladí, darse la muerte.

Desde luego debes advertir que tales causas no son eficientes, pues ni bastan por sí mismas para producir el suicidio, ni indefectiblemente lo producen, ya que ni todos los protestantes, ni todos los militares se suicidan. Serán más que causas, medios propios para la realización del crimen y quedará como causa eficiente suya la libertad humana, sobre la cual puede influir

ciertamente ese estado de *anarquía* ó de *tiranía* social, pero siempre que la religión no la ampare y proteja. En efecto, si en el orden moral un alma no tiene autoridad á que sujetarse ó ésta es débil y floja, no podrá conservar, al menos por lo común, la fe y las costumbres, y del mismo modo si pesa sobre ella un yugo que no puede sacudir y le hace la vida insoportable, buscará la libertad en la muerte, si le faltan la fe, la esperanza y la resignación, ó si la sociedad á que pertenece pueda vencer el precepto de su creencia que le prohíba quitarse la vida.

La concurrencia de las causas del positivista francés con la irreligión, serán—digo yo—los más comunes motivos del crimen que estudiamos, y adicionada así la teoría, me parece admisible y capaz de defensa.

A sus conclusiones llegó Dukheim, analizando con gran sagacidad una estadística casi perfecta que lo conduce á la certidumbre de que los católicos, y principalmente los judíos, son los que menos se suicidan. ¿Qué principio general los rige, para explicar la causa de esa relativa inmunidad? Una perfecta integración que entre los católicos establece el principio de autoridad, y entre los judíos la necesidad de la unión más estrecha, de verdadera fraternidad social, único elemento de defensa común en un medio que, por lo general, les es contrario.

No dudo de que el principio de autoridad de la Iglesia sea preservativo de suicidio, pero de un modo mediato ó indirecto. Esa autoridad educadora y conservadora, mantiene y vivifica la fe, manantial continuo de esperanza y de caridad, y en esas virtudes, el creyente bebe aguas de vida, que lo alejan de la muerte voluntaria, al punto de que **ES IMPOSIBLE QUE UN CATOLICO SINCERO Y PRACTICO LLEGUE A SUICIDARSE**. Así puede deducirse de los mismos principios de Durkheim. (12) por más que éste en sus conclusiones, quizá por respetos humanos, se resista á ser tan explícito.

En cuanto á los judíos, su cohesión, integración, solidaridad ó como quiera llamarse, es más física que moral, (si la hubiera sería otro elemento de preservación) y la liga formidable que su genio organizador les ha hecho constituir para la defensa común, les pro-

porciona medios de vida fácil, muchas veces cómoda, y no pocas opulenta, que naturalmente los aleja del suicidio, al cual, por otra parte, su temperamento siempre ha sido refractario, como lo observa el P. Roure, "pues matarse—dice con gracia—es renunciar á tentar la suerte y á acumular dinero." (13)

Perdónesenos esta larga disquisición, pero á nuestro intento conviene demostrar que el suicidio es vicio gentilico, planta venenosa que se desarrolla únicamente cuando el ambiente puro del cristianismo es substituído por aires insalubres, y uno de los mejores argumentos que podemos hacer valer para demostrar que el siglo XIX es el más pagano de los tiempos cristianos, estriba en que el suicidio en él se ha desarrollado más que en ninguna otra época católica.

En efecto, Buonafede dice que el suicidio, como plaga social, no apareció sino hasta el Renacimiento, después de haberse extinguido con la antigua Roma, y aun cuando faltan estadísticas anteriores al siglo pasado, se puede asegurar sin la menor vacilación, con sólo echar una ojeada á los historiadores y literatos de los siglos XVI, XVII y XVIII, que en ninguno de ellos, ni aun en el último, la plaga tomó las proporciones que ahora, y ni siquiera pudo llamarse enfermedad social.

Hoy, Durkheim y el Jesuíta Roure, comentador del primero, proporcionan los siguientes datos:

"En efecto—dice el P. Roure—es cosa verdaderamente lamentable la multiplicación siempre creciente del suicidio en todas las naciones europeas. Ya en 1841, el traductor francés del P. Apiano Buonafede (1716-1793), general de los Celestinos, autor de una *Historia crítica y filosófica del suicidio*, escribía: "Hoy el suicidio ha llegado á estar de moda. Sigue una marcha ascendente de la que es difícil prever el término." ¡Qué diría si escribiese en nuestros días y cuánto más legítimos aún serían sus temores!

"La cifra de los suicidas franceses ha subido á más del cuádruplo en el espacio de sesenta años. En 1831, se contaban 2,084 suicidas;—4,454, en 1861;—4,490, en 1871;—6,741, en 1881;—8,884, en 1891, y 9,054 en 1893.

"La misma progresión creciente continuó en los de-

más países de Europa, con excepción de Noruega, pues parece que las diferentes naciones se disputan la palma en este *record* de nuevo género. ¡Funesta emulación!

"Si se investiga el número de suicidas anuales por cada millón de habitantes, se descubre, desde el período 1866-70 al 1878-82, el aumento siguiente:

BELGICA	de 66 suicidas á 100
AUSTRIA	de 78 suicidas á 163
BAVIERA	de 90 suicidas á 133
PRUSIA	de 142 suicidas á 166
SAJONIA	de 293 suicidas á 392

"Por todas partes se advierte el mismo deplorable progreso: ¿será indefinido?

Ved, además, el lugar que ocupan las diversas naciones de Europa en tan triste concurso. Escogemos el período de 1888-92, por ser el más uniformemente observado. Si después ha crecido todavía el número de suicidios, las posiciones relativas de los diversos países no varían, al menos notablemente. Sobre un millón de habitantes, el diezmo anual pagado á la funesta plaga, es:

	Suicidios
IRLANDA.....	17
ESPAÑA.....	30
ITALIA.....	45
NORUEGA.....	69
INGLATERRA.....	76
SUECIA.....	92
BELGICA.....	100
AUSTRIA.....	163
PRUSIA.....	166
FRANCIA.....	180
SUIZA.....	239
DINAMARCA.....	258
SAJONIA.....	392

La extensión del suicidio ha conducido á un resultado inmediato: su condenación unánime por todos los sociólogos y criminalistas de valer. No lo ven hoy

los pensadores con la indulgencia que le concedieron Montesquieu y Juan Jacobo Rousseau, y apenas se la otorgarán los que adulan al pueblo en vez de dirigirlo, como son los periodistas, novelistas y autores dramáticos." (14)

Roure no lo advirtió, por ser cosa que no conducía á su propósito; pero el año de 54 es una de las etapas de la estadística de los suicidios, y como nota Durkheim, (15) en esa época se recrudeció la epidemia, circunstancia que hago notar sólo como mera curiosidad histórica, pero que bien pudiera significar, ó una reacción del espíritu del mal contra la declaración del dogma, ó la necesidad imperiosa de recurrir á la Virgen Inmaculada para poner coto á aquella marea de sangre siempre en creciente.

Porque ¿qué medio mejor en el orden sobrenatural para combatir el suicidio, el más feroz enemigo de la vida humana, que la oración á la Virgen pura, personificación de la humanidad íntegra, intacta, perfecta?

El pecado de Adán fué una especie de suicidio, porque á él y á su descendencia los condenó á la muerte, y la Concepción Inmaculada de María, fué la gloriosa restauración del orden turbado por el atroz delito.

Pero si la Iglesia buscaba un remedio al mal del siglo en aquel homenaje solemne á la Madre de Dios, ¿por qué la recrudesencia de la infernal plaga, después de que la Reina del Cielo fué declarada libre del influjo del PRIMER HOMICIDA?

Desde luego, creemos que en los países católicos el suicidio ha disminuído desde entonces, y la ley sociológica del mismo Durkheim lo puede demostrar. ¿No es un hecho, como lo demostraremos después, que la declaración de la Inmaculada preparó la de la Infalibilidad, y no es ésta la fuerza más grande del principio autoritario? ¿Y qué cosa integra mejor un grupo social que ese principio?

Por otra parte, la estadística como ahora se forma, puede, como lo demuestra Durkheim, conducir al descubrimiento de algunas leyes sociales, pero para averiguar las verdaderas causas del suicidio nos parece insuficiente, y sólo nos darían completa luz los datos biográficos de los suicidas. En efecto, no hay que confundir un país católico con el grupo de católicos de

esa nación. En México, por ejemplo, se dirá que ha habido cien suicidios por año, supongamos, y la estadística anotará esa cifra como relativa á un país católico. Pero aunque vivan en país católico los suicidas, ¿pertenece á esa religión? Pueden, y son muchas veces protestantes, pueden haber sido educados sin religión alguna, pueden haber abandonado la que tuvieron, y entonces no hay razón para considerarlos católicos y querer sacar de ese pretendido catolicismo alguna consecuencia.

No diré ya entre los católicos sinceros y observantes, PORQUE ENTRE ESTOS NO PUEDE COMPROBARSE UN SOLO CASO DE SUICIDIO, sino entre los que han nacido en la fe y no la han abandonado formalmente, cierto estoy de que el número de suicidas, ha disminuído y nuestra ciudad es un ejemplo de ello. (16)

La estadística que copié arriba que indica recrudesencia de suicidio en algunos países católicos, nada prueba en el caso, porque no se refiere al grupo, sino á naciones como Bélgica y Baviera, en que abundan también los protestantes, socialistas y librepensadores, aunque tomados en conjunto y en general puedan llamarse países católicos.

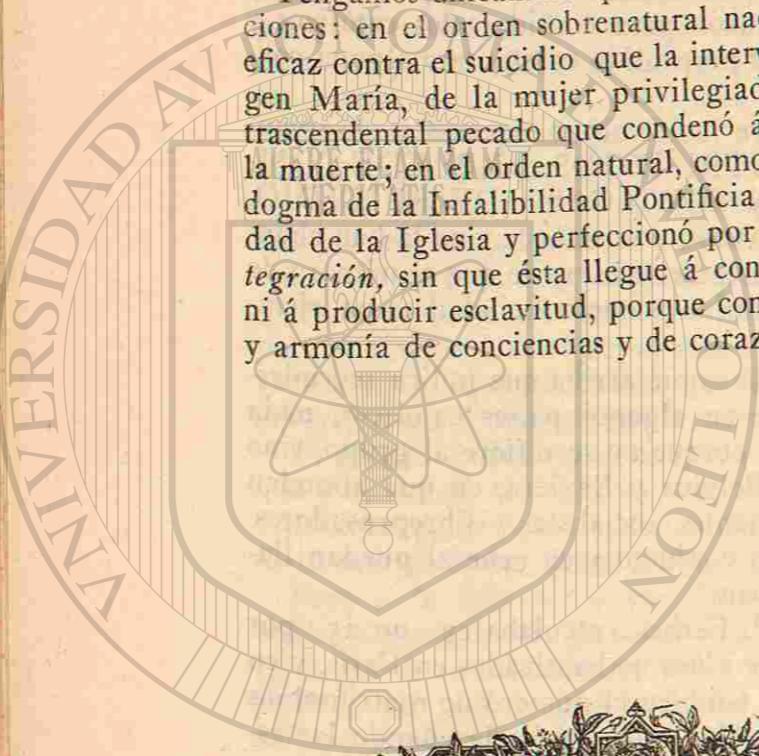
Taine, dice el P. Ferbes, calculaba en un 25 por ciento el número de niños no bautizados en París, y en 24 ó 25 por ciento también el número de matrimonios y sepelios civiles; cálculo que se hacía cuando las escuelas laicas no daban aún sus resultados.

El mismo P. Ferbes cree que en París, la enorme muchedumbre de 700.000 habitantes, es decir, la cuarta parte de la población total, es indiferente ú hostil hacia la Iglesia, es decir, enteramente pagana (17), y sin embargo, las estadísticas, candorosamente continuarán considerando á París ciudad católica, y reputando católicos los suicidas de esa población.

Pero aun cuando esa recrudesencia de suicidios en 1854 se hubiera advertido entre los mismos católicos, nada prueba en contra de la eficacia de la declaración, porque la Providencia, siguiendo las vías comunes y ordinarias, puede permitir la exacerbación del mal para que más pronto desaparezca; porque cuarenta ó cincuenta años nada significan en la inmensa suce-

sión de los siglos, (son un punto tan sólo) y no debemos llamar ineficaz la mediación porque no obre luego; porque tal vez sin la declaración, la marea de sangre del suicidio, que en ese mismo año de 54 tomó tan espantosas proporciones, hubiera crecido mucho más, hasta donde la imaginación no puede seguirla.

Tengamos únicamente por ciertas estas dos proposiciones: en el orden sobrenatural nada puede ser más eficaz contra el suicidio que la intervención de la Virgen María, de la mujer privilegiada, libre de aquel trascendental pecado que condenó á la humanidad á la muerte; en el orden natural, como ya se ha visto, el dogma de la Infalibilidad Pontificia fortificó la autoridad de la Iglesia y perfeccionó por decirlo así, su *integración*, sin que ésta llegue á constituir despotismo ni á producir esclavitud, porque consiste en concordia y armonía de conciencias y de corazones.



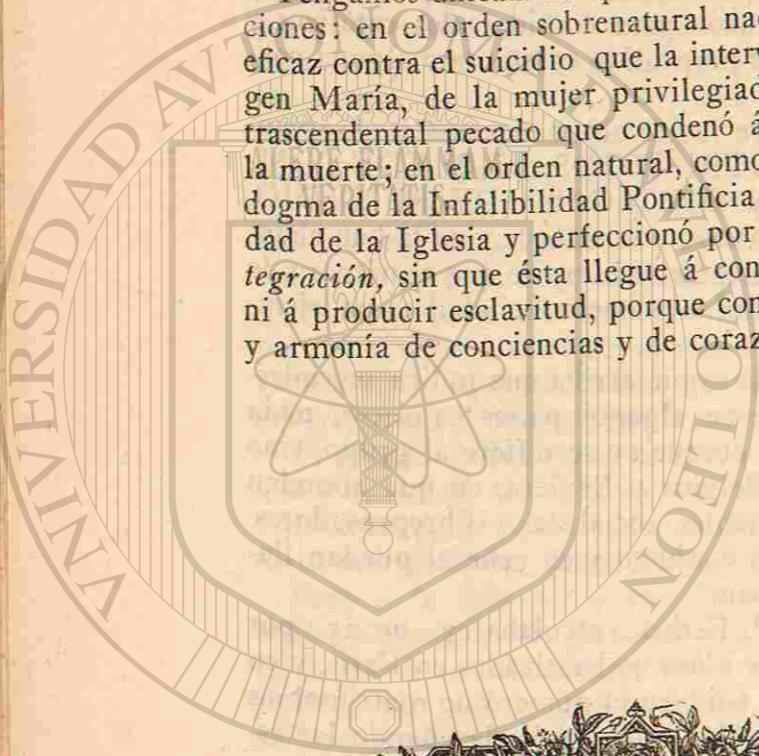
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



sión de los siglos, (son un punto tan sólo) y no debemos llamar ineficaz la mediación porque no obre luego; porque tal vez sin la declaración, la marea de sangre del suicidio, que en ese mismo año de 54 tomó tan espantosas proporciones, hubiera crecido mucho más, hasta donde la imaginación no puede seguirla.

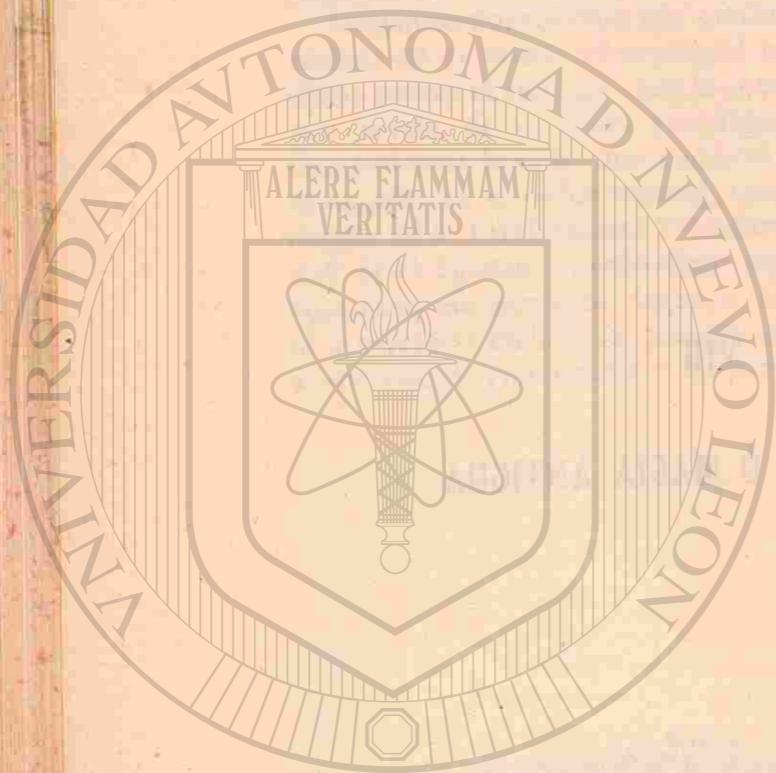
Tengamos únicamente por ciertas estas dos proposiciones: en el orden sobrenatural nada puede ser más eficaz contra el suicidio que la intervención de la Virgen María, de la mujer privilegiada, libre de aquel trascendental pecado que condenó á la humanidad á la muerte; en el orden natural, como ya se ha visto, el dogma de la Infalibilidad Pontificia fortificó la autoridad de la Iglesia y perfeccionó por decirlo así, su *integración*, sin que ésta llegue á constituir despotismo ni á producir esclavitud, porque consiste en concordia y armonía de conciencias y de corazones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





VIII

ESPIRITISMO Ó MAGIA

ANTIGUA

Tertuliano en el siglo II exclamaba: "Los magos evocan fantasmas; interpelan las almas de los muertos, después de provocar apariciones sacrílegas; hacen pronunciar oráculos á los niños; operan maravillas, girando en torno de un círculo preñado de prestigios, y cuando quieren, sumergen á sus víctimas en el sueño; cosas todas que verifican por mediación del demonio, del mismo modo que ejercen el arte adivinatorio *en torno de las mesas.*"

Todos los Padres de la Iglesia—agrega el abate Moigno, el insigne físico—desde Tertuliano hasta San Bernardo, han usado el mismo lenguaje, y ni Porfirio, ni Celso, ni Juliano el apóstata, han podido negar la realidad de esos fenómenos. (1)

En pleno siglo XIX, en 1848, año notabilísimo en la historia eclesiástica, se renovaron los prestigios de la magia antigua, comenzando á producirse en los Estados Unidos de América en la casa de la familia Fox, los fenómenos de percusión y rotación de mesas y otros objetos, después tan generalizados, y los de comunicación con seres invisibles, sin duda inteligentes, á decir de los testigos presenciales.

Y téngase en cuenta que la primera de esas comuni-

caciones de que hay noticia, verificóse después de una evocación á Satanás, circunstancia á la que el autor incrédulo que la refiere (Dr. Gibier, antiguo interno de hospitales en París) no da importancia alguna, pero que merece considerarse por los que creemos que tales fenómenos, en caso de no ser imposturas, son prestigios diabólicos, al menos en algunos de sus grados. (2)

El espiritismo se propagó velozmente, sin que le sirviera de valla el materialismo reinante, así en América como en Europa, y en 1854 (fecha también memorable en los fastos religiosos del mundo) quince mil personas alarmadas por el desarrollo formidable de tan dañosa superstición, pedían al Parlamento de Washington la providencia de medidas encaminadas á extirpar el mal. (3)

Tras la familia Fox, aparecieron en América y Europa, Home, Allan Kardec (4), Slade y otros muchos; y el Doctor Gibier, quizá con alguna exageración, dice que en 1886 se contaban en París más de cien mil espiritistas. (5)

Al menos habrá de dársele *crédito respecto* de su estadística de periódicos de la *religión nueva*; estadística referente, según entendemos, á 1886 y que es la siguiente: 13 revistas ó periódicos espíritas en francés; 27 en inglés; 36 EN ESPANOL; 5 en alemán; 3 en portugués; 1 en ruso; 2 en italiano; 1 francoespañola, en Buenos Aires, y otra francoalemana en Ostende. Total: 89 periódicos ó revistas en todo el mundo, lo que no es poco para una *religión* incipiente. (6)

La Iglesia, como era natural, apresuróse á condenar la superstición nueva, declarando, sin afirmar ni negar nada acerca de hechos concretos, que si producían los fenómenos seres del orden sobrenatural, éstos no eran ni las almas de los muertos, ni los espíritus bienaventurados, sino los demonios. (7)

Sin apelar á argumentos teológicos que los hay excelentes, el simple sentido común enseña la verdad. Si no se trata de meras imposturas, ó de fenómenos materiales y psíquicos, que pueden pertenecer al orden natural, aunque la ciencia no esté en aptitud de explicarlos aún (la simple rotación de las mesas por la voluntad del operador, v.gr.) sino de comunicaciones con seres invisibles inteligentes, éstos no pueden ser los án-

geles ni siquiera las almas humanas, porque sería indigno de ellos mostrarse chocarreros y burlones, cuando no procaces y desvergonzados (8); usurpar la misión de los sacerdotes cuando pretenden enseñar; decir cosas contrarias á la fe y á las buenas costumbres y hasta emplear para sus prestigios instrumentos ruines. Por eso aún antes de que Roma hablase, ya todos los Obispos, en donde la superstición asomaba la cabeza, la condenaban enérgicamente, y ningún católico que conozca su religión y ni aún los protestantes honrados y de buena fe, pueden prestarse á esas prácticas, obra, si no de la impostura, del demonio.

Se ha creído por algunos, que la Iglesia, al condenar el espiritismo, incurre en la necedad de reputar ciertos los fenómenos que se le atribuyen. La necedad es de los que juzgan así. La Iglesia no puede examinar hecho por hecho, ni incurre en el candor de no suponer, aún atribuyéndole sólo facultades humanas, que muchos de esos prestigios pueden ser imposturas, inventadas por el fraude, ó por imaginaciones enfermizas. Condena esas prácticas, porque en principio sabe que los espíritus malignos pueden comunicarse con los hombres, y porque si las comunicaciones espíritas son reales, no pueden tener por agente invisible más que el angel del mal. Encargada de velar por la pureza de la fe y de las costumbres, prohíbe esos prestigios, reales ó no, sólo por el hecho de que pueden serlo. Al revés, muchos excelentes católicos, grandes sabios también, han dudado de la realidad de tales fenómenos, y oíd al abate Moigno de cuya ortodoxia y sabiduría no se puede dudar:

“He leído todo lo que se ha escrito acerca de la demonología; he asistido á numerosísimas experiencias, no de espiritismo, que me parecen muy ridículas y absurdas, sino de magnetismo y de mesas giratorias. Miembro de una comisión encargada de adjudicar un premio de diez mil francos al que leyera una carta cerrada, género de clarividencia que se dice ser común, he tenido oportunidad de poner á prueba la pretensión y el talento de magnetizadores de renombre, y nunca esta maravilla se ha obrado delante de mí. Los otros físicos no han sido más felices ni más privilegiados. Al contrario, siempre que un sabio juicioso ó una socie-

dad erudita, han sido invitados á presenciar hechos extraordinarios de magnetismo ó de espiritismo, no solamente no han visto nada, sino que siempre han puesto en evidencia la mala fe ó la superchería."

"Se podrían, pues, tener estos hechos como no sucedidos; pero sería irracional, después de un testimonio tan fidedigno como el de la revelación, la tradición y la historia, poner en duda la terrible acción de los demonios sobre el mundo y el hombre, ó la posibilidad de pactos culpables con las potencias infernales." (9)

En efecto, cuando se leen imposturas como las que presencié un Archiduque de Austria hace pocos años (10), las de los hermanos Davempont (11), las de Huguet en tiempo del Mariscal de MacMahon (12), y sobre todo, ese drama espantoso de las brujas de Massachusetts, que nuestro insigne escritor García Icazbalceta refiere menudamente y prueba hasta qué punto los prejuicios supersticiosos pueden engañar á un Juez, aunque disponga de muchos elementos de investigación (13), el ánimo se previene en contra de los fenómenos espíritas, inclinándose, salvo el caso de pruebas inconcusas, á reputarlos miserables falsedades, no por eso menos indignas ni pecaminosas hasta para el simple espectador.

Pero á pesar de la opinión de Moigno, ó más bien dicho, ya que este sabio no opina en principio en contra de los fenómenos; á pesar de su afirmación de no haber descubierto lo sobrenatural en la investigación que de varios de ellos practicó, nos inclinamos á creer, con muchísima probabilidad, en la certeza absoluta de algunos.

Las investigaciones de la sociedad dialéctica de Londres, llevadas á cabo en 1869 por numerosa comisión de verdaderos sabios, pocos de ellos creyentes absolutos, algunos sólo á medias, pues sin negar la realidad del hecho le atribuían causa meramente natural, y la mayor parte enteramente escépticos, (14) dieron por resultado las siguientes conclusiones que afirman la existencia:

1a: De ruidos y de vibraciones, producidos por acción no muscular, ni mecánica;

2a: De movimientos de cuerpos graves sin acción

muscular ni mecánica, y frecuentemente sin contacto ó conexión con nadie;

3a: De ruidos que, por medio de una clave de señales, responden á las preguntas que hacen los circunstantes, y de manera inteligente;

4a: Del hecho de que, si las comunicaciones del agente invisible son por lo común baladís, se refieren algunas veces á cosas conocidas sólo por los presentes;

5a: Del hecho de que la presencia de ciertas personas es favorable á la producción del fenómeno y contraria la de otras, sin que las opiniones profesadas por estas últimas, acerca del fenómeno dicho, influyan en algo para la producción de éste." (15)

El físico y químico inglés, sabio de primer orden, Mr. William Crookes, comprobó el juicio de la comisión y fué más adelante en sus investigaciones, al grado de poder certificar el fenómeno de la materialización, ó sea de la reincarnación de un espíritu.

En la nota, para no alargar demasiado este capítulo, insertamos sus conclusiones. (16)

Ya, como se ve, el dictamen de una comisión de sabios, personas distinguidas y honradas, prueba mucho, más si á ello agregamos el dicho del Dr. Gibier (17), que asegura haber practicado por sí mismo con el medio Slade diez experiencias semejantes á las de Crookes; el del astrónomo alemán Zoellner; el de los quince mil representantes al congreso de Washington, y otras muchas noticias que citaremos en las notas, la inclinación á no creer causada por las imposturas mencionadas, queda vencida casi enteramente y si no nos atrevemos á formular juicio definitivo en el sentido de la verdad de los fenómenos y de su origen extra-natural, es porque no quisiéramos hacerlo sino hasta haber hecho estudio más detenido del asunto, con más acopio de datos y opiniones.

Para nuestro objeto, baste decir que el espiritismo, impostor ó no, es satánico, como es satánica la idolatría, aunque no se consiga por medio de los ídolos entrar en relaciones con el demonio, y de todos modos, las prácticas espíritas resultan abominables, pues son contrarias á la fe, corruptoras de las costumbres y causa directa, muchas veces, de la locura y del suicidio.

M. Nus refiere que una mesa giratoria profetizó

“que la *Religión nueva* (así se llama pomposamente el espiritismo) transformará el viejo mundo católico, ya cuarteado por los golpes del protestantismo, de la filosofía y de la ciencia.” (18)

Gibier, que por cierto, aunque se declara naturalista, no es enemigo de la religión nueva, sino muy al contrario, pues parece espiritista disfrazado, manifiesta sin ambages: “Es preciso decir que ciertas comunicaciones son ateas, otras hasta materialistas; que entre los Mormones los espíritus predicán la poligamia, y que hemos leído conferencias reveladoras de que las prácticas aborticidas, tan generalizadas en los Estados Unidos, encuentran en el otro mundo complacientes defensores.” (19)

¿Cómo conciliar todo esto? Los libros de Allan Kardec dan pronta respuesta; ¡vaya una dificultad! “Todo se explica por el hecho de que los espíritus que se revelan, son amenudo espíritus inferiores, lo que nos da la razón de que ciertas comunicaciones, SEAN VULGARES, TRIVIALES Y HASTA OBSCENAS!” (20)

Hé aquí al espiritismo declarándose demoniaco por boca de su gran apóstol Allan Kardec, pues los *espíritus inferiores que dicen obscenidades* no pueden ser los ángeles ni las almas de los justos.

En 1848 surgió, pues, un nuevo fruto del paganismo, la misma magia antigua que Tertuliano describe; la serpiente bíblica quería ser adorada de nuevo por la humanidad, y la Iglesia necesitaba acogerse al auxilio de la Virgen Inmaculada, nacida para quebrantar la cerviz de la bestia. (21)



IX

LA NIÑEZ

LOS PECADOS A SANGRE FRIA.—LAS SOCIEDADES SECRETAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



“que la *Religión nueva* (así se llama pomposamente el espiritismo) transformará el viejo mundo católico, ya cuarteado por los golpes del protestantismo, de la filosofía y de la ciencia.” (18)

Gibier, que por cierto, aunque se declara naturalista, no es enemigo de la religión nueva, sino muy al contrario, pues parece espiritista disfrazado, manifiesta sin ambages: “Es preciso decir que ciertas comunicaciones son ateas, otras hasta materialistas; que entre los Mormones los espíritus predicán la poligamia, y que hemos leído conferencias reveladoras de que las prácticas aborticidas, tan generalizadas en los Estados Unidos, encuentran en el otro mundo complacientes defensores.” (19)

¿Cómo conciliar todo esto? Los libros de Allan Kardec dan pronta respuesta; ¡vaya una dificultad! “Todo se explica por el hecho de que los espíritus que se revelan, son amenudo espíritus inferiores, lo que nos da la razón de que ciertas comunicaciones, SEAN VULGARES, TRIVIALES Y HASTA OBSCENAS!” (20)

Hé aquí al espiritismo declarándose demoniaco por boca de su gran apóstol Allan Kardec, pues los *espíritus inferiores que dicen obscenidades* no pueden ser los ángeles ni las almas de los justos.

En 1848 surgió, pues, un nuevo fruto del paganismo, la misma magia antigua que Tertuliano describe; la serpiente bíblica quería ser adorada de nuevo por la humanidad, y la Iglesia necesitaba acogerse al auxilio de la Virgen Inmaculada, nacida para quebrantar la cerviz de la bestia. (21)



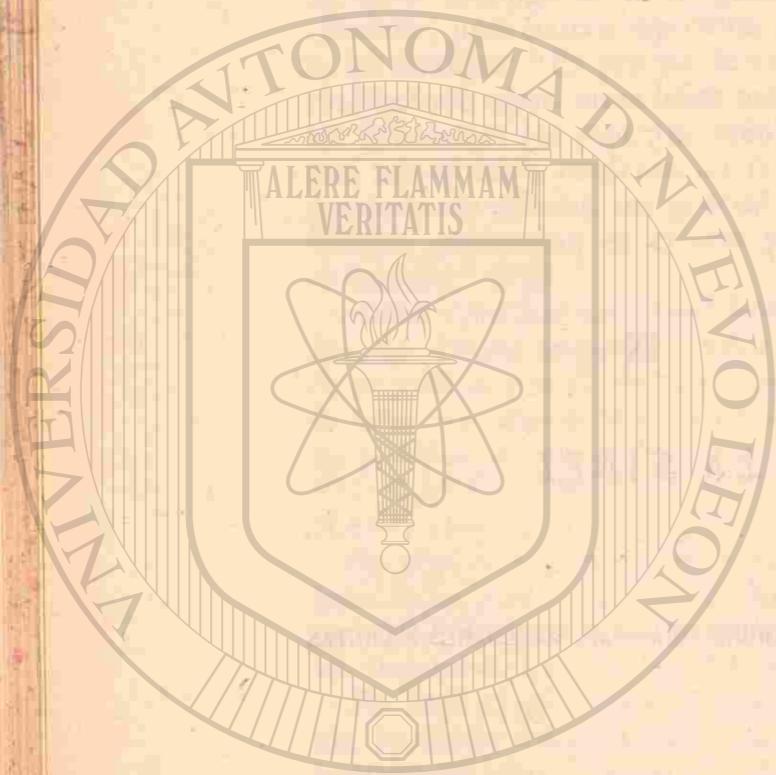
IX

LA NIÑEZ

LOS PECADOS A SANGRE FRIA.—LAS SOCIEDADES SECRETAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





IX

LA NIÑEZ

LOS PECADOS A SANGRE FRÍA

LAS SOCIEDADES SECRETAS

Magna debetur pueris reverentia—decía Quintiliano, respetad la niñez—enseña el cristianismo—porque el Salvador la santificó desde que su divina mano acarició unos pequeñuelos.

Una de las cosas más repugnantes de este siglo y que más lo acerca á los tiempos paganos, es la falta de respeto hacia la inocencia de la infancia. Es triste el abandono de los niños en las calles de las grandes ciudades, tristísima la situación de los hijos de nuestros jornaleros, harapientos, famélicos, enfermizos; más triste aún la de los párvulos en las prisiones y escuelas correccionales, en donde no oyen mentar siquiera el santo nombre de Dios; pero es peor que todo, es ya el síntoma del último grado de corrupción moral, que haya especuladores que exploten la inocencia, y ley que permita especulación semejante.

El párvulo tiene ante su vista en todas las grandes ciudades del mundo civilizado, inclusa la capital de nuestra República, espectáculos é imágenes corruptores; pero lo peor es que se hace circular entre los ni-

ños, novelas inmundas que siembran en su mente y en su corazón todo género de gérmenes venenosos.

¡Cuántas veces he oído á un rapazuelo limpia-botas de diez años, dar cuenta á un camarada de todas las hazañas de Rocambole, y he maldecido las escuelas, si ha de servir para eso la lectura!

Con gusto me dirigiría al editor de esos libros de diez centavos que están al alcance de los niños del pueblo, sujeto rico, quizá ilustrado, tal vez influente en la administración pública, tal vez considerado en la sociedad como hombre de bien, y le diría: no dudo que seáis un buen padre de familia; no dudo que seáis en lo general buen ciudadano, ¿por qué no teméis corromper la juventud y la niñez sobre todo? ¿Qué diríais si me vierais poner en manos de vuestros hijos y de vuestras hijas, aún no adolescentes, las novelas de Rocambole? ¿Pues por qué las hacéis circular entre los niños pobres? No sois capaz, sin duda, de ejercer la usura opresora del desvalido, ¿pues por qué si no explotáis la miseria, buscáis el lucro á costa de algo más respetable, de la pureza y del candor del inocente?

Y es que el espíritu pagano desprecia al niño. Jesucristo llamaba á los rapazuelos á su regazo; el paganismo, fingiendo atender las necesidades materiales de los párvulos, descuida enteramente su alma. No pintaremos la prostitución de la infancia en Grecia y en Roma; bien conocida es y no emprenderemos la ingrata tarea de describirla; pero sépase que en el siglo XIX, también se ha presentado el síntoma pagano de una ley, de una prensa y de una sociedad que no saben vigilar ni aún respetar siquiera la inocencia.

Leed el hermoso libro de Haussonville, *La Infancia en París*, y os asombrará tanto abandono, tanta miseria física, tanta corrupción moral de la niñez de las capitales de Francia é Inglaterra.

En 1875 la población de los establecimientos penitenciarios de Francia, destinados al castigo de los niños, contenían 9,906 delincuentes, y de ellos, 4,543 eran huérfanos de padres, es decir, habían perdido sus protectores natos; 1,518 eran hijos naturales, es decir, frutos de la licencia, y 1,615 nacieron de padres castigados por delitos, lo que significa que la prole había recibido lecciones de inmoralidad. Y, cosa que á prime-

ra vista parece asombrosa, en todas esas categorías el número de las niñas es mucho más elevado que el de los niños, lo que se quiere explicar por la acción más eficaz sobre las jóvenes, de las malas influencias. (1)

¿Por qué la sociedad no ampara al huérfano? ¿por qué al menos no procura evitarle causas de perdición, procurando no caigan en manos de los niños los libros dañosos, y cuidando de ocultarles espectáculos é imágenes nocivos? ¿por qué no los mejora y fortifica, enseñándoles en las escuelas, no una moral estéril, sino la religión divina y sus prácticas salvadoras?

“Si no tenéis contra el mal—decía un escritor compatriota nuestro—más que un argumento que oponer, estáis perdidos.” (2) Si esto puede decirse de los hombres, ¿cómo no se dirá del niño? La máxima, la lección, el razonamiento, no le aprovechan si no encarnan en él, si no informan su espíritu y su corazón, y esto no se consigue sino por la oración y los sacramentos.

La escuela debe ser laica—dicen los liberales—y que se enseñe al niño la religión en la familia. ¿Y los huérfanos? ¿La mitad del contingente de las prisiones la proporcionarían ellos si la escuela los acogiese, los doctrinase y los convirtiese en cristianos?

¡Y lo que más espanta es la corrupción de la niña, MAS FACIL QUE LA DEL NINO, de la mujer futura, de la madre!

Si hay mil causas naturales de perdición, que la ley, impotente por poco caritativa ó por imposibilidad absoluta, no puede remediar, ¿por qué el Estado no cuida de evitar siquiera que la sociedad directa fría y hasta calculadamente corrompa la niñez en México?

¿Qué hermoso sería un círculo católico destinado exclusivamente á la protección del niño!

La excelente revista de Jesuitas españoles, *Razón y Fe*, (3) en el último número, que tengo delante, el que corresponde á Julio de 1904, analiza un libro de Mr. Joly acerca de la niñez delincuente en Francia, y del respectivo artículo tomo la siguiente pavorosa estadística:

¡Fúnebre tapiz desarrolla ante nuestros ojos el cap. V, presentándonos, unas tras otras, escenas vivas de jóvenes suicidas! Y ¿por qué solución tan desespe-

rada en tan pocos años? Amarguras de familia, convenciones acaso no muy severas, castigos tal vez ligeros, desengaños prematuros ú otros fútiles pretextos ponen el revólver en la tierna mano que acaba de soltar los juguetes de la primera infancia, ó persuaden á imberbes mozalbetes otros medios con que en los albores de la vida se precipiten en la noche de una muerte horrenda.

“¿Qué pasa en el alma de esos infelices? Joly, rastreándolo por el testimonio de los procesos instruídos, llega á una conclusión desoladora: falta, por lo general, á aquellos corazones el calor del hogar paterno. A la frialdad de los padres responde la tibieza de los hijos; los ejemplos de aquéllos fueron tal vez perversos; la educación fué nula ó escasa. Añádase á este una imaginación desenfrenada, que no halla tropiezo ni dificultad á sus antojos, un sentimentalismo voluptuoso, una soltura de vida impropia de la mocedad, una embriaguez naciente, amores vehementes, conversaciones, lecturas é imágenes corruptoras, el horror al trabajo y á todo esfuerzo sano, en suma, cuanto al choque con el primer obstáculo ha de producir la desazón, el tedio y el abatimiento. Esos mismos amores que los llevan al odio de la vida, brotan más que del corazón, de la sensualidad muelle; su consecuencia es el fastidio y su término la aniquilación. La aniquilación; porque, generalmente, esos verdugos de sí mismos no piensan en un *más allá*; su esperanza y su temor se encierran en la fría lobreguez de una tumba; allí acabará su aburrimiento, allí no tendrán que hacerse violencia, ¡descansarán!” (4)

Ante semejante espectáculo no podemos menos de exclamar: ¿qué sería del mundo sin el catolicismo? El paganismo desprecia la niñez (es uno de sus más repugnantes caracteres) y sólo el cristianismo procura conservar en el párvulo, para convertirlos después en virtud, el candor y la inocencia, aroma de la infancia, el encanto mayor de la familia, el mayor atractivo de la orfandad, inocencia que hacía exclamar á Lord Byron tristemente: “¡lástima que estos niños lleguen á ser hombres!”

¡La madre de los desamparados proteja esa niñez, á quien no sólo la sociedad olvida, sino también corrom-

pe! Pío IX se vió en sueños convertido en niño, llevado de la mano por la Inmaculada. ¡Que esa visión sea un símbolo de la regeneración de la niñez! Nada en el cristianismo carece de significación. Si la Virgen de Lourdes escogió una niña para mostrarle su celestial figura y comunicarle los secretos del cielo... ¿No significará tal cosa, sino que la Inmaculada toma la infancia bajo su especial protección?

Soliciten los católicos los auxilios de la Virgen en pro de la niñez desvalida, solicítenlos con la oración y con las obras, y la gracia descenderá como el rocío.

* * *

Otro síntoma seguro de paganismo son los pecados que el Abate Moigno llama *pecados á sangre fría*.

No se nos diga que no ha habido en el mundo un día sólo en que no se haya pecado gravemente y que el cristianismo tiene que confesar su impotencia para triunfar del mal: que aun las edades más cristianas, como el siglo modelo, el siglo XIII, han sido pecadoras.

El cristianismo en los tiempos bárbaros inspiraba las virtudes más heroicas, pero no podía modificar de pronto el temperamento de los hombres, sino en casos excepcionales, quizá milagrosos, y el carácter bravío é indómito de las gentes y sus instintos brutales y salvajes, se traducían mil veces en actos de violencia, en crímenes de pasión, muchos quizá desconocidos ahora, que formaban el más brusco contraste con las virtudes generosas florecientes en los claustros, en los campamentos y hasta en los alcázares de los reyes.

El cristianismo no ha sido hecho, sino para alcanzar el triunfo definitivo al fin de los tiempos: entretanto, su misión es sólo luchar, y como puede obtener victorias parciales, también puede sufrir derrotas más ó menos duraderas.

Aun imperando en las ideas, como ha logrado hacerlo en épocas mejores, en Europa y en buena parte de América, no logra extirpar la pasión de los corazones, y ésta, mientras exista, puede avasallar el albedrío.

Pero hay pecados que el cristianismo, cuando reina en la conciencia, casi llega á extirpar por completo, en virtud de que son faltas que difícilmente se compadecen con la fe. No consisten en arranques de momento,

ó en pasiones que tienen mucho de carnales é instintivas, y contra cuya violencia puede poco la libertad, sino que su germen, su *fomes*, como dicen los teólogos, se encuentra en regiones superiores del alma, y para que la fe lo deje vivo, cuando no tiene sus raíces en la materia, preciso es, ó fe muy débil, casi nula, ó que ese mal sea hondo, tenaz, incurable naturalmente.

Tales crímenes, hijos del egoísmo, premeditados, calculados, fruto muchas veces de almas ilustradas, que no tienen el pretexto de satisfacer necesidades de la naturaleza, no aparecen sino por excepción en las edades cristianas, pero se generalizan y cobran proporciones pavorosas en los siglos sin fe.

Los paganos alimentaban con carne de esclavos las mureñas de sus estanques, y el egoísta moderno, tipo nada raro, hará arder, (siempre que no se comprometa naturalmente) la casa del vecino,—como dice Larochefoucault—sólo para freír un huevo en el incendio.

Esos pecados de egoísmo frío y que llamaremos espiritual, son los que el Abate Moigno, sabio y virtuoso sacerdote de la Compañía de Jesús, ha denominado acertadamente *pecados á sangre fría*. Son fruta del siglo y revelan que el siglo es pagano.

El ilustre Jesuíta dice:

“Amenudo se presenta esta gravísima cuestión. ¿Nuestro siglo es mejor ó peor que los que le han precedido? No quiero constituirme en panegirista de los siglos pasados, *laudator temporis acti*. Cada siglo tiene sus virtudes y sus vicios; cada siglo, en consecuencia, tiene ventajas y desventajas. El nuestro es ciertamente, más sabio, más instruído, más civilizado: las ciudades son más ventiladas, las habitaciones más sanas, la vida, por lo regular, más larga, las costumbres generalmente, más dulces; las relaciones mutuas mejores y más estrechas; hay, aun en las almas escogidas (*d'élite*) solicitud para el pobre, piedad y sostén para el débil, deseo de hacer la vida, para todos, más fácil y más dulce, etc.

“Pero cada siglo tiene su sello característico, y el del nuestro es sin duda, por una parte, la disminución y la rareza de fe; por otra, eso que llamo pecados á sangre fría.

“El pecado á sangre fría es, en su manifestación más odiosa, el pecado de Judas que ofrece, vende y entrega friamente á su Divino Maestro por medio de un beso sacrilego y diabólico. Esto es la negación razonada y voluntaria, por un acto libremente consentido, de la verdad conocida y presente al espíritu; eso que el Evangelio llama pecado contra el Espíritu Santo, que no será perdonado ni en este mundo ni en el otro. Esto es, en fin, el pecado que se comete, no sólo con propósito deliberado, sino aún sin sublevación de los sentidos, sin extrañeza de las pasiones, sin violencia de carácter, sin presión de circunstancias exteriores imperiosas, contra la razón, contra la naturaleza, y algunas veces, aún contra la misma pasión.” (5)

El sabio sacerdote consagra varias páginas á cada uno de esos pecados del paganismo moderno; pero nosotros sólo diremos tres palabras acerca de los menos conocidos, no porque se repitan con menos frecuencia que los otros, sino, al revés, porque han entrado de tal modo en las costumbres, que á nadie chocan, y á penas si los mismos católicos los reputan inmorales.

“Una casa inglesa—dice el Abate Moigno—vendió una vez, para los habitantes de no sé qué isla de Océanía, varios millones de agujas de coser, que carecían del agujerito, llamado *ojo*, necesario para entrar el hilo.”

Hé aquí el tipo de la estafa industrial, que explota la ignorancia de miles de infelices, estafa cometida no como antes, por pillos callejeros, que muchas veces buscarían en el fraude el remedio de legítima necesidad, sino por negociantes ricos, ilustrados, quizá miembros de sociedades de temperancia, perfectos *gentlemen* probablemente.

No sólo se falsifican los productos industriales con perjuicio de derechos adquiridos, sino que se adulteran los alimentos, los vinos, las medicinas.

¡Y qué refinada malicia la de enviar esos productos allí donde no hay leyes, donde el falsificador no puede ser perseguido!

Otro pecado á sangre fría, propio del siglo y que subleva la santa ira del buen Jesuíta, es la costumbre, aceptada en Francia por muchos matrimonios, de en-

viar á los hijos á amamantarse fuera del hogar, para librar á la *digna* madre de las penalidades de la lactancia.

Pero es peor aún el que los esposos vivan como extraños, para no aumentar excesivamente la familia, pernicioso costumbre que tiende á propagarse en las principales ciudades de Europa y América.

Sería delicado el desentrañar la malicia de pecado semejante, propio de la gente rica, ilustrada y que hasta alardea de ciertas prácticas religiosas (las fáciles y que sanciona la moda), y dejaremos tan resbaladizo asunto, limitándonos sólo á citar las siguientes palabras de Alejandro Dumas, (hijo) nada sospechoso de gazmoñería: "Dejad que la mujer haga lo que hace y dentro de cincuenta años, nuestros sobrinos (entonces ya no tendremos hijos sino sobrinos tan sólo) verán lo que queda de la familia, de la religión, de la virtud, de la moral y del matrimonio en el rico y hermoso suelo francés!" (6)

El naturalismo—no nos cansaremos de afirmarlo—es la enfermedad de los tiempos, y su microbio propagador—como ha dicho Monseñor Delamare con gran exactitud en su discurso de 22 de Noviembre del año pasado—es el espíritu de la Franc-Masonería. (7)

El alma de ese monstruo es como cree el mismo gran Obispo, *el odio á la religión*, y si la logia se disfraza de sociedad mutualista, asociación filantrópica, *meeting* político, academia filosófica y hasta club de honesto recreo, en el fondo permanece tenaz é hipócrita propagadora del naturalismo, y enemiga mortal, implacable, satánica, de Cristo y de su Iglesia.

Como tal la condenaron, después de Clemente XII, que fué el primero en hacerlo en 1738, Benedicto XIV, Pío VII, León XII, Pío VIII, Gregorio XVI, Pío IX y León XIII, y éste último con aquella su acostumbrada energía, porque el gran anciano tenía tanto valor como genio, después de revelar sus fines de dominación universal, excita vivamente á los católicos á sacudir su deshonesto yugo.

En la Encíclica *Preclaræ gratulationis*, de 20 de Junio de 1894, decía el gran Pontífice:

"Otro peligro grave para la unidad, es la secta masonica, formidable potencia que oprime desde hace mucho tiempo á las naciones, y sobre todo, á las naciones católicas. Orgullosa hasta la insolencia por su fuerza, por sus recursos, por sus éxitos, lo pone todo en obra, favorecida por nuestros tiempos tan agitados, para afirmar y extender su dominio por todas partes. Desde los retiros tenebrosos donde maquina sus embustes, penetra públicamente en nuestras grandes ciudades; y como para lanzar á Dios un desafío, en esta misma ciudad, capital del mundo católico, ha establecido su asiento.

"Aunque hayamos hecho ya en otra parte las más graves advertencias sobre este particular, Nuestra vigilancia apostólica Nos impone el deber de insistir en ello, y de repetir que, contra tan apremiante peligro, nada de lo que para prevenirlo se haga, es demasiado. Que la clemencia divina frustré sus nefastos designios. Pero que el pueblo cristiano comprenda que debe acabar con esa secta y sacudir resueltamente su yugo deshonesto; que en esto tengan más empeño aún aquellos que están más oprimidos, los franceses y los italianos. Ya hemos designado las armas que deben emplearse y la táctica que debe seguirse en este combate: la victoria, al fin, no es dudosa, con un jefe como Aquel que pudo decir un día: "He vencido al mundo!" (Juan, XVI, 33).

¡Todo lo quiere dominar! ha dicho el Pontífice. Tal es el fin de la satánica asociación. ¡Su ambiente es el materialismo; sus medios, la hipocresía, la perfidia, el crimen; su enemigo, la Iglesia; su último intento, el dominio del mundo!

Ya triunfa en Francia, la nación directora de la civilización; ya se extiende por toda la tierra; ya conspira al establecimiento de la república universal: ¿no será ella el tirano que veía Donoso Cortés alzarse en la lejanía, enorme, sombrío, cruel, implacable, con la blasfemia en la boca y el hierro homicida en la diestra? (8)

Ahora sus ataques se dirigen en Francia, y pronto hará igual cosa en todo el mundo, á las asociaciones religiosas.

¿Qué le importa que se grave el erario, que la niñez

carezca de educadores, que los hospitales se entreguen á manos mercenarias; que la valiente, la heroica, la mártir, Sor Teresa (*) sea substituída en las ambulancias por mujeres que sólo persiguen el sueldo y huirán gritando cobardemente cuando caiga un proyectil en las tiendas de la Cruz Roja?

A mediados del siglo, la Franc-Masonería, causa de todas las revoluciones europeas acaecidas hasta entonces, era más peligrosa que ahora, porque engañaba aun á muchos católicos, y aun á algunos indiferentes é incrédulos que no querían combatir la religión, haciéndoles pensar que no tenía más fin que el de realizar la libertad de los pueblos.

Así se engañaron católicos tan notables como Silvio Pellico, ferviente carbonario, pues el carbonarismo, impío en el fondo, disfrazaba sus miras alardeando ideas humanitarias y patrióticas.

Pero la secta tenebrosa ha sido desenmascarada por Pío IX y León XIII, y ella misma se presenta ya como enemiga natural del catolicismo. El P. Baunard, dice:

“Pero ya, mucho tiempo antes, la poderosa voz del Vaticano había vaticinado. Por su encíclica de 20 de Abril de 1884, León XIII había penetrado en las profundidades del antro masónico y hecho aparecer á la luz del día al tenebroso malhechor de quien ha presentado la cara y denunciado las obras. Su nombre, es el naturalismo; su espíritu, la negación de toda Revelación; su obra, la destrucción de toda religión, y en definitiva, de todo orden social; su poder y sus armas, esa vasta red de asociaciones ligadas por elementos impíos y criminales, y que aprisiona ambos mundos en sus mallas de hierro.”

En Francia, en estos momentos, libra contra la religión la más formidable batalla, y esperamos en la Virgen Inmaculada, que será vencida.

Así lo podemos creer hasta teniendo sólo en cuenta los medios humanos, en vista de los poderosos elementos de que dispone el catolicismo en el país que por hoy

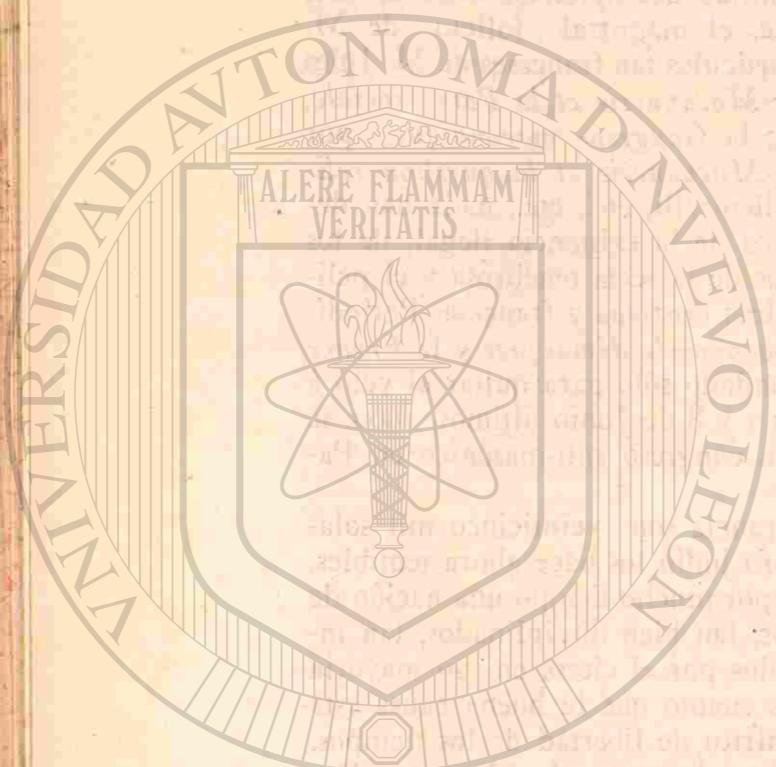
(*) Véase el capítulo “MILAGROS, MISIONES Y MARTIRIOS.”

camina al frente de la civilización católica. El mismo Baunard, dice:

“Francia y la Iglesia se defienden vigorosamente en estos momentos. Tengo, sobre este asunto de perpetua actualidad, toda una biblioteca de publicaciones escritas en esta segunda mitad del siglo. En estos últimos años, particularmente, el magistral folleto de M. Georges Goyau, los artículos tan franceses de M. Jules Lemaitre; la *Franc-Maconnerie et la Paix sociale*, por Paul Nourisson; la *Gangrene maconnique*, por M. Dasté; la *Franc-Maconnerie et la question religieuse*, por Copin Albancelli, etc., etc., nada han dejado de enseñar acerca de la existencia ilegal, de los procederes perniciosos de la secta tenebrosa y el peligro en que pone al alma cristiana y francesa. Periódicos como la *Franc-maconnerie démasquée* y la *France chretienne*, se han fundado sólo para quitar el velo á sus secretos. Los días 7 y 8 de Junio últimos, 1900, se acababa de reunir un congreso anti-masónico en París.”

Los masones en Francia son veinticinco mil solamente, y aunque el oro judío los hace ahora temibles, no creemos tiranicen por mucho tiempo una nación de católicos tan resueltos; tan bien disciplinados, tan inteligentemente dirigidos por el clero, en su mayoría admirable, tanto más cuanto que la buena causa está favorecida por el espíritu de libertad de los tiempos.

Dios haga se realicen los votos de Monseñor Delamare en su gran discurso de Lille (Noviembre de 1903): “Es preciso—dice el gran Obispo—que sin tardanza, por efecto de nuestra campaña antimasónica, á impulsos de la voluntad popular exasperada, la luz del sol llegue á ser intolerable á la masonería y huya amedrentada á sus logias y ahí se sepulte de nuevo, como es el destino de todo lo que ha nacido para la mentira y para el mal.”



X

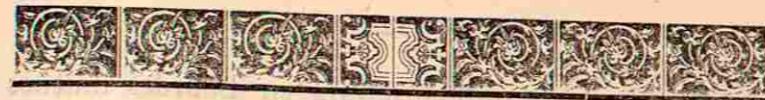
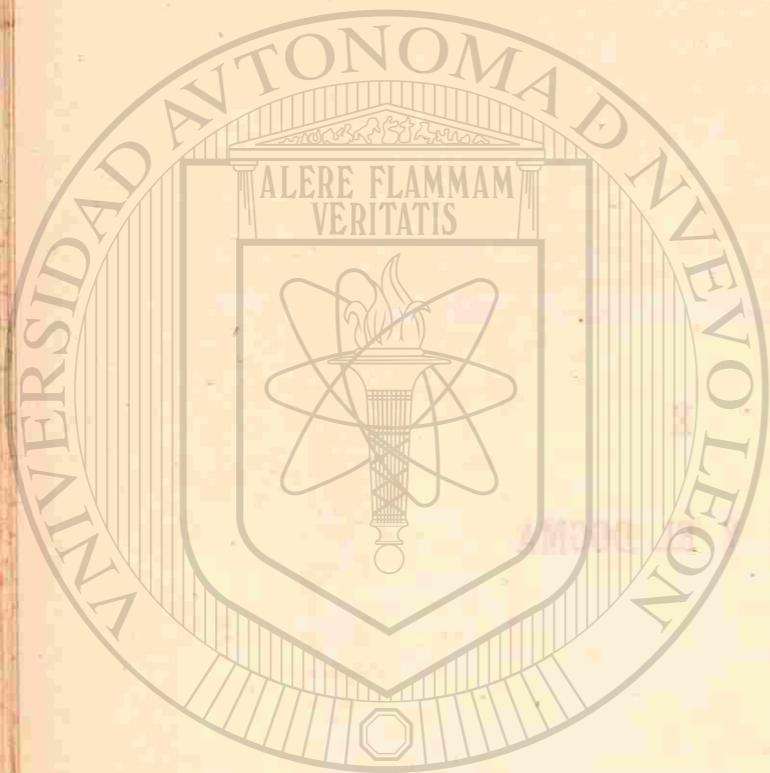
JUAN

PIO IX Y EL DOGMA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





X

PIO IX Y EL DOGMA

Era una tarde de Enero de 1848, y Pío IX desde una terraza del castillo de Gaeta contemplaba tristemente el ir y venir de las olas del Mediterráneo, pensando en la revolución que se agitaba en Roma y que había arrancado el cetro de sus manos augustas. Pensaba también que el alzamiento de Massini y Garibaldi, imitación de la algarada de los Rienzi, no era más que un síntoma del mal del siglo, del mal universal, del neo-paganismo que combatía la Iglesia, ya sordamente, como aquellas olas que roían las rocas, ya furioso y en tempestad.

A su lado se hallaban un joven eclesiástico francés, que después fué honrado con la púrpura, Mr. Mermillod, el gran Arzobispo de Ginebra, y el Cardenal Lambruschini, entonces Ministro de Estado.

Ambos contemplaban en silencio aquella tristeza augusta que iba subiendo á medida que bajaba la tarde, y misteriosa comunicación de ideas y sentimientos se producía entre ellos y el Pontífice.

De pronto, Lambruschini no pudo contenerse y exclamó, como resultado de aquella conversación muda: "Santísimo Padre, vuestra Santidad no curará el mundo sino proclamando el dogma de la Inmaculada Concepción. Esa definición doctrinal restablecerá el sentido de las verdades cristianas y apartará los espíritus de los caminos del NATURALISMO EN QUE SE EXTRAVIAN." (1)

Monseñor Marmillod refería en Lourdes muchos años después, esa conversación admirable, y ciertamente que las palabras del Cardenal Lambruschini entrañan el pensamiento del Papa y de la Iglesia, que es el que hemos querido desarrollar en este libro.

Contra el naturalismo, el supernaturalismo; contra la idolatría de la Humanidad á que tienden sacrílegamente, el positivismo, el socialismo y el paganismo, en fin, la verdadera dignificación del hombre por la sangre de Cristo, que no solamente redime de la culpa, sino que restablece el orden primitivo, el estado de naturaleza pura, creando á la Virgen sin mancha. (2)

Pío IX era un vidente, un santo. En medio de las amarguras del destierro, amenazado por el puñal del carbonario que hirió á Rossi en el mismo recinto del Quirinal, á Rossi cuya sangre casi salpicó las vestiduras pontificales; cuando necesitaba el apoyo de gobiernos y de naciones corroidas en gran parte por el naturalismo, obraba contra las reglas de la política mundana, proclamando un dogma tan en pugna con las ideas dominantes, en vez de halagar mañosamente al liberalismo y á las logias, cosa fácil hasta sin mengua de la dignidad pontifical, como lo hubiera hecho sin duda en su lugar quien tuviese menos lleno el corazón, de Dios.

Luis Veuillot dice: "Algunas de las principales cualidades que pasan por necesarias á los directores de la política humana—la disimulación, el desdén de la justicia, el impío ardor de dominar, el desprecio de los hombres, en fin, faltan á Pío IX; la naturaleza y la fe lo alejan de esos defectos. Hay deberes para con el cielo y para con la tierra, deberes que conoce y cumple. Debe, con peligro de su trono y de su vida, sostener los derechos de la Iglesia y el honor de Dios; sufrirá el destierro y hasta la muerte con tal de que se salve el honor de Dios y se mantengan los derechos de la Iglesia. "Señor—exclamaba David—que los que esperan en vos, no se avergiencen de mí." Esta es la oración de Pío IX. No está encargado de procurar el triunfo de la verdad desconocida; sino de confesar esa verdad hasta la muerte; verdad que surgirá viva y gloriosa, el día fijado por Dios, de la tumba de sus mártires" (3)

Pío IX soñóse una vez un niño con quien jugaba San José y ese sueño era un simple símbolo de la realidad. El hombre del silencio, el santo más imbuído en los secretos de la contemplación y del éxtasis, conducía á Pío IX como á un niño y le inspiraba aquellas ideas casi sobrenaturales que le iluminaban caminos desconocidos pero seguros, como sólo un navegante muy experto puede de noche y en mar enfurecido, apartarse de los escollos á la sola luz de los relámpagos.

Después de aquella conversación memorable, Pío IX, el 2 de Febrero de 1848, asombraba al mundo con su encíclica *Ubi-Primum*, en que Papa antes que rey, parecía descuidar los intereses temporales de su agitado reino, para atender á los de la catolicidad.

En esa encíclica ilustre, solicitaba el parecer de los Obispos acerca de la declaración de la Inmaculada y les pedía informes respecto del sentir de los pueblos. La respuesta no se hizo esperar, y puede decirse que el mundo católico por aclamación, exigía se definiese el dogma. (4)

Sin mira alguna de política, como lo manifestaba el mismo (5) Pío IX, en medio de brillante y numerosísimo concurso de Cardenales y Obispos, declaraba solemnemente en San Pedro, el 8 de Diciembre de 1854, que la doctrina de que la Bienaventurada Virgen María fué exenta de toda mancha de pecado original desde el primer instante de su concepción, á causa de los méritos de Jesucristo, Salvador de los hombres, es doctrina revelada, por lo que todos los fieles deben creerla con firmeza y confianza. (6)

Cuando Luis Veuillot tuvo noticias de acto de tanta trascendencia, escribió estas admirables palabras, tanto más notables entonces, cuanto que los sucesos de cerca no se aprecian por lo común en su verdadero valor.

"La pobreza filosófica de nuestra época, efecto de ignorancia de la teología, comprendió poco ese incomparable acontecimiento. En el fondo y en la forma, proclamando la verdad, Pío IX combatía dos especies

de error. En el fondo, por la afirmación del pecado original, derribaba LOS SISTEMAS QUE TIENDEN A LA DEIFICACION DEL HOMBRE, establece la verdad de su caída, la realidad de su miseria, la necesidad de la Redención y de la gracia. En la forma, el Papa, ejerciendo acto de tamaña gravedad, como es el de definir en materia de fe, solo, sin intervención de ningún concilio, en presencia de toda la Iglesia obediente, atestigua más claro de lo que lo habían hecho los pontífices predecesores, su pleno poder y su INFALIBILIDAD." (7)

Ya hablaremos detenidamente de ésta.

Pío IX triunfaba, no como rey temporal, sino como Pontífice eterno. Si á sus enemigos los hería la declaración, el odio de ellos se exacerbaba y recrudecía; si la recibían con desprecio, ya acabarían de confirmarse en la creencia de que el Papa era un soberano caduco, indigno de presidir en una comarca europea el movimiento de la civilización, y capaz sólo de buscar en plegarias femeniles auxilios ilusorios.

La voz augusta que declaraba el dogma, despertó naturalmente por un momento los odios protestantes, que dormían hacía dos siglos en una atmósfera bastante saturada de racionalismo y de indiferencia; irritó á muchos demagogos é hizo reír á los filósofos positivistas y ateos, con la risa que Voltaire les presta para que insulten las cosas augustas.

Era natural: á la declaración se sucedieron nuevos ataques al rey de Roma y al Pontificado. (8)

Con el pretexto que se quiera (el del judío Mortara por ejemplo) (9), en Francia, en Inglaterra, en Italia, en toda Europa, la prensa redobló sus ataques contra el gobierno pontificio, y haciendo eco la diplomacia á las hojas revolucionarias, Inglaterra, los Estados Unidos y Rusia, se dirigieron á Pío IX, ¡dándole lecciones de humanidad y nada menos! (10)

El Santo Pontífice debía ser el primer mártir de la verdad que enseñó al mundo, y por eso una vez en un consistorio, indicando con el dedo el sangriento circo vecino á la augusta basílica, exclamó con elocuencia digna de Tertuliano: "Ese anfiteatro, ese coliseo cercano de aquí, fué en los primeros siglos de la Iglesia cáliz que recibió la sangre de los primeros héroes cris-

tianos; hoy es copa que recibe nuestras lágrimas. Esa sangre y esas lágrimas claman al cielo y conmoverán el corazón de Dios en favor de su Iglesia." (11)

Y así fué. Pío IX, como decíamos, no obtuvo con la declaración un triunfo temporal, sino el martirio, *fides debitricem martirii*, ó por mejor decir, no logró un triunfo aparente desde luego aun para la misma cristiandad, pero sí una victoria que debía tener su resonancia en lo futuro y para siempre, y que andando los años el mismo mundo escéptico ha tenido que advertir y que confesar.

Desde el momento en que Pío IX declaró á la Virgen Inmaculada, una nueva era comenzó para la Iglesia y para el mundo. En la noche de Belem, los ángeles mostraron á María con el niño en los brazos, á unos pastores, y un nuevo reino más pacífico y extenso que el de Augusto, dió principio en la tierra. Muestra Pío IX á María veinte siglos después, glorificada sobre toda creatura por la sangre del Redentor, y nueva era comienza para la humanidad.

El sabio y santo P. Perreyve, concluye un hermoso opúsculo, que en 1855 escribió acerca de la Inmaculada, con estas palabras que comprueban nuestro pensamiento: "Terminaremos este capítulo como lo hemos comenzado, recordando las líneas escritas hace más de dos siglos por un santo sacerdote (el P. de Montfort), líneas que tienen acento profético: "El corazón me dicta lo que con gozo particular acabo de escribir, para manifestar que la divina María ha sido desconocida hasta aquí, razón por la que Jesu-Cristo no ha sido conocido como debía serlo. Si, pues, como deberá suceder, el reino de Cristo llega al mundo, tal advenimiento *no será sino consecuencia necesaria* del conocimiento y del reino de la Santísima Virgen que dió al mundo al Salvador la primera vez y que lo revelará la segunda." (12)

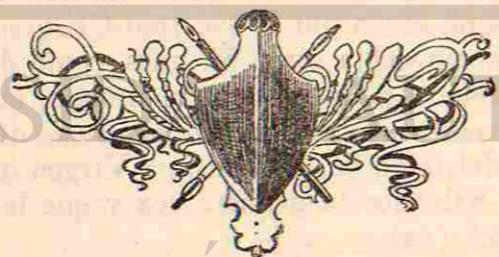
Comenzó Pío IX al definir el dogma de propia autoridad pontificia, *no teniendo en cuenta las notas de los Obispos, sino sólo su dictamen, lo que es muy diverso*, por declarar que era infalible, pues presentaba á la catolicidad todo un dogma de fe; infalibilidad que implícitamente reconoció la Iglesia, al reputarlo con autoridad bastante para una definición dogmática.

Al proclamar, pues, á María Inmaculada, la Iglesia perfeccionó su constitución; hizo imposibles las heregías; allanó el camino al nuevo concilio, que logró casi en momentos, lo que antes no se hubiera hecho en centenares de años, y dió el primer golpe de muerte á la Iglesia galicana, amenazadora constante de un cisma.

Al mismo tiempo, ¡qué efusión de fe y de esperanza provocó aquella verdad bendita en los corazones cristianos! ¡cómo empezaron á cesar las discordias en la Iglesia, y qué respeto, qué entusiasmo, qué amor despertó en la catolicidad toda, aquel santo Pontífice que venía á ser para la tierra el ángel mensajero de las alegrías de Belem!

Todos lo han dicho, católicos é impíos: Pío IX, después de San Pedro, ha sido el Papa más querido de la Iglesia, y las glorias del insigne León XIII, no han podido hacernos olvidar al anciano que se soñaba niño en los brazos de San José, (13) y que ha sido sin duda, el Pontífice predilecto de la Virgen María.

¡Qué efectos tan grandiosos! la autoridad rodea la del prestigio sobrehumano de la infalibilidad; la soberanía dulcificada por el amor!



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

LA INFALIBILIDAD

EFFECTOS DE LA DECLARACION

PARTE TERCERA

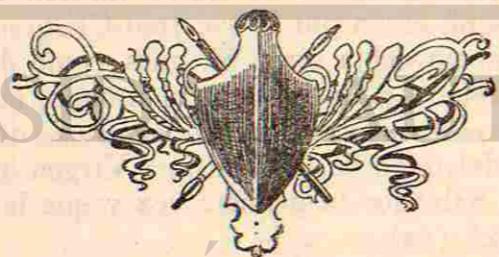
®

Al proclamar, pues, á María Inmaculada, la Iglesia perfeccionó su constitución; hizo imposibles las heregías; allanó el camino al nuevo concilio, que logró casi en momentos, lo que antes no se hubiera hecho en centenares de años, y dió el primer golpe de muerte á la Iglesia galicana, amenazadora constante de un cisma.

Al mismo tiempo, ¡qué efusión de fe y de esperanza provocó aquella verdad bendita en los corazones cristianos! ¡cómo empezaron á cesar las discordias en la Iglesia, y qué respeto, qué entusiasmo, qué amor despertó en la catolicidad toda, aquel santo Pontífice que venía á ser para la tierra el ángel mensajero de las alegrías de Belem!

Todos lo han dicho, católicos é impíos: Pío IX, después de San Pedro, ha sido el Papa más querido de la Iglesia, y las glorias del insigne León XIII, no han podido hacernos olvidar al anciano que se soñaba niño en los brazos de San José, (13) y que ha sido sin duda, el Pontífice predilecto de la Virgen María.

¡Qué efectos tan grandiosos! la autoridad rodea la del prestigio sobrehumano de la infalibilidad; la soberanía dulcificada por el amor!



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

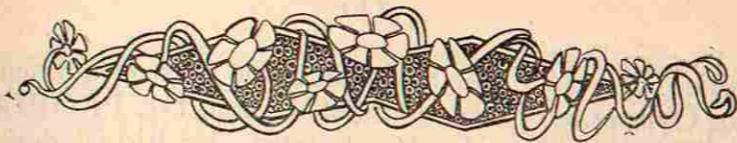
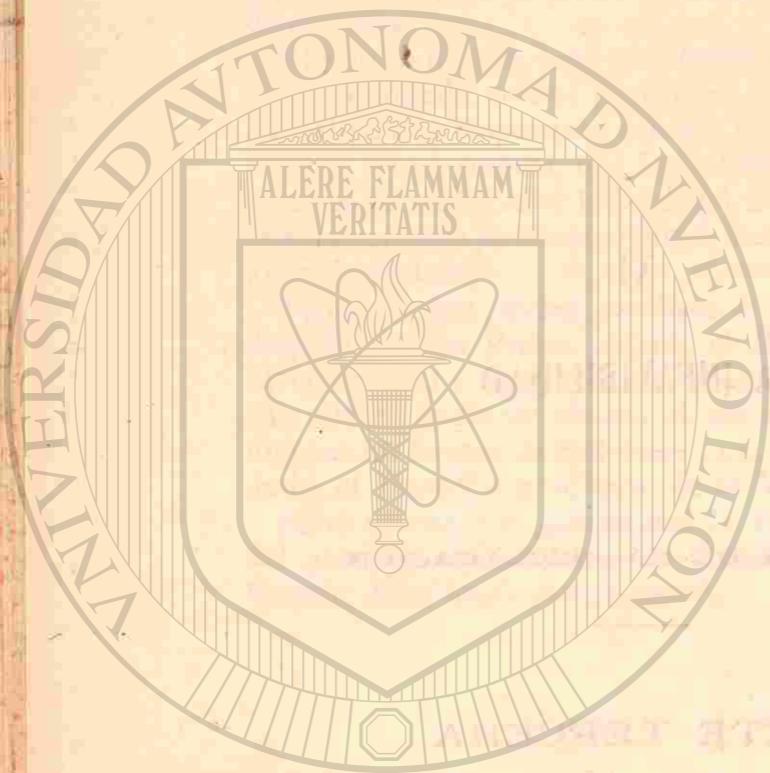
XI

LA INFALIBILIDAD

EFECTOS DE LA DECLARACION

PARTE TERCERA

®



XI

LA INFALIBILIDAD

EFFECTOS DE LA DECLARACION

No teológica, pero sí históricamente, el dogma de la Inmaculada Concepción de María, se relaciona de un modo estrecho con el de la Infalibilidad Pontificia, al grado de que no temo asegurar que éste fué consecuencia de aquél.

Quizá á primera vista parezca aventurada la afirmación, pero si se toman en cuenta ciertas circunstancias de realidad indiscutible, se convencerá pronto el observador menos perspicaz, de que la primera declaración preparó la segunda.

Para el alma cristiana que poco reflexiona, pero que tiene el sentido de las cosas sobrenaturales, esto ha sido evidente. Hay un oído para escuchar la gracia, como dice Bacon que lo hay para comunicarse con la naturaleza. ¿Qué más natural—piensa el pueblo cristiano en su sencillez—que el Pontífice que dió á María la aureola de Inmaculada, reciba de su generosidad la corona de Infalible?

Ya hemos dicho que Pío IX se declaró tal desde que definió el dogma de la Concepción de María, pues si lo hizo después de explorar el sentir del mundo ca-

tólico, revelado por el dictamen de más de quinientos Obispos, no procedió al definir, sino DE PROPIA AUTORIDAD, y así lo advierten los historiadores del Pontífice, entre ellos el insigne Veuillot, del mismo modo que no dejaron de observarlo algunos impíos. (1)

La creencia del mundo católico en la Inmaculada, y en Francia sobre todo, era general; pero el dogma de la Infallibilidad tenía muchos enemigos, principalmente en la fuerte, ilustrada y activísima Iglesia galicana, que amparaba sus principios con la gloria de Bossuet.

Cuando la bula *Eaterni Patris* convocó el concilio Vaticano en 1869, el galicanismo se alarmó profundamente á la idea de que el Concilio proclamase Infallible al Pontífice, porque sabía que tal declaración era su muerte, y llamó en su auxilio la elocuencia de Montalambert, la actividad y la influencia de Dupanloup, la pluma académica y sabia del Abate Gratry, y la pureza indiscutible de los tres.

Los hombres que sin duda (2) no aceptaban en todas sus partes las famosas declaraciones de 1682 (3), hijas de la tiranía regalista de Luis XIV (4), combatían la Infallibilidad, sobre todo, por inoportuna; (5) pero cuando se declaró la Inmaculada Concepción, cuando era natural que viesen en la forma de la definición alarde de autoridad infalible, cuando ese proceder exabrupto debió haberles parecido extemporáneo, inoportuno, imprudente, si no abusivo y arbitrario, no elevaron una sola protesta, ellos, los que en su buena fe y en su amor á la verdad nada temían.

El Papa al proponer á la creencia del pueblo cristiano un dogma antes confesado por la catolicidad, pero no definido por ningún concilio, sin recoger previamente los votos de los Obispos de toda la Iglesia, sino sólo su dictamen (6) ni menos en reunión ecuménica y canónica, ó era la suprema autoridad de la Iglesia de Cristo é infalible en tal virtud, ó sólo ambicioso tirano autor del golpe de estado más odioso que pueda darse.

La definición dogmática de la bula *Inneffabilis*, dice textualmente: "Declaramos, pronunciamos y definimos, á honra de la santa é indivisa Trinidad, para

decoro y ornamento de la bienaventurada Virgen María, para exaltación de la fe católica y aumento de la religión cristiana Y CON LA AUTORIDAD DE NUESTRO SENOR JESUCRISTO Y DE SUS BIENAVENTURADOS APOSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO Y CON LA NUESTRA, que la doctrina por la cual se juzga que la Santísima Virgen María en el primer instante de su Concepción se preservó libre de toda culpa original, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, atendidos los méritos de Nuestro Señor Jesu-Cristo, Salvador del género humano, ha sido revelada por Dios, y por lo tanto, debe creerse firme y constantemente por todos los fieles." (7)

No digo aquellos campeones ilustres que en 69 y 70, á pesar de su error, desplegaron tanto empeño en impedir la declaración de la Infallibilidad, nadie en 54 protestó contra la forma que dió Pío IX á la definición de la Inmaculada, cuando al proceder como lo hizo, hería de muerte en realidad al galicanismo, y cuando la sumisión de éste como la de la Iglesia toda á la nueva proposición, entrañaba el reconocimiento á la autoridad que la hacía.

No desconocemos la explicación que á ese silencio podía darse fundado en las mismas doctrinas galicanas. Según éstas (8) las declaraciones pontificias, unidas al consentimiento tácito ó expreso de los Obispos, son infalibles, y en el caso se contaba con aquiescencia tan claramente manifestada. Los galicanos, pues, nada deberían haber objetado CONFORME A SUS PROPIOS PRINCIPIOS.

¡Error! El Pontífice hizo la declaración por autoridad propia, como lo expresa la bula *Inneffabilis*, y como lo creyeron entonces todos los católicos.

Al presentarse el Papa poco antes de la declaración ante los obispos congregados en Roma, *por simple invitación* (9) de la Santa Sede, pues no se trataba de reunir un concilio, todos exclamaron á voces: "*Pater doce nos; confirma fratres tuos!*" (10)

El Cardenal Machi, decano del Sacro Colegio, en la solemne misa de la declaración, después del Evangelio se presentó á los pies del trono y dirigió en latín estas palabras al Soberano Pontífice: "Lo que la Igle-

sia Católica, Santísimo Padre, desea ardientemente, es que vuestro SUPREMO E INFALIBLE JUICIO dicte acerca de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, una decisión que produzca para ella aumento de alabanzas, gloria y veneración." (11)

Pero sobre todo, el mismo Pontífice creyó que los disidentes de la Infalibilidad se habían sometido á la decisión que hizo como Infalible, al definir el dogma de la Inmaculada, pues el 18 de Junio de 1870, después de pronunciar la proposición de fe que le atribuía aquel supremo y sobrenatural carácter, agregó:

"La autoridad del soberano Pontífice es grande, pero no destruye, edifica. No oprime, sostiene, y frecuentemente defiende los derechos de nuestros hermanos; es decir, los de los Obispos. Si algunos no han votado con nosotros, sepan que han votado en la discordia, y recuerden que el Señor no está en la discordia. RECUERDEN QUE HACE POCOS ANOS ABUNDABAN EN NUESTRO SENTIR Y EN EL DE ESTA VASTA ASAMBLEA." (12)

Pero aun suponiendo aceptable la explicación galicana que acabamos de refutar, quedaría visible la influencia de la declaración de la Inmaculada en la de Infalibilidad, y misteriosa, quizá milagrosa, al menos extraordinaria, la sumisión á la bula *Inneffabilis* de los futuros opositores del Concilio Vaticano.

En efecto, como lo hace notar Emilio Ollivier el ministro de Napoleón III en una obra célebre ya citada, *pronunciarse contra la definición de la Infalibilidad, porque durante dieciocho siglos no había parecido necesaria á los cristianos, DESPUES DE HABER APROBADO LA DEFINICION DE LA INMACULADA CONCEPCION, CONTRA LA CUAL SE HABIA DICHO OTRO TANTO, ¿no es incurrir en el merecido reproche de, entrar en contradicción consigo mismo?* (13.)

El hecho es que los galicanos de 70, que sostuvieron el error del Papa Honorio, fábula puesta en claro tantas veces (14), se sometieron á una declaración que hizo Pío IX en 54, en el sentir del Pontífice y en el de los católicos, CON EL CARACTER DE INFALIBLE, y principalmente, que cediendo á la cues-

tión de oportunidad respecto del primer dogma, sentaron admirables precedentes que desembarazaban y ensanchaban el camino del segundo.

¡Cosa admirable! Cuando Pío IX proclamaba Inmaculada á la Santísima Virgen, el mundo católico lo reputaba infalible, de modo que, al combatir la declaración de la Infalibilidad, Montalambert, Dupanloup, Gratry y todos los opositores de 70, desconocían sus propios actos y borraban el pasado, negando al Pontífice el carácter que ya le habían atribuido al someterse á una declaración dogmática de sus augustos labios!

Pío IX llamaba á María Inmaculada; ella lo presentaba á la tierra como Infalible!

Y ¿cómo explicar ese silencio del mundo en 54, de los galicanos sobre todo, cuando la actividad de éstos en 69 y 70 fué de ruidosa y vehemente protesta? ¿Quién selló los labios del cisma, si no la Virgen pura?

En la historia á cada paso aparece la Providencia, pero más en la de la religión, y especialmente en la que referimos. Si la forma que dió Pío IX á la definición, hubiera suscitado oposiciones antes y protestas después; si la Iglesia toda no hubiera caído de rodillas á los pies del Pontífice, la guerra contra la Infalibilidad no habría logrado el desenlace pronto y completo que tuvo en 70; de ella habrían tenido tiempo de aprovecharse las logias, los gobiernos, los mil enemigos de la Iglesia, y el concilio sin duda no se habría reunido y tal vez ni se habría convocado. Dios no permitió la oposición á la Infalibilidad antes de que hubiese concilio, porque entonces no hubiera habido quien resolviese la contienda y la Iglesia habría sido presa indefinidamente de la discordia, y tal vez del cisma ó la heregía; Dios permitió la lucha en 69 y 70, porque entonces la augusta asamblea podía conjurar como lo hizo inmediata y completamente aquel peligro contra la unidad, sin que dejase de haber la contienda bienhechora que hace brillar más la verdad, que es castigo del orgulloso y crisol del humilde.

En efecto, el choque de ideas y de pasiones que provocó la oposición, puso en claro la historia del dogma, sus fundamentos teológicos y sociales, su oportunidad exactísima y su trascendencia bienhechora. La

sumisión del gran Dupanloup y de su partido, es la más pura gloria de la Iglesia de Francia (15). Al oponerse, no merece censura ese ilustre Obispo, porque fué sincero; al someterse, es acreedor á la mayor alabanza, porque fué humilde. Sobre todo, su sumisión y la de los suyos, demuestra á la impiedad el gran poder de la Iglesia, único capaz de conmover y de transformar la conciencia de un hombre honrado.

Y si Pío IX no hubiera adoptado la forma que dió á la definición de 54, sino que hubiera convocado al efecto un concilio, ¿se habría allanado el camino para la declaración de 70, tanto como se hizo?

¿Qué precedente en la Iglesia más claro, más solemne, más universal en favor de la Infalibilidad, que el de un Papa que se declara Infalible, y es reputado tal por la Iglesia, implícita, pero notoriamente?

El Concilio se abrió el día de la Purísima Concepción, y en su nombre (16), y esto que pudo ser, y que seguramente lo fué, una circunstancia deliberada, no indica sino la influencia que el Pontífice y el Sacro Colegio daban á la primera declaración sobre la segunda.

El Cardenal Patrizzi decía en una alocución al Papa en Junio de 1870: "Quiera la Virgen Inmaculada que por vuestra solemne proclamación ha visto aumentar el brillo de su corona, procurar la definición del dogma que os declara Jefe Infalible de la Iglesia."

Veillot, siempre clarividente, en sus cartas acerca del Concilio, que constituyen la mejor historia de éste en el exterior, dijo también: "Las grandes reuniones de Obispos con ocasión del dogma de la Inmaculada, de la canonización de los mártires japoneses y del centenario de San Pedro, han sido otras tantas asambleas preparatorias en que Pío IX ha podido estudiar á fondo el sentimiento y las necesidades de la Iglesia universal: hace veintitrés años tiene la mano sobre el corazón de la humanidad." (17)

En otra parte, agrega el mismo ilustre escritor: "El concilio se ha elaborado durante este siglo de destrucciones, y todo ha concurrido á la obra. Hace cien años, hace cincuenta, hace treinta, el Concilio no era posible; hace diez, el fruto que se podía esperar era apenas aparente; hace cinco, no estaba maduro; hace dos,

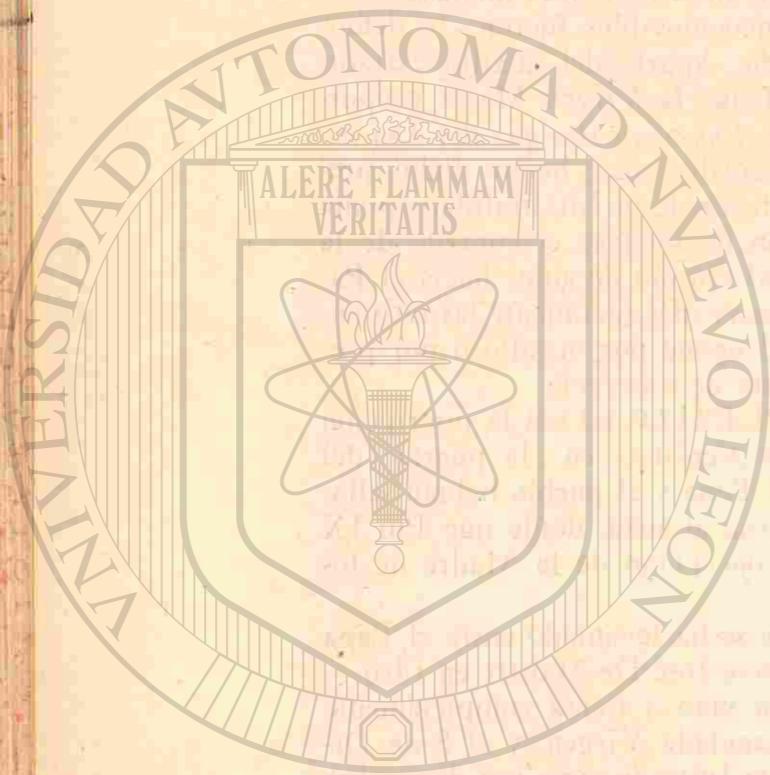
la voz infalible de Pío IX ha convocado á los viñadores y entonces la calma ha reinado en el mundo." (18)

De esa larga labor de la Iglesia para llegar á la declaración del dogma de la Infalibilidad, labor provocada, estimulada, sostenida en gran parte por la decadencia del principio de autoridad en el mundo, los sillares, los cimientos incommovibles fueron la definición de la Inmaculada. Aparte del auxilio extraordinario y sobrenatural que la Virgen María proporcionó á la Iglesia, *por el nuevo brillo que dió á su corona*, esa declaración sentaba, como hemos dicho, precedente admirable en favor de la Infalibilidad; ponía al Pontífice en ocasión de sondear el corazón de la Iglesia, y provocaba tal efusión de amor hacia el Papado, que éste pudo vencer más fácilmente las resistencias que la humanidad opone por orgullo ó por precaución, á todo aumento de soberanía.

EL PAPA Y EL PUEBLO; tal era la inscripción que debía leerse—dice Veillot—en la puerta del Concilio. Pues bien, el Papa y el pueblo habían sellado la más firme y eterna alianza, desde que Pío IX glorificaba en 54 la Concepción de la Madre de los Hombres.

"Un muro de bronce se ha levantado entre el Papa común y nosotros,"—decía José De Maistre en 1819.—Pues bien, esa muralla vino á tierra completamente por influjo de la Inmaculada Virgen, y el 8 de Diciembre de 1854 y 18 de Julio de 1870, son dos fechas que la Virgen ligó. El más grande, el más trascendental y el más espléndido efecto de la definición de la Inmaculada, fué el triunfo de la Infalibilidad Pontificia; y no encontramos otras palabras para concluir este capítulo que las del malogrado y simpático Enrique Perreyve: "Verdaderamente el dogma de la Purísima Concepción de María es más grande de lo que habíamos creído." (19)





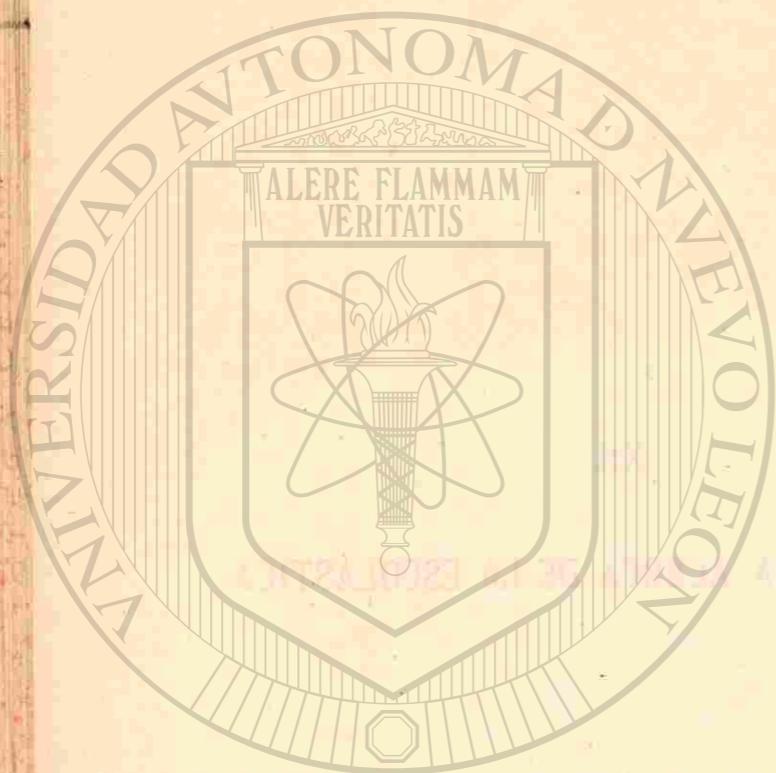
XII

UNA PALABRA ACERCA DE LA ESCOLÁSTICA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





XII

UNA PALABRA ACERCA DE LA ESCOLASTICA

El positivismo no cundió á raíz de su aparición en Francia; pero sí cuando fué acogido en Inglaterra, corrompiendo, no sólo las clases intelectuales, sino las semi-ilustradas, pues como hemos dicho, es sistema fácil de entender y aptísimo, por lo mismo, para ganarse á aquellos sabios en ciencias naturales y sociales que no han tenido tiempo de ahondar la filosofía, y á quienes seduce el método experimental, porque es conocida manía de los especialistas considerarlo todo á su manera. (1) Del mismo modo, el positivismo pegajoso es muy á propósito también para reclutar las medianías de ilustración fácil y barata, adquirida en periódicos, novelas, casinos y ateneos.

Dix millions d'ignorances no font pas un savoir, decía Taine con gracia (diez millones de necios jamás harán un sabio); pero una ignorancia jactanciosa y con pujos de ciencia puede engañar otras muchas é ingerirles los más nocivos errores. El positivismo halló apóstoles en donde quiera, al punto de no haberse encontrado enfermedad más pegadiza. (2)

Spencer fué largo tiempo su pontífice y su oráculo, pues el positivismo inglés, aunque hijo legítimo del francés, por más que renegase de éste (3), á la muerte

de Comte ejerció la hegemonía de las almas, gracias á la labor infatigable de aquel sabio, que, á grande aptitud de observación y análisis, unía su prestigio de ser inglés, porque en estos tiempos un sabio anglo-sajón vale lo menos dos de otras naciones. (4)

La Iglesia, para combatir el positivismo, necesitaba una filosofía fuerte, que ganase las inteligencias elevadas, que, al fin y al cabo, son las que imponen la ley á los espíritus; pero que al mismo tiempo fuese bastante clara para convencer más directa é inmediatamente las mismas medianías ilustradas y cultas y medirse con el positivismo, no sólo en las alturas á que únicamente suben los talentos privilegiados, sino hasta en regiones más bajas y más frecuentadas por lo mismo.

La escolástica del gran siglo—del siglo XIII—que subió con Santo Tomás á las regiones más elevadas de la metafísica, y que supo, sin embargo, ser la amiga más fiel del buen sentido, quedó después desfigurada y desconocida.

La labor del Angel de las Escuelas, tarea racional y fructífera de verdadero sabio, se convirtió en el Arte Magna, por ejemplo, ó en la obra de Pedro Hispano, "*Parva Logicalia*," en juego de fórmulas sólo ingeniosas y sutiles, en que el sentido común, que, como plebeyo es vasto, no podía penetrar nunca; se olvidó de que su misión principal era fundar con firmeza las verdades racionales en que descansa la fe, y expandióse pueril y bizantinamente en las más fútiles cuestiones.

El Renacimiento sorprendióla en tan ingrata labor, y la cultura clásica y platónica, hizo objeto de las más sangrientas burlas aquella filosofía de jerga bárbara, á cuyo fondo, todavía rico, si se le hubiese explorado pacientemente, no podía penetrar, porque le daba asco la forma desmazalada y sucia.

Se creyó la *Summa* con otras obras de menos mérito, pero muy estimables, semejante al *Arte Magna* de Raimundo Lulio, y á la *Parva Logicalia* de Pedro Hispano, bien que en los siglos XVI y XVII la estudiaron y aprovecharon algunos genios privilegiados, como Salmerón, Láinez, Melchor Cano, Bellarmino, Suárez y Bossuet, la gran mayoría de sabios católicos la condenó al olvido. Descartes consumió la obra aca-

bando de desacreditar las dos escolásticas, la sana y la enfermiza, trayendo en substitución un método peligrosísimo que puede acarrear los más grandes errores, é incurriendo en algunos tan trascendentales, como el de que la extensión es esencial á los cuerpos, de cuyas consecuencias funestas á la fe quería salvarse inventando absurdos más perjudiciales á la fe misma, como el de que Dios puede cambiar las esencias de las cosas. (5)

Descartes sacó de quicio la verdadera ciencia católica y careció la apologética de filosofía sana y fuerte en que apoyarse, sucediendo muchas veces como acontece con ciertas teorías cartesianas, que entre las que sostienen el apologista, hay muchas en pugna con la misma fe. (6)

Naturalmente el frívolo siglo XVIII, más superficial y burlón que el de Descartes, hizo objeto de la mofa de los filósofos la escolástica pura y la decadente midiéndolas con un mismo rasero, y es de ver el sinnúmero de artículos de la *Enciclopedia* contra Santo Tomás y los suyos.

El siglo XIX, á pesar de los vientos de naturalismo y positivismo que en él han corrido sin cesar, ha producido, antes de León XIII, inteligencias elevadas y espíritus serios, que trataron de buscar á la religión el apoyo de la verdadera filosofía, y Balmes durante cinco años, antes de escribir sus principales obras, hizo á Santo Tomás el objeto único de su lectura asidua, y de su meditación más tenaz aún. (7) No fué escolástico en la forma—dicen sus biógrafos—pero en el fondo sí, y aunque ésta sea proposición aventurada de imposible demostración, es indiscutible en el ilustre filósofo la más saludable influencia del monje de Aquino.

En 1850, en Italia, los ilustres Jesuitas Taparelli de Azeglio y Liberatore (8), y los Canónigos Sanseverino y Signoriello, habían comenzado la restauración de la escolástica, de Santo Tomás sobre todo, convencidos—dice un escritor—de que no podían encontrar en otra parte, "en el mismo grado la unión de la profundidad con la claridad, de la simplicidad con la grandeza, de la experiencia con el razonamiento, de la audacia con la prudencia, cuando trata de explicar el mundo exterior ó interior por sus causas más íntimas y sus principios más esenciales." (9)

Ya el Dante había esculpido en tercetos de bronce muchos elevados pensamientos del Angel de las Escuelas (10), y Lacordaire en sus sermones de la materia y forma de la doctrina de la Iglesia (1836), de la distribución de las gracias á la humanidad en el gobierno divino (1851), de la vida íntima de Dios (1848), de la vida en general (1854) y otros, expuso con fuerza y precisión sin mengua del estilo oratorio, doctrinas de Santo Tomás de Aquino, que presentadas por la elocuencia renovadora del monje francés, aparecen profundas y claras juntamente, como un mar de hielo.

Pero no ya Balmes, que nunca se declaró tomista, ni el mismo Lacordaire, que aunque más franco, si aplicó á la apologética, la no filosofía, (11) trató ésta de modo especial; los mismos italianos Liberatore, Tapparelli, Cornoldi, á pesar de su ciencia indiscutible, no hubieran podido realizar la ardua empresa de restaurar la escolástica olvidada, despreciada, empolvada por los siglos, que gloria semejante se reservó por el cielo al genio y á la autoridad de un Pontífice ilustre. (12)

Pío IX buscó en la Madre de la Sabiduría el remedio contra el naturalismo, y su inmediato sucesor pudo hallarlo en la restauración de la verdadera ciencia católica. El Canónigo Didiot dice:

“Hacia largo tiempo, dos hombres del mayor mérito, los hermanos Joaquín y José Pecci, se entusiasmaron con la *Summa Theologica* y con la *Summa contra Gentiles*. Allí encontraron la solución de todas las dificultades filosóficas; la respuesta á todas las objeciones kantistas y positivistas; la base sólida de todo progreso especulativo y moral; la necesaria y segura condición del trabajo teológico; la más hermosa y fuerte de todas las ciencias naturales y sobrenaturales. Estaban encantados de la claridad verdaderamente angélica con que el autor de las dos *Sumas* establece la objetividad del mundo y del yo; la unidad substancial del compuesto humano; la colaboración de los sentidos á la intelección y á la volición espirituales; la completa legitimidad de nuestra investigación y de nuestro descubrimiento de los principios ó de las causas por medio de los hechos, las esencias por los accidentes, las

potencias por sus actos, el alma por la vida corporal, Dios por el movimiento de las cosas, la revelación por lo preternatural, los misterios ó las gracias sobrenaturales por el acto de fe. Joaquín Pecci, en su palacio arzobispal y en su seminario de Perusa; José, en su cátedra de alta metafísica en la universidad romana de la *Sapienza*, formaban hombres y sacerdotes para esta incomparable doctrina; y preparaban el porvenir del que Joaquín tendría bien pronto la dirección en la Iglesia toda. Cuando llegó á ser Papa, y José, Cardenal, bien se pudo decir que Santo Tomás entraba con ellos en ese palacio apostólico del que había sido el más ilustre maestro en los siglos pasados. En 1879, la encíclica *Aeterni Patris* inauguró una serie de enseñanzas verdaderamente pontificales y medidas soberanamente oportunas para el completo restablecimiento de la tradición tomística, adaptada al estado presente, en lo tocante á ideas, ciencias y costumbres.” (13)

Se dirá que nos dejamos llevar de la imaginación y del deseo, atribuyendo á la declaración del dogma de la Inmaculada el advenimiento feliz de la nueva filosofía, y realmente en el terreno histórico nos sería imposible encontrar con rigor dialéctico entre ambas cosas el enlace de causa y efecto; pero dicho se está que la invasión naturalista decidió á Pío IX principalmente á declarar el dogma, porque no esperaba más que de la Virgen María el remedio de tamaño mal. El hecho es que la filosofía tomista, tan desacreditada y que parecía indigna de tiempos que desprecian la metafísica, ha vuelto á reinar en las más grandes inteligencias, y que el positivismo pierde terreno, huye de las universidades y de los grandes centros científicos, y sirve sólo para alimentar la impiedad de los periodistas y matizar de frases pomposas algún discurso de congreso.

Los grandes sabios católicos, de los cuales muchos habían abandonado á Santo Tomás imprudentemente, vuelven á él á la autorizada palabra de León XIII, y los mismos doctos protestantes, alemanes sobre todo, estudian á Santo Tomás y reconocen que su ciencia es el verdadero apoyo racional del cristianismo. Von Ihering, el célebre jurisconsulto luterano que todos admiran por la profundidad de su talento, dice: “La re-

convención que yo me hago de haber desconocido durante largos años las obras de este hombre insigne (Santo Tomás), deben con mayor razón hacérsela aquellos filósofos y teólogos protestantes que sistemáticamente han rehusado utilizar los grandes pensamientos que en los libros de tan ilustre sabio se encuentran. Al observar atentamente este singular fenómeno, me admiro y pregunto con frecuencia: ¿cómo es posible que nuestra ciencia protestante haya podido echar en olvido, después de haber sido expuestas, tan profundas verdades? Por cierto que no existirían tantos errores si sobre ellas se hubiera meditado. Por lo que á mí toca, afirmaré sin reparo, que tal vez no correría impresa mi obra, de haberlas antes conocido, pues los pensamientos fundamentales que en ella explico, se encuentran ya formulados por aquel egregio filósofo, de la manera más exacta y expuestos con incomparable claridad." (14)

En cuanto al positivismo, oigamos cómo juzga su situación actual, recientísimo historiador, tan imparcial como bien informado: "Actualmente el positivismo no parece progresar ni conservar el favor público. Ortodoxos con M. Laffitte, sucesor oficial de Comte, ó disidentes y refractarios de diversas categorías; enteístas con Caro, ó panteístas con Ferriere; antropólogos, con Th. Ribot ó Broca de Mortillet, ó hipnotistas y oculistas con Delbœuf y Encausse; pedagogos con Pérez ó criminalistas con Tarde y Lombroso; alienistas con Charcot y Luys, ó hipnotistas con Liébeault y Bernheim; anti-religiosos como Draper y Guylau, ó indiferentes á su manera como Holyoake, los amigos y aliados más ó menos simpáticos á la escuela gnóstica, no pueden gloriarse de haber vencido la escuela metafísica ni de haberla opuesto una doctrina que merezca el nombre y la posición de rival. En este respecto, no han avanzado más que Comte; y bien se puede creer que no han mantenido sus líneas estratégicas. Han hecho excelentes investigaciones y han adquirido preciosos resultados en el terreno de las ciencias físicas, naturales, matemáticas, teóricas ó aplicadas; pero lejos de que esto dañe la verdadera filosofía le aprovecha cada día más. Quieran ó no, esa filosofía se restablecerá sin ellos y aún á pesar de sus ataques. El simple buen

sentido secunda ese movimiento; y aún en la positivista Inglaterra apenas Huxley había revestido audazmente el transformismo con impiedad declarada, se vió obligado á reconocer la fuerza moral y la independencia del hombre en lucha con la Revolución fatal de las fuerzas cósmicas; apenas Romanes hacía su tentativa para suprimir toda diferencia esencial entre la humanidad y la animalidad, cuando se reconcilió respetuosamente con la vieja creencia de Dios y del Evangelio; poco antes Jorge Eliot en Londres y Constant de Rebecque en Holanda, admiraban sinceramente *La Imitación de Cristo*; Morison hablaba con ternura de S. Bernardo y del Cister; y si Tyndall, Congreve, Harrison, Bradlaugh, se obstinaban en su materialismo ó secularismo ateos, el espiritualismo cristiano podía oponerles con orgullo, no sólo católicos como Saint-George Mi-vart ó los cardenales Newman, Manning y Vaughan, sino también anglicanos como Gladstone, Salisbury, Mallock, Balfour. El único filósofo del que podría gloriarse con derecho el positivismo de nuestros días, es Alfredo Fouillée; pero un determinismo resuelto, un implacable escepticismo, un criticismo inexorable, un sistema de ideas madres muy próximas á la idea de Hegel y á la volición de Schopenhauer, una especie de coquetería que acoge y desdeña alternativamente al evolucionismo, ¿bastarán acaso para constituir un positivismo de antiguo ó de nuevo género? Como quiera que sea, los herederos de Comte parecen quedar reducidos á volver sus miradas y sus esperanzas hacia los hombres políticos más modernos, hacia la misma franc-masonería, en donde en efecto pueden encontrar el apoyo que los verdaderos pensadores no proporcionaron jamás voluntariamente á los negadores del pensamiento." (15)

El P. Forbes nos da también las siguientes noticias agradables respecto de Francia y de la patria de Spencer: "Soy cristiano—escribía Cauchy—con todos los grandes astrónomos, con todos los grandes físicos, con todos los grandes geómetras de los siglos pasados. Soy católico con la mayor parte de ellos, y si se me preguntase la razón, la daría de buena voluntad. Se vería entonces que mis convicciones son el resultado, no de prejuicios de nacimiento, sino de estudios profundos."

“Estas líneas las firma Cauchy; pero podrían firmarlas también los nombres siguientes: Le Verriere, Ampere, Biot, Becquerel, Babinet, Chevreul, Dumas, Pasteur, Faye, Hermite. ¡Que se nos cite una lista comparable á ésta! La actitud descontentadiza y hostil de algunos otros sabios, no debilitará su autoridad.

“Si á estos testimonios se añade el de los sabios más ilustres de Inglaterra, se podrá hacer constar que en Europa, la creencia en Dios y el sentimiento religioso son de buen tono en las esferas más elevadas de la ciencia. Lord Kelvin dice: “Estamos rodeados de pruebas agobiadoras que nos demuestran la existencia de un entendimiento bondadoso y de una voluntad libre, manifestándose por la naturaleza y enseñándonos que todo ser viviente depende del creador y amo, cuya actividad todo lo penetra.” “Toda ciencia—dice Sir William Siemens—lleva al reconocimiento inteligente del creador, en sus obras. “Del mismo modo se expresan Stewart y Tait, Faraday, Clerk-Macwell, Sir Joseph Dawson, Sir Hershell.” (16)

Sin pretender dar una demostración rigurosamente lógica, creemos que la decadencia del positivismo se debe á la Virgen Inmaculada. Pío IX, para atajar la marea naturalista, rinde á María el homenaje más solemne que, excepto el de Efeso, hayan visto los siglos, y surge á la voz de su sucesor, y como por encanto, una filosofía que se creía muerta, que disputa á las sombras el dominio del mundo, y de cuyo triunfo glorioso ya apunta la aurora. ¿Qué cristiano no creerá que Pío IX fué oído, cuando á su clamor contra el naturalismo imperante, sucede la restauración de la ciencia del Angel de las Escuelas y el error comienza á ceder?

En Italia, en donde ya se había iniciado antes de la encíclica *Ae terni Patris* el movimiento tomista con Sanseverino, Carnoldi, Liebratore, Taparelli d'Aze-glio, protegido por prelados como Pecci (después León XIII) y Sforza, pero sin que llegara á tener influencia universal; en Francia, donde sólo había apuntado el tomismo, aunque de un modo brillante con la elocuencia de Lacordaire y las frases de admiración de Gratry hacia el Angel de las Escuelas (17); pero sin llegar ni por asomo á la restauración de la escolástica; en Alemania, cuyo pensamiento se había ex-

traviado tan lamentablemente con los delirios de Kant, Fitch, Shelling y Hegel, al punto de que su historia filosófica merecía el nombre que le aplicó Cornoldi de *patología de la razón humana*; en España olvidada enteramente de sus gloriosas tradiciones escolásticas, al grado de hallarse apenas rastros en la carta intelectual de la península, de las enseñanzas de Suárez,—Melchor Cano—en Holanda calvinista; en Inglaterra, más que protestante, corrompida por el evolucionismo de Spencer; en Bélgica católica, pero en donde reinaba Thiberhein, el catedrático de la universidad libre de Bruselas, como soberano de la filosofía, enseñando un krausismo corruptor, á pesar del gran P. Lepidi, dominico, que, con los jesuitas italianos, tiene la gloria de haber iniciado la restauración escolástica (18); en todas partes,—digo—á la voz casi creadora de León XIII, la ciencia del Angel de las Escuelas comenzó á florecer. (19)

¿Pero habrá entre los que interpretan torcidamente la conducta de los Papas, por malicia ó ligereza, quien afirme que según León XIII toda la ciencia humana se reduce á la de Santo Tomás, y que ésta no necesita cobrar mayor desarrollo y buscar nuevos rumbos, auxiliada por los modernos adelantos?

El gran Papa comprendía con los Padres y Doctores de la Iglesia la estrecha relación entre la filosofía y la fe, supuesto que en la primera hállanse los preámbulos de la segunda que constituyen lo que podemos llamar la parte racional de la religión (*philosophia est christianismi preludium et auxilium*—dijo Orígenes) y nada conviene tanto á la apologética, por lo mismo, como establecer tales preámbulos sobre bases perfectamente sólidas é incommovibles.

La ciencia de Santo Tomás es el block de granito—dice el P. Gratry—que mejor puede constituir los sillares del monumento científico de la religión.

Omnis motus fundatur in immovilit. Muy bien que la ciencia se mueva, que investigue por donde quiera y lo que quiera, ya que Dios no há señalado límites á su anhelo; pero que sepa no ha errado el sendero reco-

rrido, ni menos el punto de partida, porque de otro modo no hay progreso posible.

Los filósofos, sobre todo en Alemania, pretenden innovar radicalmente la filosofía, y cada uno construye su sistema propio y exclusivo, ó al menos aspira á hacerlo, queriendo borrar de una plumada cuanto acerca de Dios, del mundo y del hombre han dicho antes los demás sabios, como si su razón fuera la primera que hubiera existido en el globo.

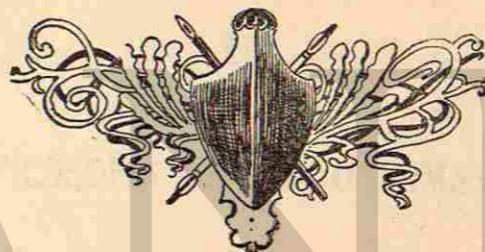
¿Qué es para Kant el saber acumulado por los siglos, cuando quiso ser el Copérnico de la filosofía, derribando lo que él juzgaba el pueril sistema ptolomai-co de sus predecesores en la ciencia? ¿Qué fué para Hegel la doctrina de Kant y la de toda la humanidad, cuando engolfado en la profundidad caótica de su sistema, creía que no había en la tierra quien lo entendiese, cosa, por otra parte, cierta, como dice Balmes, pues el gran germano no se entendía ni á sí mismo? (20).

Antes de León XIII, y sobre todo, antes del *Syllabus* y el Concilio Vaticano, que comenzaron á dar á la filosofía católica su verdadera orientación, el mundo se hallaba en plena anarquía filosófica entre los pensadores, mientras en las clases semi-sabias reinaba un positivismo burdo; la apologética que en pocos se apoyó en firmes bases, carecía por lo común, como hemos dicho, de filosofía sana y fuerte, y era curioso, al mismo tiempo que lamentable, ver á los defensores de la fe católica (entre ellos muchos sacerdotes) querer encajar sus lecciones en los moldes del kantismo y del hegelianismo, ya no digamos en los de Cartesio y Rosmini.

La enseñanza de filosofía en las escuelas católicas carecía de solidez y unidad, y debía tenerla (21); la fe necesitaba librar sus fronteras de errores enemigos; la apologética, desacorde en sus bases racionales, mostraba á la impiedad el espectáculo de un ejército en desorden, y nada era tan importante para la Iglesia como hacer cesar aquella anarquía intelectual entre sus hijos.

La declaración de la Infallibilidad sobrevino y el genio de León XIII brilló; pero éste, en vez de querer estancar en la escolástica de la Edad Media, la

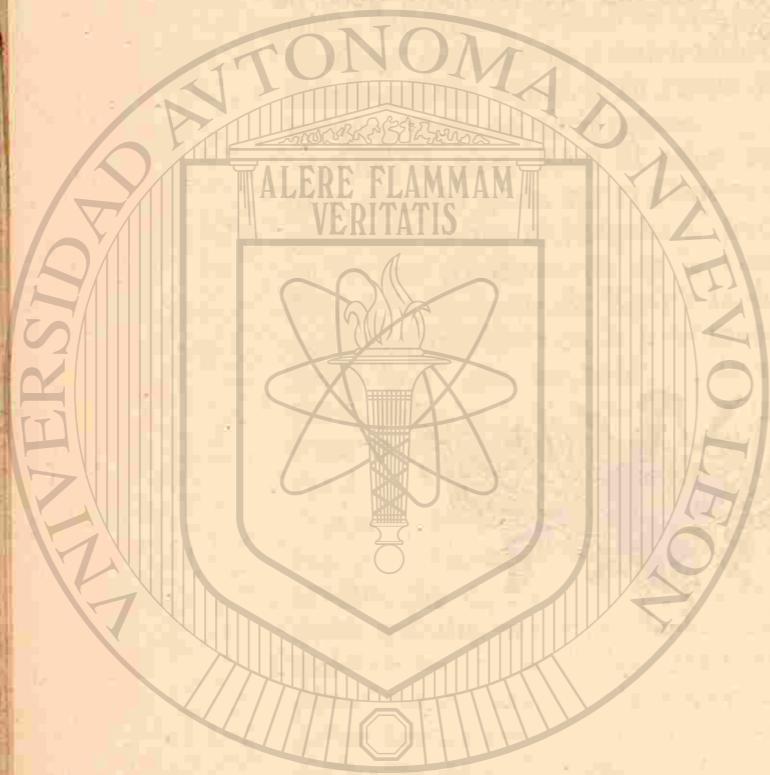
ciencia contemporánea, pretende *que posea el sacerdote, no sólo la doctrina sagrada, sino la filosofía enriquecida por las ciencias físicas é históricas.* (Carta de 15 de Febrero de 82 á los Obispos de Italia). No condena el progreso; busca sólo base y dirección al progreso; el movimiento, para que sea fecundo, debe de apoyarse en lo inmóvil.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





XIII

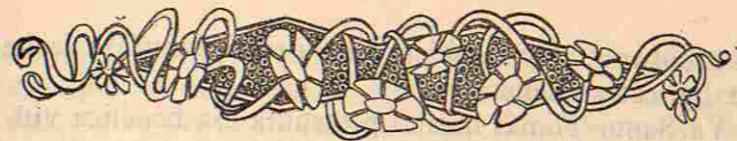
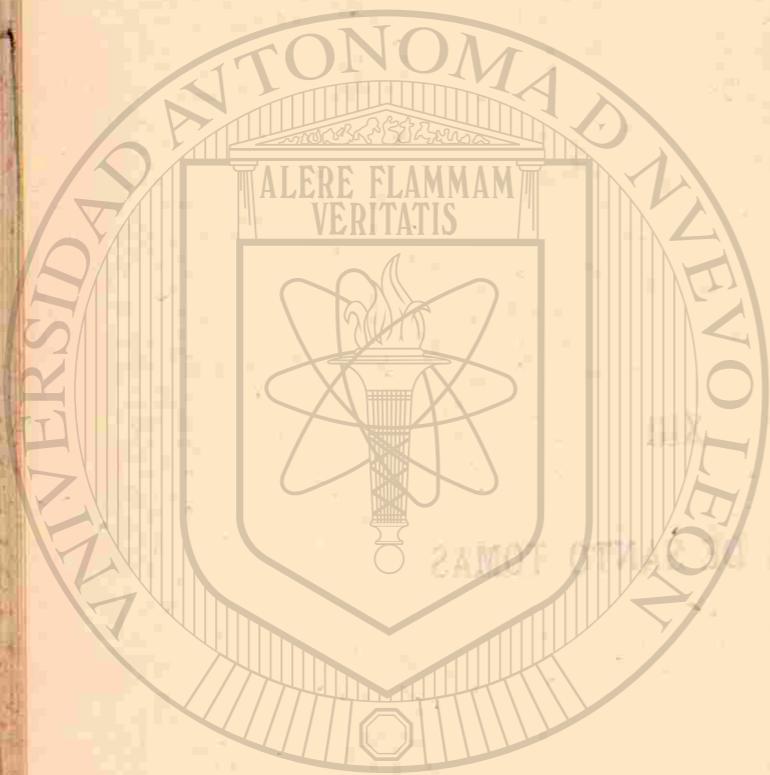
FILOSOFIA DE SANTO TOMAS

UANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





XIII

FILOSOFÍA DE SANTO TOMÁS

No intentamos hacer la exposición completa de la doctrina de Santo Tomás de Aquino, tarea que no cuadra ni á los límites ni al propósito de este libro, aun cuando de ella pudiéramos suponernos capaces; pero á fin de vindicar la buena escolástica, del cargo, hecho más por los ignorantes que por los sabios enemigos, de ser abstrusa, enrevesada y opuesta al sentido común, presentaremos breve y sencillamente las más fundamentales doctrinas del Angel de Aquino, en lo tocante á los tres objetos de la filosofía, Dios, el hombre y el mundo.

De paso advertiremos que no es privilegio exclusivo del positivismo el poder difundirse en clases inferiores, por más que para lograr tal vulgarización haya reducido la doctrina filosófica á dosis homeopáticas. La filosofía católica, sana, sencilla y enteramente acomodada al buen sentido, aunque tiene un campo mucho mayor que el meramente experimental, y profundice las cuestiones á un grado asombroso, es susceptible de divulgarse en gran manera; lo hizo ya en tiempos en que los hombres se preocupaban más que ahora de sus altos destinos, y sin duda León XIII no ha querido, al recomendar la filosofía de Santo Tomás, sólo proporcionar á los doctos la médula de león de

la sabiduría, sino también á los principiantes la leche de los catecúmenos. (1)

Ya Santo Tomás mismo pretendía esa benéfica vulgarización. Con tal objeto, escribió la *Summa*, el monumento más grandioso de la Edad Media; y si ahora nos parece inadecuado para el pueblo, es porque las ideas serias pasan sobre las modernas generaciones, como las sombras sobre el agua, y porque el lenguaje de la escuela es ahora desconocido por la generalidad de las semi-ilustraciones cuando entonces era entre ellas moneda corriente.

Santo Tomás dice lo siguiente al principio de la *Summa*: "Como el doctor de la verdad católica debe ilustrar, no sólo á los que ya han hecho progresos en la ciencia, sino también á los principiantes, (según aquellas palabras del apóstol San Pablo, I. Cor. III, 1-2: "Hijos de Jesu-Cristo, os he dado leche, no viandas sólidas") nuestro propósito es el de exponer en esta obra la doctrina de la religión cristiana en favor de los que comienzan." (2)

Escribáse tratados apologéticos informados en la filosofía tomista, en lenguaje del siglo y dando á las buenas ideas modernas franca acogida; preséntese en forma fácil, sencilla y adecuada también á los principios pedagógicos reinantes, los elementos de la filosofía de Santo Tomás; infórmese toda la enseñanza católica en el espíritu del Angel de las Escuelas, al punto, como lo quiso el restaurador entre nosotros de esa filosofía (3), de que aun en facultades extrañas á las materias tratadas por el Santo, se aceptasen las definiciones y hasta teorías suyas, que fuesen aplicables, como en matemáticas y física, por ejemplo, las del número, la cantidad, el movimiento, la extensión, la materia y la forma, etc., etc. Si así se procede, la luz de la ciencia católica, ya no iluminará sólo las altas cimas, y en las regiones bajas disputará el imperio á las sombras.

El Sr. H. Fajarnés, catedrático de filosofía en la Universidad Central de Madrid, y uno de los primeros en advertir la necesidad de reformar la Cosmología, dijo á los congresistas católicos reunidos en París en 1888: "pero lo necesario, lo urgente es que la verdad eterna de los principios metafísicos penetre en las

nuevas ciencias naturales; y que, oídas con generoso espíritu las conclusiones legítimas de éstas, la Metafísica y la Física no sean más que dos aspectos de una misma verdad." (4)

En punto á física, la teoría de la naturaleza de los cuerpos ya enseñada por Aristóteles, doctrina que quizá el Estagirita aprendió y no inventó, que puede llamarse tradicional y que es tan profunda que parece revelada y no producto de la débil razón del hombre, se reduce á estas tesis: los cuerpos constan de materia y forma: la primera es el primer principio pasivo del mundo corpóreo; la segunda su primer principio activo.

Las cosas corpóreas sufren corrupciones y descomposiciones; pero no se aniquilan. Cuando una cosa se convierte en otra, algo debe en ambas ser idéntico y algo diferente. Algo idéntico, porque si en una no hubiera nada de lo que tenía la otra, no habría conversión sino creación; algo diferente, porque si fueran lo mismo, no habría conversión sino multiplicación. Observando estos fenómenos, los escolásticos han dicho: en los cuerpos hay algo permanente, diverso de la forma, pero que no existe sino por la forma, pues nunca se manifiesta sin ésta. Ese algo es la materia primer principio pasivo del mundo corpóreo; primero, porque sin él, por prioridad de razón, no puede haber cuerpos; pasivo, porque no se pone en acto por sí mismo, no tiene existencia independiente y substancial, y necesita de la forma para actuarse é individualizarse.

La forma, al revés, es algo activo, porque dos cosas pasivas no sumarían nada substancial, y la forma es lo que se corrompe en el cuerpo y es substituído por otra forma.

El fuego destruye la madera, supongamos, y la convierte en humo. En el humo hay algo de lo que había en la madera; pero algo que no es la madera. Lo permanente es la materia, lo diverso es la forma; la primera sin la segunda es mera potencia; la segunda actúa la materia y constituye el cuerpo.

A los que no están acostumbrados á pensar, ya nos parece oírles decir que es incomprensible esa materia meramente pasiva; que toda esa teoría no es más que una urdimbre de sutilezas, y sobre todo, que tan-

to trabajo de abstracción resulta estéril, porque la famosa teoría de la materia y de la forma es perfectamente inútil como principio científico. Y nada es, sin embargo, más conforme al sentido común, ni nada más trascendental ni fecundo. Vamos á apelar á un ejemplo muy claro para explicar cómo esas cosas pasivas existen unidas á otras; pero adviértase que nuestro ejemplo no es precisamente de materia y forma (se confundiría el lector que lo creyera), sino de *pasividad* que por otra cosa se actúa.

Suponed una letra consonante cualquiera, la *B*, por ejemplo: En la *B*, hay una vocal que existe por sí misma, la *E*; pero hay algo que no es la *E*, y que siendo perfectamente diverso, no tiene existencia propia. Ese algo de la *B* es pasivo, aunque muy real, y por ello se ve cómo hay cosas muy reales diversas de otras que, sin embargo, no pueden concebirse independientemente de ellas, no como los modos, que no son más que la misma cosa vista de tal ó cual manera, sino cosas que, unidas á otra, la diversifican, sin que lo que se les une tenga existencia independiente. El color, la figura, no son más que la cosa misma con ese accidente; la *E* es esencialmente diversa de la *B*, y la segunda no existe sino por la primera, pero no es la primera.

Tal ejemplo—repetimos—no nos da idea exacta de la materia y la forma, pero sí nos sirve para demostrar que una cosa puede ser substancialmente diversa de otra, sin existir por sí misma. (5)

El atomismo y el dinamismo son los sistemas no escolásticos que explican la naturaleza de los cuerpos. El primero sostiene que las cosas corpóreas están formadas de átomos *extensos* que se cambian mecánicamente, y esta explicación lo es sólo de nombre, porque la dificultad no está en explicar cómo diversas extensiones forman un compuesto, sino cómo se forma la extensión misma, cosa que el sistema calla discretamente. El dinamismo es más filosófico; pero si el atomismo peca de deficiente, el dinamismo peca de falso. Los átomos extensos en el primer sistema, son simples en el segundo, y las fuerzas atractivas y repulsivas, obrando sobre ellos, vienen á formar la extensión. Esto es lisa y llanamente, absurdo. La suma de cosas simples, cualquiera que sea su orden y el sistema, no consiste

más QUE EN UNA SUMA, no puede dar cosas extensas. Esos corpúsculos simples son privaciones á negaciones de extensión, y sumadas éstas todas las veces que se quiera, siendo ceros, no darán más que cero.

La extensión es algo activo, en cuanto que congrega y unifica la materia; pero no es acto puro, en cuanto que necesita materia para ejercerse, cosa pasiva como hemos visto, y he aquí la abstracta, pero racionalísima teoría de la materia y forma, única que da una explicación satisfactoria de la constitución de los cuerpos, para no decir como algunos sabios alemanes, que son meras ilusiones de la mente, algo como *aegri sermnia*.

La han admitido Comte, Tomasi, Santi y Liberani, físicos modernos. (6)

Pero adviértase que la extensión es una simple propiedad de los cuerpos, pero no el cuerpo mismo, una evolución, un desarrollo de la sustancia corpórea que radicalmente puede ser inextensa.

Si la extensión fuese esencial á los cuerpos, cualquiera que fuese el sistema adoptado para explicar la naturaleza corpórea, habría, entre los elementos de ella, que presuponer la extensión y sucedería como con el atomismo, que nada quedaría explicado. Por otra parte, la esencia de la extensión es la multiplicidad de partes reducida á la unidad, y esta reducción sería imposible sin un principio simple independiente de esas partes. (7)

Un principio activo y otro pasivo constituyen la esencia de los cuerpos, de los que la extensión—dicen los escolásticos—es cualidad primaria, porque resulta inmediatamente de su naturaleza; pero no esencial, y he aquí que una teoría, no inventada por los sabios católicos, pues es peripatética y que al fin y al cabo va abriéndose paso entre los sabios modernos (8), viene á enseñarnos que no es contradictorio á la razón el misterio de la Eucaristía, que supone inextenso el cuerpo sacratísimo del Salvador.

Descartes, al sostener que la extensión es esencial á la sustancia corpórea, niega implícitamente la Eucaristía, en que Cristo está todo en cada hostia consagrada, y todo en cada una de sus partículas por pequeñas que se supongan, y como era católico y no quería combatir la fe, inventó la teoría de que Dios puede cam-

biar las esencias de las cosas, para salvar la dificultad. Dios puede—según el filósofo francés—hacer un cuerpo inextenso, y por lo mismo, puede hacer un círculo cuadrado ó un triángulo circular. ¡Pobre filosofía la que para salvar la revelación estropea tan lamentablemente la razón!

La teoría de materia y forma parece, como algunos han creído, revelada por lo profunda, aunque de ningún modo exceda los límites de la pura razón; y, sin embargo, es tan conforme al buen sentido, que hasta una inteligencia mediana con poca meditación, puede llegar á comprenderla. Pero la mayor gloria de la escolástica estriba en su enseñanza del origen de las ideas. Cuanto tiene el sensualismo de verdadero, el ontologismo de juicioso y racional, el subjetivismo, de cierto; sin ninguno de los extravíos de los tres sistemas, contiene el escolástico, síntesis admirable que así contenta el sentido común, como la psicología más observadora y la metafísica más honda; síntesis al mismo tiempo tan clara, tan luminosa, que no hay espíritu sano, ilustrado medianamente, incapaz de comprenderla y de aceptarla; síntesis que ilumina nuestro ser y sus destinos, demostrando la existencia del alma y su inmortalidad que se armoniza con la naturaleza porque considera cognoscibles los objetos exteriores, y hasta origen mediato del conocimiento; que no sólo no cae en el panteísmo como los sistemas afines, sino que establece entre la razón y la revelación admirable congruencia, presentando el alma humana como imagen de la Divina Trinidad.

El alma, antes de comunicarse con la naturaleza corpórea por medio de los sentidos, *est tanquam tabula rasa in qua nihil est scriptum*, y en este punto de partida el sensualismo y el escolasticismo están de acuerdo: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, nada hay en el entendimiento que primero no haya estado en los sentidos. A la sensación sigue la imagen, mero retrato ó fotografía de las cosas sensibles; sensación interna en cuyo reconocimiento todavía ambos sistemas convienen; pero el sensualismo se declara impotente para penetrar más allá en las regiones del alma, y el escolasticismo lo hace intrépidamente y descorre el velo de la idea. A la imagen sucede la

especie inteligible. El sentido se impresionó, la imaginación retrató, ahora toca á la función superior del espíritu, al entendimiento agente, despojar á la imagen (*phantasma*) de las cosas singulares y quedarse con una noción abstracta, general, aplicable no al individuo, sino á la especie á que pertenece. Esta noción es la idea ó especie inteligible. Vemos un triángulo: he aquí la visión; lo reproducimos en nuestro interior tal como lo vemos, de lados iguales, de un centímetro cada uno, por ejemplo, y los tres de color rojo; pero suprimimos lo singular, el tamaño, el color, etc., etc., y aparece en el alma esta sola especie: espacio cerrado por tres lados y tres ángulos. He aquí la idea. En su amplitud inmensurable así se explica el triángulo que veíamos, como el que sólo pudiera descubrir el microscopio y al que encerrara en su área el universo. ¡Qué diferencia entre la materia concreta, circunscrita; entre la imagen que no es más que esa misma materia reflejada, como el árbol en la linfa, y la especie abstracta, aplicable á un número de cosas infinito en potencia, esfuerzo del alma, por explicarme así, que la espiritualiza y la semeja al Sér perfectísimo que comprende todas las cosas en una sola idea!

Pero el entendimiento agente no es la última función de la inteligencia. Después de generalizar hay que percibir lo generalizado, y este es el objeto del entendimiento posible, llamado por Santo Tomás pura potencia, no porque no se pueda poner en acto, pues entonces no sería facultad, sino porque nada actúa, nada informa, es su misión enteramente contemplativa.

¿Qué cosa más racional, más clara, más conforme á la observación sería, guiada por el simple buen sentido?

Kant en su orgullo de filósofo, pretende hacer en psicología y ontología la revolución de Copérnico. El alma—dice—como el sol, no gira en torno de las cosas exteriores, sino ellas en torno del alma. Las ideas apriorísticas é innatas, las categorías, nos sirven para juzgar los fenómenos de sensación que nos produce el contacto con la naturaleza, sin que podamos conocer las cosas mismas, los *néumones*, que permanecen incognoscibles.

Para Santo Tomás, la sensación nos da á conocer la

cosa singular y corpórea; la idea, la cosa general é incorpórea ó sea la esencia, y mateniéndonos en estrecha armonía con la naturaleza física, no se encierra en los límites del grosero sensualismo y se eleva á un ontologismo sensato y enteramente fundado en la observación, haciendo que el alma, el espíritu, ya en el orden de las ideas, por medio del juicio que compara una con otra y afirma su conveniencia ó repugnancia, ya de la deducción y aun de la inducción, explore el mundo de las abstracciones y conquiste la ciencia. (9)

Kant aísla el alma humana y reduce la verdad á las concepciones de su espíritu; Santo Tomás la mantiene en comercio con la naturaleza, de donde bebe el conocimiento; pero le da la fuerza creadora, *luz que viene inmediatamente de Dios*, (10) para sacar la esencia de la realidad.

¿Quién es más humano? ¿quién respeta más el sentido común y el sentido íntimo? ¿quién se ajusta mejor á la armonía universal de lo creado?

Kant extravía la inteligencia, al punto de que su sistema ha producido el caos y ni un solo rayo de luz. Entendimientos poderosísimos, como Fichte, Shelling y Hegel, no han hecho más que condensar las nieblas como Júpiter (*juncta nubes*) y si alguna vez las ha rasgado un rayo de su genio, ha sido su claridad semejante á un relámpago que alumbra abismos.

Napoleón señalaba el Evangelio y exclamaba: "nadie se extravía en ese libro." Santo Tomás digno discípulo de Jesús, á nadie extravía tampoco. Un alma sana que estudie los libros del santo con rectitud, difícilmente incurrirá en error, y si cae en alguno, jamás será trascendental. Santo Tomás forma discípulos; Kant engendra monstruos.

* * *

Pasando á la Teodisea tomista, diremos que es asombrosa por la claridad y fuerza irresistible de la doctrina; pero constreñido á los límites de un capítulo, haré notar solamente que Santo Tomás, abre esa parte de la *Summa*, proponiéndose la cuestión positivista: ¿Dios es cognoscible, ó sea demostrable? (11)

Spencer (*Primeros Principios*) yerra el camino de

la cuestión, entrando, como dijimos en otra parte, al examen de la esencia divina, en la que cree encontrar, mostrándose muy poco metafísico, contradicciones inconciliables. Si Spencer tuviera razón, la consecuencia recta sería, no sostener que Dios es indemostrable, sino que Dios no existe.

Los modernos positivistas no entran realmente en el estudio de la indemostrabilidad de Dios, y sólo la afirman de modo empírico, con un dogmatismo que asombra.

Santo Tomás sí entra de lleno en la cuestión, con la que abre su teodisea, y tomando el verdadero camino, se pregunta si la razón humana tiene medios para cerciorarse de la existencia del Sér Supremo.

La demostración *a priori* es imposible—dice—pues para ello necesitábamos conocer la esencia divina, y de Dios no sabemos *lo que es, sino lo que no es solamente*; pero la demostración por los efectos es posible, aunque Dios sea infinito y los efectos finitos, pues cuando el efecto no es proporcionado á la causa, no nos dará en buena hora una idea adecuada de ella, pero sí nos revelará su existencia, cuando la suponga necesariamente. (12)

El sentido común, como siempre, viene en auxilio de Santo Tomás. Si yo encuentro un cuadro admirable que no pueda pertenecer más que á un gran pintor, á Rafael, por ejemplo, de la existencia del cuadro deduciré la existencia de Rafael; pero si me hallo un cuadro inferior á aquél é incompleto y borrado, podré atribuirlo á otros pintores, si otros hubiera; pero si no había más que el que suponemos, tendré siempre que atribuirle la pintura, aunque me parezca inferior á su genio. Me revela la existencia del viento, así la hoja que se mueve lentamente, como el árbol añoso que cae arrancado por el huracán. Lo mismo demuestran la existencia de Dios mil universos, que la brizna de yerba, si sólo Dios pudo sacar á todos de la nada.

En seguida demuestra Santo Tomás la existencia de Dios por cinco argumentos, de los cuales el del motor inmóvil, inventado por Aristóteles, satisface así la ciencia más alta, como el mismo sentido común. "Movimiento es tránsito de la potencia al acto (admirable definición que abarca así el movimiento de los cuer-

pos como el de los espíritus) y como todas las cosas que existen en el universo visible han estado alguna vez en potencia, alguna vez se han movido necesariamente para alcanzar la existencia que tienen ahora. ¿Pero qué potencia se pone en acto por sí misma. Todo lo que se mueve, se mueve por otro—dice la escuela. ¿Quién se crea á sí mismo, para decirlo en otras palabras? Nadie; luego el universo ha necesitado un primer motor inmóvil, porque si él se moviera, se movería por otro, y ya no sería primero, y como inmóvil, infinito y eterno, es decir, Dios. Para no ver esa verdad, será preciso arrancarse la razón, como sacarse los ojos para no ver la luz. (13)

En tres palabras hemos expuesto las bases de la escolástica, acerca de la ciencia del mundo, del hombre y de Dios, es decir, de los tres objetos de toda filosofía, y dígasenos imparcialmente si se halla algo en esas doctrinas substanciales que no sea perfectamente accesible á las mismas medianías; es decir, que no cuadre al sentido común.

No somos filósofos ni teólogos, y por eso mismo hemos querido exponer lo que entendemos á la simple lectura de la *Summa* y sus expositores, para que se vea cuán calumniada ha sido la escolástica pura, la del Angel de las Escuelas; cuán fácil es de comprenderse y vulgarizarse entre las semi-ilustraciones, y cuán obligados están los escritores católicos á vulgarizarla para expulsar al positivismo del único campo de acción que le queda aún.

También el panteísmo alemán suele de cuando en cuando levantar la cabeza; pero Santo Tomás lo derriba sólo con una simple observación. Como es sabido, la teoría panteísta se reduce á decir: no hay más que una sola substancia, porque si hubiera alguna fuera de la divina, en ella Dios hallaría límite y no sería infinito.

Dios es el ser necesario é inmutable; la criatura es el ser contingente y movable—contestamos siguiendo el pensamiento del Santo—¿cómo la existencia de la criatura limitará la del Supremo Sér? A lo inmutable, po-

dría poner límite otro inmutable; pero á lo inmutable no puede poner límite lo mudable, ni á lo necesario lo contingente, ni á lo inmóvil lo móvil. Si queremos que Dios sea todo como los panteístas, resultaría lo necesario, contingente; lo inmóvil, móvil; lo inmutable, perecedero. El panteísmo tan ponderado—caos verdadero en que se han extraviado las inteligencias de Spinoza, Shelling y Hegel—repugna al principio de contradicción, una cosa no puede ser y dejar de ser al mismo tiempo. (14)

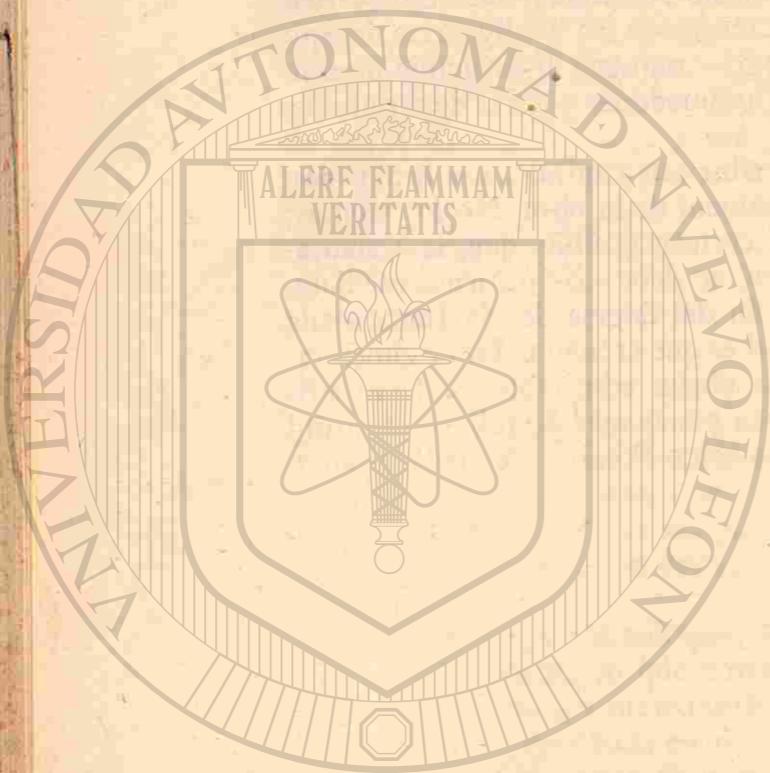
Se dirá que al escribir este capítulo, nos hemos desviado del principal objeto de la obra. No lo creemos; afirmamos con toda certeza posible, que, la restauración de la escolástica, se debe más ó menos mediatamente á la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción, y natural es que entremos á un examen rápido siquiera de ese efecto admirable de la misericordia de María, para poner más de relieve la virtud de la plegaria que un santo Pontífice le elevó en nombre de la tierra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





XIV

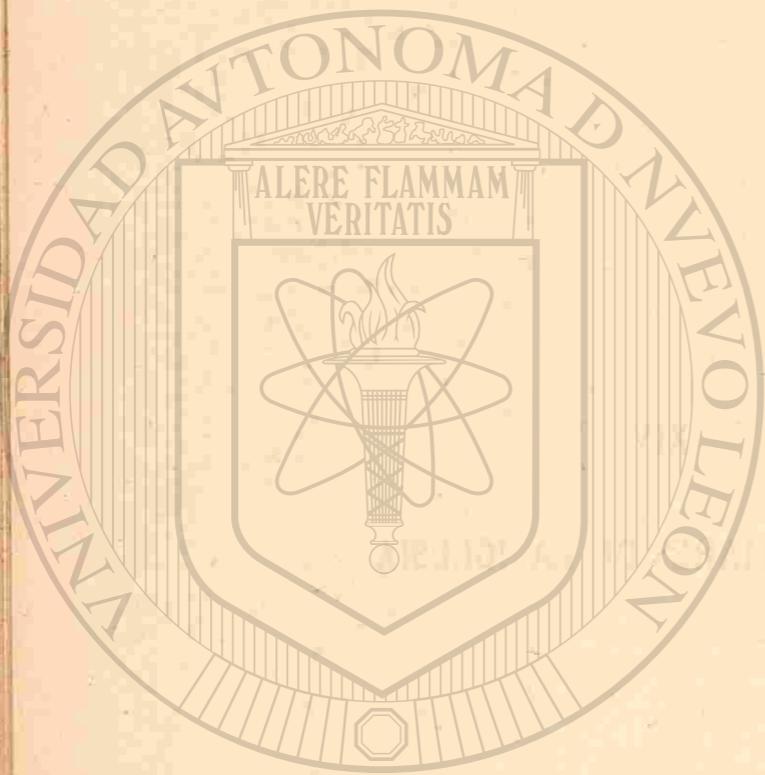
LOS AUXILIARES DE LA IGLESIA

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





XIV

LOS AUXILIARES DE LA IGLESIA

En el siglo XIX, el Catolicismo reaccionando contra los males intelectuales y morales que por donde quiera se desbordaban en la sociedad, adquirió una vitalidad asombrosa, y no se limitó á mantener y disciplinar las que podemos llamar sus fuerzas regulares, sino que buscó agentes poderosos en la clase laica y desplegó verdadero ejército (tal es la expresión) de campeones seculares, latiendo en el corazón de muchos de ellos la abnegación más pura, y brillando en la inteligencia de algunos la luz del genio.

El talento y el carácter son dones que Dios distribuye entre las diferentes clases del catolicismo, como de la humanidad, sin que constituyan el privilegio de alguna sola; y si la Iglesia puede poner á su servicio esas aptitudes en donde quiera que estén, así lo hace, como el conquistador busca aliados en el mismo país que quiere dominar.

Sin embargo, nunca una voz laica ha resonado poderosa y elocuentemente en favor de la Iglesia, sin que algunos, ó pusilánimes ó prudentes, en el seno de la misma, se hayan amedrentado, temiendo la invasión de fuerzas extrañas, la germinación de nuevos elemen-

tos de discordia y heregía, la decadencia de la legítima influencia sacerdotal entre los fieles, y en Chateaubriand, Donoso Cortés, Veuillot y muchos otros, han visto la realidad de semejantes males, ó al menos amenaza de peligros futuros. (1)

El laicismo los entraña ciertamente y los entraña más antes que ahora, pero la prudentísima Iglesia nunca por combatir el mal condena el bien, sino que los discierne y separa. Condena en el laicismo el afán de entrometerse en todos los asuntos suyos, muchos de ellos exclusivamente de la competencia del sacerdote; la tendencia á usurpar atribuciones de la autoridad eclesiástica, la exageración y el fanatismo que lo impele muchas veces á reprobado lo que no es malo, á ver heregías en donde existe libertad de opinión, á mostrar en el ataque y la defensa saña implacable, tan contraria á la caridad del cristiano como á la prudencia del combatiente. Pero aprueba en el laicismo y los aplaude y estimula, la ciencia divina y humana, el valor heroico, el entusiasmo y el celo, si todas esas dotes están informadas por la caridad y regidas por la disciplina. El laicismo debe ser ante todo abnegado y obediente; abnegado, porque si al sacerdote le es permitido vivir de la Iglesia, el seglar no debe sacar de ella, salvo en excepcionalísimas circunstancias, el menor beneficio temporal, para que no se le juzgue vil mercenario. La sangre, decía Lacordaire, se da por nada ó no se da, y lo mismo que el dón de la sangre, hay servicios que se prestan gratuitamente ó no se prestan. Debe ser disciplinado; es decir, absolutamente sumiso á la autoridad eclesiástica, porque si sirve á la Iglesia, le ha de servir como ella quiera y no como quiera él, ó se invierten lamentablemente sus respectivas funciones.

Pero el laicismo sabio, prudente, sumiso, es aliado poderoso de la Iglesia, y muchos de los triunfos del catolicismo en el siglo pasado á él se le deben en gran parte, habiendo llegado á decir el sabio jesuíta Bainvel, que el pensamiento católico en ese siglo estuvo representado por órganos seglares, y si considera esto un gran mal, y con razón, bajo cierto aspecto, nada prueba mejor la eficacia de un elemento semejante cuando se le dirige debidamente.

No puedo resistirme á insertar las palabras de ese mismo sabio: "El gran mal en nuestro siglo ha sido el de que, el pensamiento católico, no ha estado representado entre nosotros, sino por estos órganos, excelentes si se quiere, pero no acreditados: han hecho todo lo posible por defenderlo y vengarlo, pero han usado á veces argumentos ruinosos, ó lo han desfigurado creyendo ataviarlo á la moda del día. Son auxiliares preciosos, pero á condición de ser sólo auxiliares; es decir, de servir á un ejército y á unos jefes cuya dirección sigan dócilmente, y de los que reciban la consigna."

Echemos una ojeada aunque sea rapidísima, á la historia del laicismo en el mundo durante el pasado siglo, época en que realmente creó la Iglesia esa nueva y formidable milicia, pues si en la Edad Media los legos tomaban parte frecuentemente en las discusiones teológicas, ninguno de ellos llegó á ejercer formal y habitualmente lo que se llama ahora el apostolado seglar. (2)

Pudiéranse citar algunos casos aislados, pero estos, por escasos poco probarían, y por ser tan poco conocidos, no probarían nada. El laicismo es una clase y ésta no la hubo; es casi una profesión ó al menos un hábito constante, y no recuerdo antes del siglo XIX que hubiese un gremio perfecto de seglares destinados á propagar la verdad católica, como lo hubo de artífices consagrados á construir catedrales. El culto tuvo auxiliares, pero no el dogma.

Como quiera que sea, el siglo pasado, desde su principio, fué campo en que las milicias seglares dieron pruebas de mayor aliento.

En 1800, resonó la voz de Chateaubriand. Poco hablaba á la razón científica, pero encantaba la imaginación y el sentimiento, y esa elocuencia nueva y profundamente sugestiva, iba á producir los más ópimos frutos. Ya De Maistre había escrito en 1796 las Consideraciones sobre Francia, pero el libro de De Maistre agredía (3) y el de Chateaubriand reconciliaba. La grande obra del escritor saboyano no aparecía aún: debía ser *El Papa* el primer libro quizá del siglo XIX, si se exceptúan el ensayo sobre *La Indiferencia* de Lammenais y *El Protestantismo* de Balmes.

La voz de Chateaubriand sacudió las conciencias aterradoras ante el espectáculo de tanta ruina y de tanta sangre, y el Catolicismo despertó.

El Conde de Mun dice en una carta al P. Beaunard que la vida religiosa en Francia tuvo su principio en aquel grupo de seis jóvenes seculares, de seis sabios, que fundaron, ó al menos reconstruyeron en 1801, bajo la dirección del santo jesuíta Delpuits, la famosa congregación de la Santísima Virgen, acto admirable que puso el laicismo, puede decirse, bajo el amparo de María, Auxilio de los Cristianos, siendo quizá una consagración de la clase laica á la Madre de Dios. (4)

Francia, la perseguidora del clero, la que abolió el culto, la volteriana, la sacrílega, la atea, reprobaba el crimen por medio de la misma clase que lo cometió, y apenas los católicos, bajo el amparo del gobierno napoleónico, pudieron respirar, comprendiendo los seculares creyentes, por reflexión y por instinto, que debían una reparación á Dios y á la patria, comenzaron, con aliento digno de los primeros siglos de fe, á consagrarse al servicio de la Iglesia.

Es el retorno á las primeras edades cristianas, dice Baivel. (5)

Las congregaciones laicas pronto contaron en el mundo millones de adeptos; las conferencias de San Vicente de Paul, restauradas por Ozanan (6), se extendieron también por toda la tierra prodigiosamente, y la prensa católica que comenzó á luchar con *L'Avenir*, cuyo camino se extravió por desgracia, dió el mayor lustre al periodismo con órganos como *La Tribuna Católica*, *La Era Nueva*, *El Correspondiente* y *El Universo*. (7)

En cuanto á libros, en 1819 publicó De Maistre el suyo del Papa que dió el primer golpe rudo al galicanismo y tanto contribuyó sin duda á la declaración de la Infallibilidad, dos años después de que Lammenais asombró á Europa con la publicación del primer tomo del *Ensayo*. Las dos obras tuvieron acción distinta, pero igualmente poderosa. La primera se dirigía principalmente al campo contrario; la segunda á la misma Iglesia. La una ensanchó considerablemente sus lindes, contribuyendo á la propagación de la fe; la otra robus-

teció su autoridad cooperando grandemente á librar la mies de gérmenes de zizaña y heregía.

En el libro del Papa dice De Maistre: "En primer lugar, ya que nuestra clase se ha hecho, en el último siglo, gravemente culpable para la religión, justo es que proporcione á los escritores eclesiásticos algunos aliados fieles que se agruparan en torno del altar, al menos para alejar los temerarios sin estorbar los levitas." (8)

Trás de De Maistre vino Bonald, también lego, tradicionalista desgraciadamente, muy inferior á Chateaubriand en estilo, al gran saboyano en amplias concepciones y elevación de miras, pero que con los dos "forma la trinidad laica que inauguró—dice Ollé Laprunne—el movimiento católico del siglo XIX." (9)

Un escritor muy docto (10) considera á Newman y Grady, á pesar de ser sacerdotes, como talentos laicos, pues no trataban las cuestiones católicas como teólogos, fueranlo ó no, sino bajo el aspecto más comunmente considerado por los modernos escritores seculares, es decir, más en relación con las necesidades, circunstancias y tendencias de los tiempos presentes, que en la región de los principios puros según el antiguo método.

Todo hombre pertenece á su siglo—decía Lacordaire—y lo que puede llamarse cualidad característica del método secular, ha sido el no perder nunca de vista verdad semejante, y examinar las cosas católicas á la luz misma de la época presente, porque aunque el dogma y la Iglesia no se mudan, el criterio especial, los puntos de vista, las aspiraciones filosóficas, los ideales del arte y aún las exigencias de la moda, invasora de todo, hasta de tan elevadas regiones, cambian con los tiempos sin cesar, al grado de que un sér extraterrestre que viese á la humanidad en un siglo y después en otro, aunque fuese el siguiente, quizá no la juzgaría la misma.

En ese sentido, y como se ha dicho de Grady y de Newman, Lacordaire, como después Dupanloup y Bougaud, fué un talento laico, sin que esto menoscabe la honra del sacerdote y la reputación del teólogo, á quien llamó Montalambert elocuentemente, la virtud armada para la defensa de la verdad.

Lacordaire fundó escuela laica, ¡y qué escuela! A ella pertenecieron el mismo Montalambert. (11) Falloux, (12) Ozanam, (13) Madame Swetchine (14) y muchos otros. (15)

“ El P. Ravignan más tarde, desde la cátedra de Nuestra Señora, saludaba con gratitud y entusiasmo, á ese grupo de jóvenes en su mayor parte, pero ya todos maduros y fuertes en el celo por la Iglesia. . . . que valerosamente han descendido á la liza con el estandarte católico en la mano, como enseña de sus nobles empresas.” (16)

Lammenais no fundó escuela, era un genio incommunicable. Su orgullo además lo impelió á crear sistemas, lo privó del arremetimiento y de la sumisión y los católicos huyeron de su lado. El castigo más digno de la soberbia que todo lo quiere dominar, consiste en dejarla estéril y solitaria.

Lacordaire,—como dice exactamente Bougaud—iluminó con su genio gran parte del edificio de la Iglesia, y no cabe duda de que legó á Francia una generación intelectual que no concluye ni concluirá en mucho tiempo; generación no sólo de oradores sagrados, (17) sino de escritores seculares. Abrió á la apologética nuevo camino, alumbrado por las ideas modernas en lo que tienen de verdad, y natural era que lo recorriese una pléyade de los seculares de genio que se agrupaban en su derredor. Hizo más: adoptó por guía, como buen dominicano, al Angel de las Escuelas, bien que respecto de la escolástica su propaganda fué menos perceptible. Quizá sin las enseñanzas de León XIII, esa prueba de clarividencia del gran religioso, no hubiera sido conocida. (18)

En 1842, apareció entre los católicos, el más grande, no diré de los escritores, pero sí de los periodistas seculares: Luis Veillot. Plebeyo de origen (19); como Montalambert era aristócrata y Ozanam burgués, fué el gran enemigo del liberalismo en Francia y luchó contra *Le Correspondent* enérgicamente, creyendo descubrir en él tendencias liberales, sobre todo, cuando lo dirigía Monseñor Dupanloup.

Después del juicio que acerca de aquel incomparable polemista hizo Ollé Laprunne (20), nada más puede decirse, y, sin embargo, aunque ciertos de que nues-

tra crítica será inferior en demasía (la comparación hace reír) á la del ilustre autor de *La Vitalité Chrétienne*, queremos en pocas palabras esbozar á Veillot, como lo concebimos, porque nos es grato retratar figura tan hermosa, por lo viril, entera y sana. Veillot es, ante todo, buen católico, católico profundamente sincero, incomparablemente leal, activo é infatigable en la lucha, inquebrantable é inflexible como el dogma, severo como la moral, intolerante como los principios. Su inteligencia clara, admirablemente ilustrada aún en ciencias eclesiásticas (véase su vida de Jesús), inteligencia precisa, neta, enemiga de sutilezas y de distingos, aborrece *les nuances* en que el grupo *católico-liberal* buscaba la conciliación, y se armonizaba admirablemente con su honrado carácter, formando lo que se llama un hombre de *una sola pieza*.

No dudamos que alguna vez haya incurrido en error, á causa de su celo siempre generoso, pero luego exagerado; mas nunca dejó de mostrarse igual á sí mismo. Se dedicó á servir á la Iglesia y durante sus largos años de periodista (21) no tuvo pensamiento que no le consagrara, sentimiento que no le ofreciera, medio que escatimase en su servicio, sin que jamás fuesen para él un obstáculo, si siquiera un freno, la amenaza, la difamación, las persecuciones, los odios que rugían en su derredor, sin aplacarse nunca.

Tal fué Veillot, el primer soldado de la Iglesia. Su talento era maravilloso, su estilo de polemista, incomparable, estilo de acero, flexible y agudo como un estilete; pero á Veillot no lo constituye ni su talento, ni su estilo, lo constituía un compuesto de cualidades intelectuales, morales y hasta fisiológicas, asombrosamente armonizadas, que por ser tan raras y tantas, concurren y se funden muy difícilmente. Tal es la razón de que aparezca en la historia del laicismo francés, como figura única: no tuvo sucesores.

Un hombre así, de una sola pieza, decíamos, especie de coloso de bronce, estaba admirablemente organizado para representar un principio, un solo principio, pues la duplicidad no cabía en él, y, en efecto, Veillot era la encarnación de la justicia.

No diremos que su corazón no abrigase la caridad y la misericordia. Erraríamos tan solo al suponerlo.

Veillot, aquel hombre de hierro, carecía de odios, como Ollé Lapruno lo advierte; pero su misión era de justicia, y la ejercía con la más completa firmeza en nombre de la misma caridad, como el juez que puede ser caritativo y al mismo tiempo inexorable.

Veillot era humilde, como lo han reconocido sus biógrafos, con humildad que se armonizaba con su inquebrantable energía, como se hermanan en algunos guerreros el valor heroico y el candor infantil; humildad que, como la que es realmente cristiana, no le ocultaba su verdadera misión, y persuadido de que ésta era servir á la justicia, fué el brazo secular de la verdad é hirió con igual denuedo la impiedad procaz que el liberalismo disfrazado de catolicismo ó la religiosidad misma, con tal de que advirtiese en ella un ligero tinte de liberalismo.

A su frente se alzaban Dupanloup y sus grandes seglares, que en 1855 reorganizaron *Le Correspondant*. (22)

Habían desaparecido algunos como Ozanam, el santo, el sabio, el artista; pero quedaban varios aún, á los que vinieron á unirse muchos dignos de ellos. (23)

Si *L'Univers* representaba la justicia, *Le Correspondant* representaba la concordia. Quizá estaban de acuerdo en los principios puros y sólo diferían en los puntos de vista.

Veillot defendía el derecho cristiano á sangre y fuego, sin cejar un palmo jamás; Dupanloup presentaba al siglo la civilización cristiana y le decía: "no puede ser enemigo del progreso quien tan grandes cosas ha creado."

Ambos empeñados en no apartarse del camino que se trazaron sistemáticamente, y olvidando que los sistemas en materia de conducta deben ser flexibles, como deben ser inflexibles en punto á principios y dogma, cayeron en opuestos, aunque muy naturales errores. Veillot ante algunos hizo aparecer el catolicismo como enemigo de la civilización moderna, porque á veces confundía los elementos buenos y malos que entraña esta civilización; Dupanloup en su afán de concordia, si no hizo transacciones en punto á principios, sí se opuso, aunque por fortuna sin resultado, á grandes progresos católicos, como el de la declaración

de la Infalibilidad, en su temor de provocar reacciones, causar apostasias y apartar más y más el espíritu moderno de la Iglesia.

¿Quién que no estuviera iluminado por luz sobrenatural procedería de otro modo? Sólo Roma sabe ejercer la justicia hasta sus límites precisos, sólo ella concordar la caridad más pura con la más exquisita prudencia y la dignidad más noble. Así Pío IX representó la justicia y siempre fué justiciero; así León XIII representó la caridad y nunca fué imprudente ni cobarde. (24)

Veillot y Dupanloup lucharon, y esa lucha fué fecunda. Sin Dupanloup, Veillot no hubiera sacudido la opinión tan fuertemente, según la gráfica expresión de un escritor; ni dado el grito de alarma ante el catolicismo liberal; sin Veillot, ni Dupanloup ni los suyos se hubieran entregado á la labor exquisita de conciliar en cuanto son conciliables las ideas modernas y las ideas católicas. Ambos sufrieron derrotas, pero ambos obtuvieron gloriosísimos triunfos. (25) La declaración de la Infalibilidad fué la gran victoria de Veillot (26); el abrazo fraternal de la fe y la ciencia en pleno concilio Vaticano, fué el triunfo insigne de Dupanloup. Antes, el primero, tuvo también la gloria de ver aparecer el *Syllabus* y después de la muerte del segundo, pero para eterna honra suya, León XIII bautizaba la república y la democracia.

También á mediados del siglo, contemporáneo y amigo de aquellos dos ilustres campeones, Donoso Cortés, el más grande de los españoles de su siglo, después de Balmes, asombró á Europa con su elocuencia.

Donoso Cortés debe ser querido de los mexicanos, porque descendía del gran Conquistador, y, ¿quién (no por su ilustre abolengo, sino por su genio igualmente ilustre) ha sido de veras más leído entre nosotros de todos los apologistas modernos que aquel escritor singular, cuya lujosa elocuencia se adunaba á un espíritu de vidente y á un corazón de santo?

Un novelista novísimo que anda en manos de todos, ha hecho objeto de burla á Donoso Cortés, como si España después de haber perdido sus glorias militares, quisiera pisotear otras más ilustres aún; pero pésele á ese triste censor, el gran extremeño seguirá siendo la

admiración de su patria, y la tierra que ganó Hernán Cortés á la fe, ha sido también conquistada en buena parte de su clase intelectual, por el ilustre nieto del padre de la nacionalidad mexicana.

Nos asombra saber, sin embargo, que algunos españoles inteligentes é ilustrados reputan á su primer orador moderno como hombre de escasísimo fondo, aunque dotado de imaginación rica y de palabra abundante y sonora. Tal cosa podría decirse de Castelar. Donoso era teólogo, y por lo tanto filósofo, del más alto vuelo, y tan profundo conocedor de la historia, y sobre todo de la época presente, que leía con asombrosa claridad en el porvenir. Napoleón, á pesar de su clarividencia, se equivocó en muchas de sus profecías, sobre todo en la de Europa republicana ó cosaca, porque nada hay tan difícil como profetizar. Donoso acertó muchas veces, prediciendo á larga distancia y con precisión que parece sobrehumana, la anexión á Alemania de Alsacia y de Lorena, si la unidad Germánica llegaba á constituirse; (27) el hecho de que Prusia arrastraría tras sí al Imperio en los campos de batalla (28); el golpe de estado de Napoleón; el coronamiento de este feliz aventurero, y lo que es más asombroso aún, (el vaticinio se hacía con anticipación de cerca de treinta años) la caída del nuevo Imperio napoleónico por su condescendencia con las ideas revolucionarias, caída que debería verificarse, *no en un nuevo Waterloo, sino en otra Novara!*

He aquí las propias palabras del vidente: "El Príncipe retrasa la proclamación del Imperio porque le detienen las malas disposiciones que ve en Europa; pero está decidido, sin embargo, y á toda costa, á ser Emperador, lo que sucederá probablemente este verano. Tal acontecimiento será bien recibido en Francia, aunque mal visto en Europa. Pero la guerra no estallaría sino en el caso de que este hombre atravesase sus propias fronteras, y creo que no las atravesará; está, sin embargo, impulsado por su destino, que es atravesarlas algún día, llamar á la Revolución y sucumbir miserablemente en Waterloo, ó para mejor expresar mi pensamiento, en una nueva batalla de Novara." (29)

La Civiltá Cattolica, encargada por el Sumo Pontífice para examinar el "Ensayo sobre el Catolicismo,"

hacia justicia al profundo talento de teólogo y filósofo del Marqués de Valdegamas diciendo: "más nos sorprende y maravilla que un seglar, no educado ciertamente en las aulas de un Seminario ó en el recinto de un claustro conozca tan de lleno como él la conoce, la economía de la ciencia teológica, y penetre con tanta seguridad en las materias más escondidas y en las más delicadas cuestiones."

En cuanto á su talento profético, que no es más que el resultado de su profundo conocimiento de la ley de la historia, Monseñor Beaunard, en un hermoso estudio del egregio orador, dice con verdadera elocuencia: "¡Qué poder de intuición el de Donoso Cortés! Está inspirado, posee el dón de segunda vista, y en la cumbre excelsa en que mora enciende un faro con su genio." (30)

"Mi método—decía el Marqués de Valdegamas—para juzgar los hechos históricos es muy fácil: elevo los ojos hacia Dios y en El veo lo que buscaría en vano en los acontecimientos considerados en sí mismos." (31)

¡Ah! tenía razón el gran vidente! Si aprendiéramos á buscar la Providencia en la historia, hallaríamos la clave misteriosa que une la voluntad divina con la libertad humana, y el presente nos enseñaría lo futuro.

Pero la misma índole del talento de Donoso, que alcanzaba la verdad no por los senderos trillados, sino en alas de los vientos, orillábalo á errores de pormenor, porque pudiendo de un solo vuelo llegar á las altas cimas, cuando quería enseñar el camino acostumbrado, que no era el suyo, solía en tal ó cual paraje extraviar la senda.

A ese respecto, otro hombre superior, Montalambert, que tanto lo conocía, lo amaba y admiraba, dice acertadamente: "Les imperfections de ce rare esprit peuvent toutes se ramener á une seule: il aimait trop l'absolu. Il lui fallait á tout prix généraliser, personifier une idée dans un homme, une époque dans un mot; sauter á pieds joint sur les intervalles, les distinctions, les mille diversités de la vérité dans les choses humaines. . . . Il avait le tort d'appliquer aux choses relatives et contingentes le despotisme d'affir-

“mations ou de négations qui ne convient qu'aux choses abstraites, nécessaires et absolues, et, niant implicitement les mille inconsequences de la nature humaine pour la supposer constamment logique, de raisonner mathématiquement sur des éléments variables à l'infini.” (32)

Insertado ese trozo, agrega Beaunard: “Esos son los brillantes defectos de ese maestro admirable, pero sus innumerables virtudes, ¿quién podrá decir las? ¿Quién podrá—pregunta *L'Armonía* de Turín—encerrar en los límites de la crítica ordinaria ese río desbordado que se escapa impetuosamente,

come torrente che alta vena preme? (33)

Donoso murió á los 44 años como un santo (3 de Mayo de 1853), después de haber llevado una vida ejemplar que puede ponerse por modelo. De los católicos seculares españoles es el más grande; “en donde él está—dijo Menéndez Pelayo—sólo los reyes entran,” y él es el único en el mundo—agregó—que ha entrado á la gloria de De Maistre y de Veillot.

No soy historiador y se me perdonará que en la rapidez de mi discurso, pase por alto, aunque con profunda pena, las vidas admirables de O'Connell, llamado por Pío IX héroe del Cristianismo y por Irlanda su libertador; las de los dos Goerres, padre é hijo, asombrosos escritores alemanes; de los italianos Pellico y Monzoni, y otros de diversas nacionalidades.

He hablado principalmente de los franceses, porque en Francia se inició el movimiento laico y se desarrolló más que en ninguna otra parte, y si no pude abstenerme de consagrar á Donoso un recuerdo, fué porque para la raza española ese hombre tiene, aparte del atractivo del genio, el de la sangre y el de la lengua.

Por igual razón, ¿cómo guardar silencio acerca del mártir del Derecho Cristiano en América, de Don Gabriel García Moreno el Presidente del Ecuador, cuya gloriosa vida si terminó en 1875 comenzó á consagrarse á la causa católica desde 1850 con la defensa de la Compañía de Jesús?

Talento más claro, carácter más entero, abnegación más completa, valor más heroico, virtud más cristiana,

jamás se habían reunido en América en un solo hombre. Fué guerrero, orador, periodista, legislador, organizador de su pueblo, gobernante, y en el ejercicio de tan diversas y aun contrarias funciones, mostró valor heroico, elocuencia arrebatadora, estilo nervioso, vivo, pintoresco, ciencia profunda en ramos muy disímolos del saber humano, prudencia y sensatez sumas, al parecer incompatibles con sus fugas de periodista y sus arranques parlamentarios, é informaban todas esas dotes dándoles el aroma de la santidad, celo de apóstol, abnegación de mártir, humildad de cenobita y un amor á la religión, á sus ministros y sobre todo al Papa, que le hizo merecer bien el glorioso nombre de Caballero de la Iglesia. (34)

No sé qué será más hermoso, si su vida ó su muerte. Vivió como santo y murió como mártir. Consagró su vida á Jesucristo, y herido por el puñal masónico, espiró pronunciando aquella verdad profunda, grito sublime de la fe y de la esperanza: *¡Dios no muere!*

Su elogio fúnebre lo hizo el mismo Pío IX, en términos tales que parecen significar la canonización, pues terminó un elocuente panegírico del gran Presidente americano, diciendo que murió *víctima de su fe y de su caridad!*

No paró en esto la gratitud del Papa, sino que en Roma se construyó, en el Colegio Pío Latino Americano, á la memoria del mártir, soberbio monumento, con esta elocuentísima inscripción:

*“Religionis integerrimus custos,
Auctor studiorum optimorum,
Obsequentissimus in Christi sedem,
Justitiae cultor, scelerum vindex.”*

“Europa—dijo un sabio alemán—es muy grande para los que la gobiernan, y el Ecuador muy pequeño para García Moreno.”

No me queda más que agregar, después de la contemplación de ese cristiano incomparable, que una sola palabra: *sanguis martirum est semen christianorum.* ¿Qué la tierra de esta triste América será de tal modo estéril que sea infecunda la sangre generosa del más grande de sus apóstoles seculares?

¿Pero se detuvo el apostolado laico hasta mediados del siglo, ó hasta la muerte de los hombres ilustres de que hemos hecho recuerdo, como suelen extinguirse las cosas grandes, porque las hace inimitables su misma grandeza? No, ciertamente. La milicia seglar se había consagrado á María desde el primer albor del siglo; había combatido bajo el amparo de la que es Auxilio de los Cristianos los combates de Dios, y Ella enriqueció con las gracias de su hermosura y el arte primoroso de su culto la imaginación de Chateaubriand; encendió el celo de los mártires en el corazón de Veuillot, quien en mil justas se mostró su campeón más resuelto; dió á Augusto Nicolás un rayo del sol sobre que se posan sus plantas; encendió el estilo de Donoso, cuando éste pregonaba sus glorias, en los colores de las rosas de Jericó y en la luz de la estrella de los mares, y para toda la milicia seglar abnegada y valiente, fué siempre escudo, guía, consuelo y esperanza.

¿Quién duda que esas nuevas huestes, esa falange seglar formada de tan hermosos talentos y tan nobles caracteres, no sería debida á la Madre de Dios, á quien el santo jesuíta Delpuits á principios del siglo consagró la clase laica en la persona de seis jóvenes, médicos, matemáticos y militares? Y ¿cómo la que fué declarada concebida sin pecado en alguna parte por los esfuerzos más ó menos directos de esa milicia benemérita, obra de Ella misma, habría de disgregarla cuando la congregó, privando á la Iglesia de un campeón que tanto osa y tanto puede en los modernos tiempos?

No, la milicia seglar, aunque no cuente tal vez con genios, como los que la fundaron, ha engrosado sus filas considerablemente; se presenta quizá menos brillante, pero más disciplinada; en ella valdrá menos la individualidad, pero vale mucho más la colectividad; para militar en sus tercios bastarán arreos menos ricos, pero se necesitan tal vez más virtudes cristianas; antes sus triunfos prometían la gloria más frecuentemente á sus guerreros; ahora el mérito de cada uno se distribuye más en las legiones y por lo mismo se practica mejor en los campamentos la primera virtud de esas huestes: la abnegación.

La declaración de la Inmaculada, como hemos dicho y quizá demostrado, trajo la de la Infallibilidad,

y ésta, que dió á la Iglesia una cohesión incomparable, estrechó las filas laicas formando grupo mejor organizado y sometido á más perfecta disciplina, y desde entonces cesaron en gran parte aquellas luchas de sacerdotes y seglares, que si producían algunos bienes, también escandalizaban á la Iglesia, como las de Veuillot con Dupaloup, Gerbert y Gratry, como la injusta agresión del Abate Gaduel á Donoso; disminuida un poco la influencia individual, ya serán menos contagiosos los errores, las caídas, los desfallecimientos de cada uno (35); así ya el espíritu de Roma, el alma del Papa estará más cerca de las conciencias y de los corazones.

No se diga por eso que no haya habido hombres inteligentes entre las nuevas filas laicas que, como todo ejército, necesita jefes y los tiene y ha tenido incomparables. Son glorias de Francia De Mun, Piou, León Harmel, Ollé Laprune, Goyau, Laserre, Ernesto Hello, Cochín, varios de ellos ya muertos desgraciadamente, y los modernos convertidos, Brunetiere, Copée, Bourget; de España, Pidal y Mon, Nocedal, Menéndez y Pelayo, Aparisi y Guijarro; de Bélgica, de Italia y de Alemania, muchos escritores de menos nombradía que los primeros del siglo, pero cuya labor sólida, paciente y admirablemente bien dirigida, produce excelentes resultados. Lo que decimos es que si ha perdido algo la clase laica en individualidades prestigiosas, ha ganado en cuanto á organización, y como el genio sopla donde Dios quiere, día vendrá en que aparezca en las milicias seglares, y producirá los mismos buenos efectos de otro tiempo, sin que su fulgor de meteoro corra el peligro de deslumbrar y extraviar, porque la luz de Roma llega á todas las conciencias y todas saben que es su único guía. Ya no corremos el peligro de exclamar con Ozanam: "Los católicos somos castigados, porque hemos puesto más confianza en el genio de nuestros grandes hombres que en la palabra de Dios." (36)

¿Necesita la Iglesia las milicias seglares? Absolutamente no, pero es para ella honroso dirigirlas; pueden prestarle servicios, y más cada día conviene los presten, y León XIII, el más clarividente de los Pontífices modernos, ha recomendado su reclutamiento y su organización.

No dudo de que la Virgen Inmaculada haya suscitado los primeros apóstoles, haya aumentado y disciplinado las segundas milicias y prepare para éstas, gloriosos y próximos triunfos; no puede dejar de haber estrecha relación providencial entre el hecho de que el primer siglo en que la Iglesia, como corporación, adoró á María Inmaculada, fué el primer siglo en que seculares doctos y abnegados se consagraron por entero á la propagación de la verdad católica y á la defensa del derecho cristiano.

El mundo ahora, por voluntad de dos Pontífices, conmemora aquella gloriosísima declaración. ¡Que recuerde la Virgen de las Mercedes el mérito de los gloriosos defensores de la fe, cuya historia hemos esbozado, y suscite nuevas y poderosas milicias que, bajo la dirección de los Obispos, los príncipes legítimos de la Iglesia, guarden valientemente los puestos que se les designen, llena el alma de fe, el corazón de humildad y de esperanza!

En nuestro país sobre todo, en donde la Madre de Dios es ahora honrada con júbilo singular en su Concepción Purísima, agrúpense en torno del gonfalon de la Iglesia las milicias seculares. Hemos tenido predecesores y modelos. A pesar de las deficiencias de nuestra educación intelectual, defectuosa é incompleta como tiene que ser la de un país nuevo y pobre, lejano de los focos de civilización y espantosamente sacudido por las revoluciones, mucha luz y muchas fuerzas han dado á los cristianos las enseñanzas, unas veces elocuentes, siempre ortodoxas y sensatas, de ilustres seculares católicos. Echemos una ojeada á su historia.

XV

LOS AUXILIARES DE LA FE EN MÉXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



No dudo de que la Virgen Inmaculada haya suscitado los primeros apóstoles, haya aumentado y disciplinado las segundas milicias y prepare para éstas, gloriosos y próximos triunfos; no puede dejar de haber estrecha relación providencial entre el hecho de que el primer siglo en que la Iglesia, como corporación, adoró á María Inmaculada, fué el primer siglo en que seculares doctos y abnegados se consagraron por entero á la propagación de la verdad católica y á la defensa del derecho cristiano.

El mundo ahora, por voluntad de dos Pontífices, conmemora aquella gloriosísima declaración. ¡Que recuerde la Virgen de las Mercedes el mérito de los gloriosos defensores de la fe, cuya historia hemos esbozado, y suscite nuevas y poderosas milicias que, bajo la dirección de los Obispos, los príncipes legítimos de la Iglesia, guarden valientemente los puestos que se les designen, llena el alma de fe, el corazón de humildad y de esperanza!

En nuestro país sobre todo, en donde la Madre de Dios es ahora honrada con júbilo singular en su Concepción Purísima, agrúpense en torno del gonfalon de la Iglesia las milicias seculares. Hemos tenido predecesores y modelos. A pesar de las deficiencias de nuestra educación intelectual, defectuosa é incompleta como tiene que ser la de un país nuevo y pobre, lejano de los focos de civilización y espantosamente sacudido por las revoluciones, mucha luz y muchas fuerzas han dado á los cristianos las enseñanzas, unas veces elocuentes, siempre ortodoxas y sensatas, de ilustres seculares católicos. Echemos una ojeada á su historia.

XV

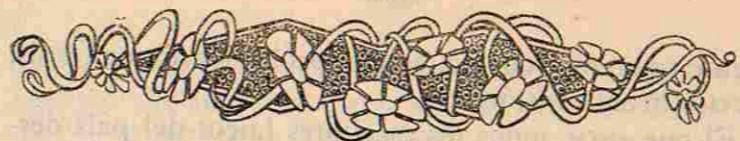
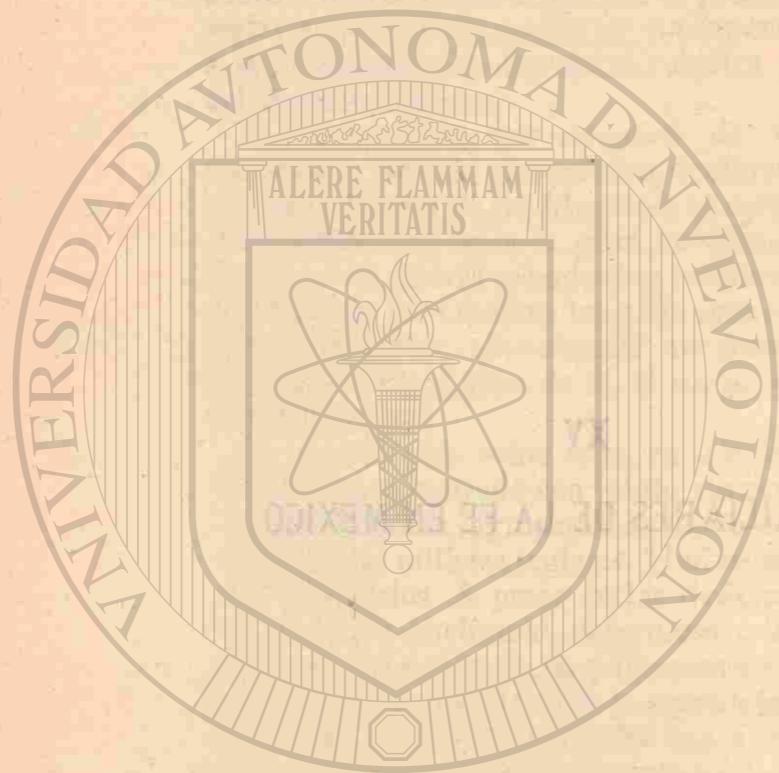
LOS AUXILIARES DE LA FE EN MÉXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





XV

LOS AUXILIARES DE LA FE EN MÉXICO

Nuestra patria, hija legítima y predilecta de la piadosa España, heredó de ella el culto y el amor á la Inmaculada María. Sus santuarios embellecen en mil pueblos y ciudades el territorio; el nombre más poético de nuestras mujeres significa el misterio de la Concepción de la Virgen; y no hay oración salida de labios mexicanos que no concluya con una bendición á la Inmaculada Doncella.

Creemos que las milicias seculares son fruto de las gracias de María en su Purísima Concepción, y en el país de Hernán Cortés se confirma esa creencia. Vino la declaración del dogma y la clase laica comenzó también en México á dar soldados á la fe.

No mencionaremos sino aquellos que puedan servir de dechado, y callaremos los nombres de los vivos, por ameritados que sean, silencio tan natural que huelga su explicación.

Sin duda omitiremos también á algunos de los principales entre los dignos de alabanza; pero para nuestro propósito cumple ocuparnos sólo en los que vamos á retratar, si el nombre de retratos merecen nuestros groseros esbozos. No somos historiadores, sino simple-

mente traemos á cuenta, en comprobación de una tesis, ciertos hechos históricos.

El que entre todos los escritores laicos del país descuella por ser conjunto de prendas raras y preciosas, es Don Bernardo Couto. (1) Escribió poquísimos, como sucede con todos los ingenios mexicanos, si exceptuamos al Ilustrísimo Señor Munguía, á Alamán y á García Icazbalceta; pues parece que aquí sólo hemos tenido tiempo para ocuparnos en política, si somos hombres públicos, ó para murmurar muy por lo bajo del país y de los gobiernos, si somos hombres privados.

Pero lo que escribió Couto en materia religiosa ó sea el discurso acerca de la Constitución de la Iglesia, es incomparable. Estilo sobrio y limpio; es decir, perfectamente adecuado á la seriedad del asunto; plan uniforme, claramente concebido y fácil y metódicamente desenvuelto, con tintes de tradicionalismo (2) y fuerte color galicano, por efecto de la atmósfera de la época; pero presentado con tal viveza, fuerza y tino, que el error no aparece repugnante y la verdad subyuga al más rebelde.

A pesar de los defectos que hemos advertido, el discurso resultó obra apologética de primer orden. Si Lacordaire sacó inmenso partido del hecho solo de que la Iglesia perdure en medio del combate de las olas y vientos de los siglos, Couto convence más aún, penetrando en la naturaleza íntima de tan asombrosa sociedad, que fundada sin auxilio de ningún poder humano y desarrollándose sin apoyo en ninguna fuerza de la tierra, se ha propagado en todo el mundo, contra las pasiones, los instintos, las costumbres de la humanidad, y á pesar de la división de las razas, de la tiranía de los fuertes y de la volubilidad de las muchedumbres.

No podemos resistir el deseo de insertar algunas líneas, siquiera unas cuantas, del gran escritor:

“Si de la religión de las ideas—dice el señor Couto—bajamos á otro orden de cosas, el espectáculo que presenta la humanidad, no es menos desconsolador. Por todas partes la encontramos dividida en razas antipáticas entre sí, y en mil sociedades distintas, constituidas sobre principios opuestos, enemigas unas de otras, buscando cada una sus creces y medros á costa

de las vecinas, regidas por gobiernos que nacen, se levantan y desaparecen como las olas del mar. Todo división, aislamiento, inestabilidad. Los intereses materiales, los goces de los sentidos, las satisfacciones del orgullo y de la vanidad no sólo buscados con ansia y promovidos con ardor, sino convertidos en virtudes y casi preconizados como el soberano bien. Esto es lo que se ve, echando una ojeada sobre la raza humana, y á la verdad que no era esto lo que se quisiera ver.

“Consideremos en contraposición el plan del cristianismo. Formar de los hombres de todos los orígenes, de todas las condiciones, de todos los pueblos una comunidad, ó más bien una familia, unida por el vínculo santo del amor, y á la cabeza de ella el Dios que se hizo hombre para hacernos á nosotros partícipes de la divinidad, y que desde los cielos preside eternamente como jefe al cuerpo de los asociados: difundir por todo este cuerpo los torrentes de expiación, de virtud y de merecimientos que de tal cabeza se derivan, y comunicarle una vida espiritual é interna, tan enérgica como la fuente de donde procede: ilustrar á esta sociedad con luminosas reglas de conducta, y con el conocimiento de nuevas doctrinas sobre Dios y sobre el hombre, sobre nuestro destino presente y futuro, sobre todo lo que más nos importa saber: dar á esas verdades el carácter de *revelación*, es decir de una comunicación inmediata de la Divinidad con la inteligencia creada y ponerlas así fuera de todo examen y toda duda: erigir en medio de la sociedad una potestad tradicional y permanente, dispensadora de la gracia vivificante del fundador, depositaria de su doctrina para enseñarla en todas las edades á todas las gentes, y mantenerla limpia de las nieblas con que pudiera empañarla el licencioso saber del mundo: comunicar á esa potestad (que es la Iglesia docente) el dón sobrenatural de la infalibilidad; y asegurar, por último, á la obra toda una duración igual á la de los siglos, no obstante que desde el primer momento haya sido, como su autor, *signo de contradicción* (*), blanco de todo género de ataques: tal es el plan del cristianismo, la idea gene-

(*) San Lucas, cap. 2, vers. 34.

ratriz de la Iglesia, el designio que está llamada á realizar entre los hombres. Cuando á la razón humana se mostró esto, cierto que se la levantó hasta la región de las concepciones divinas."

Y considérese que la virtud apologética del discurso del señor Couto, resulta como por accidente, pues al menos, al parecer, perseguía el fin único de demostrar que cierto proyecto regalista era atentatorio al derecho de la Iglesia; mas para patentizar éste, llegóse al origen de la divina institución y explicó su naturaleza singular con tan viva luz y tan consumada maestría, que se descubre por el menos bien dispuesto, precisa y claramente, el conjunto armónico y majestuoso del extraordinario edificio, y hay que exclamar mal de nuestro grado, que esa obra no es humana.

Precisamente el no perseguir el discurso un fin directamente apologético, da más fuerza á la apología, porque así lo bello, extraordinario y divino de la Iglesia, resulta de su propio sér y no del colorido que les presta el ingenio del escritor.

¡Bendito sea Dios que de pluma mexicana ha salido obra semejante! Su defecto único es su brevedad, ó más bien dicho, el defecto del autor está en que pudiendo escribir más, mucho más, si no mejor tal vez, haya reducido su labor á un breve discurso, por más que éste puede considerarse como incomparable presea.

Según Menéndez y Pelayo—crítico de irrecusable autoridad—"tal pieza haría la reputación del más encumbrado canonista," y en verdad que el elogio, con ser tan grande, se me antoja mezquino, quizá porque teniendo en México, en materia de ciencias y letras, tan pocas cosas dignas de alabanza, luego que descubrimos alguna, el entusiasmo nos hace extremar los aplausos.

Y por lo que toca al principal objeto (aparente al menos) del discurso, la cuestión de las regalías, ¡con qué claridad aparecen estas verdaderas usurpaciones y despojos! Leyendo esa obra el regalista tiene que declararse anti-católico ó dejar de ser regalista, y yo que confirméme, sólo con la provechosa lectura, en la vieja creencia de que las regalías son abusivas, tiránicas y grandemente corruptoras del clero y de los fieles, deduje como corolario que en nuestro país, entre las fa-

mosas prerrogativas de los antiguos gobiernos con los recursos de fuerza, y la actual independencia entre la Iglesia y el Estado, ésta es menos perjudicial y más aceptable, por más que no debe desearse como situación definitiva. Supongo que el señor Couto juzgaría lo mismo si viviese. (3)

Ojalá y en nuestras cátedras de derecho canónico se enseñase á los alumnos ese doctísimo discurso, llamándoles sólo la atención acerca de los errores tradicionalistas y galicanos; que con él no sólo tendrían acopio de sana y nutritiva doctrina, sino también modelo de estilo sobrio, castizo y claro, ahora que esas cualidades (la sobriedad sobre todo, que es la modestia del lenguaje) son tan raras y tan apetecibles.

Con pena nos despedimos del gran apologista. Quiéramos, sin embargo, explicar cómo sus errores galicanos, culpa fueron de los tiempos, más que de su persona.

Si entre Francia y el Papa hasta 1819, en que publicaba José De Maistre el mejor de sus libros, se levantaba un muro de bronce, la influencia de Roma sobre las Américas era apenas la estrictamente necesaria para que no se desatasen del haz de los pueblos cristianos. La expulsión de la Compañía de Jesús trajo como natural consecuencia, el imperio en todos los dominios españoles del espíritu jansenista, que habían mantenido á raya aquellos incomparables soldados, y esa mala peste unida al regalismo de los juristas, alimentaba en todas partes, pero sobre todo en los centros de instrucción, cierta aversión á Roma, no franca, no traducida formalmente á ninguna doctrina heterodoxa, pero no por eso menos real y que naturalmente inclinaba los espíritus á dar más fácilmente ascenso á las opiniones galicanas de Bossuet, que al ultramontanismo de De Maistre.

Por eso cuando en 1825 corrió en la República una falsa encíclica atribuída á León XII, en la que se recomendaba á los Obispos de América predicasen contra la independencia de las colonias españolas, Couto escribió una disertación en destemplado tono, plagada de errores jansenistas, olvidándose del respeto debido al Pontífice, porque ese sentimiento era tan débil y frío, que aun en las almas de los buenos católicos cedía

muy fácilmente el puesto al desbordado patriotismo de aquella época borrascosa.

Couto se arrepintió de semejantes opiniones avanzadas, tratando de enmendarlas con su discurso de la Constitución de la Iglesia; pero si pecador reparaba cristianamente su falta, hombre de su época no podía desprenderse de prejuicios imbuídos por la educación, cuando sin condenarlas aún la Iglesia, las amparaba el prestigio, casi irresistible, de Bossuet.

Al hablar de las demasías de su disertación de 1825, dice el señor Couto: "Lo único que puede explicar el hecho, es el vértigo general que entonces se había apoderado de las cabezas, y cuyos amargos resultados demasiado ha sentido la República. De ese vértigo queda una prueba visible en el dictamen de los tres censores que calificaron la disertación y le aplicaron el premio. Todos eran personas caracterizadas y de no vulgar ciencia; dos eran eclesiásticos en edad proveya, y uno constituido en dignidad. En el público nadie alzó la voz contra ella. Tal era el imperio del error que, para decir verdad, venía ya de años atrás, y no tenía por cuna á México.

"Yo doy mil gracias á la Providencia por haberme ofrecido ocasión en edad madura de hablar sobre esas mismas materias como creo que corresponde. ¿De qué servirían los años si no fuera para corregir nuestros juicios? Este dicho de un célebre escritor contemporáneo, tiene una aplicación particular después que se ha atravesado toda una revolución. Entonces no hay quien no sienta la verdad del antiguo adagio: "*los segundos pensamientos son más cuerdos.*" (4)

Junto á Couto, (hasta materialmente y dialogando con él acerca de pintura) aparece en nuestra historia el gran Pesado, el primero de los poetas de México por la elevación del pensamiento, y cultura de estilo, si bien que su inspiración no se remontaba á gran altura; pero aunque sus versos tienen muchas veces asuntos religiosos, decorosa y cristianamente tratados, en este capítulo merece mención sólo por sus excelentes artículos apologéticos y polémicos de *La Cruz*, la revista más notable que se ha publicado en México y que desgraciadamente ni subsiste ni tiene imitadores. (5)

Contamos con diarios; pero ¿por qué los católicos

mexicanos no tenemos *revistas*? Los primeros son para el público en general, el *gran público*, como dicen los franceses; las segundas para una clase más reducida, pero más ilustrada y más interesante quizá para el propagador. Los ingleses convierten su revista (la famosa de Edimburgo en que colaboró Macauley, por ejemplo) en un consejero, en un amigo inseparable, y si el periódico los pone al corriente de las noticias diarias, ella les suministra mejor alimento intelectual, proporcionándoles lectura más seria, instructiva y substancial.

Ojalá los Congresos Católicos llevaran á cabo el establecimiento de una publicación semejante, dotada de numeroso y docto cuerpo de redacción, de dirección hábil y prudente, sujeta á un plan bien concebido de antemano y que contase con suficientes elementos materiales de difusión y propaganda.

Entre los historiadores que podemos llamar católicos, porque escribieron con espíritu de tales acerca de la historia religiosa del país, debemos citar al señor García Icazbalceta, docto, juicioso, veraz, diligentísimo; tipo insigne del literato que consagra sus afanes á la fe y á la patria, porque aparte de lo que valían en sí sus servicios, el cristiano desinterés con que los hacía les prestaba el mérito del buen ejemplo, bien que en esta cualidad y felizmente no le iban en zaga ni Pesado, ni Couto, ni los demás que mencionaremos. (6)

Entre los periodistas de combate merecen honrosísima mención Aguilar y Marocho y Don Miguel Martínez, ambos michoacanos y educados en el Seminario de Morelia. (7)

Los dos eran hábiles jurisconsultos y escritores de mérito, pero de muy diverso temple. Martínez, (8) erudito de primer orden, conocía profundamente los Padres de la Iglesia y los Cánones; de su versación en los primeros dió buenas pruebas en diversos discursos y artículos de *La Voz de México*, poco brillantes, pero tan sesudos y juiciosos, como nutridos de doctrina; por su conocimiento de leyes eclesiásticas fué el consultor del Arzobispo de México, y como su ciencia extendíase á todos los ramos del derecho, escribió una colección de luminosos artículos acerca de la cuestión de límites entre México y Guatemala, que mereció ser

impresa á expensas del Gobierno, á pesar de que el ameritado periodista, fué siempre opositor tenaz y decidido de las administraciones liberales.

Su obra de más aliento y más duradera es la historia del sabio Obispo Munguía, notable, no sólo por la exactitud, abundancia de datos y exposición metódica y clara, sino porque da muchas é interesantes noticias acerca de la instrucción en Michoacán. Por desgracia sólo se ha publicado el primer tomo que comprende la vida del señor Munguía hasta que dejó el foro por la Iglesia.

Don Ignacio Aguilar y Marocho era polemista formidable, el primero quizá del país. Mucho menos erudito que Martínez, pero evidentemente más temible en la lucha. Descubría en el enemigo á la primera ojeada el punto vulnerable; embestía con rapidez inaudita; acertaba cuanto golpe dirigiera y paraba todos los del contrario.

La defensa que hizo de un reo acusado por un ministro de Hacienda, réplica brillante á la requisitoria del Ministerio Público ante un jurado, es una de las muestras más notables del talento de polemista del gran escritor.

Cito esa producción porque es una de las muy pocas que corren sueltas. Las demás suyas de polémica política y religiosa, enorme labor de varios años, se publicaron en *La Voz de México*, cuya preciosa colección se adquiere difícilmente.

La lógica de Aguilar, como decía un periódico de la época, apretaba como una tenaza. Su estilo parece á veces incorrecto, pero tiene viveza y flexibilidad extraordinarias; su conocimiento más que de libros, de la vida y del corazón humano, era asombroso, como que su talento natural se había ejercitado tanto en este punto durante su larga carrera diplomática y política. No era malévolos, muy al revés, pero tenía en grado sumo, la astucia y la malicia que tanto necesita el combatiente, de modo que nunca dejaba de descubrir el lado más flaco y elegir el arma más terrible, y si ésta era la del ridículo, sabía manejarla, no con grosería, sino con gracia y arte. Cuando Aguilar se ponía de buen humor, sonaban en su estilo risas y cascabeles, y nada

puede uno imaginarse de más regocijado que su animada prosa.

Martínez y Aguilar fueron cumplidos caballeros, sinceros católicos y desinteresadísimos campeones de la Iglesia. Michoacán les debe gratitud, y ojalá alguna vez se pudiera hacer una edición de sus escritos, para perpetuar su memoria y no dejar perdidos para ésta y las generaciones futuras, tanta producción de valer.

Sería gravemente injusto callar en este capítulo el nombre mil veces respetable de Don Alejandro Arango y Escandón. (9)

Su labor literaria fué escasa aunque valiosa; pero su acción social mucho más fecunda de lo que comunmente se cree. Más que autor, fué mecenas; la juventud católica y estudiosa le debió protección y estímulo, y entiendo que el mayor de sus afanes era el de fundar en el país el apostolado seglar.

Como católico fué incomparable. Empleó sus riquezas, que eran muchas, en hacer el bien, su ciencia en propagar la verdad; su vida que hubiera podido ser de ostentación y lujo, en todo linaje de buenas obras. Y entre esas virtudes, cuya reunión es ya muy rara, poseía otra más rara todavía: el valor de defender la verdad, despreciando los respetos humanos y aun la ira de los poderosos.

Clara muestra de ello es la alocución que dirigió al Mariscal Bazaine en circunstancias solemnes, que un notable jurisconsulto español refería no hace mucho tiempo ante un tribunal y en un pleito ruidoso de la manera siguiente: (10)

“Tocaban las agonías de la guerra de la intervención. Los franceses iban á abandonar el territorio de la República y tratábase de la grave cuestión de si se iba ó no con ellos el Archiduque Maximiliano de Austria. El partido conservador pensaba que así como había luchado con el partido liberal sin auxilio extraño de 1857 á 1862, con igualdad de éxitos, así también podría seguir luchando después de 1867, y lo podría hacer, con mayores esperanzas de éxito, si á las fuerzas naturales del partido agregaba los prestigios de Maximiliano.

“No juzgo esos actos, sino que los narro, que no soy juez sino defensor. Quédese el fallo para el tribunal

de la Historia, y yo no me constituyo en magistrado ponente de ese Tribunal augusto.

“El 14 de Enero de 1867 se convocó al Consejo de Estado para que resolviera sobre la abdicación: ¿cómo oponerse á ella, emitir y fundar dictamen en presencia del Mariscal Bazaine, interesado en lo contrario, cuando en ello podía empeñarse la vida?

“El Lic. Don Alejandro Arango y Escandón se resolvió á hacerlo y á afrontar el peligro de frente.

“¿Pero lo haría, se creará tal vez, con frase ambigua, vacilante, medrosa? Va á juzgarlo el señor Juez.

“Expone los antecedentes de la cuestión: afirma que no pertenece á partido alguno, por más que sus ideas le acerquen y mucho á los conservadores: habla de la ambición de los Estados Unidos del Norte, y de que puede serles pernicioso, y agrega: “La ambición ciega, y Dios castiga precisamente antes que todo con esa ceguedad”—y continúa—“séame lícito, señores, preguntar ahora: ¿ha cumplido nuestro aliado con sus deberes? La imparcial Historia lo decidirá. El señor Mariscal Bazaine ha asegurado, según acaba de oír la Junta, que ha tenido bajo su mando más de treinta mil soldados franceses y veintidós mil mexicanos, y que, sin embargo, no ha podido pacificar el país. Nuestro pueblo (y no somos una excepción entre los demás del universo) se ocupa muy poco de formas y sistema de gobierno. Lo digo sin agravio de nadie: aquí, como en otras partes, la cuestión actual es más de policía que de política; y entre nosotros será bendito el gobernante que devuelva á esta desdichada sociedad el sosiego que las malas pasiones de unos cuantos le han arrebatado; que sea un escudo á la honra, á la vida y á la propiedad de los ciudadanos....

“Al que tales conquistas realice, no le preguntaremos los mexicanos si se llama *Emperador ó Presidente*. Créalo así el señor Mariscal.

“Me gustan, señores, las reminiscencias históricas.

“En el siglo XVI el Papa Paulo IV declaró la guerra á Felipe II. Trataba de hacer valer ciertos derechos en el Reino de Nápoles, en posesión del cual estaba el Rey Católico, á quien no era, en verdad, fácil hacer prescindir de ninguna de sus adquisiciones. El Papa se buscó auxiliares, y los halló en Francia. La

cuestión interesaba vivamente, como todos saben, á esta nación, y su Rey Enrique II, comprendiéndolo así, envió á Italia buen golpe de gente. Mandábala el Duque de Guisa, noble, entendido capitán, y además de esto, señor Mariscal, muy católico. Pero el Duque de Alba, que valía algo más que el General Sherman, mandaba los tercios españoles, que valían algo más que los filibusteros que han ocupado á Matamoros. La suerte fué adversa á los aliados del Pontífice. El Duque de Alba, de victoria en victoria, llegó á plantar sus reales en las puertas de Roma. Sabéis, señores, cómo se formaban entonces los ejércitos. Alrededor de un pequeño grupo de tropas regulares y disciplinadas, se reunía tupido enjambre de aventureros, cuyas pagas andaban siempre atrasadas, y que no se proponían más que enriquecerse con el botín y los despojos de los pueblos que tenían la desgracia de recibirlos. Gentes sin Dios y sin ley, rara vez respetaban á sus jefes. Roma ya los conocía, y el terror se apoderó de sus moradores. Paulo IV, sin embargo, descansaba tranquilo esperando mucho todavía de sus bravos auxiliares, y sobre todo, de los tratados. ¡Pobre Papa!

“Las cosas entre tanto se habían complicado en el norte de Francia, y Enrique II ordenó al Duque de Guisa que, abandonando al Pontífice, viniese en su propio auxilio. El Duque comunicó la noticia al Papa, y se dispuso á ejecutar la orden; y la historia no le culpa por esto, señor Mariscal, pues que no le tocaba más que obedecer; aunque agrega que no pesaba al Duque de poner término á una campaña como aquella, muy escasa de laureles para él.

“En aquellos terribles momentos, Paulo IV, tomando consejo de su ira, que nadie negará fuese justísima, dirigió al General francés estas memorables palabras, que yo, en nombre del monarca ofendido de México, en nombre de esta nación que, como Paulo IV, no tiene tampoco más culpa que la de haber fiado demasiado en el extranjero, me creo autorizado á repetir ahora á V. E.: “Idos: nada importa. Habéis hecho muy poco por vuestro soberano, menos aún por la Iglesia; nada, absolutamente nada, por vuestra honra.”

“Señor Mariscal: los que hemos hecho cuanto hemos podido por el altar, cuanto hemos podido por el trono, y

estamos ciertos de conservar ileso el honor; los que en la lucha presente hemos comprometido la fortuna, la vida, dando así una prueba de que amamos á nuestra patria con un ardor igual á la magnitud de sus desdichas, tenemos derecho á proclamar que no es á nosotros á quienes, ni ahora ni en el porvenir, podrán aplicarse estas palabras.”

* * *

Los anteriores mal trazados bosquejos, bastarán, á pesar de su imperfección, no á dar á conocer las fisonomías de esos mexicanos ilustres, cosa que tampoco hemos pretendido, sino á demostrar que en México han existido los verdaderos auxiliares de la Iglesia, es decir, seglares que le han consagrado durante toda ó buena parte de su vida, celo inteligente, desinteresado y valeroso.

¿Por qué los seminarios que produjeron á todos esos hombres, con excepción del señor García, quien á fuerza de perseverancia y aplicación, se formó á sí mismo, no han de dar á México nuevos auxiliares de la Iglesia que imiten tan perfectos modelos?

Si no nos equivocamos, las circunstancias políticas son más favorables que antes á la formación y al desarrollo del laicismo católico. Las luchas de partido absorbieron en otras épocas la energía y la inteligencia de muchos campeones, que hoy darían otra orientación á sus facultades, enderezándolas al servicio de la Iglesia, con sólo que se estimulase en ese sentido, con tenaz empeño, la juventud estudiosa.

Un joven puede ser inteligente, instruído, piadoso, y sin embargo, inútil á la humanidad y á la Iglesia. Es necesario para hacer de él un auxiliar de la religión, despertar en su alma otra facultad, que difícilmente se desarrolla porque la ahoga el egoísmo: el celo.

No queremos que todo seminarista laico sea un apóstol, para eso se necesita vocación especial que nunca es común; pero sí entiendo que en los seminarios se debería encender y estimular en los jóvenes que no sigan la carrera eclesiástica, y en quienes se descubran aptitudes, el celo por la defensa de la verdad. Las congregaciones y sociedades que ya comienzan á fundarse,

pueden dar, bien dirigidas, excelentes resultados; pero más alguna que tuviese por objeto el cultivo de la apologética con más amplitud y profundidad de lo que se estudia en las aulas. (11)

El Dante, en la entrada del infierno, tropezó con una turba de infelices poseídos de dolor, arrojados ahí porque vivieron en el mundo sin merecer alabanza, sí vituperio:

“che visser senza infamia e senza lodo.”

Pregunta quiénes son; Virgilio se lo dice, y agrega:

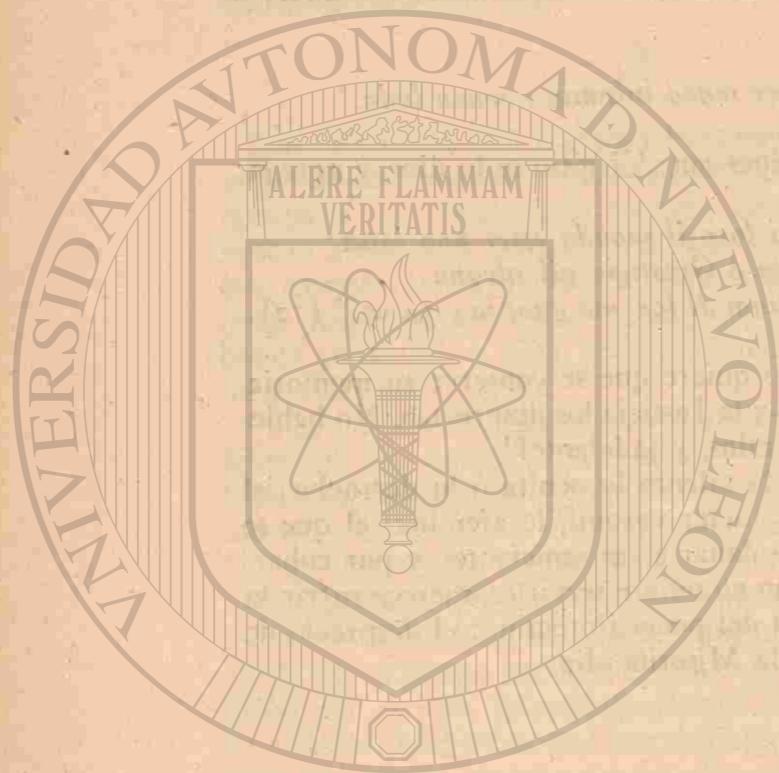
*“Fama di loro il mondo esser non lassa;
Misericordia é Giustizia gli sdegna:
Non ragioniam di lor, ma guarda e passa.”* (12)

“El mundo no quiere que se conserve su memoria. La Misericordia y la Justicia los desprecian. No hablemos de ellos, míralos, y ¡adelante!”

El que teniendo talento lo oculta ó lo derrocha; el que poseyendo carácter varonil, lo afemina; el que se conforma con no dañar á sus semejantes, y por cobardía ó por egoísmo no quiere servirles, merece sufrir la terrible sentencia del poeta florentino: el desprecio de la Justicia y de la Misericordia.



®



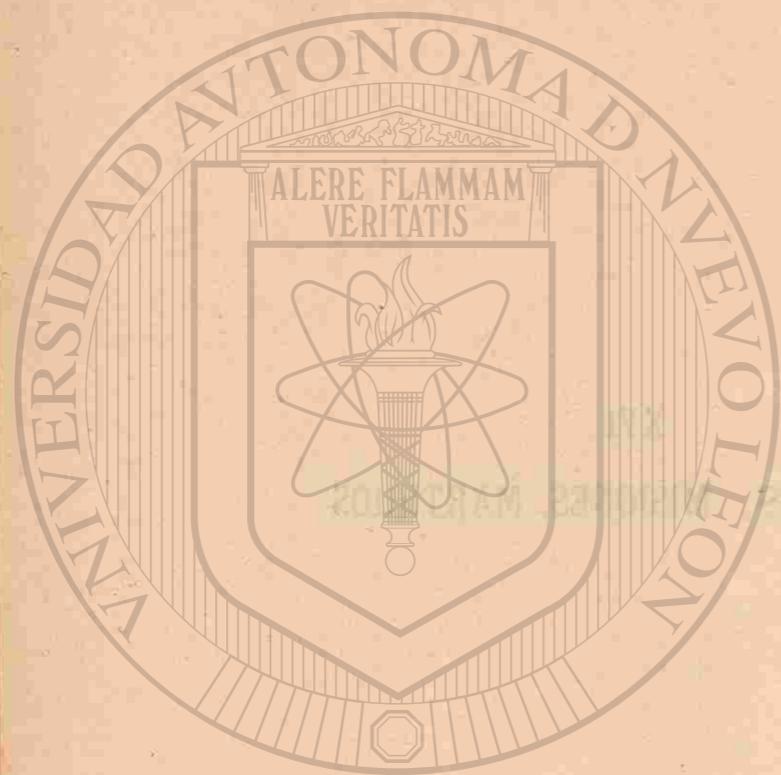
XVI

MILAGROS, MISIONES, MARTIRIOS

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XVI

MILAGROS, MISIONES,
MARTIRIOS

“El cuarto año siguiente á la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen, en las orillas del Gave, cerca de la ciudad de Lourdes, situada en la diócesis de Tarbes —Francia— la Virgen María en persona se apareció repetidas veces en el hueco de una roca—dentro de la Gruta de Massabielle—á una niña muy pobre, pero inocente y piadosa, á quien el lenguaje popular llamaba Bernadette.” (1)

Las palabras anteriores son de la Iglesia; pertenecen al oficio concedido por León XIII á Nuestra Señora de Lourdes, y refieren la historia más poética, maravillosa é instructiva del siglo XIX. (2)

En la patria de Voltaire, en la cuna del positivismo, en el país más ilustrado de la tierra, se renuevan los prodigios del siglo XV. Otra pastora como Juana de Arco, entra en comunicación directa con el mundo sobrenatural. Ve á la Santísima Virgen, le habla, manifiesta que la celestial Señora desea se convierta en santuario la gruta pirenaica, en donde se verificaban las múltiples apariciones, y comprueba la verdad de su extraordinario testimonio, primero con la expresión de angelical inocencia de su rostro, y el sello de profunda

sinceridad de sus palabras; y después, abriendo una fuente de aguas vivas, copiosas y perennes, en donde no había antes más que estéril polvo (3), sin más instrumento que su dedo, en presencia de una multitud incontable que no descubría la aparición, pero sí el éxtasis de la vidente.

Después de ese prodigio, la Virgen reveló su nombre á la pastora, y ya todo el mundo creyó ó debió creer que la feliz niña había recibido la inefable gracia de ver y de hablar á la Inmaculada Concepción.

Así se llamó María en Lourdes, repitiendo las palabras de Pío IX; así el milagro venía á confirmar la verdad del misterio.

Y desde entonces el agua de la nueva fuente comenzó á curar las enfermedades; las multitudes, como en los tiempos medioevales, afluían en peregrinación á la santa gruta; los Obispos y los Papas autorizaban y estimulaban el nuevo culto; la ciencia discutía los prodigios y á la luz de la discusión, más resplandecía su verdad; las autoridades liberales, primero, y la literatura incrédula después, quisieron ahogar ó desacreditar el milagro, y no lograron más que dar una prueba de absoluta impotencia y añadir más brillo á los prodigios; el culto que comenzó por la adoración y el éxtasis de una pastorcita montañesa, fué extendiéndose, extendiéndose, de Lourdes á París, de París á Roma, de Roma al mundo; y ya no existe villorio de Oceanía, de Asia, de Africa, en donde haya un grupo de católicos, que carezca de un templo de Lourdes, de un altar que represente la gruta de Massabielle, ó al menos, de la imagen de la Virgen, de pie sobre el rosal silvestre, y de hinojos frente á ella, la pastorcita pirenaica.

Cuando se lee la historia de Nuestra Señora de Lourdes por Enrique Lasserre, insigne escritor que supo narrarla en estilo digno de ella, es preciso de todo punto creer en la verdad de las apariciones y de los milagros.

El agua del manantial que hizo brotar Bernadette durante un éxtasis ante millares de testigos (4), carece de virtudes terapéuticas, y su simple contacto ha vuelto la vida á un niño moribundo ó muerto quizá (5); restituido la vista á muchos ciegos; el movimiento á

centenares de paralíticos, y el habla á los mudos; ha curado instantáneamente la caries de un hueso (6), el herpis de la mano, el lupus de la cara, y gravísimas lesiones en diversos órganos, sin que la sugestión ó el hipnotismo hayan podido ser la causa de la curación, en virtud de que muchas de esas maravillas se han operado en niños inconscientes, en personas enteramente despreocupadas y aun en algunos incrédulos. (7)

El famoso doctor Boissarie ha establecido en Lourdes una oficina de demostraciones en que cuarenta ó más médicos, durante las grandes peregrinaciones francesas, hacen estudios concienzudos de las enfermedades antes de la curación y después de ella, viéndose precisados á certificar infinitos casos milagrosos y poniendo de relieve este solemne testimonio del doctor Verger: "*lo que pasa en Lourdes es la permanencia del milagro.*" (8)

Por lo que á mí toca, después de haber leído mucho de lo que se ha escrito en pro y en contra acerca de Lourdes, exclamo con Monseñor Ricard en una de sus cartas al famoso autor de la novela más leída que ha circulado contra las apariciones y los milagros de la gruta: "Dios me libre de anticipar el juicio definitivo de la Iglesia; pero creo en las apariciones de la Virgen de Lourdes, del mismo modo que en el Credo." (9)

El mismo doctor Verger, comisionado por el Obispo de Tarbes para dirigir la investigación médica que precedió al juicio de la autoridad eclesiástica acerca de aquellas maravillas, se expresa con relación á la fuente milagrosa, en estos términos, bastantes por sí solos para tirar de la oreja á la desdeñosa incredulidad y decirle: no pases sin mirar: estudia.

"Por el examen de los hechos más auténticos, superiores al poder de la ciencia y del arte, he visto, he tocado la obra divina, el milagro." (R)

"He visto agua natural dotada de una virtud superior á las fuerzas de que dispone la naturaleza y de una divergencia de acción absoluta. Esta agua siempre invariable, ha producido á mi vista efectos sobrenaturales muy distintos y sin analogía entre sí:

"Arrebatat á la muerte un niño agonizante, restablecer la vista de un ojo insensible á la luz, á consecuencia

de profunda lesión traumática; devolver la plenitud de los movimientos á miembros paralizados; curar una úlcera crónica extensa y muy rebelde: tales han sido sus primeros efectos.

“Los que han seguido á éstos no son menos asombrosos y concluyentes; algunos ha habido en enfermedades consideradas incurables, tisis en su período último, cáncer y ataxia locomotriz.

“La mies ha sido rica, abundante y de larga duración.” (10)

En cambio, el célebre doctor Voisin, médico de la Salpetriere, colega del gran Charcot, estaba tan convencido de la locura de la vidente, “que no vaciló en enseñar en su cátedra, no haber pasado mucho tiempo sin que Bernardita diese señales de enajenación mental, habiendo sido preciso encerrarla en un manicomio privado, del cual daba á conocer la dirección.” (11)

También Larousse en el famoso Diccionario (art. Lourdes) da á entender que la fuente existía antes de las apariciones, á pesar de que cuando esa enciclopedia se escribió, ya Laserre había publicado su famosa historia (el articulista la cita) en que demuestra á no dejar la más ligera duda que el manantial brotó del seco polvo, cuando la Santísima Virgen mandó á la niña que cavase en la tierra con el dedo: “La pastora dice el articulista por mandato de la aparición, *bebió algunos sorbos de agua en el manantial vecino.*” Después agrega que una fuente cercana á la gruta comenzó á considerarse como milagrosa, ¡y nada más!

¡Qué conciencia la de los sabios incrédulos! ¡qué veracidad! ¡qué honradez! Voisin declaraba loca á Bernadette que toda su vida DIO LAS MAYORES PRUEBAS, NO DIGAMOS DE CORDURA, SINO DE SENSATEZ; que jamás estuvo en ningún hospital; que después de las apariciones, encerrada en un convento de Hermanas de la Caridad, de Nevers, fué hasta su muerte, acaecida en 1879, modelo de prudencia, de buen juicio, de afabilidad, de celo en el cumplimiento de sus deberes, de angelical modestia que le impedía hablar siquiera, salvo que se le mandase hacerlo, del privilegio asombroso que le concedió el cielo. (12) Y Larousse, ó calla con malicia el hecho de la aparición del manantial ANTE INNU-

MERABLES ESPECTADORES, durante uno de los éxtasis de la vidente, ó lo ignora por completo, lo que indica que no leyó toda la historia de Lourdes, ni aun siquiera la escrita por los diarios liberales de la localidad, que no pudiendo ocultar el prodigio como al principio pretendieron, trataron de explicarlo de una manera que provoca la hilaridad ó la lástima.

Zola no les va en zaga á estos infelices libelistas, calumniadores de la vidente, y Monseñor Ricard en sus famosas cartas al gran escritor, pone de relieve su inconcebible ligereza y su repugnante mala fe.

Si la impiedad quisiera ver; si no cerrase obstinadamente los ojos á la luz, ¡qué manantial de fe no encontraría en aquella fuente, en medio de aquellas multitudes de enfermos que hace más de cuarenta años gritan durante las peregrinaciones en presencia de alguna curación maravillosa: ¡milagro! ¡milagro!

Y no sólo en Lourdes se verifican éstos; en todo el mundo, en París, en New York, en Singapoore, en Mandchuria, en los centros más civilizados y en las más apartadas regiones de la tierra, por intercesión de la Virgen pirenaica, se han operado maravillas inexplicables naturalmente. (13)

Y estos milagros satisfacen todas las exigencias de Renan. Quería el apóstata que el taumaturgo operase ante un areópago, ante seis ó siete académicos por lo menos, á toda luz, en estos tiempos modernos en que nada se escapa á la perspicacia de la ciencia, y si tan ilustrados jueces declaraban el milagro, sólo entonces habría que creerlo. Pues bien, ante CUARENTA ó más médicos, ante multitudes compuestas de hombres de todas clases, entre ellos muchos ilustradísimos, se han comprobado, satisfechas todas las condiciones de Renan, centenares y aun miles de milagros, y sin embargo, Renan no creyó. El y otros muchos se abstuvieron de concurrir á Lourdes, porque lo cierto es que la incredulidad huye de la verdad, la teme y la odia.

¡Qué gloria para Pío IX! ¡El cielo repitió sus propias palabras! La Virgen santa agradecida á la tierra por el homenaje del gran Pontífice, hizo brotar en la nación más necesitada de fe y de esperanza, un venero perpetuo de milagros. El Párroco de Lourdes pedía á la pastora como prueba de su sinceridad, rogase á la

Virgen hiciese florecer el rosal silvestre, seco y marchito por el invierno, en que la celestial criatura posaba su planta virginal. María sonrió al oír aquella súplica candorosa, y en vez de la prenda que se le pedía, hizo brotar una fuente cuyas aguas dan la vida á muchos enfermos, el arrepentimiento á muchos pecadores, la luz á muchas almas sombrías. El dogma se confirmó con portentos. El milagro es el esplendor más brillante de la verdad.

* * *

El siglo de la Inmaculada ha sido en la edad moderna el de las órdenes apostólicas y de las misiones.

No queremos quitar sus legítimas glorias al siglo XVI, que ilustró San Francisco Javier, en Goa y en el Japón, y tantos y tantos misioneros insignes en la América española. Ni aun podremos decir en cuál de las dos edades fué más fecunda la acción apostólica de la Iglesia. Pero para que nuestro siglo XIX pueda llevar ya legítimamente el nombre que le damos, basta que sea comparable al gran siglo que vió nacer la Compañía de Jesús, para no decir más.

Si echamos una ojeada á la estadística y comparamos, como lo hace el P. Forbes en sus preciosas conferencias (14), el estado de las misiones en 1800 y en 1900, nos quedaremos asombrados del prodigioso adelanto, y cuando las comunidades religiosas que proporcionan exclusivamente los misioneros, han sido perseguidas, suprimidas, despojadas, ahora aquí, luego más allá, algunas veces simultáneamente en todas partes; cuando el libre pensamiento, la sensualidad, la degradación del carácter, los respetos humanos, cada día combaten más y más el espíritu de abnegación y de martirio, no podemos atribuir el nacimiento de tantas y tantas vocaciones insignes y la cosecha universal de sus ópimos frutos, sino á la Virgen Inmaculada, á la Madre del eterno modelo de los misioneros, de apóstoles y mártires.

La Iglesia universal pedía la declaración del dogma. Aquella voz solemne que se levantó unánime en el Vaticano en la asamblea de Obispos de 1854. (*Pater, Pater! confirma fratres tuos!*) era la explosión del al-

ma de la Iglesia Católica. Quinientos Obispos de las cinco partes del mundo, pedían en nombre de su grey se elevara á la Madre de Dios el homenaje más glorioso que después del de Efeso hayan visto los siglos, y la munificente Reina correspondía á aquel grandioso acto de justicia y de adoración universales, vigorizando sobrenaturalmente, puede decirse, la virtud apostólica de la cristiandad.

¿Y á qué naciones se debe principalmente en el siglo pasado la expansión incomparable del catolicismo en los países infieles? ¿Cosa asombrosa y que demuestra precisamente la intervención sobrenatural, ó al menos extraordinaria del cielo! á Francia y á Inglaterra, á la sede principal del paganismo moderno y á la nación protestante por excelencia.

De ocho á nueve mil misioneros varones, seis mil son franceses y de treinta y cinco mil religiosas misioneras, treinta mil son francesas también. En cuanto á Inglaterra, á donde quiera que va, y va á todas partes, establece la libertad religiosa, quizá con miras utilitaristas, y de ella se aprovechan los misioneros católicos, con los que no pueden luchar los protestantes en igualdad de circunstancias. (15)

De Maistre (*Soirée II*, pág. 242), dice: "todo anuncia no sé qué vasta unidad, á la cual caminamos á toda prisa." En efecto, la unidad católica se descubre á lo lejos. Probado está que el catolicismo, donde se predica, triunfa, y se predica en todas partes. Su victoria no será completa y definitiva, sino hasta dentro de varios siglos; pero ya se puede predecir con certidumbre.

En el siglo XVIII y á principios del XIX, algunas misiones estaban en ruinas, otras apenas se desarrollaban, y muchas de las actuales no existían ni por asomo. El P. Forbes, dice:

"Las misiones sufrían entonces la peor de las plagas, verdadera inopia de sacerdotes: la Propaganda en Roma estaba desorganizada, los seminarios se cerraban, las vocaciones escaseaban, y no había mucho que esperar de las casas religiosas, en otros tiempos semillero de apóstoles y ahora ruinas deshonradas que derrumbaría la primera tempestad." (16)

¿Qué pasa en 1900? El corazón se ensancha y la fe

se aviva, comparando los esfuerzos apostólicos del catolicismo en estas dos fechas: 1800 y 1900.

En el Indostán, desde que los misioneros empezaron á ganar la casta directora, la de los Brahamas, el progreso fué asombroso; 470,000 católicos en 1800, se elevaron á 2.140,000 en 1900. En el mismo período el aumento se verificó en todas partes de la siguiente manera. En Indochina, de 313,000 á 813,000. En Australia y Nueva Zelanda de ninguno, á un millón. En ciertas islas de Oceanía, de ninguno á 100,000. En el Japón, que llegó á contar dos millones de católicos, antes de las grandes persecuciones, de ninguno á 50,000, advirtiéndose que ese progreso se ha pronunciado de 1879 á la fecha, pues entonces sólo había 4,000. En China, de 187,000 á 1.730,000. En Argelia y Túnez, de 7,000 en 1830 á 500,000, y en Egipto, desde esa misma fecha, de 7,000 también á 100,000. En el Africa del Sur se cuentan actualmente 40,000 católicos, y es de notar que el continente negro, enteramente musulmán, está sometido ahora, con excepción de Marruecos, á la influencia cristiana.

Adviértase que no hablamos de los adelantos del catolicismo en los países herejes (adelante tocaremos este punto), sino sólo de las misiones entre los gentiles.

El mismo Padre Forbes hablando de los progresos del catolicismo en el Imperio Turco, dice:

“Todo parece demostrar que los ingleses están destinados á impulsar el gran movimiento religioso que se prepara y que la historia juzgará sagrado. (DU PAPER, p. 356, Edition 1884).

“Cuando estas palabras salieron de la pluma de José De Maistre, parecieron increíbles. ¿Qué se diría si el gran escritor, precisando los detalles, hubiera anunciado lo que sigue:

“Dentro de algunos años, el imperio turco, tan largo tiempo el azote de Occidente, no será más que una gran ruina, de la que Europa, demasiado dividida para proceder á la partición, retardará, pero no conjurará, el derrumbamiento. Sobre esos inmensos dominios, serán conquistados los reinos independientes de Grecia, de Creta, de Rumanía, de Servia, de Bulgaria, lo mismo que el de Herzégovine, Bosnia y la isla de Chipre, en tanto que Egipto, Túnez y Argelia,

pasarán á los cristianos; y apenas libres del cáncer musulmán, todos estos hermosos países comenzarán á florecer y se cubrirán de iglesias. Turquía será reducida á 25,000,000 de habitantes en vez de 40,000,000, y el Mediterráneo llegará á ser un lago cristiano?” (17)

Francia tiene la gloria de ser la nación que envía más misioneros á los países de infieles. Los de todas nacionalidades que evangelizan el Asia, el Africa, la Oceanía, y parte de la América del Sur y del Norte, son 6,106 aproximadamente, y de ellos 4,500 franceses, es decir, 73.77 por ciento. (18)

Existe una sociedad francesa llamada de *Misiones Extranjeras*, fundada en el siglo XVII por el jesuíta Alejandro Rhodes, que proporciona actualmente sola, 1,113 misioneros; institución santa, conquistadora día por día de millares de almas á la Iglesia, y eminentemente patriótica, porque ayuda á Francia eficazmente á mantener su influencia en los países orientales.

Siguen á los Padres de las misiones extranjeras, los Jesuitas, que en número de 800, ayudados por 460 sacerdotes indígenas, cristianizan Armenia, Siria, Las Indias, Ceylán, China, Egipto y Madagascar. (19)

Los Lazaristas, los Oblatos de María Inmaculada, muchísimas otras órdenes modernas y las antiguas, á quienes los años no envejecen, de San Benito, San Bruno, Santo Domingo, San Francisco, cultivan en todos los países infieles la buena semilla, ayudados por 35,000 monjas misioneras, desconocidas antes del siglo XIX, y de las que 30,000 son francesas (20)

Los españoles, por su parte, aunque mucho menos numerosos que los franceses, no olvidan que son hijos de San Francisco Javier, y levantan en Filipinas ricas cosechas, mientras que los italianos de la Orden Salesiana de Don Bosco, evangelizan las tribus nómadas de la Patagonia, que de seguro en el siglo XX, si un nuevo Carlos III no contiene á esos grandes apóstoles en sus conquistas, llegará á ser comarca enteramente cristiana. (21)

Y si las comunidades religiosas desapareciesen, como sucede en Francia, ¿qué sería de las Misiones, pues sólo el religioso puede ser misionero?

El insigne jesuíta Du Lac, dice: “. . . cuántas veces el deseo de las Misiones, surgiendo en el espíritu de

un joven religioso, lo impele á escribir á sus superiores para ponerse á su inmediata disposición, y éstos le responden: "formáos en las virtudes sólidas."

"Las virtudes sólidas para él consisten en dormir en el dormitorio común, cuidar á sus discípulos en el paseo, jugar con ellos en sus juegos, y cuando está fatigado, no pudiendo hacer más, dedicarse á preparar un examen en el que no había pensado al principio, cuando entrara al noviciado. Las virtudes sólidas consisten en dar cinco horas diarias de clase, durante varios años consecutivos, á niños más ó menos desaplicados.

"En una palabra, para ser misionero, se requiere larga preparación religiosa, que la ley que nos amenaza va á suprimir. Al suprimirla, suprimirá muchas otras cosas también." (22)

No terminaremos estas ligerísimas pinceladas acerca de los que podemos llamar los grandes triunfos apostólicos de la Iglesia, sin mencionar un hecho conmovedor y profundamente significativo, pues revela la prodigiosa vitalidad de la religión católica. En donde florece alguna vez el árbol de la fe, podrá ser deshojado y marchito por el hierro y por el fuego; lo sepultará tal vez por muchos años el polvo del error ó la nieve de la indiferencia; pero una gota de agua ó un rayo de sol que lleguen hasta sus raíces eternamente vivas, le bastarán para recobrar la savia y el follaje.

"En 1862—dice Monseñor Baunard—Pío IX elevó á los altares 26 mártires japoneses; 3 jesuitas, 6 Franciscanos, 17 terciarios crucificados en Nagasaki en 1597. Esta gran fiesta fué la aurora de una resurrección. El 17 de Marzo de 1863, Monseñor Petitjean encontraba y reconocía, arrodillados al pie de los altares de los mártires, los últimos restos del Cristianismo proscrito hacía tres siglos. "Está es *María-Sama*—decían los japoneses, mostrando al sacerdote la imagen de la Madre de Dios.—Este niño es *Jesous Sama*; vuestro corazón y el de nosotros, son el mismo corazón." La antigua Iglesia del Japón se volvía á encontrar, después de ciento ochenta años, en esos restos de fieles sin sacerdotes y sin altares." (23)

La púrpura de la verdad es el martirio, y el dogma de la Inmaculada necesitaba esa vestidura real.

En 1857 Monseñor Sibour, el Arzobispo de París, era asesinado por un sacerdote á causa de su edicto en favor del dogma. El miserable asesino hirió el pecho del Prelado, gritando: "¡Mueran las diosas!" (24)

El siglo XIX está empapado en sangre de mártires. Las causas de los martirios varían, pero la fuerza sobrenatural de los que lo sufrieron, ¿no se deberá especialmente á la Madre de Dios que quiso corresponder al gran homenaje del mundo católico, dándole la virtud que más resplandeció en su Hijo, la del sufrimiento?

No mencionaremos todos los martirios del siglo XIX (sería tarea imposible) ni aun los principales siquiera, sino sólo los que se presenten de pronto á la memoria.

El 17 de Julio de 1834, fué día nefasto para España. La madre de Santo Domingo, de San Ignacio, de San Raimundo, vió en Madrid los conventos invadidos por los sicarios de las logias, y 16 Jesuitas, varios Dominicos, nueve Mercenarios, y hasta cincuenta Franciscos, fueron pasados á cuchillo.

Iguales escenas de horror se repitieron en Zaragoza y Barcelona, y el Ministro Martinez de la Rosa, jefe del gabinete entonces, confesó antes de morir que la franc-masonería fué la autora de esos atentados. (25)

Pero la sangre de los mártires es fecunda. Ahora los jesuitas en España son más numerosos que en ninguna otra parte, con excepción de Alemania tal vez, y están animados de tal celo y cultivan de tal modo la ciencia, que hacen esperar á su afligida patria en la renovación de los tiempos de San Ignacio, Lainez, Suárez y Salmerón.

Muchas órdenes religiosas cultivan la fe en el pueblo español y algunas novísimas de mujeres, que por ventura hemos conocido (Teresianas y Siervas de María, por ejemplo) han venido á ejercer en México su heroica caridad, ya enseñando al niño, ya curando al enfermo, y edificando á la sociedad entera con la solidez de sus virtudes.

En París, tres Arzobispos, uno tras de otro, (Affre en 48, Sibour en 57 y Darboy en 70), empaparon con sangre el suelo de la patria, asesinados infamemente por la causa de Dios. Al primero, cuando revestido de su traje episcopal, se presentó ante el pueblo en armas, como apóstol de paz y de perdón, y cuando ya las turbas á su augusta presencia deponían su feroz actitud, mano traidora lo asesinó á mansalva. Murió predicando, si no con la voz, con la presencia. ¡Qué hermosa muerte! (26)

Sibour derramó su generosa sangre al pie del altar de la misma María Inmaculada, y Darboy recibió la muerte de los sicarios de la Comuna al mismo tiempo que un grupo de heroicos jesuitas, con los brazos en cruz, los ojos en el cielo, y el perdón en el alma y en los labios. Ya veintinueve años antes de su martirio lo había profetizado, diciendo:

“¿Pero no deberemos, á ejemplo de los primeros cristianos, sufrir la muerte más bien que resistir al poder? He aquí mi contestación: Cada siglo tiene su carácter propio impreso en sus obras, y la humanidad, á causa de la libertad que posee, camina frecuentemente por diversos senderos. A cada manera de hacer el bien, corresponde una manera análoga de hacer el mal, y al contrario, y sucede así, porque en el mundo sensible, luchando el bien y el mal cuerpo á cuerpo, se ven precisados á descender á la misma liza. Por esto enfrente de la fuerza bruta aparece la resignación de los mártires, la herejía encuentra en su camino á los doctores, los siglos de oro y los placeres engendran los enamorados de la pobreza y los atletas de la penitencia. Cuando, pues, se me pida entregue la cabeza en nombre de Jesucristo, espero de la gracia de Dios tener el valor de presentarla á los verdugos, uniendo las manos y rogando por ellos, como lo hacían mis mayores hace cincuenta años. Si alguna vez se renovase la ardiente lucha entre la verdad y el error, nos colocaríamos en las filas de nuestros hermanos recitando enérgicamente el símbolo, y emplearíamos la sangre de nuestras venas en escribir todos los artículos de la fe católica.” (27)

Y ¡qué diremos de los mártires de las misiones!

Los heroicos sacerdotes y los no menos valientes neófitos, viven asechados constantemente por la traición,

la codicia y el espíritu de venganza; pasiones que no están moderadas por la civilización de los pueblos cristianos, sino que, cuando el miedo no las refrena, se desatan en todo género de desafueros.

Así cuando la influencia de la potencia protectora cesa por alguna causa, cuando el orden se turba por la guerra internacional ó civil; cuando el odio al cristiano se recrudece, lo que sucederá hasta por motivos supersticiosos ó fútiles, (28) sobre la pequeña grey cristiana se desata el huracán de la persecución.

En todo el siglo XIX, 119 misioneros sacerdotes sellaron con su sangre la verdad evangélica, y de ellos 95 fueron franceses (29) lo que debe hacer esperar al país de la Propagación de la Fe (30) y de la Santa Infancia (31) que la tempestad que ahora se desencadena contra las órdenes religiosas, como ráfaga del infierno, no ha de desarraigarlas, sino momentáneamente, del suelo francés.

Es imposible aquí callar un nombre eternamente ilustre, el del P. Damián Deveuster, el apóstol de los leprosos, que contagiado por el terrible mal, murió predicando á sus desgraciados feligreses, con la palabra y el ejemplo, la conformidad con la santa voluntad de Dios.

Y ¿qué diremos de las religiosas misioneras, creación exclusiva del siglo XIX y eterna gloria suya?

A Luis Felipe se le preguntaba, aludiéndose á la colonizadora de la Guayana Francesa, á la enérgica y varonil Sor Javouhey, “¿qué piensa S. M. de esa mujer?” “Pienso—contestó el monarca—que es un grande hombre.” (32)

En el tormento todas esas hembras, muchas bellas, jóvenes, delicadas, son esforzadísimos héroes. Y el martirio de algunas, cosa que acaece también entre los misioneros, pero más en las religiosas, consiste en su género de vida repugnantísimo para cierta clase de temperamentos refinados, en el incomparable sacrificio, mayor por lo común que el del hombre, al relegarse al destierro rompiendo los lazos de la familia y de la sociedad, en el mayor esfuerzo moral y nervioso con que tienen que fortalecer su físico endeble, para arrosar la amenaza eterna del salvaje, lo mismo que el horror de las batallas.

“Cuando la viruela asolaba la Martinica—dice el P. Du Lac--un gran personaje entró á visitar el hospital de los apestados. Apenas entró en la primera sala de enfermos, sofocóse al insoportable olor que éstos despedían. “Hermana—dijo á la religiosa que vivía de día y de noche en aquella atmósfera pestilente,— ¿qué preservativo usáis?” Sin pronunciar una sola palabra, la monja le mostró un crucifijo. “Bien—replicó el visitante—cuando muráis, si Dios quiere enviaros al purgatorio, recordadle que habéis curado la viruela en la tierra”... y salió.

“Cuando la Superiora de la Guadalupe, la hermana Adelaída, murió en 1870, tenía tres medallas de oro sobre su sarcófago. También la cruz de honor pudiera haberse encontrado allí; pero cuando se la habían ofrecido, la buena hermana la rehusó diciendo con una sonrisa: “No quiero en esta tierra más cruz que la de mi rosario.” (33)

En la preciosa revista católica, *Les Conférences*, se publicó un discurso del insigne director de *La Croix*, Mr. de Bouvattier, que elocuentemente exclamaba:

“¿Habrà quien no se sienta lleno de admiración al ver la hoja de servicios de Sor María Teresa, Superiora de las Hermanas de la Caridad de Tonkín? El Gobernador de Indo-China, al entregar en 1889 á la heroica religiosa la cruz de la Legión de honor, le dirigió la siguiente alocución ante las tropas formadas en cuadro:

“Sor María Teresa, apenas contabais 25 años, y ya habíais sido herida en Balaklava (campana de Crimea), en los momentos en que prodigábais vuestros cuidados á los heridos! Desde entonces, habéis curado á nuestros soldados en Siria, en China y en México!

“En el campo de batalla de Reichshoffen, habéis sido levantada gravemente herida en medio de millares de cadáveres de nuestros coraceros. Más tarde, habiendo caído una bomba en la ambulancia confiada á vuestra guarda, la cogisteis, y transportándola á 80 metros del lugar, estalló, derribándoos por tierra é hiriéndoos cruelmente. Apenas curada, respondisteis al llamamiento que se os hizo para venir á Tonkin!

“En nombre del pueblo y del ejército franceses, os

entrego esta cruz de honor; nadie tiene más glorioso título para recibir esta recompensa, porque nadie como vos ha arriesgado su existencia y su vida en el servicio de la Patria.”

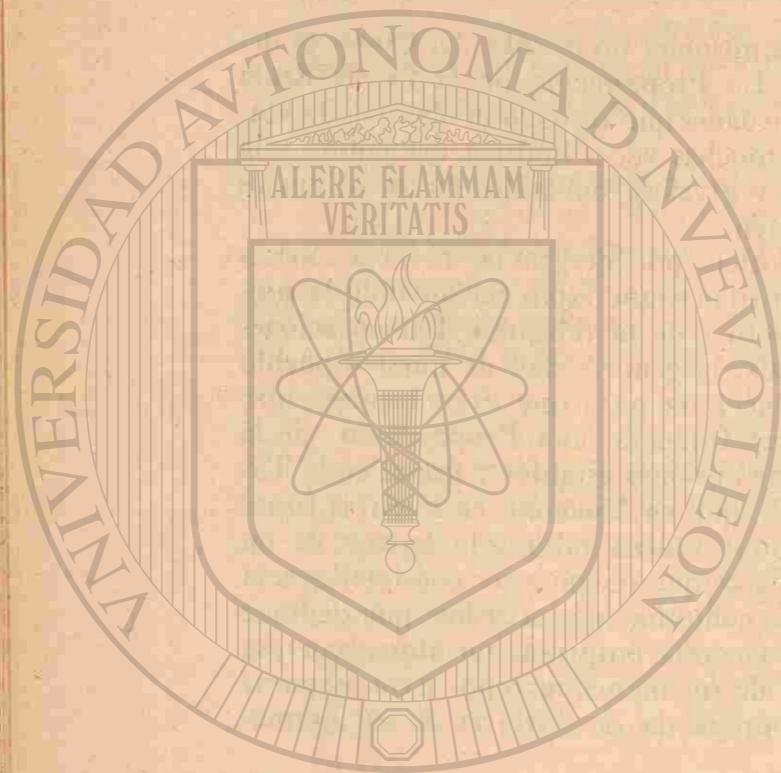
“En nombre del pueblo francés se las condecora; ¿en nombre de quién, pues, se las arroja de Francia?” (34)

La obra de las misiones no es sólo del Clero, es del pueblo también. La Propagación de la Fe, la Santa Infancia, son sociedades que recogen el óbolo de la viuda, la economía muchas veces heroica del pobre, y la limosna ingenua y graciosa del niño, santas primicias de la labor del bien.

En México existen, por desgracia, todavía masas gentiles y semi-cristianas que están reclamando la presencia del misionero y de la religiosa. Las vocaciones abundan en el país; la generosidad de nuestro pueblo es proverbial, ¿qué falta para que organicemos entre nosotros una Santa Infancia, una Propagación de la Fe, á fin de fundar misiones estables y firmes en la Tarahumara, en el Yaqui, en Yucatán, en nuestras costas y regiones calientes? Quizá falta sólo la voz de un Prelado, un periódico que se consagre con inteligencia y constancia á tan noble fin, un sacerdote que dedique su vida entera á la santa empresa, un alma generosa que se desprenda de sus bienes terrenos para asegurar con su salvación propia la de millares de sus hermanos.

Los católicos de los Estados Unidos tan ricos y munificentes, y hasta muchos protestantes compatriotas suyos, no dejarían de cooperar á una empresa favorable de consuno al cristianismo y á la civilización.

¡Que la Inmaculada Virgen se apiade de la situación de la parte gentil de nuestro pueblo! No tenemos en estos tiempos sangre de mártires que presentarle en holocausto, pero no hay corazón mexicano que no conserve su amor, aunque sea en sus más escondidos pliegues. No tenemos mártires, pero si la fe es deudora del martirio, (*fides debitorum martirii*, dijo Tertuliano) la Santa Virgen sabe que miles y miles de sus hijos de México estarían prontos á satisfacer esa deuda sangrienta.



XVII

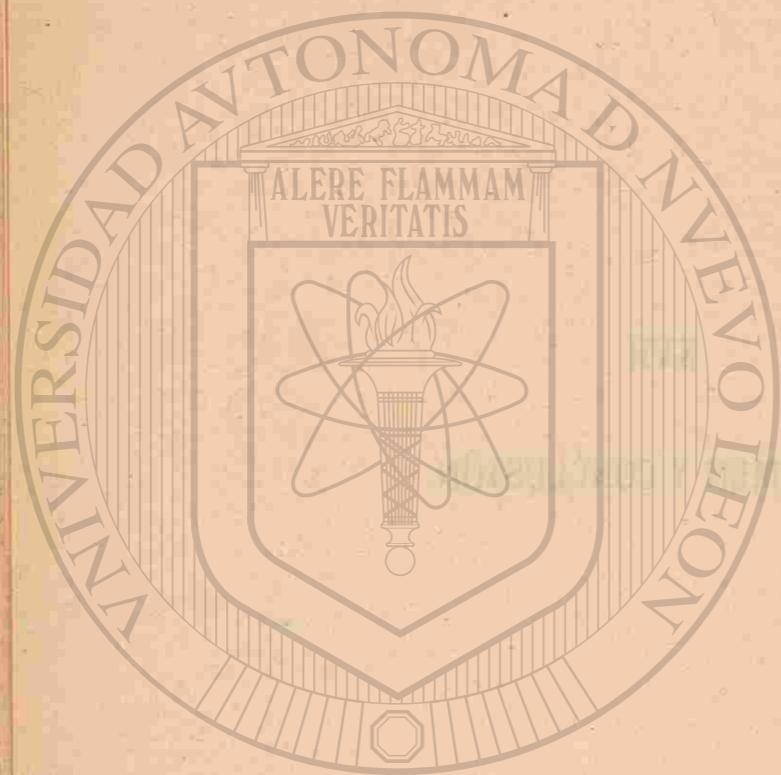
RESUMEN Y CONCLUSION

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XVII

RESUMEN Y CONCLUSIÓN

Monseñor Audisio escribía á *La Armonía de Turín* el 11 de Diciembre de 1854, después de haber presenciado la solemne declaración de la Inmaculada: "antes era católico, pero ahora lo soy más: el espectáculo que acabo de presenciar, al menos me hace sentir la fe más vivamente." (1)

Hemos contemplado la Iglesia en presencia de mil diversos males, reaccionar contra ellos por medio de la declaración de un dogma que los condena todos, verdad que existía en germen desde que el hombre perdió el paraíso, y que vino desarrollándose en lentísima, pero perceptible evolución, hasta llegar á su completa madurez á mediados del siglo XIX; (2) precisamente cuando pululaban en el mundo los errores á ella más contrarios; cuando el paganismo avasallaba los corazones y las costumbres, ¡el paganismo! lo más opuesto á un dogma que resume con inefable armonía todas las enseñanzas cristianas.

Ante tal espectáculo también nuestra fe se ha encendido, y hemos exclamado con el corazón: *Deus, ecce Deus!*

Se cuenta de una catedral, cuya bóveda maravillosamente construída, devuelve los sonidos que á ella suben, transformados por agrios y desapacibles que en sí sean, en los tonos más melódicos y en el más artístico

concierto. (3) El templo simboliza la Iglesia que, por una propiedad de su maravillosa constitución, transforma de cierta manera el mal en bien, y responde á los principios liberales y anarquistas con el dogma de la Infalibilidad, como antes había respondido al neopaganismo, bajo todas sus formas filosóficas y prácticas, haciendo resonar en el mundo ese concierto inefable, éxtasis de los ángeles y de los santos, que expresa la fórmula *Inmaculada Concepción!*

El positivismo, la forma más contagiosa del naturalismo, fué condenado por el dogma que declara el orden sobrenatural; que enseña al hombre no ha nacido para la tierra, sino para el cielo; que le impone la religión cualquiera que sea su progreso, cualquiera que sea su ciencia, cualquiera que sea el temple de su carácter y el vigor de su voluntad. Cauchy, Pasteur (4), Moigno, Sechi, los más grandes sabios en cosas naturales, se arrodillaban ante la Virgen pura ofreciéndole el homenaje de su ciencia, en tanto que Comte levantaba al fin de su vida un altar á la Humanidad, convirtiéndose, el que se creyó super-hombre, en el más triste fetiquista.

El dogma y el panteísmo son también incompatibles. El primero supone la existencia de un Dios personal; el segundo confunde lamentablemente al Criador con la criatura, y en su monstruoso sistema la personalidad divina desaparece.

Por eso *La Civiltà Cattolica* en un artículo admirable, decía á raíz de la definición:

“Pero la generación de donde nacen la maternidad y la filiación, no puede tener otro término que un sér personal, y si Dios puede en el vientre virginal de una doncella, tomar carne humana decirse y ser hombre, sin dejar de ser Dios, esto no pudo acontecer sino mediante la divina personalidad, centro común, término y casi cumplimiento de la doble naturaleza. Un Dios teniendo así una persona en dos naturalezas, es el principio generador del dogma de la Concepción Inmaculada. (5)

“El dogma, á lo absurdo del panteísmo, opone tres principios inconcusos: la existencia de un sér perfectísimo é infinito; la existencia de un orden natural que de Dios procede por creación libre; la existencia de

un orden sobrenatural creado al principio y renovado en la plenitud de los tiempos.” (6)

El liberalismo y el socialismo no son más que el principio y la consecuencia, y ambos niegan el pecado original que el dogma declara con tanto esplendor, al mismo tiempo que también aniquila el principio liberal de la soberanía del pueblo, tomado en el sentido de que la autoridad no viene de Dios, sino de la voluntad de los hombres, como enseñaba la escuela de Ginebra.

A este respecto, *La Civiltà Cattolica* en 1854, decía:

“Por siglos y siglos, millones y millones de voces, movidas por instinto humanamente inexplicable, sin que fuesen producto de facciones ni de intrigas, y entre las que resonaba más alto el acento de los santos, más cercanos que los demás hombres á la eterna verdad; el de los pastores, hablando en nombre de su grey, y el de los reyes defensores de la Cristiandad, llegaban al Vaticano diciendo: “define, ¿por qué tardas? Que cualquiera que no admita esa verdad, quede separado de nuestra comunión y deje de pertenecer al pueblo cristiano.” Y el Vaticano respondía: “El tiempo fijado por Dios en sus inescrutables designios no llega aún.” Ante el cual oráculo los millones de fieles callaban adorando los eternos decretos. Y como la ola que suavemente se levanta y crece, se hincha y avanza, para deshacerse dulcemente en la playa y retornar al mar; la plegaria del mundo, renovándose cada día y cada día más ardiente y concorde, á los pies del Vaticano se detenía humilde y reverente.”

Así,—agrega substancialmente la *Civiltà*,—ni el Papa al declarar el dogma impuso nueva creencia al pueblo, ni cedió á las insinuaciones de éste, y demostró así que estaba sobre él; de manera que la sede de la autoridad legislativa no es la opinión de la multitud, sino la razón del imperante. (7)

El socialismo quiere bajar el cielo á la tierra, y promete nueva edad de oro, que no se puede compadecer con la decaída naturaleza humana; pero á ese sueño infantil de los socialistas noveles, sucede el desengaño más sombrío, más cruel, más implacable, como es el desengaño sin la fe, y vemos enormes multitudes pre-

sas de feroz pesimismo, querer vengar con sangre el mal que atribuyen á la sociedad; querer buscar en la embriaguez el placer que no encuentran en el fondo del alma, y precipitarse en la sima del suicidio, supremo recurso del incrédulo desengañado.

El pesimismo satánico hasta ha pensado hallar en los adelantos de la ciencia un instrumento de ruina universal, de suicidio colectivo, monstruoso, que cometería sólo el infierno si le fuera dable aniquilarse.

“Es preciso—dice Hartmann—trabajar por perfeccionar la ciencia, á fin de substituir el suicidio personal por el suicidio cósmico. La humanidad consciente, haciendo estallar la máquina universal, reparará el error y la torpeza del Inconsciente que la ha construído.” (8)

Así el optimismo candoroso de Bebel como el pesimismo *wertteriano* de Hartmann, están condenados por ese dogma cuya luz disipa las tinieblas de todos los rumbos, y oigamos, acerca del particular, al insigne jesuíta Bainvel, teólogo de primera fuerza:

“Del mismo modo, volviéndose hacia María Inmaculada, el pensamiento católico mantenía verdades capitales: nuestra caída, contra la soberbia indigente de un racionalismo jactancioso; nuestra reparación en Jesu-Cristo, contra la *impotencia planífera de un pesimismo desesperado*; nuestro destino sobrenatural, en fin, contra las invasiones de un naturalismo que pretendía reinar único en el mundo moderno, relegar á Dios á lontananza inaccesible y ocultar á las miradas del hombre los horizontes del cielo.” (9)

El naturalismo, ó sea el paganismo, pues ambos son la misma cosa, entrañan inmenso cortejo de vicios, que van apareciendo necesariamente en donde él domina. El divorcio, el espiritismo, el suicidio, el desprecio á la niñez, los pecados á sangre fría, las sociedades secretas, microbios del positivismo y racionalismo, como dijo expresivamente Monseñor Delamaire, son los frutos más naturales, casi indefectibles de la sensualidad pagana, y para cada uno de ellos el dogma implica tremenda condenación, del mismo modo que para la virtud contraria produce gracia en demasía.

La Virgen-Madre es la celestial protectora de la familia, y el divorcio es el mayor enemigo del hogar.

La sensualidad pagana es la causa de la relajación y disolución de los vínculos del matrimonio, y nada más contraria á esa sensualidad que la pureza inmaculada de María.

La magia antigua resucita en el espiritismo, es decir, la serpiente genesiaca quiere entrar en comunicación directa con el hombre, y nada puede ser más temible para el infernal monstruo que la mujer que nació fuera del influjo de su hálito envenenado, porque estaba destinada á quebrantar con la planta la cerviz de la bestia.

La marea de sangre del suicidio inunda como nunca, ambos continentes. El suicidio es el crimen más contrario á la humanidad, porque ataca directamente la existencia del hombre, y ¿qué condenará más ese atroz atentado que la Concepción Inmaculada, por la cual se restauró la naturaleza humana á su primitiva integridad? El pesimismo, como decíamos antes, excogita un suicidio universal y monstruoso; la Iglesia presenta al mundo la Virgen sin mancha, criatura sublime en que la humanidad tiene completa perfección, y que constituye, por lo mismo, para la tierra perpetua fuente de virtud y de esperanza.

Como hemos afirmado en los capítulos respectivos, el síntoma de la mayor corrupción pagana, es el desprecio á la inocencia de la niñez y los pecados á sangre fría, y contra tal crisis de naturalismo, la reacción lógica y eficaz de la Iglesia, consistía en encender la fe y vivificar la caridad por medio del dogma que comprende todos los misterios capitales de la fe cristiana. En efecto, la Inmaculada Concepción, supone la Trinidad, la Encarnación, el pecado original, la Redención, la justificación por la gracia, la inmortalidad y la gloria. Al pronunciarse esa simple fórmula, se revelan los mayores arcanos de la tierra y el cielo.

La masonería es el principal instrumento del paganismo (su vivero de microbios, como cree Monseñor Delamaire) y dicho se está que aquel dogma de luz condena la secta tenebrosa.

Hasta á muchos católicos, á los fríos y poco pensadores, les parecerá increíble que la simple definición de un dogma sirva de valladar á tamaños males; pero una sola observación los ilustrará. El dogma es la ver-

dad eterna y una maestra constituída por Dios la declara. ¿Qué, verdad de tal origen, referente á uno de los efectos más importantes de la Redención, habrá de ser infecunda, cuando como toda verdad evangélica, es espíritu y vida? ¿Qué, la Iglesia, médico divino é infalible, querrá emplear como medicina meras fórmulas estériles y vanas?

Por eso el jesuíta Bainvel, ha dicho admirablemente, explicando la ley de acciones y reacciones por la cual el dogma influye sobre el sentimiento y las costumbres de la Iglesia, y éstos sobre el dogma:

“Lo que hace las leyes de la Iglesia tan vivas y fecundas, es que son en el último grado leyes populares, porque la letra de una ley es muerta cuando su espíritu no está en la vida y en la práctica, antes que en los códigos, cuando no brota espontáneamente de las necesidades y de las aspiraciones del pueblo, cuando no se halla en el sentido de un movimiento general, del cual asegura el rumbo y la regularidad.

“Hay acciones y reacciones de la práctica sobre la idea y de la idea sobre la práctica, que constituyen uno de los caracteres de la vida en la Iglesia. El culto y la devoción hacen progresar la doctrina; el amor en el catolicismo estimula la ciencia. La doctrina se expande en amor y acción: la luz en el catolicismo se convierte en calor y movimiento.” (10)

En verdad, el dogma ha producido en la Iglesia efectos admirables, reacción natural, por una ley de su constitución que hemos explicado, siquiera sea confusamente, contra los males que la rodeaban y solían invadir su propio recinto.

La declaración de la Inmaculada allanó el camino de la Infalibilidad y la apresuró extraordinariamente, quizá suprimiendo entre ambos un abismo de siglos. El mismo Pío IX creyó entonces en esa relación extraordinaria, sobrenatural quizá, y hoy los teólogos é historiadores que estudian este punto, consideran una declaración como consecuencia de la otra, relación admirable que demuestra la acción providencial en la historia y comprueba la virtud maravillosa del homenaje rendido en 1854 por doscientos millones de hombres, á la que es Auxilio de la Cristiandad. El mismo Bainvel dice:

“La vida del dogma se ha manifestado, sobre todo, en este siglo, por dos definiciones solemnes: la de la Inmaculada Concepción, el 8 de Diciembre de 1854; la de la Infalibilidad pontificia en el Concilio Vaticano, el 18 de Julio de 1870.

“Estos dos hechos aparecen en la historia, ligados entre sí. El mismo Papa pronunció las dos sentencias irrevocables, y ha querido que el Concilio, destinado á definir la infalibilidad, se abriese el 8 de Diciembre, bajo los auspicios de la Virgen, que quince años antes había proclamado Inmaculada.” (11)

La Infalibilidad únicamente pudo dar á León XIII autoridad bastante para restaurar una filosofía que el mundo creía muerta y apoyar en ella, por lo que toca á los *preámbulos de la fe*, la apologética católica que antes se levantaba insegura y vacilante sobre terreno movedizo.

Lo que ha ganado la Iglesia unificando su filosofía es indecible; lo que ganará el mundo con ello no puede calcularse tampoco. Pío IX pedía á la Virgen Inmaculada el remedio contra el naturalismo y Dios lo envió en la filosofía del Angel de las Escuelas que León XIII sacó debajo del polvo de los tiempos. Esa filosofía gana á menudo grandes inteligencias; no tiene en realidad á su frente más que un positivismo desacreditado é indocto, y un kantismo caduco sin ningún campeón de renombre; llegará un momento en que prevalezca en las universidades y centros científicos y entonces las muchedumbres afluirán á la Iglesia, porque esa filosofía es su grandioso pórtico.

Al amparo de la Reina Inmaculada nació á principios del siglo XIX una milicia nueva, la milicia seglar, como bajo el estandarte de María triunfaban las naves aliadas en Lepanto y los húsares de Juan Sobieski arrollaban á los musulmanes en Viena.

Esa malicia, después de la declaración del dogma, se presenta más disciplinada, más sumisa á los Obispos, sus jefes naturales, más resuelta y más numerosa, prometiendo para un porvenir no remoto, constituir, en donde quiera que el catolicismo plante sus reales, falange tan fuerte como activa, capaz de emprender las cosas más arriesgadas y alcanzar las victorias más gloriosas.

En nuestro propio país, aunque tan pobre de letras y de ciencias, el apostolado seglar ha tenido campeones insignes, eternos modelos que no dejarán de encontrar en cada generación nueva más y más entusiastas imitadores.

Como en el desierto, en el lugar sobre que se cierne el águila, brota una fuente de aguas vivas, al elevarse el dogma en la Iglesia brotó en la tierra un venero de milagros.

El manantial de Lourdes, la nueva piscina de Siloe, es fuente que, abierta al contacto del dedo de una niña pastora y al mandato de María Inmaculada, renueva las maravillas del Evangelio, las de las tradiciones medioevales, y sella los labios de la sátira impía, personificada en Heine que gritaba proclamando el triunfo del racionalismo: "La Madre de Dios pierde la corona del cielo y se le prohíbe hacer milagros."

(12)

La púrpura de la verdad es el martirio—hemos dicho antes—y el dogma de la Inmaculada ostenta esa vestidura real. La caridad encendida por la luz solar de esa verdad inefable, llevó también muchas almas generosas á las misiones entre gentiles, á millares de vírgenes al claustro, á muchas á los hospitales y á las ambulancias, y se dió el caso admirable de los misioneros en la isla de los leprosos, sacerdotes que llenos de salud y de vida, iban á desafiar la más repugnante, lenta y tenaz de las dolencias, á perecer después poco á poco al influjo de su veneno roedor, para consolar los dolores del apestado con sus palabras de amistad, fortificar su espíritu con la ministración de los sacramentos, y enseñarles con el ejemplo más elocuente, lo que la caridad puede en la tierra y lo que merece para el cielo. (13)

Los males descritos nos dicen lo que reclamaba el auxilio de María; los efectos narrados, la gracia que derramó sobre la tierra, correspondiendo al homenaje de Pío IX.

Y muy atrás de la realidad nos hemos quedado verdaderamente al describir esos efectos, forzados á ligeros esbozos, cuando quisiéramos haber trazado un cuadro completo del siglo de María.

Interesante é instructivo hubiera sido también exa-

minar en nación por nación la influencia del dogma, comparando el estado del catolicismo en cada una al principio y al fin del siglo XIX, comparación que acabará por demostrarnos—como dice el P. Forbes—que esa época ha sido para la Iglesia edad magnífica de resurrección y progreso. (14)

La lucha en todas partes ha durado casi sin cesar, y en algunas como en Francia se ha recrudecido últimamente, hasta tomar la forma de verdadera crisis; la Iglesia ha sido despojada en muchas partes, de sus sagrados derechos, y el Papa es prisionero en su propio palacio; pero ¡qué unión entre el Pontificado y el pueblo! ¡qué prestigio el de la Santa Sede entre protestantes y gentiles! ¡qué incremento del catolicismo en toda la tierra! ¡qué conversiones de hombres notables por la posición ó el talento! ¡qué triunfos de la apologética sobre la falsa ciencia! ¡qué demostración, patente ya para todo hombre semi-ilustrado, de que el catolicismo no pugna con la civilización, ya en el orden científico, ya en el político y social, demostración vencedora en esta última esfera, de aquel error funesto, según el cual la religión y la monarquía estaban tan estrechamente vinculadas, que la primera tenía que caer á la ruina de la segunda!

Desde luego, en las naciones católicas han cesado, ó están á punto de desaparecer, gérmenes de herejía como lo eran el galicanismo, el josefismo y algún resabio de jansenismo, desaparición que es efecto evidente de la Infalibilidad y de la Inmaculada. Ya se comprenderá que, arrancada la zizania del campo de la Iglesia, la cosecha debe ser cada vez más abundante y opima.

Monseñor Baurard, después de describir lo que llama en su patria el peligro exterior (EL ANTICLERICALISMO), y el interior, quizá más temible y que consiste por un lado en la degradación de los caracteres, resultado natural de lucha tan larga y fatigosa; la indolencia con que se contempla la injusticia; la indiferencia hacia el error á fuerza de familiarizarse con él, y por otro, ciertas tendencias democráticas, excesivas y licenciosas, amenazadoras del mismo santuario; una audacia increíble, temeraria, en la interpretación bíblica, y perversión del sentido religioso, que

produce devoción sin doctrina, prácticas sin virtudes, hábitos sin convicciones; después de pintar cuadro tan desconsolador, descubre con mirada perspicaz, tras de esos vicios, el fondo verdaderamente cristiano de Francia, y reanima el ánimo abatido con estas palabras de aliento:

“Pero cuando dirijo la vista á los profundos recursos cristianos que Francia atesora en su seno, me tranquilizo enteramente: en ellos está la vida, la esperanza, la fuerza. Recuerdo lo que he escrito en este libro acerca de la caridad, del apostolado, de las misiones, del martirio, de la unidad romana, de la contemplación en los monasterios, de la santidad y de los santos; y en el orden sobrenatural contemplo á Jesu-Cristo, á su Corazón, á su Eucaristía, á Jesu-Cristo amado, á su santa y poderosa Madre glorificada, y me parece que se alían para salvarnos las fuerzas de la tierra y del cielo.

“Donoso Cortés lo había predicho: es la lucha tempestuosa de las tinieblas y la luz que caracteriza en la historia las épocas de transición, lucha que habrá de cesar “ cuando claridad brillante, descendiendo del cielo, rasgue las nubes y deje ver las palomas alzar el vuelo hacia el Oriente y las harpías huír hacia el ocaso.” (15)

Y España, la madre España, ¿será la misma en tiempo de Carlos III que la España actual, ahora que por gracia de Dios las conciencias de los reyes ya no influyen tanto sobre la conciencia de los pueblos? En España, la acción de Roma que hace cien años hubiera sido ineficaz para evitar atentados tan horrendos como la expulsión de los Jesuitas, ha bastado á mantener la paz, encadenando, como Cristo la tempestad, las desatadas pasiones de los partidos. La religión en España sin la intrusión regalista de los gobiernos, y si llega á establecerse entre ambos poderes verdadera concordia, va á asombrar á la tierra con sus sabios y con sus santos. Que de Roma dependa la formación del Clero, y la patria de los Ignacios, de los Franciscos, de Suárez y de Balmes, verá renovarse las glorias más puras de la Iglesia española.

Y ¿qué diremos de nosotros? ¿Será comparable nuestro catolicismo actual con el de los tiempos de los Bor-

bones, en que la religión casi sólo consistía en formas y no en doctrina, sentimiento y costumbres, por efecto del espíritu jansenista, que al abandonar el campo la Compañía de Jesús, se irguió vigoroso por reacción natural?

No lo digo yo, lo dice el primero de nuestros historiadores, el gran Alamán, el primero por lo sensato, ilustrado, perspicaz, verídico, y profundamente católico:

“Grande era el influjo del Clero por el triple resorte del respeto á la religión, del recuerdo de grandes beneficios y por sus cuantiosas riquezas. El pueblo, poco instruído en el fondo de la religión, hacía consistir ésta en gran parte en la pompa del culto, y careciendo de otras diversiones, se las proporcionaban las funciones religiosas, en las que especialmente en la Semana Santa, se representaban en multiplicadas procesiones, los misterios más venerables de la redención. Las fiestas de la Iglesia que debían ser todas espirituales, estaban, pues, convertidas todas en vanidad, habiendo muchos cohetes, danzas, loas, toros y juegos de gallos, y aun los vedados de naipes y otras diversiones, para celebrar á gran costa las solemnidades de los santos patronos de los pueblos, en cuyos objetos invertían los indios la mayor parte del fruto de su trabajo, y esta pompa profana con poca piedad, es lo que hizo decir al virrey que con frecuencia he citado, que “en este reino todo es exterioridad, y viviendo poseídos de los vicios, les parece á lo más, que en trayendo el rosario al cuello y besando la mano á un sacerdote son católicos; que los diez mandamientos no sé si los conmuten en ceremonias.” Los indios conservaban al clero regular el respeto que los primeros misioneros habían ganado, con el muy justo título de protegerlos contra la opresión, defendiéndolos de las violencias de los conquistadores, y siendo sus maestros no sólo en la religión, sino también en las artes necesarias para la vida. Este respeto, que llegaba á ser fanática veneración, nada tenía de peligroso mientras se tributaba á hombres venerables por su virtud, y el gobierno, á quienes eran muy adictos y obedientes, encontraba en estos ejemplares eclesiásticos su más firme apoyo; pero podría venir á serlo en alto grado, si corrompidas las cos-

tumbres del clero, éste, por miras particulares, quisiese abusar de este influjo, lo cual preveía el mismo ilustrado virrey, de cuya instrucción á su sucesor he hecho frecuente uso, cuando recomendaba á éste la circunspección con que debía evitar choques con los eclesiásticos, recordando acaso el motín contra el marqués de Gelves en 1624, "porque son capaces — dice—de atropellar el respeto de la persona, é inquietar los ánimos de los seglares, pues la cantidad de eclesiásticos ignorantes no es poca..." (16)

Creo que hemos ganado infinitamente. El libre pensamiento sin duda ha hecho algunas víctimas; pero la gran masa del país permanece católica, y creo que la religión es ahora más ilustrada, menos superficial, y, por lo mismo, más fecunda que hace un siglo. Si la paz dura, si el clero llega á disponer de mayores recursos para difundir la instrucción, libertándose cada día más de ciertas trabas legales, la religión va á producir en este país los más opimos frutos.

Imposible hablar de las victorias del catolicismo en el siglo XIX, porque para ello se necesitaría un volumen. No podemos abstenernos de decir, sin embargo, que en las naciones protestantes se ha verificado en favor de la religión una verdadera maravilla. Las ideas son como los ríos—decía un escritor—jamás retroceden á su fuente, y Donoso Cortés exclamaba: "los individuos se convierten, los pueblos nunca." Ambos tenían razón, porque hablaban refiriéndose al orden natural, y precisamente porque la tenían, la conversión de Inglaterra, de Alemania, de Holanda, de Suiza, de Dinamarca y de Suecia, resulta un milagro.

En todos, los adelantos del catolicismo en el siglo XIX han sido asombrosos, pero principalmente en los tres primeros países.

Bossuet profetizaba la conversión de Inglaterra, fundado en el afán con que sus teólogos estudiaban los Santos Padres. Y en verdad, de Oxford ha salido para la Gran Bretaña la luz que iluminó á Newman, Manning, Faber, Rivington, Ward, tantos y tantos teólogos insignes, que, enamorados de las antigüedades cristianas, cavaron con ahinco en el polvo de los primeros siglos del Cristianismo, descubriendo asombrados que la fe de la Sede Romana en la edad presente, es la

misma que en los primeros cuatro siglos, la de San Clemente, San Ireneo, Tertuliano, Orígenes, San Cipriano, San Atanasio, San Basilio, el Crisóstomo, San Ambrosio y San Agustín.

Y en Inglaterra las conversiones se suceden á las conversiones. (17)

En 1800 en el Reino Unido, con excepción de Irlanda, sólo había seis vicarios apostólicos, y 120,000 fieles, y ahora la jerarquía se reconstituye por el gran Pío IX; el Primado es Cardenal, 3,000 son los sacerdotes que le obedecen, y dos millones los católicos.

Lo que la teología estudiada con desinterés, ahinco y discreción, hizo en Inglaterra, logró la apologética en Alemania, la patria de los grandes apologistas. Allí no había que combatir al teólogo fanático, encerrado como un molusco en añejos prejuicios, sino al filósofo germánico, aislado en su orgullo, como una isla del Norte rodeada de tenebrosas brumas. Es imposible dejar de decir los nombres de Hettinger (quizá el más grande de todos), Schanz, Gutberlet, Wilmers, Weis, Keller, Goerres. (18) En Alemania, en 1800, los católicos eran seis millones en Prusia, (algunos más sin acción común entre sí, en otras partes); en 1900, 18.000.000, y en el Reichstag cuentan con un partido poderosísimo é influyente, de acción muchas veces decisiva en los debates, el Centro, por tantos años acaudillado por el egregio Winhorst, el gran anciano, que conjunto armoniosísimo de ciencia, cordura, actividad, energía, desinterés, nobleza, valor, ha sido en el siglo la personificación del derecho católico.

No hay nación protestante en Europa en donde el catolicismo no haya progresado de manera asombrosa; y en cuanto á los Estados Unidos de América, ¿quién no sabe que en 1800 sólo contaban con 30 sacerdotes y 20,000 católicos, y que ahora los primeros se han convertido en 84 obispos, 14 arzobispos, 9,000 presbíteros, y los segundos en DOCE MILLONES DE FIELES! (19)

¡Bendita sea esa tierra de libertad! Lo que en Inglaterra hizo la teología (me refiero á los medios humanos) y la filosofía y la apologética en Alemania, en los Estados Unidos se realiza por causa de una constitución libérrima, honrada y lealmente practicada y

por virtud del buen sentido **del** pueblo más práctico de la tierra.

Ya lo véis, la teología **desinteresada**, es católica; la filosofía sin orgullo, es católica; el buen sentido de un pueblo libre, es católico; y **católica** es la libertad, que basta para ello el que haya **tenido** su cuna al pie de la Cruz.

¿Y no mencionaremos á los **pueblos** mártires de Irlanda y Polonia? Ni la **tiranía** humanamente incontestable de Isabel de Inglaterra y de sus sucesores, ni el despotismo peor aún de **los** autócratas de Rusia, han logrado arrancar el **catolicismo** de esos dos pueblos fieles. Cánsase primero **el** verdugo de oprimir, que la fidelidad de padecer, **y** en ambas naciones ya corren vientos de libertad. “El cismático ruso—dice Forbes—había jurado **exterminar** el catolicismo en Polonia; pero esta nación **heróica** cuenta hoy con . . . 6.214,500 católicos, y solamente 398,000 cismáticos, no polacos la mayor parte. (20) En cuanto á Irlanda, ya la gran idea de Gladstone que, como generosa y noble tiene que ser fecunda, **germinará** alguna vez. El pueblo que durante más de **tres** siglos resiste el despotismo protestante y **conserva** su fe, el pueblo de O’Connell, va en camino de la **libertad** y la conquistará muy en breve.

Tal ha sido en conjunto el **siglo** de la Inmaculada. El naturalismo parecía que **iba** á sepultarlo en su marea de sensualidad, de **indiferencia** ó de negación; pero brilló sobre aquel océano **tenebroso** la Estrella de los mares, y se detuvo el **abismo** en su conquista.

La gran elocuencia de Bossuet, prorrumpía hace más de dos siglos en estas **asombrosas** palabras: ¡Oh Jesús, vencedor omnipotente! ¿qué, sólo á este punto (*) no se extenderá vuestra **victoria**? Vuestra sangre, ese divino remedio que **tanto** poder tiene para librarnos del mal, ¿no lo **ten**drá para prevenirlo? ¿Podrá curar tan sólo y no **preservar**? Y si puede preservar del mal, ¿quedará esa **virtud** eternamente inútil, sin que alguno de vuestros **miembros** sienta sus efectos? Salvador mío: no lo **permitáis**, y para mayor

(*) El de la Concepción **de** María.

gloria vuestra, escoged al menos una criatura en la que aparezca todo lo que puede vuestra sangre contra esa ley que nos mata. . . . ¿y cuál será esa criatura si no la bienaventurada María?” (21)

El pensamiento del primer orador cristiano, nos sugiere la última reflexión con que cerraremos este libro: la fecundísima sangre de Cristo, no solamente **remedió**, preservó.

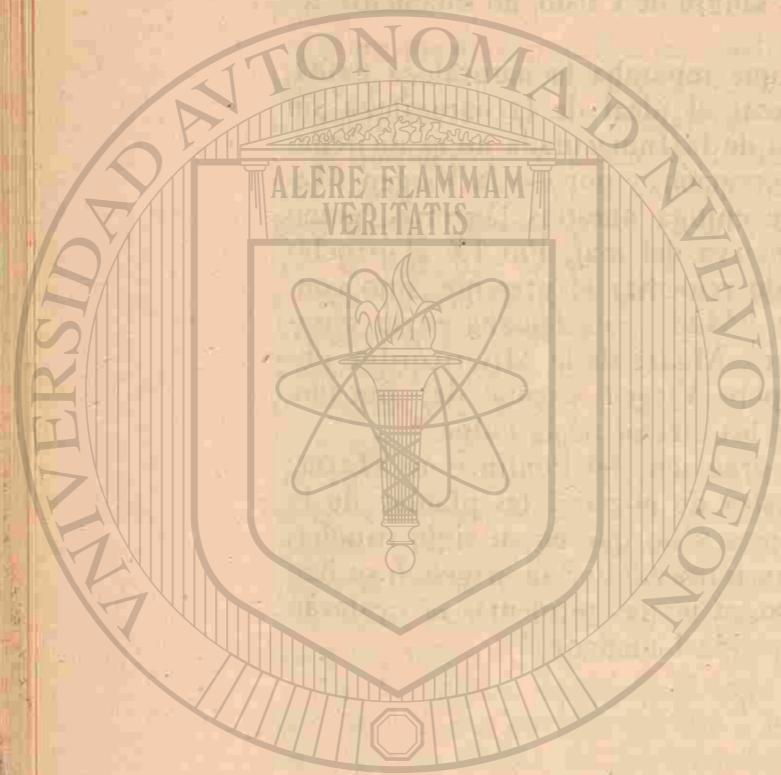
La misericordia que reparaba la naturaleza caída, quiso también realizar el ideal de la naturaleza sin mancha. El milagro de la Inmaculada no es de reparación, sino de preservación, y por eso la Virgen María, si como Madre enjuga nuestras lágrimas, como Inmaculada nos preserva del mal. Pío IX al proclamarla, no quería sólo remediar el presente, sino conjurar el mal futuro. “Madre—exclamaba en su corazón el gran Pontífice—Madre de la Misericordia, obténos el perdón; pero Virgen exenta del pecado, libranos también de los efectos de la culpa.”

Pío X renueva el gran acto del Pontífice de María; la tierra toda se postra de nuevo á las plantas de la Inmaculada. Ya hemos visto que en su siglo muchas corrientes de mal han retrocedido á su origen, ó se han detenido en su curso. ¡Cuántas tormentas se estarán disipando en desconocida lontananza!



®

AL DE BIBLIOTECAS



LA INMACULADA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LIBRO DE TEXTO

INMACULADA

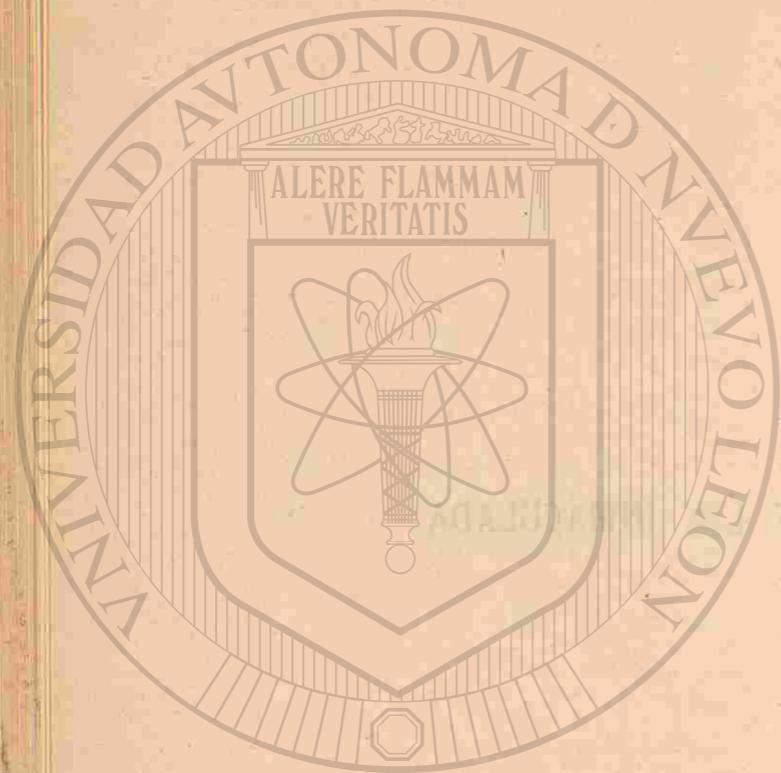
UANI

NOTAS DE LA INMACULADA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA INMACULADA

DISERTACIÓN

FILOSÓFICA

É HISTÓRICA

POR EL

LIC. D. FRANCISCO ELGUERO

NOTAS

RES CONTEMPTA HOMO EST, NISI
SE SUPRA HUMANA ELEVAVERIT.

(Petrarca.)

(Premiada en el Concurso científico, literario y artístico, abierto en Morelia (1904) con motivo del semi-centenario de la definición Dogmática de la Inmaculada Concepción.)



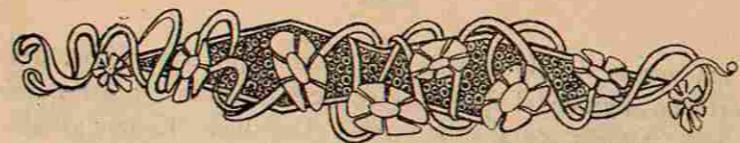
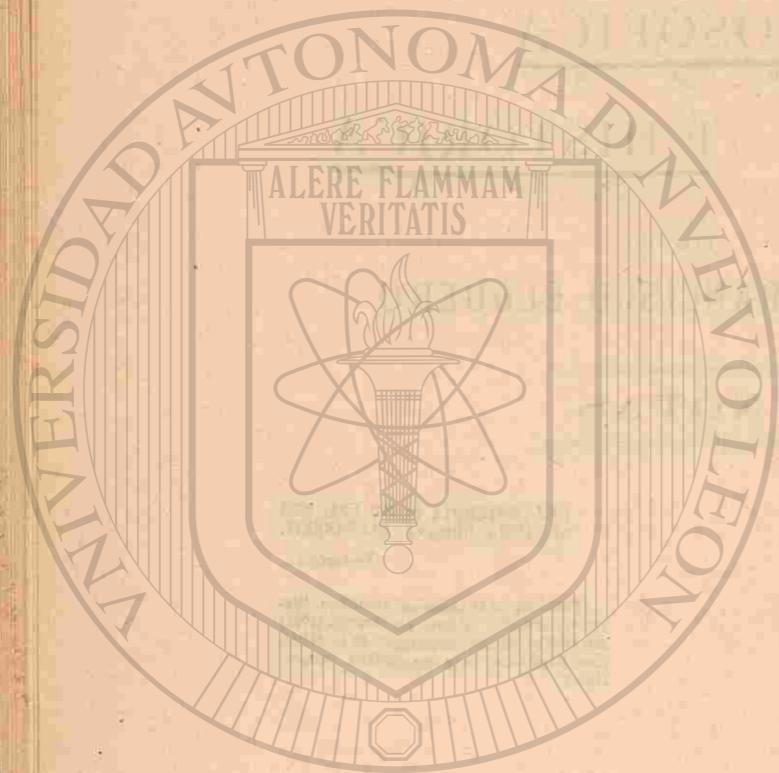
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

TALLERES TIPOGRAFICOS DE "EL TIEMPO,"

Primera de Mesones número 18

1905



ADVERTENCIA

Dice el Padre Roure que los libros alemanes más están en las notas que en el texto. Pluguiera á Dios que así sucediese á este pobre trabajo mío, con tal de que el nombre de libro mereciese de veras.

Y la verdad es que si algo bueno contiene, estará en las notas, que ya si son simples citas, remitirán al lector á donde pueda ilustrarse; y si son explanaciones del texto, consistirán por lo común, en trozos excelentes de inmejorables autores, y en una obra completa como es la disertación que acerca del "atomismo" escribió nuestro Padre Abarca.

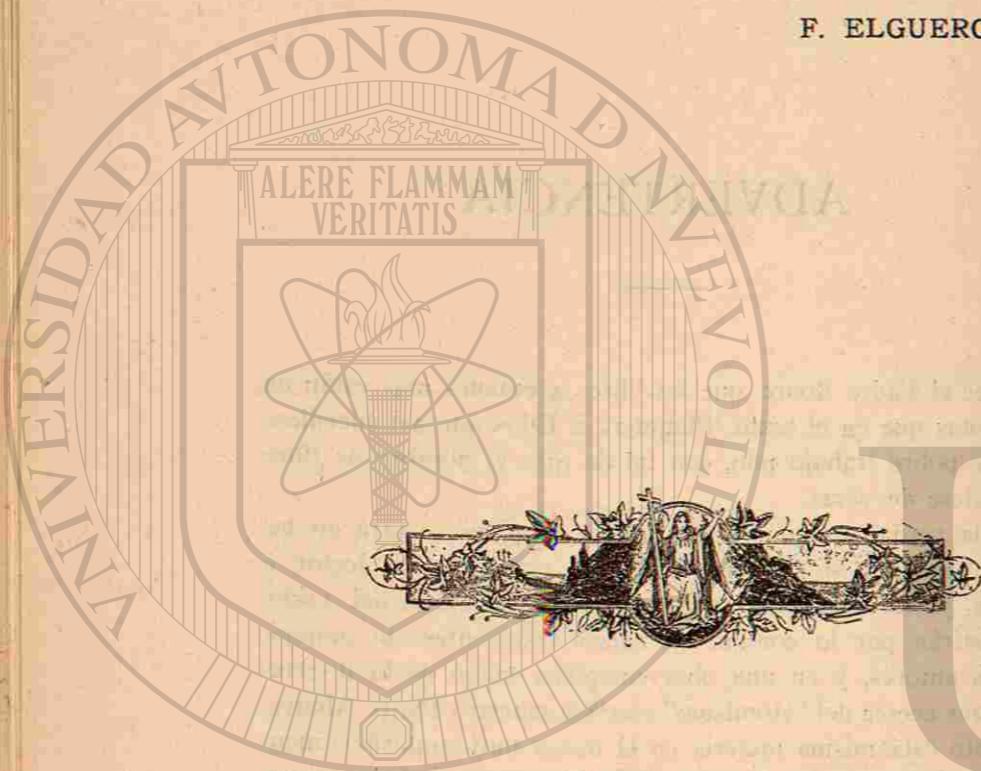
Trato esta misma materia en el texto muy superficialmente, como era preciso hacerlo, dado el asunto y dado mi escaso conocimiento de él; y para que quien quiera ahondarlo, lo pueda lograr sin recurrir á libros de difícil adquisición, quise publicar el trabajo del propagador de Santo Tomás entre nosotros, sin lo cual ese estudio, corto de tamaño, pero largo de ciencia, hubiera quizá permanecido inédito para siempre.

Casi no digo cosa importante en el texto que no esté comprobada en las notas, con el testimonio ó la autoridad de algún escritor respetable. Inserto las palabras de algunos en aquél, pero como muchas veces esto aparta la atención un poco del asunto principal, en esos casos he querido que aparezcan en este apéndice por vía de nota, para no hacer embarazosa la lectura.

Tal vez la de algunos de los trozos aquí transcritos, despierte en alguien el deseo de conocer su autor, y así quizá se gane alguna alma á la verdad y al bien. Lanzo al aire la buena semilla, y Dios envíe brisas de bendición que la lleven á terreno fértil.

Morelia, Septiembre de 1904.

F. ELGUERO.



I

UNA LEY DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA

(1) Salmo 6. San Agustín, "Ciudad de Dios." — Libro XX, cap. XVII.

(2) San Agustín, "Ciudad de Dios," Lib. 18, cap. 41.

(3) Del cuadro magnífico trazado por Taine de los beneficios hechos á Europa por la Iglesia, durante los doce primeros siglos, puede deducirse sin esfuerzo la ley de referencia. Léase en "Les Origines de la France Contemporaine," vol. I, la primera parte del capítulo 1.

(4) "Omnes etiam qui credebant erant pariter, et habebant omnia communia."—"Hechos de los apóstoles," cap. II, ver. 44.

(5) Lammenais.—"Oeuvres complètes." Edition de 1844.—París.—Vol. 5, pág. 7.

(6) La caballería floreció en los siglos XI y XII, y León Gautier en su preciosa obra "La Chevalerie," (París, 1896), le llama "la forma cristiana de la clase militar." (pág. 2). En otra parte la define diciendo, "que era la fuerza armada al servicio de la virtud inerme." (La misma obra, pág. 48).

(7) Monseñor Baunard, Rector de la Universidad católica de Lille, en su gran libro, "Un siècle de l'Eglise de France,"—1800 á 1900—nota el fenómeno y lo expresa así: "El hecho general y dominante en la historia del siglo XIX, es la marcha inversa que siguen paralelamente en Francia, la autoridad política por una parte, y la autoridad religiosa por otra. Mientras que en el Estado los poderes soberanos abdican cada día alguna parte de sus facultades en la de-

mocracia creciente, la monarquía pontificia de institución divina, concluye su tarea de concentración de las cosas eclesiásticas en torno de la Santa Sede Romana.

“En verdad que en los momentos en que más fortificaba su soberanía espiritual, el Papa se veía despojado de la realeza; despojo que provocó una crisis en Italia, que aún no termina; pero en situación tan violenta, que sería mortal para las potestades terrestres, la Iglesia no cesa de sostenerse y prosperar con sólo el auxilio divino, hasta que quiera la Providencia devolverle en el orden temporal, en la forma que le plazca, las garantías de independencia indispensables para su gobierno.”

(8) Ernesto Hello, “Fisonomías de Santos,” págs. 125, 126, 127 y 128. (Traducción de Juan Maragall.) (Barcelona, 1900).

(9) Hay historiadores católicos que se empeñan á todo trance en vindicar á algunos Papas, sobre todo, á Alejandro VI, de cargos absolutamente justos.

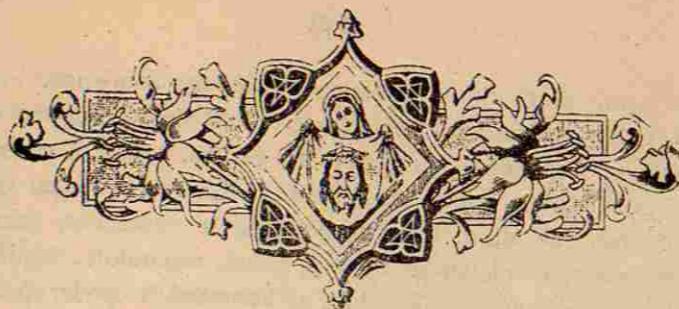
Cuando la imputación sea falsa, la tarea no puede ser más laudable; pero ésta es igualmente reprehensible, al menos por lo torpe, cuando la imputación es cierta.

¿De cuándo acá tememos la verdad, nosotros los que creemos en la palabra que dijo: “veritas liberabit vos?”

Por eso León XIII permitió á Pastor en 1888 registrar los ciento trece gruesos volúmenes que forman los archivos secretos de Alejandro VI, correspondientes á tres siglos, absolutamente desconocidos. El gran Papa no temía dijese la verdad quien tuviera talento y honradez bastantes para conocerla toda, y arte para presentarla en su verdadero punto de vista.

En cuanto al historiador alemán, correspondió plenamente á la confianza del Pontífice, y si echa en cara al infeliz Papa español mil faltas innegables, también sin apartarse un punto de la verdad histórica, deduce rectamente de la vida del Pontífice, la notable observación de León I: “Petri dignitas etiam indigno herede non deficit.” “La dignidad de Pedro brilla hasta en el heredero indigno.”

(10) Dr. Louis Pastor.—“Histoire des Papes depuis la fin du Moyen Age.”—Vol. 6, págs. 131 á 133. Traducción del alemán por Furcy Reynaud. (París, 1898).



II

PRECEDENTES DE LA DECLARACIÓN

- (1) San Juan, “Apocalipsis,” cap. XIII, ver. 8.... “qui occisus est ab origine mundi.”
- (2) Entre las muchas obras que han estudiado el dogma desde el principio de los tiempos, citaremos la de Passaglia, la de Alcantarino, ya citado en el texto, y el estudio, más reciente (1883) del P. Henrico Depois, “Tractatus Theologicus de Beata Maria Virgine,” págs. 72 y 107.
- (3) (San León.)—San Agustín. “De Correp. et Grat. c. 42.
- (4) Encíclica “Ineffabilis” de 8 de Diciembre de 1854.
- (5) Moigno, “Les Splendeurs de la Foi;” vol. 4., página 244.
- (6) Véase el juicio que de ese libro hace “La Civita Católica,” vol 1, correspondiente á 1853, pág. 322.
- (7) Este código tan censurado por algunos escritores, es verdadero monumento de legislación, sin negar que contenga, en materia criminal principalmente, muchas disposiciones bárbaras y anticristianas, propias de la rudeza de los tiempos. Semejante á las catedrales góticas de las que es contemporáneo, tiene muchos detalles groseros que reprueba la cultura; pero ¡qué grandioso conjunto! Sólo el prólogo revela el espíritu admirable que informa ese libro, espíritu profundamente cristiano. Y ¡qué lenguaje y qué estilo! Sirvan de muestra las primeras palabras del Rey Sabio, que

son como el grandioso pórtico: "Dios es comienzo, e medio, e acabamiento de todas las cosas, e sin el ninguna cosa puede ser: ca por el su poder son fechas, e por el su saber son gobernadas, e por la su bondad son mantenidas. Onde todo ome que algun buen fecho quisiere començar, primero deue poner, e adelantar a Dios en el, rogandole, e pidiendole merced, que le dé saber, e voluntad, e poder porque lo pueda bien acabar." ("Las Siete Partidas del Sabio Rey Don Alfonso el IX, glosadas por el Lic. Gregorio López, del Consejo Real de Indias de S. M.; Madrid, 1829.")

(8) No ignoro que Veuillot y otros han considerado el siglo XVII como de decadencia, y lo fué bajo cierto respecto, pues en él apareció el jansenismo y comenzó á perder su influencia política la Santa Sede; pero los grandes hombres que en esa época florecieron en la Iglesia y las muchas cosas santas que encerró, lo hacen acreedor al nombre de cristiano. Léase la soberbia pintura que hace de Francia en ese siglo el elocuente Lammenais: "Reflexions sur l'état de l'Eglise. Oeuvres complètes," vol. 5, págs. 14, 15 y 16.

(9) Baunard, "Un siecle de l'Eglise de France," pág. 227.

(10) El P. Baunard en la obra tantas veces citada, da algunas noticias acerca de tan interesante fundación, y no podemos abstenernos de traducirlas en esta nota: (Págs. 219 y 220).

"El dos de Febrero de 1801, fiesta de la Purificación de María, seis estudiantes de Medicina y de Derecho, se reunieron en París en la estancia de un religioso, miembro de una Compañía suprimida y apenas tolerada, y tomaron por patrona á María, Auxilio de los Cristianos, advocación que, como es sabido, fué dada auténticamente por el Papa Pío V á la Madre de Dios, después de la victoria de Lepanto.

"También esos piadosos jóvenes venían á combatir con las armas del buen ejemplo y de la caridad por el reino de Jesucristo bajo la bandera de su Madre.

"La congregación que reconstituían no era nueva; contaba más de dos siglos desde su fundación en 1560, y se habían alistado en sus filas millares de cristianos, muchos de ellos ilustres en la Iglesia, en el Estado, en el Ejército y hasta en el trono y aun en la silla de San Pedro.

"El director de la pequeña sociedad de LOS SEIS era el buen Padre Delpuits, canónigo de París, antiguo Jesuíta, fiel á sus votos y á su orden, hombre de corazón, hombre de

Dios, del cual Lacordaire decía en uno de sus discursos: "¡Cuánto gozo al nombrarlo! Otros han adquirido más gloria en sus relaciones con la juventud de Francia; ninguno la ha merecido más."

"Los seis jóvenes á quienes el P. Delpuits llamaba sus hijos, hicieron ante él sus juramentos, y después de haber recibido la comunión de sus manos, oyeron de su boca el consejo de emprender el glorioso camino del apostolado y de la santidad.

"No diré cuánto esos jóvenes glorificaban, por medio de los ejercicios piadosos, á María, temiendo ser escuchado con poca atención. Prefiero decir en pocas palabras, cómo la glorificaban con sus servicios á la patria, á la ciencia y á la sociedad.

"Régis Buisson, leonés, primer prefecto de la pequeña compañía, estaba asociado á los trabajos de su célebre primo el Dr. Bichat, cuyos escritos publicó. Siendo él mismo un sabio, miembro adjunto de la Sociedad de Medicina, debía, poco después, extenuado de trabajo, espirar á los veintiocho años, recibiendo las bendiciones de su padre, que le decía: "Adiós, querido hijo; que Dios te bendiga, como yo te bendigo: ¡hasta luego!"

"Carlos Frain de la Ville-Gontier, natural de Vendôme, se había hecho por abnegación médico voluntario de los hospitales de heridos, y de las prisiones que llenaban los Procónsules de la República, hasta que á los veinticuatro años, murió atacado por el mal contraído á la cabecera de los enfermos.

"Luis Fizeau, enérgico bretón, antes artillero vandeano, fué después médico generoso de todas las enfermedades físicas y morales de París.

"Carlos Savary des Brulons era un cristiano completo. Se decía que convidado un viernes (día de vigilia) á la mesa del Ministro Quinette, á causa de haber obtenido el primer premio en el Concurso de Medicina de 1800, no quiso tocar un solo plato de carne en aquel banquete oficial dado en su honor. Cuatro años después, ese sabio valiente espiraba curando los heridos de Val-de-Grace.

"Nos falta nombrar al ilustre Laennec, congregante en 1803, médico del hospital de Beaujon en 1806, pronto profesor del Colegio de Francia, etc.; inmortal inventor de la "auscultación" médica: un genio y un santo.

"Después de la Escuela de Medicina, la "Escuela polítéc-

nica" envía al P. Delpuits, grupo de valientes soldados. Pablo Emilio Tesseyre, deifnés, futuro apóstol en el clero, apóstol ya en la Escuela, en donde —según escribía— descubrió y afilió veinte alumnos que pensaban como él. Juan Duplessis, que estuvo á punto de ser víctima de las matanzas del Terror, joven dispuesto á todo lo bueno. Nicolás Emery, que encuentra en la Congregación de la Santísima Virgen, el Dios que había perdido después de su primera comunión, hecha en un granero. Veillet y Bailleul, que en sus "composiciones" de historia en la "Escuela," refuta las viejas tesis volterianas de sus tristes maestros contra los Papas y la Iglesia. Bailleul muere joven; Veillet, Ingeniero en jefe de puentes y calzadas, fundó en París la obra de los "Jóvenes Detenidos." Carlos Breteuil, auditor en el Consejo de Estado, irá á recoger uno á uno los heridos en el campo de batalla de Wagram. Augusto d'Aranquiers de Quincerot, Abogado, se entrega á la tarea de defender los jóvenes aldeanos y obreros, contra las exigencias tiránicas de la conscripción imperial.

"Es preciso terminar esta lista con el nombre del más grande de todos: Agustín Cauchy. Admitido en segundo lugar en la "Escuela Politécnica," antes de cumplir dieciséis años, entró con el primero en la Escuela de puentes y calzadas. Ingeniero á los veinte años, fué escogido en 1810 para trabajar en las grandes construcciones del puerto de Cherbourg, y en esta fecha hizo dos años que, el 3 de Abril de 1808, ingresó á la Congregación, de la cual era modelo. Admitido en 1816 en la Academia de Ciencias, fué en los primeros puestos de la enseñanza y en la cima de los honores, el hombre de nuestro siglo que mejor personificó la alianza de la ciencia, de la fe y de la caridad. Cuando partió para Cherbourg, llevaba consigo tres libros: la Mecánica celeste de Laplace, Virgilio y la Imitación!

A este interesante trozo del libro de Baumard, no agregaremos más que una palabra. Cauchy era el primer matemático del mundo, á decir de Moigno. ("Les Splendeurs de la Foi," lib. 4, pág. 170.

(II) La misma obra, "Un siecle de l'Eglise de France," pág. 219.

Y ¿qué diremos de la devoción á la Madre de Dios en su Concepción Purísima, propagada en España y sus colonias desde el siglo XVII principalmente?

Nada como la poesía, y sobre todo, la popular, revela el

alma de un pueblo, y así por el siguiente trozo se formará el lector concepto de la devoción á la Inmaculada en la gente de raza española. Dice el señor Villaescusa en su estimable obrita "La Inmaculada Concepción y las Universidades Españolas," págs. 14, 15, 16 y 17:

"El Dr. Gonzalo Sánchez Lucero, magistral de la Metropolitana de Granada, y catedrático de Teología en la Universidad, preguntaba: "¿Sabéis qué cosa es pecado? Una caída del alma.... ¿Cabe en el acuerdo de Dios, tan enamorado de su Esposa, Madre y Amiga, permitirle tal caída...?"

Y contestaba el granadino Pedro de Monsabre en sus "Canciones á la Inmaculada Concepción:"

"...ella fué el trono y arca
"trazada de aquel grande patriarca
"de tablas de madera incorruptible,
"donde el maná sagrado
"vióse divinamente custodiado.

.....

"Lirio blando entre espinas
"de formas celestiales y divinas;
"abrasado pebete y oloroso;
"huerto cerrado, adonde
"ningún contrario su malicia esconde."

Y el Dr. Agustín de Tejada, aseguraba también que María

"es el ciprés que corrupción desvía,
"huerto fuerte y cerrado
"en donde el hombre y Dios se han concentrado."

Y de todas partes, de Zaragoza, Barcelona, Murcia, Córdoba, Toledo, Baeza, salían millones de voces cantando la pureza inmaculada de María.

"Ave, Estrella del mar resplandeciente,
"Madre de Dios Santísima escogida,
"en la virginidad permanente,"

decía el Agustino Fr. Juan de Soto.

Y el religioso Fr. Diego de Murillo, añadía:

"Tan cerrada dejó al entrar la puerta
"que ni aun al pensamiento quedó abierta."

Y el maestro José de Valdivieso, exclamaba:

"¡Oh! sola sin segunda la primera,
"¡antes libre del lazo que caída!"

Y el poeta Ignacio de Pereña, cantaba en sus "Nuevas Alabanzas:"

"Para ser uno los dos,
"desde ab aeterno" criada,
"fuiste tan llena de Dios,
"que culpa no cupo en vos,
"toda de Dios ocupada."
"¿Cómo en vos había de entrar,
"pues en vos, como en la cruz,
"la quiso Dios desterrar?
"que la tiniebla y la luz
"no caben en un lugar."

Y Cristóbal de Castillejo argumentaba:

"No rezo como los ciegos,
"pues, con ojos de razón,
"para ver que en vos no hay culpa,
"basta ser Madre de Dios."

Y el sevillano Blas de las Casas Ales, decía con mucha razón y gracia:

"Pudo y quiso hacerlo Dios,
"y pudiendo, está sabido
"que os crió sin culpa á vos,
"porque mancha en tal vestido
"no estaba bien á los dos."

Y aun se llegó á componer un "Cancionero" que contuviera las alabanzas á María Inmaculada, distinguiéndose entre todos los poetas sevillanos.

Entonces apareció aquella célebre redondilla que sabía y cantaba con místico entusiasmo el pueblo español en masa:

"Todo el mundo en general
"á voces, Reina escogida,
"diga: fuisteis concebida
"sin pecado original."

Asegúrase que fué autor de esta copla el piadoso varón Fr. Francisco de Santiago, la cual fué glosada por Don Miguel Cid, natural de Sevilla, y puesta en música por el P. Bernardo de Toro, y cantada por primera vez el día de San Ildefonso, 23 de Enero de 1615; mas otros dicen que la compuso Alonso de Bonilla, por encargo del Ayuntamiento de Baeza: este poeta es también autor de la siguiente:

"Hoy sale riendo el Alba,
"Alba de un Sol encarnado,
"riéndose del pecado
"por ser del pecado salva."

Interminables nos haríamos, prosiguiendo esta materia, pero no queremos terminar este asunto sin citar una glosa de la copla "todo el mundo en general," porque ella demuestra patentemente la gran devoción del pueblo español á este bellissimo Dogma de la Iglesia:

"Toca, Bras, el tamborino,
"deja la melancolía
"que esta graciosa María
"para darnos gozo vino;
"bailemos ambos á dos
"y alcemos la voz erguida;
"pues sin culpa es concebida
"la Niña Madre de Dios."

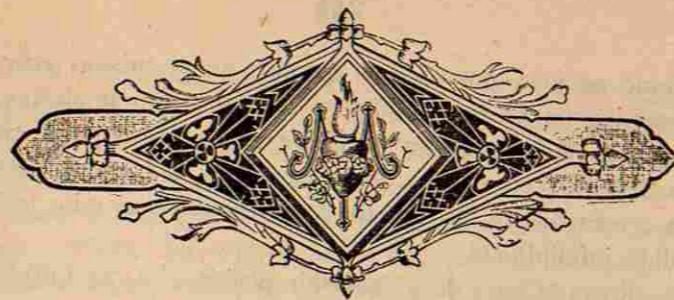
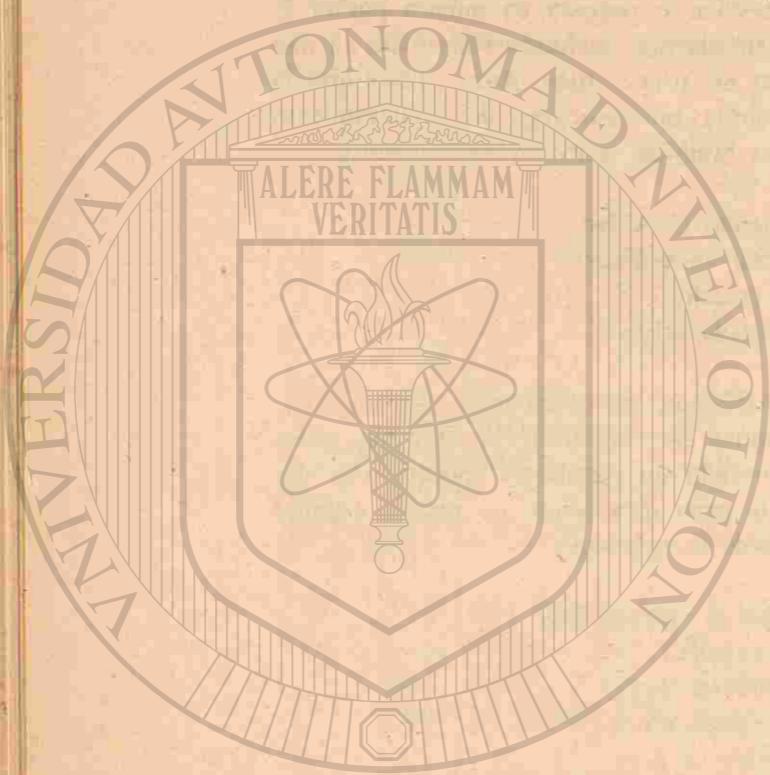
(12) Baunard, "Un siecle de l'Eglise de France," página 223.

(13) Id. Id., página 224.

(14) Id., Id., página 225 y 226.

(15) Darras. "Histoire de l'Eglise," vol. 41, page 187.

(16) Véase el Capítulo X, PIO IX Y EL DOGMA. (Texto.)



III

EL POSITIVISMO

(1) "Revue des Deux Mondes." EPICURE, par Ludovic Carrau.—Vol. 896, página 635.

(2) El P. Gruber S. J., en su libro acerca de Augusto Comte, pág. 81, párr. 33, dice:

"FIN QUE SE PROPUSO AUGUSTO COMTE.—Ese fin fué el de poner término á "la anarquía intelectual" que es, según él, la mayor plaga de la época, y la fuente de todos los males en los órdenes político y social. "La gran crisis política y moral en las sociedades actuales tiende, en último análisis, á la anarquía intelectual. Nuestro más grave mal consiste, en efecto, en la profunda divergencia que existe ahora entre los espíritus relativamente á todos los principios, de los que la fijeza es la primera condición para el verdadero orden social. Mientras las inteligencias individuales no se adhieran por unánime sentimiento á cierto número de ideas generales capaces de formar una doctrina social común, el estado de las naciones permanecerá forzosamente revolucionario por esencia, á pesar de todos los paliativos políticos que pudieran adoptarse, y no consentirán realmente más que instituciones provisionales. Es igualmente cierto, que, si esa reunión de los espíritus en una misma comunidad de principios llega á verificarse, instituciones convenientes vendrán necesariamente."

Como se verá por lo que decimos en el mismo artículo, el positivismo no logra siquiera satisfacer tan modestas aspiraciones. A raíz de su aparición casi, surgieron el cisma y la discordia en el seno de la escuela, y cada positivista se echa á campar por su respeto, convirtiéndose en mito la pretendida infalibilidad.

(3) En el "Cours de philosophie positive," I, 14 (16), dice Augusto Comte: "Por lo expuesto, vemos que el carácter fundamental de la filosofía positivista es el de considerar todos los fenómenos como sujetos á leyes naturales invariables, cuyo descubrimiento preciso y cuya reducción al menor número posible, son el fin de todos nuestros esfuerzos, considerando COMO ABSOLUTAMENTE INACCESIBLES Y VACIAS DE SENTIDO PARA NOSOTROS, LA INVESTIGACION DE LO QUE SE LLAMA LAS CAUSAS, SEAN PRIMERAS O FINALES, etc."

(4) Se consideraba Comte como el primer pensador del siglo y creía poseer el secreto de la infalibilidad que debía transformar el mundo. "Las pretensiones de los papistas—dice Spencer—son muy modestas en comparación con las del pontífice de la religión de la Humanidad." (Gruber, "Auguste Comte," pág. 192.)

(5) Canónigo Didot. Art. d'Un siecle," "La philosophie," pág. 380.

(6) Heine, "Alemania," pág. 99. (Traducción española de Luis de Terán). Creo que el gran crítico se burla de Kant, como de Lutero, según lo demuestra el párrafo suyo, que insertamos en el texto.

Se dijo de ese gran poeta que era "un ruiseñor alemán que hizo su nido en la peluca de Voltaire," y al menos, tratándose de Kant, la sátira volteriana hizo, contra su costumbre, algo bueno.

(7) Balmes, "Historia de la Filosofía," y Didot, "Un Siecle," págs. 376 y 377.

(8) Heine; obra citada, págs. 110 y 111.

(9) No todos opinan así. Ernesto Hello, profundísimo escritor, trata de seguir á Hegel en su vuelo; pero de todos modos, acaba por convenir en que el sistema del pensador alemán es completamente estéril. A riesgo de alargar muchísimo estas notas, traduciremos la página que el gran crítico francés consagra al filósofo de la "Síntesis," cuyas teorías parecen una noche de tormenta, ya profundamente oscuras, ya vivamente iluminadas por relámpagos.

"¿Cuál es el pensamiento de Hegel? Como creen algunos franceses, ¿ha dicho acaso: el "sí" y el "no" son precisamente la misma cosa; estoy aquí y no lo estoy; París y Nantes son la misma ciudad? Si Hegel hubiese arrojado al mundo ese absurdo lisa y llanamente, en lugar de conmovér á Alemania, hubiera sido encerrado en una casa de locos.

"Mirad la idea madre de su doctrina. La afirmación contiene en sí un límite, que es el germen de una negación, y la filosofía saca ésta de aquélla; pero sin dejar de proseguir su movimiento. Mas ese concepto no es lo que era antes; se ha desarrollado en lo que contenía virtualmente, llegando á ser la unidad suprema, la ecuación entre la primera afirmación y la negación opuesta. Ejemplo: en la claridad absoluta sin sombra ni calor, no se distinguiría absolutamente nada. La claridad absoluta, es, pues, idéntica á su negación, la obscuridad absoluta; pero ni la una ni la otra, están completas aisladamente; es preciso para que haya la luz, que se unan ambas. La electricidad prueba en la naturaleza esa atracción de los contrarios. Siendo la vida la electricidad, su tendencia á atraerse con la electricidad opuesta, llega á ser la tendencia de los cuerpos mismos. El sér en sí, el sér opuesto y el regreso al sér, constituyen la teoría ("tesis, antítesis, síntesis.")

"Pero esa teoría de la identidad de los contrarios, ¿á dónde ha conducido á Hegel? Nadie lo sabe. Sus discípulos más asíduos é inteligentes, después de haberlo oído diez años consecutivos, "se preguntaban si el maestro creía en la existencia de Dios, y no lo sabían contestar." (Ernesto Hello, "Philosophie et Ateisme," págs. 249 y 250.)

(10) Canónigo Didot. "Un Siecle," art. "La Philosophie," pág. 382.

(11) Recomendamos al lector el hermosísimo artículo de Emilio Faguet, acerca de José De Maistre, por más que no vayamos de acuerdo con algunas de sus ideas. ("Revue de Deux Mondes," tomo 90, pág. 811.) La gran reputación que ha obtenido De Maistre entre los mismos liberales es inmensa, y yo lo atribuyo á que muchas de sus ideas en puntos de sociología, coinciden con las de los modernos positivistas. Lo que tan acertadamente dijo el escritor saboyano acerca de la imposibilidad de formar constituciones "á priori," por ejemplo, enfurecía á los jacobinos de principios del siglo XIX; hoy lo repiten en todos los tonos los discípulos de Comte y Spencer, y á fe que tienen razón. Es triunfo ver-

dadero del gran De Maistre que su gloria brille tanto en estos tiempos. Véase á un escritor liberal, Henry Michel, "Propos de Moral," vol. 1, pág. 225.

(12) Ya en el capítulo acerca de Santo Tomás demostraremos que Lacordaire lo conoció y lo expuso, por más que hasta ahora esto no se haya creído por muchos.

(13) Caro describe así la impresión que le causaban los sermones del P. Lacordaire, después de decir que entre los oyentes de Nuestra Señora en 1843, el nuevo dominico contaba con Beryer, Cousin, Lamartine, Tocqueville y Chateaubriand:

"El predicador se presentaba, y la novedad del vestido, el ropaje blanco que tanto cuadraba á la figura ascética del fraile; la belleza escultural del rostro demacrado y descolorido por el ayuno y el trabajo; el relámpago de la mirada, la vibración metálica de la voz, preparaban el triunfo de la elocuencia, seduciendo la imaginación y el sentido. En pleno siglo XIX, nos hallábamos frente á un monje, un verdadero monje, quien, por otra parte, si pertenecía á la Edad Media por el ropaje, era de nuestro siglo y de nuestro país por la educación, las ideas, el alma, la lengua, lengua nueva, pintoresca, libre, atrevida, aventurera, sin mengua de su propio candor. Bajo las viejas bóvedas de Nuestra Señora, el arte romántico comenzaba á brillar en la predicación. (Barnard. "Un siecle de l'Eglise de France," pág. 84.)

(14) El sabio Jesuíta español Espí, ha escrito en "Razón y Fe," excelente revista publicada en Madrid por los religiosos de la Compañía, un artículo muy instructivo acerca de "La Metafísica y el Empirismo," en que, después de referir los tristes triunfos del positivismo en Europa, se regocija de que en España haya sido poco el medro de la perniciosa doctrina. Por desgracia, no podemos decir igual cosa de la América española, en donde el positivismo sigue haciendo los estragos de la peste; pero nos es grato, por tratarse de la madre común, insertar las palabras del digno religioso.

"España también ha dado su contingente; pero ¡loado sea Dios! poco ha medrado entre nosotros el árbol del empirismo y positivismo; que siempre en esta tierra clásica del catolicismo creció enteca, cual planta exótica, toda filosofía heterodoxa. Los autores, que, dejándose llevar de la moda, se inclinaron del lado del sensualismo en el siglo XVIII y á principios del XIX, son todos escritores de muy escaso

mérito en filosofía; pero todavía les son inferiores los que más tarde se adhirieron al empirismo ó materialismo moderno. Don Pedro de Mata, lazo de unión entre el materialismo del siglo XVIII y el positivismo del siglo XIX, hasta formó escuela entre la juventud universitaria. De sus obras la "Filosofía Española" es la que merece más interés filosófico. Pero de ella ha dicho bien el señor Menéndez y Pelayo, que "es filosofía de cualquiera parte, de la que se recoge en medio de la calle, de la que destrozan en sus conversaciones los estudiantes de San Carlos." (1) Don José María Flores fué comtista de los finos, venerador hasta del calendario y catecismo de Comte. Don Pedro Estrassen y Don Pompeyo Gener, también merecen citarse entre los propagadores del positivismo. De una obra española muy reciente, y á lo que entiendo de escaso mérito, pues es en su mayor parte traducción ó compendio de un libro francés, entresaco la siguiente frase: "toda filosofía puramente teórica, metafísica, ya sea materialista, ya idealista, ya ecléctica, es falsa; el concepto metafísico de substancia todo lo adultera y desvirtúa." Otros hay que, sin abandonar del todo el campo positivista, se inclinan mucho del lado del trasformismo, que á pesar de su descrédito científico entre las personas de verdadera ciencia, viene siendo entre tontos y materialistas, la gran explicación científica del mundo. Los tontos la abrazan porque son tales, y los sabios materialistas, porque es la única explicación con visos de ciencia que se amolda á la concepción materialista." ("Razón y Fe," tomo II, pág. 164.)

(15) Sermón acerca de la existencia de Dios.

(16) Roure. "Doctrines et Problemes," pág. 26.

(17) Santo Tomás. "Summa Theologica."

(18) El insigne Abate de Broglie en su obra fundamental "Le Positivisme," al citar esa admirable confesión de Taine, cree que se trata de frases sin significación. "No es el buen sentido—dice—ni la experiencia los que nos enseñaron las "ondulaciones de un axioma, ni las resonancias de una fórmula." M. Taine no nos ha revelado el sentido de esas metáforas, y nos inclinamos á creer que no tienen ninguno." ("Le Positivisme et la Science Experimental," vol. 2, pág.

(1) "Historia de los heterodoxos españoles," T. III, página 701.

519). A pesar de la inmensa autoridad del gran escritor, no opinamos como él. Ciertamente que sería difícil explicar las "ondulaciones y resonancias" de una fórmula, que quizá no sean sino emanaciones panteísticas; pero un AXIOMA, ¿qué es, si no una verdad absoluta? Y la verdad absoluta de donde proceden todas las cosas y que se pronuncia eternamente á SI MISMA, es decir, que tiene vida íntima, ¿qué es si no Dios? Difícilmente pudo Taine definirlo mejor, por más que haya querido velar su definición (1) con el ropaje de la metáfora. Pudo no querer decir lo que dijo, mas es evidente que nombró á Dios.

Pero si en este punto no vamos de acuerdo con el Abate Broglie, no nos cansaremos de recomendar su admirable obra. ¡Qué estudio tan profundo! ¡qué exposición tan metódica! ¡qué refutación tan perfecta! Nos permitimos llamar sobre ese trabajo magistral la atención de los señores Eclesiásticos, que hallarán en él cuanto han dicho los positivistas, y cuanto contienen sus teorías de verdad y de error.

(19) Herbert Spencer. "Sociología," vol. 4, pág. 215.

(20) Todos los escritores católicos y no católicos que juzgan el positivismo, lo tienen por ateo en el fondo, por más que no todos los positivistas, como hemos dicho, se resuelvan á negar á Dios crudamente. Sin embargo, muchos lo hacen, repitiendo la blasfemia de Vacherot: "Ce n'est pas Dieu qui á crée l'homme, c'est l'homme qui a crée Dieu."

(21) "En la próxima generación—escribía Comte en 1854—la religión de la Humanidad habrá llegado á ser la religión universal." ("Augusto Comte" por el P. Gruber, pág. 272.) ¿Quién había de decir al filósofo que cincuenta años después, no su religión ridícula, sino su filosofía más sólida, estaría desacreditada en Europa, y el culto de la Virgen, que en aquel mismo se proclamaba por la Iglesia Concebida sin Pecado, sería cada vez más general y más fervoroso en toda la tierra?

(22) Comte estuvo demente alguna vez y aun llegó á ingresar á un manicomio (Gruber, pág. 60), y dadas las extravagancias de sus últimos años, parece hasta probable haya muerto loco, como lo asegura su discípulo Littré. Sin embargo, el juicioso P. Gruber no lo cree así, pero sí asegura

(1) Tomamos la palabra definición en sentido muy lato, pues ya se sabe que en rigor Dios no puede definirse.

que fueron tantas las excentricidades del filósofo al fin de su vida, que sin duda llegó á perder por completo el sentido común. (Gruber, pág. 330.)

(23) "Civiltá Cattolica," año de 1854, vol. 8, pág. 495.

(24) No negamos el talento de Spencer; pero la verdad es que cuando habla de Dios incurre en gravísimas faltas de lógica, lo mismo que se da á conocer como metafísico de la más baja especie. Ni aun debía de serlo por manera alguna, pues si los positivistas son enemigos de la metafísica por principios, declarándola ciencia vana, ¿cómo en el terreno de la metafísica se ponen á combatir á Dios? Si nada puede saberse en el orden metafísico, ¿cómo será en él posible la discusión?

(25) Herbert Spencer. "Les Premiers Principes." Traducción francesa de Guymiot, pág. 23.

(26) Spencer, "Premiers Principes," págs. 19 y siguientes.

(27) Casa de locos de Londres.

(28) Cojamos cualquiera cosa de las que tengamos á la vista; un reloj, por ejemplo, y tratemos de investigar su origen. Tú, ¡oh reloj—le diremos, suponiendo que perdiéramos el tiempo en semejante investigación—no te has criado á tí mismo, porque esto es imposible; no has existido siempre, porque también esto es imposible: luego, con toda seguridad, te hizo alguno, el relojero. Pero Spencer, lo mismo que lo hace con el universo (el más y el menos no diversifican: igual es el reloj de bolsa al reloj de los mundos), coge la alhaja y dice: no es este reloj el ente necesario, tampoco se ha hecho á sí mismo, ¿cómo puedo afirmar que lo hizo el relojero? ¡Estoy ante lo incognoscible! A ese hombre, los positivistas lo llevan al templo de la inmortalidad: el buen sentido lo conduciría al manicomio.

(29) Spencer, "Premiers Principes," pág. 31.

(30) "Summa Theologica." Q. IX, "articulus I."

(31) Id., Id. "Prima pars." q. II, "articulus III."

(32) Id., Id. La identidad entre el argumento de Spencer y la objeción de Santo Tomás es completa. Hay motivo para sospechar que el escritor la tomó de la "Summa;" ¿ó la habrá plagiado el grande hombre de alguno de tantos filósofos impíos que van á buscar armas á los mismos arsenales católicos, cuidando con refinada mala fe, de convertir la objeción en doctrina y ocultando la refutación?

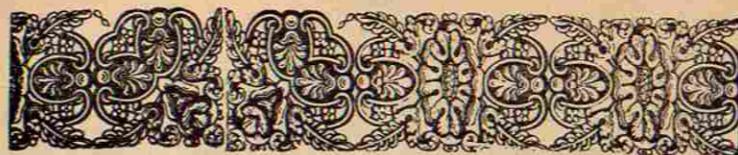
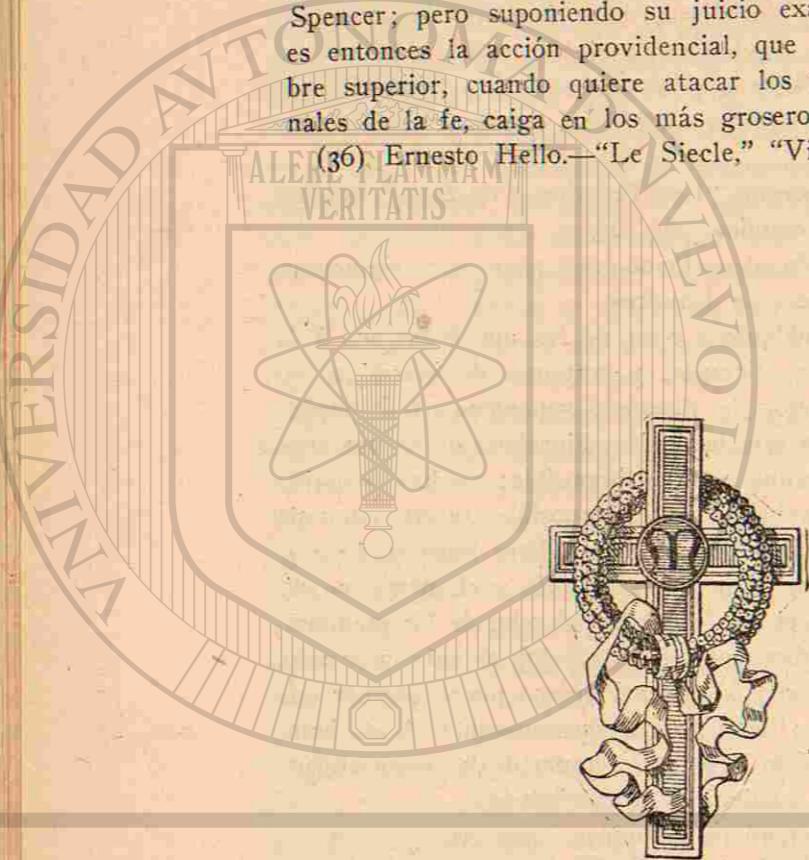
(33) Pope. (Citado por el Canónigo Vaughan en "El Alma después de la Muerte.")

(34) "Lenguas son los árboles, libros los torrentes, himnos las piedras y cuanto existe es bueno." ("If you like it.")

(35) Gómez Izquierdo. "Historia de la Filosofía en el siglo XIX."

A pesar de la gran autoridad de Monseñor Mercier, el gran filósofo de Lovaina que ha dado á la filosofía escolástica tan poderoso y bien dirigido impulso, nos parece exagerado el elogio que hace del talento y de la erudición de Spencer; pero suponiendo su juicio exacto, más brillante es entonces la acción providencial, que hace que un hombre superior, cuando quiere atacar los fundamentos racionales de la fe, caiga en los más groseros errores.

(36) Ernesto Hello.—"Le Siecle," "Victor Hugo."



IV

EL SOCIALISMO

(1) Ballerini. "Análisis del Socialismo Contemporáneo," pág. 12, dice: "Ante todo, escribe el senador Gaetano Negri, hay que definir con claridad qué cosa es el socialismo. La definición es la premisa indispensable de toda discusión fecunda. Si el socialismo no fuese sino la expresión del deseo de suprimir los muchos males que afligen á la sociedad, de encontrar un ordenamiento que pueda ser el "específico" regenerador del género humano; si sólo fuese una vaga aspiración á lo mejor, nacida de la dolorosa certidumbre de los muchos é inadvertidos sufrimientos, yo creo que todos los hombres de corazón podrían llamarse socialistas. Pero el socialismo verdadero, el socialismo militante, debe y quiere ser algo más preciso y determinado; no debe tener sólo el deseo del específico, sino que ha de tener ya en su mano el específico anhelado.

"¿Y cuál es, pues?" (Traducción de Doña Paulina Crusat de Eguilaz.)

(2) Ballerini. (La misma obra), pág. 29.

(3) Id., Id., Id., pág. 20.

(4) Ya este punto desde mediados del siglo lo trató magistralmente Donoso Cortés en su famoso "Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo." Pág. 252, ed. de Madrid, 1891.

(5) Proudhon. Gruber, "Augusto Comte," pág. 41.

(6) Ballerini, (Obra citada), pág. 87.

(7) Ballerini. (Obra citada), págs. 130 y 131.

(8) Id., Id., Id., Id., pág. 150.

(9) Proudhom.

(10) En la historia de la Iglesia, como se llama efectivamente el siglo XIII de San Francisco y el XVI de San Ignacio, creemos llegará á nombrarse el XIX de Don Bosco. ¿Qué obra más universal que la de este santo sacerdote, la que apenas fundada se extendía por toda la tierra, llegando á tener en sus casas á la muerte del fundador, 4,000 sacerdotes y 300,000 niños? ¿Qué empresa más humana, más conforme á las buenas tendencias del siglo que la de encauzar la corriente socialista educando cristianamente al obrero del porvenir? ¿Qué obra más duradera que la que crece en Europa día por día, como que cuenta con el celo de una Orden religiosa admirable, con la gratitud del pueblo y con las simpatías de los corazones generosos?

(11) Bainvel, "Un Siecle," pág. 814.



V

EL NEO-PAGANISMO

(1) Véase el capítulo I de Pastor, "Histoire des Papes," tomo I, en que pinta admirablemente el verdadero y el falso Renacimiento; es decir, el cristiano y el pagano, presentando como personificación del primero la figura atractiva y amable de Victorino de Feltro, el primer pedagogo italiano de la época. Pág. 56.

(2) Pastor, obra citada, vol. 6.

(3) El profesor del Instituto Católico de París, Pbro. Baudrillart, S. J., en su precioso libro "L'Eglise Cattolique, la Renaissance et le Protestantisme," parece no ir de acuerdo con esa opinión; pero me atengo á Hettinger, que dice: "El luteranismo (lo mismo puede decirse de todos los sistemas protestantes en sus principios) no comprende la vida de la antigüedad, ni puede aceptar como verdaderas las virtudes naturales del paganismo, que según Melanchton no son más que brillantes vicios." ("Timoteo, traducción española de Lastras, pág. 160.)

(4) No hay escritor que trate este punto, que no lo crea así.

(5) Baudrillart, (Obra citada, pág. 358.)

(6) Lammenais. "Oeuvres complètes," vol. V, pág. 14. — Monseñor Besson. "Sermones," vol. I, pág. 16.

(7) Véase "Un Siecle. Mouvement du monde de 1800 á

1900." "El enemigo temible para la filosofía católica del siglo XX, será siempre como en el XIX, el kantismo." Canónigo Didiot, pág. 406.

(8) Está ya fuera de duda para todo historiador serio, aunque no sea católico, que la guerra á los Jesuitas no tuvo por objeto más que debilitar la Iglesia, para poder después destruirla más fácilmente, y en verdad que el plan era hábil y que la Iglesia hubiera perecido si sólo contara con auxilios humanos. Recomendamos á nuestros lectores la historia de la supresión de la Compañía en la obra de Lavisse, historiador nada ortodoxo, "Histoire General du IV siecle á nos jours," vol. VII, pág. 821. Ahí se leen aquellas significativas palabras de Voltaire: "Es de esperar que después de purgada Francia de los Jesuitas, se comprenda lo vergonzoso que es la "sumisión al poder ridículo que los estableció." Página 825.—D'Alambert decía también que los parlamentos creían servir á la religión expulsando los Jesuitas, pero que en realidad eran los ejecutores "de la alta justicia de los filósofos," cuyas órdenes ejecutaban sin saberlo. Id., pág. íd.

(9) Taine, citado por Forbes ("Conferences.")

(10) Véase "La Semaine du Clergé," vol. 13, pág. 182, en que se inserta un artículo de Monseñor Darboy, Arzobispo de París, asesinado por los comunistas en 1870; artículo inédito encontrado entre sus papeles, y del cual tomamos el trozo inserto.

(11) Véase Ballerini. "El Socialismo," etc.

(12) Ollé Lapruné. "Vitalité Chrétienne," pag. 46.

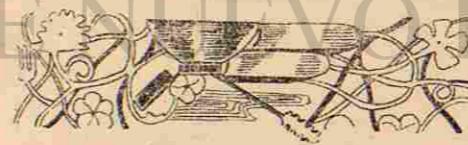
(13) En Alemania se ha publicado en doce volúmenes una obra acerca de las conversiones al catolicismo, y respecto de Inglaterra leemos lo siguiente en el P. Forbes ("L'Eglise Cattolique au XIX siecle, pág. 202.):" "Trabajos muy laboriosos como los del P. Morris en el "Month" y del P. Sidney Smith en los "Estudios," hacen subir la cifra de las conversiones de 15,000 á 7,000 por año. Tomando un término medio por año, tendríamos en las clases altas cerca de 600,000 convertidos durante sesenta años, y en este número hay que comprender 550 clérigos, 250 abogados y médicos, 100 Almirantes y Generales."

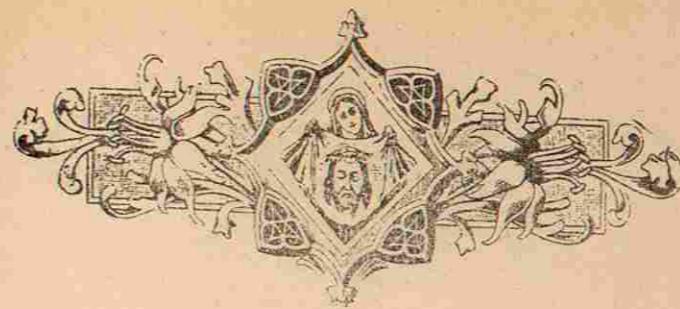
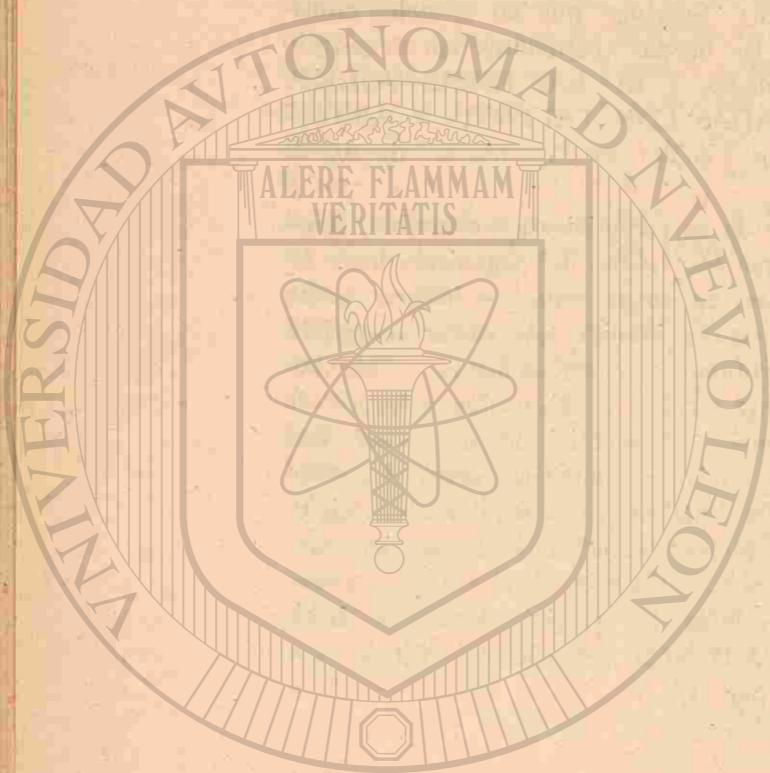
(14) Muy tentados nos hemos visto de describir la sensualidad del siglo, pero darla á conocer directamente es peligroso, por pura que sea la intención que guíe la pluma,

y hemos preferido pintarla sólo en sus efectos principales, ya que éstos la revelan suficientemente.

Convendría sólo decir que la sensualidad ha llegado hasta á tener defensores en teoría, lo que revela las hondas raíces echadas por ella en la pobre naturaleza humana, y óiganse las siguientes palabras de un gran escritor, que en nombre del arte, de la cultura, del refinamiento, trata de defender la sensualidad: "Sostengo que no se debe considerar como ultraje á las buenas costumbres en el sentido legal, sino las obscenidades, Y NO LAS IDEAS VOLUPTUOSAS PRESENTADAS CON TALENTO Y ARTE." (Mr. Dupin, citado por Veuillot, en "L'Univers" de 25 de Mayo de 1854.)

Saint-Beuve, á pesar de su escepticismo lamentable, llegó á comprender el mal que ese veneno del paganismo hace en las sociedades modernas, en cuyas venas se infiltra, como los microbios, y con tristeza infinita, que causa verdadera lástima, exclamaba profunda y elocuentemente: "La voluptuosidad es un agente terrible de disolución respecto de la fe, é inocular más ó menos el escepticismo en el alma. Esa vaga tristeza que, como miasma mortífero, mana del seno de los placeres, esa fatiga que enerva y debilita á los viciosos, no solamente indican una perturbación del sentido moral, sino además ejercen su influencia en el enlace y encadenamiento de nuestras ideas. El principio de certeza herido y maltrecho, llega, á la larga, á perderse." (Citado por Hettinger, "Timoteo," pág. 5.)





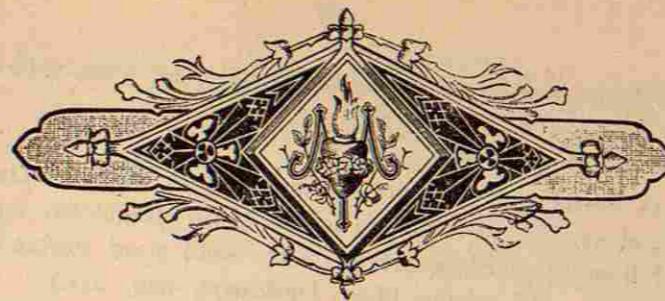
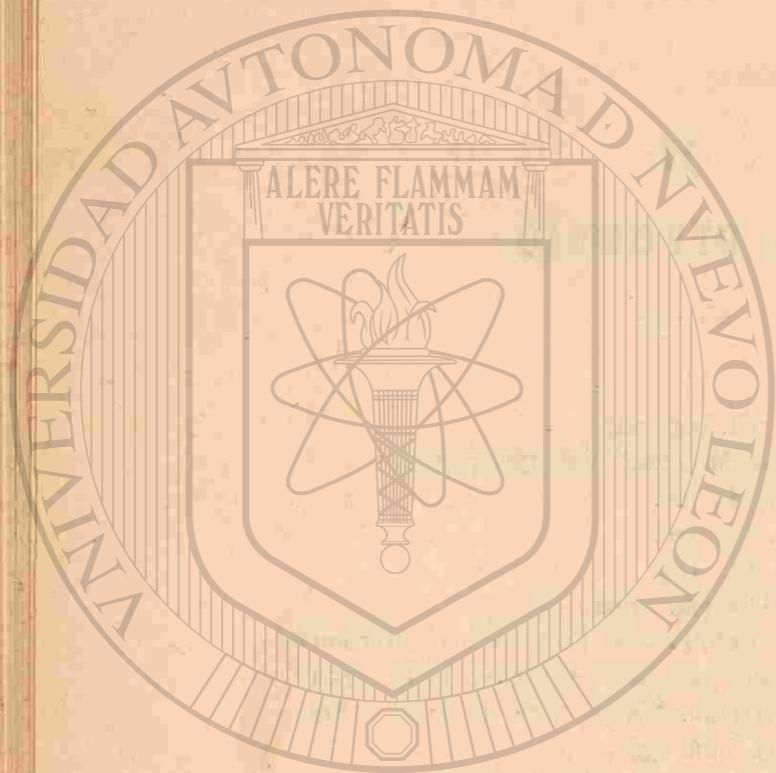
VI

EL DIVORCIO

- (1) "La Cruz," vol. VI, pág. 247.
- (2) "Revue des Deux Mondes," vol. 136, pág. 107.
- (3) Id., Id., Id., Id., Id., 109.
- (4) Id., Id., Id., Id., Id., 110.
- (5) Id., Id., Id., Id., Id., 125.
- (6) P. Didon. "Le Divorce," pág. 58.
- (7) Young. "Países Católicos y Protestantes." Recomendamos á nuestros lectores esta obra excelente. (Pág. 275.)
- (8) Véase Fuzier-Herman. "Repertoire de Droit Français," vol. 17, pág. 595, núm. 32.
- (9) "Revue del Deux Mondes," vol. 136, pág. 131.
- (10) Fuzier-Herman. (La misma obra, vol. 17, pág. 832.)
- (11) Madame Pingrenon, Femme de Lettres. "Les enfants d'epoux divorcés." (Edition de la "Grand Revue," París 1903), pág. 14.



®



VII

EL SUICIDIO

- (1) Larrouse. "Grand Dictionaire," art. "Suicide."
- (2) Durkheim, Profesor de la Facultad de Burdeos. "Le Suicide." ("Etude de Sociologie," pág. 375.)
- (3) Durkheim. "Le Suicide." Pág. 370.
- (4) Id., Id., Id., Id.
- (5) Durkheim considera la muerte de los mártires como "suicidio altruista," y ni dando á la palabra "suicidio" el sentido más lato, puede aplicarse á aquel fin glorioso. En efecto, el suicida busca la muerte directamente; el mártir, no; la sufre simplemente por sostener su fe. El profesor francés podría llamar así "suicida" al que se dejara matar por no cometer un crimen, por no asesinar á su padre, v. g.; y ¿á quién se le ha ocurrido llamar "suicida" al que muere por causa semejante?
Dar al vocablo "suicidio" tan lata significación, es violentar su sentido natural y generalmente admitido.
- (6) Appiano Buonafede. "Histoire critique et philosophique de suicide" (1772). Trad. française, 1843. París.
- (7) P. Lucien Roure S. J. "Doctrines et Problemes," página 306.
- (8) Id., Id., Id., Id., Id., 320. Durkheim (obra citada) pág. 283.
- (9) Ciertamente que nos parecen impropias, ó al menos muy rebuscadas, las clasificaciones de "egoísta" y "altruista," sobre todo la segunda; pero los sabios modernos, que

tanto han criticado el tecnicismo escolástico, usan verdadera "jerga" en sus tratados.

(10) Durkheim, pág. 233.

(11) Parece que en la India, según refiere el mismo Durkheim, el suicidio se considera loable, si no obligatorio, cuando el hombre se encuentra en cierta edad y en ciertas circunstancias. (El mismo libro, Durkheim, pág. 241.)

(12) A cada momento asegura el sociólogo de Burdeos, más ó menos explícitamente, que la falta de creencias religiosas, la falta de resignación, por lo mismo, tienen que inclinar al hombre fuertemente al suicidio en determinadas circunstancias, y del mismo modo la conformidad con la voluntad de Dios debe ser el preservativo más eficaz. (Pág. 172 del mismo libro citado.)

"Aun puede uno preguntarse—dice—si no es sobre todo ese estado moral (ha dicho antes que los apetitos no tienen autoridad que los refrene) el que hace hoy tan fecundas en suicidios las catástrofes económicas. En las sociedades en que el hombre está sometido "á una disciplina sana," se somete más fácilmente á los golpes de la suerte. Habitado á reprimirse, el esfuerzo necesario para imponerse sacrificio mayor, le cuesta poco relativamente. Pero cuando todo limite, por el hecho de serlo, le es odioso, ¿cómo uno más estrecho no le ha de parecer insoportable? La impaciencia febril en que ahora se vive, no es propia para inclinar á la resignación." "Le Suicide," págs. 285 y 286.

Esto no obsta para que en otra parte haya querido quitar á la fe y al culto su "acción profiláctica" contra el suicidio; (pág. 172) pero de esto no deduzco más, sino que á veces, en este sabio, como en tantos otros, domina el espíritu de sistema, y á veces la fuerza de la verdad.

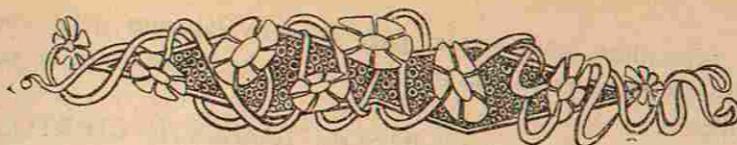
(13) Roure. "Doctrines et Problemes." Pág. 318.

(14) Id., Id., Id., pág. 306.

(15) Durkheim. Obra citada, pág. 384.

(16) Forbes. "L'Eglise Cattolique au XIX siecle," Pág. 223.

(17) Id., Id., Id.— "Tenemos, ó tendremos bien pronto en París una muchedumbre de 700,000 personas (la cuarta parte de la población total) indiferente ú hostil y que vive fuera de la Iglesia: ¿una ciudad pagana! ¿Qué digo? ¿no será más bien una ciudad salvaje, á creer el testimonio del Cardenal Arzobispo de París?" (Pág. 224.)



VIII

EL ESPIRITISMO

(1) Moigno. "Les Splendeurs de la Foi," vol. 4., págs. 555. 556 y 557.

(2) "L'Espritisme" (Fakirisme Occidental) par le Dr. Paul Gibier.—(Doin, París, 1904.)

Este autor, después de referir muchos fenómenos de percusión, acaecidos en la casa de la familia Fox, en Hydesville, Estado de New York, en Febrero de 1848, dice: "La más joven de las niñas, la pequeña Kate Fox, viendo que los ruidos no le causaban ningún mal, acabó por familiarizarse con ellos, y como todo naturalmente se le atribuía al diablo, la pequeñuela, teniendo sin duda pura la conciencia, acabó por chancearse con el desconocido autor de los fenómenos á quien llamaba graciosamente el "señor de la Pezuña."

"Una tarde chasqueó los dedos cierto número de veces y exclamó: "haz lo que yo, "señor Pezuña." Instantáneamente el ruido se repitió de un modo semejante y por el mismo número de veces."

Por último, establecido ya un alfabeto telegráfico entre la familia Fox y "Pezuña," éste reveló claramente que era un espíritu, y el espiritismo se fundó.

(3) P. Juan Mir S. J. "El Milagro," pág. 1,172.

(4) Allen Kardec era un francés llamado Revail, que se puso aquel nombre porque decía ser el suyo en una vida anterior. "Livre des Esprits," 1857.

(5) Gibier, obra citada, pág. 35.—Olvidábamos decir que de esta obra, publicada en 1886, se ha hecho en 1904, la 5a. edición.

El autor refiere como ABSOLUTAMENTE CIERTOS, mil casos de comunicación con los espíritus, y sin embargo, es completo naturalista, al grado de decir en la introducción (pág. VII): "somos enemigos de lo maravilloso y del misticismo y sostenemos que nada puede producirse fuera de las leyes de la naturaleza."

(6) La misma obra, págs. 35 y 36.

(7) Encíclica de 4 de Agosto de 1856 y Decreto de la Sagrada Congregación del Santo Oficio de 25 de Abril de 1864.

(8) Los mismos apóstoles del espiritismo confiesan tal cosa. Véase Gibier y Mir, obras citadas.

(9) Moigno. "Les Splendeurs de la Foi," vol. 4, pág. 557.

(10) "En 1884 el Serenísimo Sr. D. Juan de Austria, comprobó por sí mismo que algunos fenómenos atribuidos á los espíritus, eran imposturas, y publicó acerca del particular un folleto, en lo que hizo bien; pero anduvo torpe en sacar la consecuencia de que el espiritismo es mera charlatanería, á causa de que de un hecho particular no se puede deducir una verdad general." Mir, obra citada, pág. 1,175.

(11) En 1865, en la sala Herz en París, también los hermanos Davemport fueron convencidos de superchería ante enorme concurso, en el que se produjo verdadero escándalo. (Gibier, obra citada, pág. 183.)

(12) El mismo autor, pág. 189, refiere el escandaloso proceso de Huguet (1875) en que se demostró una superchería espírita, y hace las siguientes preciosas apreciaciones: "La prueba de una impostura no puede sorprendernos, porque, ya lo hemos dicho, el asunto se presta desgraciadamente á la superchería. Pero ¿qué significan los escamoteos del juglar? ¿La medicina no tiene acaso charlatanes, la ciencia falsos devotos y el Banco de Francia falsificadores de billetes? La imitación de un fenómeno, ¿destruye la verdad del fenómeno? De que se dé el caso de un fraude, no se puede deducir que haya fraudes siempre, y lo único que la impostura nos enseña, es que debemos ser desconfiados."

(13) García Icazbalceta. "Vida de Fr. Juan de Zumárraga," págs. 19 á 25, ed. de V. Agüeros.

(14) Gibier. Págs. 250 y 251.

(15) Id., Id., 251 y 252.

(16) Diremos que Crookes era un sabio de primer orden, á quien la química debió verdaderos adelantos, y después de exquisitos estudios, llegó á las conclusiones siguientes:

1a. clase.—Movimientos de cuerpos graves con contacto, pero sin esfuerzo mecánico.

2a. clase.—Fenómenos de percusión y otros sonidos de la misma naturaleza.

3a. clase.—Alteración del peso de los cuerpos.

4a. clase.—Movimiento de cuerpos pesados, puestos á cierta distancia del medio.

5a. clase.—Mesas y sillas levantadas del suelo sin contacto de persona alguna.

6a. clase.—Ascensión de cuerpos humanos. (Vió tres veces á Home elevarse sobre el pavimento.)

7a. clase.—Apariciones luminosas.

8a. clase.—Apariciones de manos luminosas por sí mismas ó visibles á la luz ordinaria.

9a. clase.—Escritura directa.

10a. clase.—Formas y figuras de fantasmas.

11a. clase.—Casos particulares que parecían revelar la acción de una inteligencia exterior.

12a. clase.—Manifestaciones diversas de carácter compuesto. (Gibier, pág. 276.)

(17) Gibier, págs. 305 y 319.—El P. Mir asegura que á una sesión de espiritismo en que se produjeron fenómenos enteramente preter-naturales, asistieron sabios como César Lombroso y otros varios bien conocidos. ("El Milagro," pág. 1,176.)

(18) Gibier, 157.

(19) Id., 138.

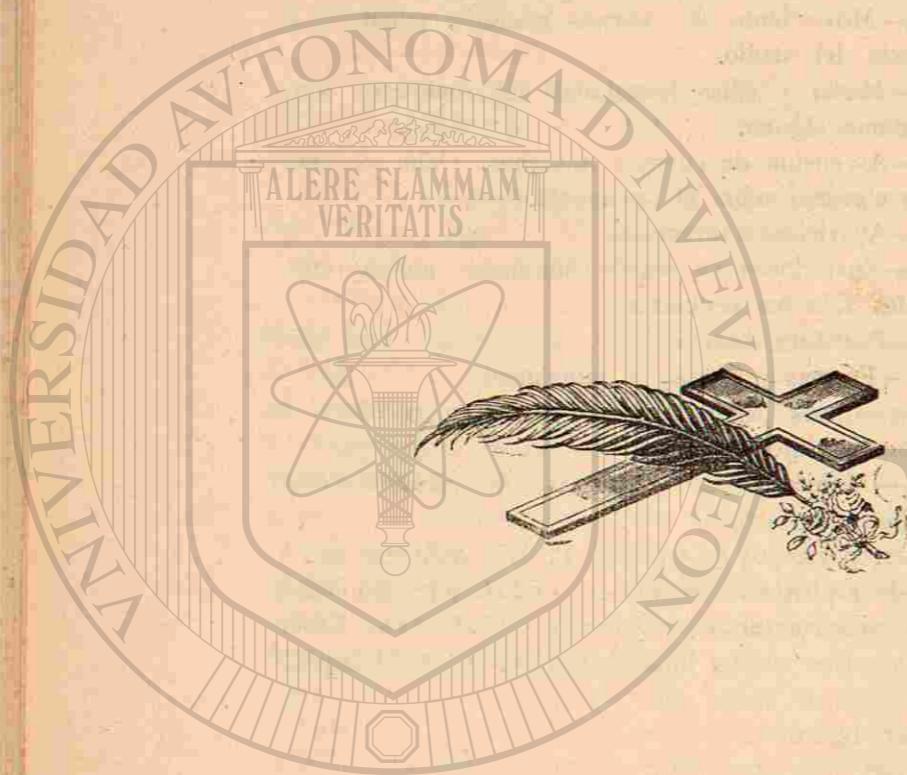
(20) Id., Id.

(21) Escrito este capítulo, leímos una correspondencia dirigida de Nueva York á "L'Univers" el 3 de Diciembre de 1888, en que se refiere que Kate Fox, la evocadora del "señor Pezuña" ("M. Pied Fourchu"), se arrepintió andando el tiempo de sus imposturas, y en la sala de Opera de Nueva York, el 21 de Octubre de ese año, las confesó paladinamente, explicando los medios de que se valía para embaucar á los cándidos. (André, "Dictionnaire de Droit Canonique" vol. 3, pág. 538.)

Nos llama la atención que los autores que han escrito posteriormente á esta fecha, nada digan acerca de las confesiones de Kate Fox, después Mrs. Kant, y tememos se

trate de alguna "humbug" americana; pero si el hecho fuera verídico, daría ciertamente en qué pensar.

A fuer de imparciales, referimos el caso, para que quien desee hacer un estudio formal de la materia, lo tome en consideración, y nos limitaremos á repetir que falsas ó no, las comunicaciones espiritistas, son abominables y están prohibidas por la Iglesia.



IX

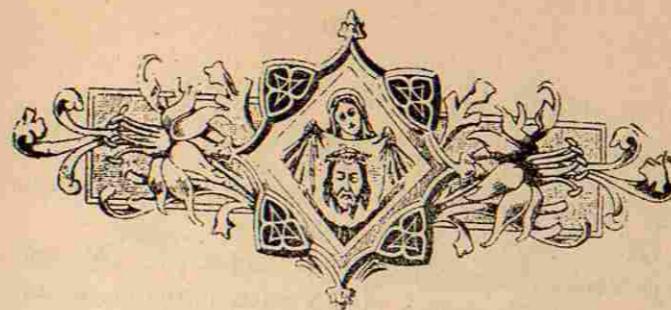
LA NIÑEZ. — LOS PECADOS Á SANGRE FRIA.
LAS SOCIEDADES SECRETAS.

- (1) Haussonville. "L'Enfance á Paris," págs. 6 y 7.
 - (2) Señor Canónigo Agustín Abarca. (Pensamientos sueltos publicados en la "Revista Católica" de Morelia en 1889.)
 - (3) Es una publicación que no dejaremos de recomendar á nuestros lectores, por su lectura sana, variada, amena y profundamente instructiva. Es en España lo que la "Civiltà Cattolica" en Italia, y ojalá se propagara más entre nosotros.
 - (4) "Razón y Fe," número correspondiente á Julio de 1904, pág. 349.
 - (5) Moigno. "Les Splendeurs de la Foi," vol. 1, pág. 137 y siguientes.
 - (6) La misma obra, pág. 174 del referido volumen.
- Otros muchos pecados á sangre fría enumera el sabio escritor, pero en esta nota no mencionaremos más que el de la violación de la ley del Domingo. El buen Jesuíta se indigna contra un pecado cuya causa no encuentra en la pasión, pues el hombre necesita descansar, y en efecto, cita casos de talleres que se cierran los lunes para dar á los trabajadores el natural descanso, Y VIOLAR SIN EMBARGO LA LEY DE LA IGLESIA. "¿Qué significa esto?" ha preguntado. Y se le contesta invariablemente: "La FRANC-MASONERIA LO QUIERE ASI." (La misma obra, vol. 1, pág. 146.) Esto demostrará á los lectores los fines de la sociedad de que nos ocuparemos en seguida.

(7) Recomendamos á nuestros lectores ese discurso magistral, que honra de veras al episcopado francés, y hace pensar que si en cuerpo tan numeroso pueden hallarse algunos de sus miembros (muy pocos sin duda), que no estén á la altura de su puesto, como parece sucede con los Obispos de Dijon y Laval, llamados á Roma últimamente, para dar cuenta de su conducta, hay también algunos, y la mayor parte, que honran verdaderamente la Iglesia de Francia. ("Le Franc-macon: voilà l'ennemi ; Des pauvres, de l'ouvrier, du fonctionnaire, des honnetes gens." París. "Maison de la bonne presse, Discours prononcé á l'Hippodrome de Lille le 22 Novembre 1903 par Monseigneur Delamare, eveque de Périgueux et de Sarlat.")

(8) "El mundo camina á la constitución de un despotismo, el más gigantesco y asolador que hay en la memoria de los hombres. Las vías están preparadas para un tirano, gigantesco, colosal, universal, inmenso." (Donoso Cortés, "Obras Completas," vol. 2, pág. 91.)

El gran escritor tenía razón al creer que se preparaba esa espantosa tiranía; pero la influencia de la Virgen pura ha comenzado á frustrarla y la frustrará enteramente.



X

PÍO IX Y EL DOGMA

- (1) Monseñor Baunard, Rector de la Universidad Católica de Lille, "Un Siécle de l'Eglise de France," pag. 228.
- (2) J. Bainel, S. J., en su magnífico libro "Naturel et Supernaturel," (París, 1903), dice: "Como el dogma de la maternidad divina de María resumía en los primeros siglos las luchas y las victorias de la verdad católica contra todas las herejías que desconocían ó desfiguraban á Cristo, se puede decir que el dogma de la Inmaculada Concepción, resume las luchas y las victorias de la Iglesia contra los grandes errores que en los cuatro últimos siglos han combatido lo sobrenatural para negar ó para falsear su noción."

En seguida ese autor da una noticia bibliográfica muy interesante acerca de las principales obras modernas que tratan de la Concepción de María, y á ella remitimos á las personas que quieran estudiar el asunto con profundidad.

- (3) Louis Veuillot. "Melanges," vol. I, pág. 484.
- (4) "Civiltà Cattolica," vol. 8, año de 1854, pág. 491.—Darras, vol. 41, pág. 382, y otros muchos autores.
- (5) Veuillot. Libro y volumen citados, pág. 477.
- (6) Véase entre otros muchos autores á Darras, vol. 41, pág. 384.
- (7) Veuillot, obra y tomo citados, pág. 477.
- (8) Id., Id., Id., Id., Id., 478.

- (9) Id., Id., Id., Id., Id., 479.
 (10) Id., Id., Id., Id., Id., 479.
 (11) Id., Id., Id., Id., Id., 488.
 (12) Henry Perreyve, "Etude sur l'Immaculée Conception, pág. 68.

(13) Veuillot dice (obra y tomo citados, pág. 489) que una alma devota había visto á Pío IX en la forma de un niño de la mano de Nuestro Señor. He leído en otra parte que el Papa mismo tuvo la visión en sueños, pero que se vió conducido por San José. "Por la Virgen Santísima," creo haber leído en algún otro libro. El símbolo de todos modos es el mismo, y por eso no me ocupo de aclarar detalles.



XI

LA INFALIBILIDAD

- (1) Larousse. Art. "Immaculée Conception, Dictionaire."
 (2) A esos nombres ilustres hay que agregar el del Abate Gerbert y los de toda la redacción de "Le Correspondent," ilustres si los hay, como el conde de balloux. Albert de Broglie, Th. Fuisset, Louis Cornet, Augustín Cochin, y los RR. PP. del Oratorio, Perraud y Largent (Veuillot, "Rome pendant le Concilie," vol. IV de "Melanges," pág. 41) y es evidente que ninguno profesaba las crudas doctrinas galicanas.
 (3) En 1682 la Asamblea del Clero de Francia, reunida por orden del Rey, declaró: Primero.—Que los reyes y los soberanos no están sometidos á ninguna potencia eclesiástica en el orden temporal, y consecuentemente no pueden ser depuestos, ni directa ni indirectamente, por los jefes de la Iglesia, ni sus súbditos dispensados de la obediencia, ni desligados del juramento de fidelidad: Segundo.—Que la plenitud del poder de la Santa Sede en las cosas espirituales, está limitado por los decretos del Concilio de Constanza, estableciendo la superioridad del Concilio sobre el Papa: Tercero.—Que el uso del poder apostólico debe ser regido por los cánones; que las reglas, las costumbres, las constituciones establecidas en el reino, serán mantenidas y que los límites demarcados por nuestros padres permanecerán inquebrantables: Cuarto.—Que el juicio de los soberanos Pontífices en materia de fe y los decretos relativos á las Iglesias (á las na-

cionales) no serán irreformables, á menos que se apoyen en el consentimiento de la Iglesia (la universal.),,

Con razón Voltaire decía que la Asamblea de 1682 establecía en Francia una Iglesia católica, pero no romana. Baunard. "Un Siecle de l'Eglise de France," pág. 28.

(4) Baunard. La misma obra. Id., Id.

(5) Veuillot. "Le Concile," pág. 172.

(6) El derecho canónico establece enorme diferencia entre lo que se llama voto testimonial, que era, por ejemplo, el que tenía el pueblo en los primeros tiempos al elegir Obispo (la institución la hacía el Papa); y el voto autoritativo ó de juicio que, como lo dice la palabra, no consiste en simple indicación ó informe, sino en el ejercicio de perfecto derecho. Véase Cavallari "Inst. jur. canon.," y Couto (Dn. Bernardo) "Discurso acerca de la Constitución de la Iglesia," pág. 48. (Ed. V. Aguiros.)

(7) Véase Darras, vol. 41, pág. 384.

(8) Para no citar autores, nos referiremos á la 4a. de las mismas declaraciones galicanas de 1682, que efectivamente da valor "irreformable" al juicio del Pontífice Romano, cuando se apoya en el de la Iglesia.

(9) Es muy notable que la circular de convocación dirigida á los Obispos, no tenga efectivamente más que el carácter de MERA INVITACION. Darras, "Histoire de l'Eglise," vol. 41, pág. 379.

(10) Id., Id., Id., Id., Id., Id., 380

(11) Id., Id., Id., Id., Id., Id., 383.

(12) Darras. Vol. 42, pág. 249.—El Papa no podía referirse, al decir á los OPOSITORES, "hace pocos años abundabais en nuestro sentir," sino al acto de sumisión á la definición de la Inmaculada.

(13) Ollivier. "l'Eglise et l'Etat au Concile," tom. II, pág. 170.

(14) Veuillot, "Le Concile," pág. 170.

(15) "Salvo Doellniger—dice Darras—no hubo rebeldes." "Histoire de l'Eglise," vol. 42, pág. 255.

(16) 8 de Diciembre de 1869.

(17) Veuillot, "Le Concile," pág. 17.

(18) Id., Id., págs. 185 y 186.

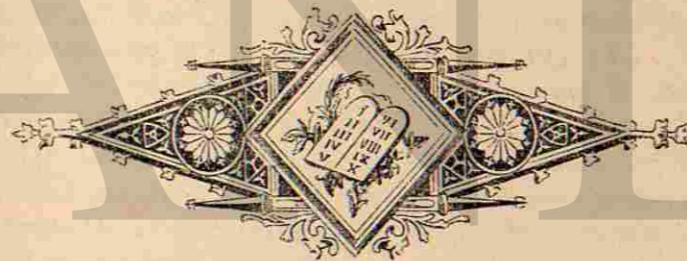
No cerraremos estas notas sin recomendar á nuestros lectores la lectura de la obra de Veuillot acerca del Concilio ("Melanges," vol. IV,) pues los datos ahí abundan y puede asegurarse que son exactísimos, del mismo modo que las

apreciaciones no pueden ser más juiciosas y atinadas sin excepción, algunas veces profundas y siempre informadas en el espíritu católico más puro.

Sólo habrá que tachar al gran escritor algunas intemperancias de lenguaje, como por ejemplo, las censuras al P. Gratty, que no por haber caído en error, era indigno de consideración, mucho más cuando tenía tantos méritos á la estimación de los católicos y sobre todo de Francia.

"De los libros de Monseñor Moret—dice Veuillot—de las "Observaciones" del Sr. Obispo de Orleans, etc, el abate Gratty ha sacado el collar de cascabeles que acaba de poner para diversión y ejemplo del pueblo cristiano." (Obra citada, pág. 203).

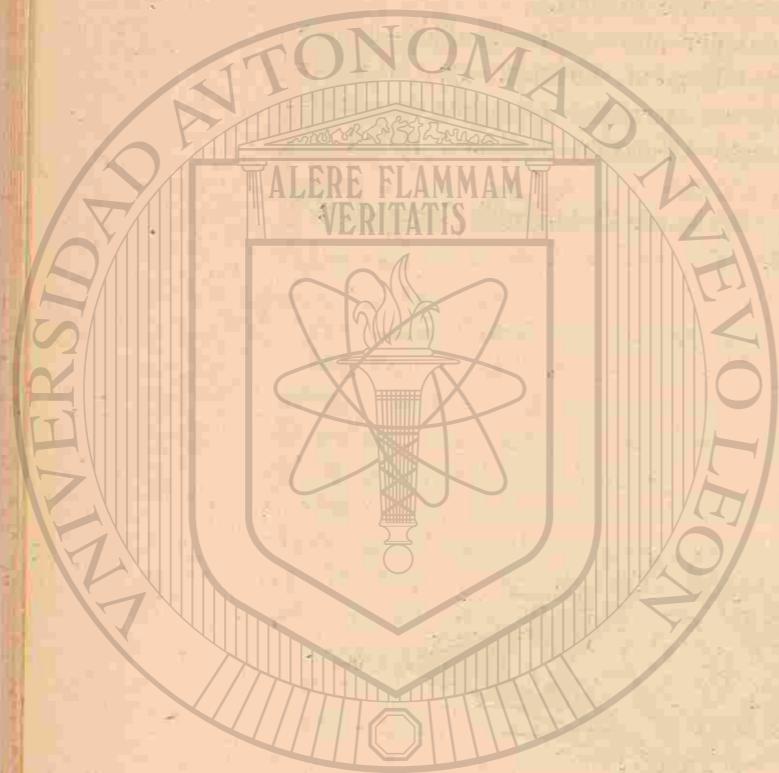
(19) Henri Perreyve. "Etude sur l'Immaculée Conception," escrito en 1855. Pág 66.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





XII

UNA PALABRA ACERCA DE LA ESCOLÁSTICA

(1) Hettinger dice: "el especialista encariñado con el estudio de su predilección, ve casi con desdén las otras ciencias, sobre todo, la filosofía, creyendo que no necesita más que su especialidad. ("Timoteo," pág. 244.)

(2) "No el "positivismo religión," pero sí el "positivismo doctrina," dice—Ollé Laprunne—está ahora en todas partes." (Introducción al libro de Gruber de 1892, pág. IX.)

(3) "History of Philosophy." Homme. tomo II. Conclusión. (Gruber, "Augusto Comte," pág. 10.)

(4) Acabamos de leer lo que ya nos parecía haber descubierto: que Spencer siempre piensa por cuenta propia y no conoce los grandes maestros de la filosofía. ¿Podrá dominar una ciencia quien desprecia la de todos los siglos? (Véase el artículo de "Herbert Spencer et la Philosophie de la Vie" en la "Revue des Deux Mondes," de 15 de Agosto de 1904, pág. 841). Por mucho que piense, quien piensa solo tiene que errar en demasía. "¡Ay de las generaciones solitarias!"—decía Ozanam.—Con mayoría de razón puede decirse lo mismo de los filósofos.

(5) El mismo Leibnitz pudo advertir las consecuencias anti-religiosas que nacen de la teoría de Descartes acerca de que la extensión es esencial á los cuerpos. ("Sistema Theol.," pág. 132, ed. de Lovaina.)

(6) Canónigo Didiot, "Un siecle," pág. 400.

(7) No podré decir en donde leí esto de Balme, pero no me cabe duda haberlo leído. En cuanto á que algunos lo ha-

yan tenido por escolástico, más ó menos franco, véase á Daras, "Histoire de l'Eglise," vol. 40, pág. 500.

(8) La Compañía de Jesús que en el siglo XVI tuvo la gloria de cultivar la filosofía de Santo Tomás con tanto brillo, en el nuestro contribuyó no poco á su restauración. Entre los grandes Jesuitas propagadores de la Escolástica, debemos citar con respeto á Cornoldi y á Cardella que en 1878 dijo en el Colegio Romano, hablando en nombre de sus co-profesores, que él consideraría á Santo Tomás como regla y, por decirlo así, como ley de la enseñanza. (Gómez Izquierdo, "Historia de la filosofía del siglo XIX," pág. 430.)

(9) Didiot, "Un siècle," pág. 401.

(10) Sentimos no poder reproducir, por falta de espacio, los tercetos de bronce del gran poeta florentino relativos á Santo Tomás, pero si el lector quiere ver reunidos los principales de ellos, para ahorrarse el trabajo de buscarlos en la "Divina Comedia," puede verlos en Hettinger. ("Timoteo.")

(11) Según Didiot, ("Un Siècle," pág. 398,) la filosofía de Aristóteles, completamente espiritualizada y cristianizada por la escolástica francesa de la Edad Media, ejerció excelente influencia sobre pensadores como Caro, Martín, etc., aún antes de la encíclica "Aeterni Patris;" pero de ellos creo que podemos decir lo que de Balmes y Lacordaire.

(12) "La filosofía católica abandonando la dirección tradicionalista y ontologista del período anterior, "alentada por la encíclica "Aeterni Patris", emprende la restauración escolástica en dos direcciones: 1a. se limita á exponer y comentar la obra de Santo Tomás: 2a. pretende ampliar la síntesis escolástica con las conclusiones bien establecidas de la ciencia y filosofía contemporáneas (Escuela de Lovaina.)" (Gómez Izquierdo, obra citada, pág. 198.

(13) Didiot, "Un Siècle," pág. 402.

(14) Von Jhering. "Timoteo de Hettinger."

(15) Didiot, "Un Siècle," págs. 405 y 406.

(16) Forbes (R. P.) "L'Eglise Catholique au XIX siècle," pág. 221.

(17) Dice el Sr. Gómez Izquierdo que en Francia no encontró la Encíclica "Aeterni Patris" fermentos de tomismo, y me llama la atención que ningún autor de historia de la filosofía, y lo que es más extraño, ningún biógrafo de Lacordaire (tengo á la vista á Chocarne y á Haussonville) hayan considerado al gran dominico como tomista. Sólo dice Cho-

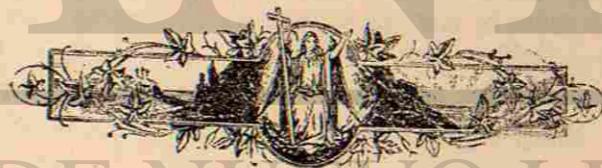
carne que su lectura favorita en alguna época de su vida fué la "Summa."

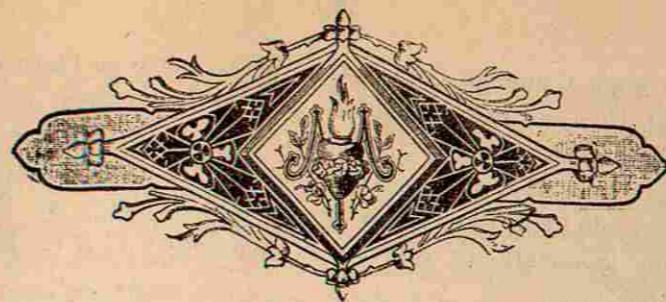
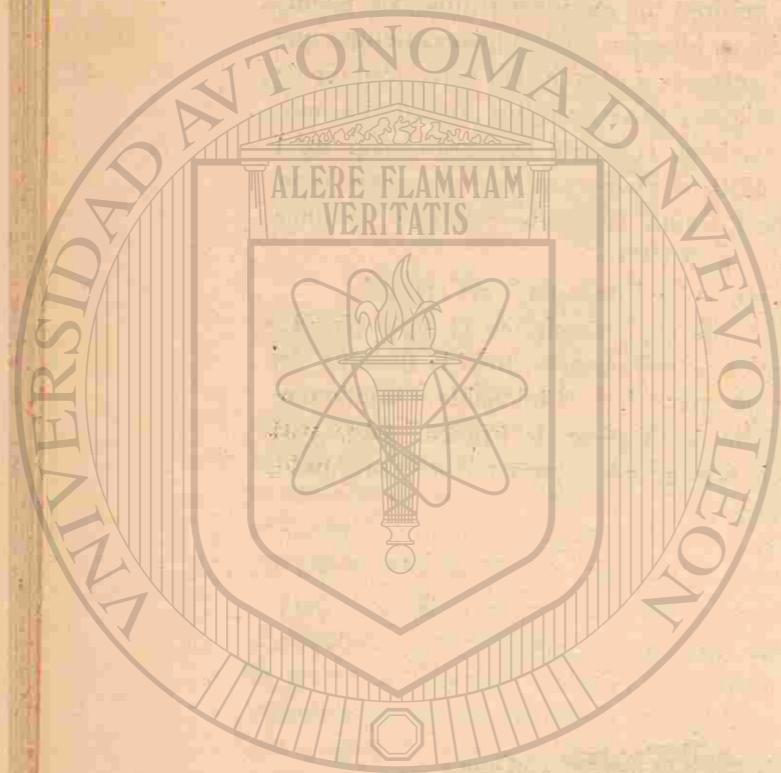
(18) Gómez Izquierdo, pág. 522 de la obra citada. Entre los colaboradores más ilustres de León XIII en la restauración de la escolástica en España, hay que citar á Fr. Zeferino González.

(19) En Alemania, la encíclica "Aeterni Patris" tuvo una resonancia inmensa, y produjo los mejores frutos. Ya Kleutgen, el Jesuita, publicaba su filosofía casi al mismo tiempo que San Severino, es decir, antes de León XIII; pero después de la encíclica el sabio religioso tuvo infinitos imitadores, muchos de ellos Jesuitas también. (Gómez Izquierdo, pág. 497.) Entre los grandes escolásticos modernos hay que citar también al gran profesor de Lovaina, Monseñor Mercier. (Gómez Izquierdo, obra citada, cap. XVIII.)

(20) Balmes, "Historia de la Filosofía," art. Hegel.

(21) Es curioso saber que en Francia, en el siglo pasado, antes de que la escolástica se restaurase, toda la filosofía del clero se encerraba en un manual, "Philosophia Londonensis" (Baunard, "Un Siècle de l'Eglise de France," pág. 359) de donde salió un poco más grande, pero no más profundo, nuestro conocido Bouvier.





XIII

FILOSOFÍA DE SANTO TOMÁS

(1) Véase la Encíclica "Aeterni Patris" de 4 de Agosto de 1899.

(2) "Summa Theologica. Prologus."

(3) El señor Canónigo Don Agustín Abarca, á quien tanto debe el Seminario de Morelia.

(4) Gómez Izquierdo, "Historia de la Filosofía," pág. 563.

(5) Este ejemplo no es mío; lo he oído al señor Lic. D. José T. Guido, antiguo alumno de nuestro Seminario, cuyos conocimientos en filosofía escolástica son notables.

(6) Prisco. "Elementos de Filosofía especulativa." Vol. 2, pág. 154.

(7) Para que el lector pueda tener completa idea del atomismo, insertamos la disertación del señor Abarca, hasta ahora inédita. Ya será mérito para nuestro libro, siquiera el dar á conocer ese trabajo, corto, pero substancioso en demasía.

Ojalá y este ejemplo nuestro sirva de estímulo también, á los que puedan editar las obras que aquel hombre notable dejó escritas y que, aunque pocas, no dejarán de ser en gran manera honrosas para quien las escribió, y útiles para quien las lea.

El señor Canónigo D. Agustín Abarca, nació en Pátzcuaro (Michoacán) en 1843; estudió en nuestro Seminario de Morelia; enseñó en él en diversas épocas, física, teología y literatura; graduóse de Doctor en Teología en la "Minerva" de Roma mereciendo calurosos elogios del gran P. Lepidi, y era Rector del Seminario de Morelia, cuando murió el 9 de Julio de 1891.

El mayor anhelo de su vida, y podemos decir el único, fué el de establecer en el Seminario sólidamente los estudios de filosofía y teología de Santo Tomás.

Disertación acerca de la hipótesis atomística

Señores:

Habiendo llegado (siguiendo el curso de nuestros estudios) al punto en que nuestro guía, el Angélico Doctor, se pregunta si hay acaso en Dios composición de materia y forma, nos pareció, como era natural, que no debíamos pasar adelante sin fijar primero y dilucidar esas trascendentalísimas ideas.

En lo sucesivo debíamos encontrarnos con ellas á cada paso: y la filosofía escolástica gira sobre ellas como sobre sus polos, hasta el grado de que, los unos por desprecio, los otros por admiración, la llaman todos la filosofía de la materia y la forma.

Los tres órdenes reales de seres que se conocen, ella los caracteriza y define por esas ideas primordiales. Los cuerpos son para ella compuestos de materia y forma; los ángeles formas separadas; Dios es la forma pura: por manera que nada en ella se explica ni se entiende sin el conocimiento exacto del valor y significación de esas nociones que la filosofía de la Edad Media tomó de la escuela socrática, y que parecen ser tradicionales en el mundo y tan antiguas como él.

Mas para descifrar y explicar convenientemente esas ideas, es preciso afrontar una gran cuestión: la de la naturaleza y esencia de los cuerpos; cuestión que ha dividido á los filósofos en todas las épocas de la historia de la ciencia, y que parece ser el eterno postulado de todas las filosofías. ¿Qué es un cuerpo? No éste ó aquél, sino en general. ¿Qué es un cuerpo? A esta pregunta debiera responder cada uno como San Agustín cuando trataba del tiempo: "si no me pregun-

tas, lo sé; si me preguntas, lo ignoro;" porque ninguna idea es tan fácil de adquirirse, en apariencia, y tan difícil en la realidad. Desde nuestro nacimiento, los cuerpos nos rodean por todas partes: todos nuestros sentidos nos ponen en comunicación con ellos; y cuando nos alejamos de ese contacto y nos encerramos dentro de nosotros mismos, la propia conciencia nos hace sentir que somos á la vez espíritus y cuerpos. Un hombre rústico se admiraría sobre manera si se le dirigiese esta pregunta: ¿qué es un cuerpo? Sin embargo, los sabios se la han hecho á sí mismos, y apenas si la han podido contestar.

La escuela de Santo Tomás contesta que cuerpo en general es todo compuesto de materia y forma: *Compositus ex materia et forma*. Es decir, es cuerpo todo lo que se compone de estos dos principios. Hay en todo cuerpo, cualquiera que sea su especie, un principio en potencia, otro principio en acto; ó para hablar el lenguaje moderno, un principio activo, otro pasivo. La materia es el elemento pasivo, y lo es tanto, que no puede ni existir siquiera si no está colocado bajo la acción del otro. La forma es el elemento activo, y lo es hasta el punto de que no puede existir si no obra, si no tiene sobre qué obrar. De consiguiente, separados entre sí estos dos elementos, ni son cuerpos, ni tienen existencia alguna; mas apenas se juntan, y dan nacimiento á un cuerpo; á la manera que el oxígeno y el hidrógeno producen lo que no eran antes: el agua. Y si decimos que se juntan, no es porque antes hayan existido, sino porque debieron ser producidos ó criados á la vez, pues de otra manera no podrán existir. Los cuerpos son activos por su forma; pasivos, por su materia. Y como los distinguimos y diferenciamos por sus diversas actividades, decimos que la forma es quien les especifica, quien les reduce á determinadas especies. La plata, es plata; el oro, es oro, por su forma: así como un trozo de estos metales sería un individuo por su materia. La forma es el principio de especificación; la materia, el principio de individuación.

La materia es común; y las formas diversas é innumerables criadas por Dios al principio, y distribuídas á las distintas porciones de materia, determinaron todos los variadísimos cuerpos que pueblan el universo. Las formas pueden trasladarse de unas materias á otras; y bajo el poder omnímodo del Criador, una substancia puede transmutarse en otra, así en su materia como en su forma. Esta conversión

absoluta se llama transubstanciación. Pero aún de potencia ordinaria puede Dios cambiar y permutar las formas de los cuerpos. Ese poder lo ha comunicado á las causas segundas; y muchos cuerpos, sujetos á la acción de ellas, pueden perder su forma y ganar otra, cambiándose substancialmente. Así se explica la generación de los animales; y por el poder de los que llamamos agentes, las combinaciones químicas, cuando son perfectas.

Tal es, simplemente enunciada, la famosa doctrina de la materia y la forma. Cumpliendo con el honrosísimo encargo que he recibido, yo debería exponerla en toda su extensión, y manifestar á la vez sus fundamentos; pero por las dificultades que encierra, en especial para nosotros, me ha parecido que era antes indispensable remover algunos obstáculos, y allanar de esta manera el camino. Porque educados como lo hemos sido en las doctrinas de Descartes, estamos tan lejos, no diré de la aceptación de las doctrinas escolásticas, sino aun de su simple inteligencia, que necesitamos para ella remover nuestras ideas desde su fondo, y renacer científicamente otros hombres. Para entrar con interés en estos estudios, que por su misma abstracción y aridez, y por el recogimiento y meditación que exigen, chocan hasta á nuestro modo de ser y á nuestras costumbres, será preciso dudar, al menos de nuestras antiguas ideas, y poner á discusión hipótesis y teorías que hemos recibido desde niños como principios incontestables. El estudio de ciencias puramente experimentales nos ha acostumbrado á cierta facilidad y llaneza; porque en esas ciencias los sentidos y la imaginación son todo. Al que avalúa los perdidos volúmenes de otras edades, sentimos que sólo en el claustro ó en una existencia tan recogida como la de él, pudieran concebirse y escribirse; mientras nuestros estudios son un viaje recreativo, un simple y desahogado paseo.

De aquí nace en nosotros un desvío profundo hacia doctrinas que requieren para ser comprendidas retraimiento y meditación: y que estemos tan contentos con una ciencia cuyos lauros se recogen como las flores en un jardín. Nuestro deseo quedaría satisfecho si lográramos, como ya se ha intentado, que la misma jurisprudencia y la política, que aún conservan algo de su elevación nativa, se convirtieran en simples ciencias de observación.

Ahora mismo que oíais la exposición de la doctrina de Santo Tomás sobre la materia y la forma, debe haberos ocurrido,

Señores, lo que á todos nos ocurre en casos semejantes. ¿Para qué tanta metafísica para explicar una cosa tan sencilla como es un cuerpo? ¿No lo sabemos hoy todos? ¿No se nos enseñó con el carácter y el acento de la más absoluta seguridad, y de la claridad más perspícua, cómo están constituidos los cuerpos? Un cuerpo es un conjunto de átomos, es decir, de corpúsculos físicamente indivisibles, pero extensos y resistentes. No se hayan estos átomos en contacto los unos con los otros, porque así no podrían explicarse algunos fenómenos de los cuerpos; sino que están á distancias, mantenidos á ellas por fuerzas atractivas y repulsivas: atractivas, pues que no se separan, repulsivas, porque no se juntan. Según unos, en reposo; según otros, en movimiento, forman los átomos agrupaciones ó sistemas que se llaman moléculas, que son las que constituyen los cuerpos químicamente. Una substancia es simple cuando no contiene átomos homogéneos; pero será compuesta, si los tiene de distintas especies.

Los átomos son inalterables: un átomo de oxígeno lo será siempre; y sólo las substancias compuestas pueden cambiar, mudándose su composición. Esto, según unos; según otros, los átomos todos del universo son homogéneos, y sólo á sus diversas colocaciones ú orientaciones debe atribuirse la multiplicidad de substancias. Pero dejando á un lado estas y otras diferencias que pudieran hacerse notar entre los sostenedores de esta doctrina, la esencia del atomismo consiste en suponer que los cuerpos son compuestos de átomos y fuerzas. Corpúsculos dotados de extensión é impenetrabilidad, inertes por sí mismos y colocados bajo la acción de fuerzas que obran á distancias infinitamente pequeñas, este es el atomismo, esta la doctrina que todos aprendimos, y que Descartes y Easendi substituyeron á la de los escolásticos de la materia y la forma.

Esta doctrina de los átomos—se dice—es la moderna; mejor, por consiguiente, que la antigua. Esta doctrina está hoy en posesión de todas las inteligencias, al menos de las que se dedican al estudio de la naturaleza. Ella explica todos los fenómenos, y, por consiguiente, no necesitamos otra, habiendo ésta demostrado, aunque no sea más que por exclusión y por sus efectos y resultados, la falsedad de las demás. A lo cual debe agregarse que, si domina en todas las ciencias naturales, es porque es ella física por excelencia, y no metafísica, como la de los antiguos doctores.

No podemos, pues, pasar adelante en el estudio de la doc-

trina de Santo Tomás, ni mostrar los fundamentos positivos en que puede apoyarse, sin resolver de antemano estas dificultades. Si la hipótesis de los átomos es tan segura como parece, es inútil buscar otra, y ningún interés tiene encontrarla; pero si no es así, si podemos acaso negar todo eso que de ella se afirma, ya podemos buscar con empeño y hasta con avidez la doctrina que deba sustituirla; yo, al contrario, no deseo más que arrojar en vuestros espíritus la duda: que en estas cosas racionales la duda suele ser el camino de la verdad.

En cuanto á que esta filosofía atomista sea nueva en el mundo, ni la recomendaría esa cualidad, ni es verdadera tal aserción. El problema físico, el gran postulado de la esencia y naturaleza de los cuerpos, debió estar presente á los ojos del hombre desde los primeros días del mundo, puesto que es propio de la inteligencia investigar la razón y el sér de todo lo que conoce, y el mundo físico era el primero que conocía el hombre. Ahora bien: para resolver ese urgente problema, no contaba la inteligencia, separada de la revelación primitiva, más que con estos dos elementos: cuerpos ya formados y fuerzas que los mueven. Las fuerzas solas no se pueden imaginar; y el hombre no contaba entonces más que con su imaginación para resolver el problema que se proponía. La imaginación predomina en el hombre primitivo como en el hombre niño, y por eso se ha dicho que la poesía, que es parto exclusivo de la imaginación, es la que ha fundado los pueblos. Pero la imaginación para analizar no sabe hacer más que separar y dividir; y así entre el conjunto de todos los cuerpos que componen el universo, el hombre debió escoger y señalar como elemento de todos, aquellos que le parecían más simples. Para Thales, fundador de la escuela jónica, que vivió 700 años antes de Jesucristo, era el agua el elemento único de todas las cosas. Para Anaxímenes y Diógenes, era el aire; para Heráclio, el fuego. Anaximandro, algo más adelantado en las abstracciones, consideraba esa materia primitiva como algo distinto de los cuatro elementos; mientras que para Empédocles esos mismos cuatro elementos eran el elemento primero.

Después de segregar los cuerpos, buscando lo más simple y elemental, sigue como un adelanto en el método, el dividir cada uno de esos mismos cuerpos para buscar en sus entrañas aquello que le constituye. Pero como sólo los cuerpos son perceptibles á la imaginación, y es tan difícil al hombre le-

vantarse sobre ella, no quedaban más que corpúsculos para explicar los cuerpos. Los primeros representantes de esta filosofía, fueron Leucipo y Demócrito, menos de un siglo posteriores á la escuela anterior, y ellos fueron los fundadores del atomismo. Doscientos años después lo resucitó Epicúreo, que fué quien le dió su forma más concreta, y en cuyas ideas parece verse ya algo de las últimas doctrinas adoptadas acerca de la transformación del movimiento. Hay que decir, sin embargo, que la generalidad de los modernos que han recibido su hipótesis atomística en lo substancial, no han aceptado sus errores morales ni su grosero materialismo.

Desde el establecimiento del Cristianismo hasta fines de la Edad Media, prevalecieron por completo casi las doctrinas de Aristóteles. Sólo los filósofos árabes que mantenían con ardor las doctrinas del Alcorán, valiéndose más de la filosofía oriental que de la griega, se pronunciaron por el atomismo; mas es un hecho digno de notarse—dice el P. Cleutgen—que no encontremos en ese largo período, partidarios del atomismo sino fuera de la Iglesia, y entre los adversarios entonces más terribles del nombre cristiano.

Esto es, Señores, cuanto puede decirse de la pretendida novedad del atomismo. En el siglo XVI fué introducido de nuevo en las escuelas y sostenido con un calor que hasta entonces no había merecido, por Bacon de Verulamio, Gassendi y Descartes, quienes á vuelta de algunas diferencias pequeñas, enseñaron lo mismo: átomos, espacio en que se verifique el movimiento y fuerzas que le produzcan.

De entonces acá ha reinado como único en la ciencia; pero, es preciso decirlo desde luego: ha reinado entre los físicos, no entre los metafísicos; entre los experimentalistas, no entre los filósofos. Apenas nacido en su última época, el gran Leibnitz se levantaba contra él. “Habiendo estudiado—dice—y no de un modo superficial, las matemáticas, la mecánica y la física experimental, confesamos que nos vemos obligados á abrazar los dogmas de la filosofía antigua. La esencia de los cuerpos consiste en la materia y en la forma substancial; esto es, en un principio activo y en un principio pasivo; porque toda substancia corpórea tiene como propio el obrar y el padecer. Agere et pati.” “Y—continúa diciendo el gran filósofo—si expusiéramos aquí nuestras meditaciones sobre este asunto, verían los que se dejan seducir por las prevenciones de su imaginación, que nuestros conceptos no son tan conformes como lo dan á entender los que á manera de niños

hacen la guerra é insultan á Platón, Aristóteles y al divino Tomás." (Sixtra. Theo.)

Kant tampoco acepta el atomismo. Para él los cuerpos son pura y sencillamente fuerzas que, obrando sobre nosotros, nos causan las impresiones que llamamos sensaciones; pero la substancia misma de los cuerpos, como toda realidad externa, según el filósofo de Koenisberg, es inaccesible á nuestro entendimiento. Y aunque Kant no nos diga aquí como en todo lo demás lo que debemos tener por cierto, sino únicamente lo que debemos pensar, nos enseña, sin embargo, cómo las leyes de nuestra inteligencia nos obligan á concebir la naturaleza. Las ideas de Kant han prevalecido de hecho en la nueva filosofía de la naturaleza, siendo ya una tesis generalmente admitida en nuestros días, que no puede considerarse la naturaleza como una masa inerte, dividida y puesta en movimiento por fuerzas que vengan de fuera, sino que están en los mismos cuerpos, ó mejor dicho, que son los mismos cuerpos. Estos físicos últimos, sostenedores de la teoría dinámica contra la teoría mecánica, ya no hablan para nada de átomos, sino únicamente de fuerzas y de leyes.

Hegel, el gran pensador, que según Fr. Zeferino González, pudo ser, bajo otros principios, el Santo Tomás del Siglo XIX, explica como sigue la generación de la materia. La Idea ó el Absoluto, empequeñeciéndose á sí mismo, perdió algo en la perfección de su sér, y, por consiguiente, de su unidad: entonces se dividió, se fraccionó y se dilató. La consideración de este fraccionamiento y dilatación, produce en nosotros la idea del espacio puro. Toda idea trae consigo su opuesta, y la idea opuesta al espacio es el punto, negación del espacio y determinación suya, como quiera que por el punto se determinan las superficies y las líneas. Los puntos, excluyéndose unos á otros, constituyen la sucesión, y, por consiguiente, el tiempo. Tenemos, pues, ya tres ideas: el espacio, el punto, el tiempo: estas tres ideas engendran una cuarta: el movimiento. El movimiento es la síntesis del espacio y del tiempo; es ya una realidad que se manifiesta ó aparece, y él es el que constituye la materia. Toda materia está en movimiento, porque es movimiento.

Todas estas teorías, falsas como son, nos dicen sin embargo, dos cosas: primera, que el sistema de los átomos relegado á lo sumo á los filósofos de segundo orden, es visto como insuficiente y mezquino por los primeros filósofos de estos tiempos; segunda, que todos esos sabios, esos genios esclareci-

dos, convienen en un punto fundamental con el genio de la Edad Media, con Santo Tomás, es á saber, que la Metafísica es el fondo de la Física, que lo visible se explica por lo invisible, y que lo que vemos ó imaginamos, brota de lo que ni vemos ni imaginamos, sino que tan solamente entendemos.

Pero el atomismo ¿explica al menos los fenómenos de los cuerpos? Porque si así fuese, le podríamos ya conceder, no digamos la verdad, pero al menos la verosimilitud. Y no trato de fenómenos pequeños, de hechos de pormenor, muchos de los cuales hay que confesar que los explica ó los describe con tal facilidad y claridad, que ellos mismos le hacen sospechoso, pues que no encuentran dificultades donde el sentido común dice muchas veces que debe haberlas. Pero no tratemos de estos, sino de aquellos grandes fenómenos, ó más bien, de aquellos hechos generales que, naciendo inmediatamente en esencia de los cuerpos, sirven para caracterizarlos, si no para definirlos. ¿Cómo explica el atomismo la constitución interior de los cuerpos? ¿Cómo su extensión? ¿Cómo su impenetrabilidad? ¿Cómo su divisibilidad? ¿Cómo, por último, la diversidad de substancias, siempre las mismas, y jamás comprendidas las unas con las otras?

Admiran ciertamente en el Padre Sechi, como en otros, los esfuerzos sublimes de la imaginación, para explicar la constitución interior de las substancias corpóreas. Es aquello una pequeña astronomía, no inferior á la otra en exactitud ni en elevación. Pero, en fin, todo ello va fundado, señores, en una de dos hipótesis, ambas insostenibles; ó los átomos se atraen y se repelen á distancia, ó hay entre ellos un medio, un vehículo que trasmite el movimiento del uno al otro. Lo primero ni se admite ya, ni podría admitirse, porque la acción á distancia, "actio in distans," es de todo punto imposible, por la perentoria razón de que una causa no puede obrar donde no está. Ni vale invocar la atracción universal que hoy se admite, porque Newton, su fundador, no dijo que los cuerpos se atrajesen realmente, sino que los fenómenos del mundo, pasan como si los cuerpos se atrajesen. De manera que, la fuerza de atracción no es una fuerza real, sino sólo una fuerza de demostración, como todos los resultantes de un sistema de fuerzas.

Obligados por esta necesidad, los físicos han ideado un cuerpo sutilísimo, el éter, extendido y difundido por todo el

espacio, y llevando las distancias entre los astros del cielo, y entre las últimas partículas de los cuerpos. Trasmitiendo el éter el movimiento de unos átomos á otros, es claro, que se salva la dificultad que nace de la acción á distancia. Los átomos entonces están en contacto, no inmediato en verdad, sino mediante el éter. Pero el éter ¿es acaso un cuerpo de diferente naturaleza que los demás? ¿ó tiene también átomos? ¿Y qué otro éter sutilísimo imaginaremos para llenar aquellas distancias?

Los cuerpos son extensos, ocupan una porción del espacio, ó para valernos de ideas y expresiones escolásticas, tienen partes distintas, colocadas las unas fuera de las otras. Tampoco este hecho generalísimo lo puede explicar el atomismo. Descartes sostuvo que la extensión era toda la esencia de los cuerpos: que entre átomo y átomo había una distancia, una extensión, y los átomos resultaban en contacto inmediato, y los cuerpos serían continuos. Los atomistas de la escuela dinámica, sostienen que los átomos son inextensos, y que las distancias entre ellos, son la causa de que los cuerpos nos parezcan extensos: lo cual no explica, sino que simplemente niega la extensión. Los atomistas de la escuela mecánica, afirman que los átomos son de suyo extensos: lo cual no explica sino que supone la extensión. Nada nuevo se nos dice entonces: como nada se diría á quien preguntando por qué el trigo amontonado es amarillo, se le contestaría que es porque cada grano tiene ese color.

Lo mismo decimos de la impenetrabilidad. Los cuerpos se excluyen en el mismo lugar y al mismo tiempo, porque los átomos se excluyen. Es decir, la cualidad del todo se explica abtruyéndola á las partes; la del cuerpo, afirmándola de los corpúsculos. En todo esto no hace el atomismo más que retirar la dificultad en vez de deshacerla; y el mundo así explicado hace el efecto de un teatro, en que las decoraciones se cambian por otras que estuvieran detrás, y éstas por otras más anteriores, sin poner á esto más límite que la pequeñez de las últimas, y el cansancio producido por la repetición de los mismos resultados.

Algo peor pasa con la divisibilidad. La de los cuerpos se niega en atomismo, ó se reduce á lo más á puras apariencias; la de los átomos, se niega sin razón ninguna. Solamente se divide lo que es uno, y en el atomismo los cuerpos no son unos aunque lo parecen. Sus partes no sólo son distintas y separables, sino que están de hecho separadas; y

lo único que puede hacerse es aumetar la distancia que ya de antemano existe entre ellos. Es decir, los cuerpos son aparentemente unos, y aparentemente divisibles.

En cuanto á los átomos, así se llaman precisamente porque son divisibles. Pero si está demostrado por los procedimientos matemáticos, que un espacio cualquiera puede dividirse hasta el infinito, ¿por qué no lo ha de ser el átomo que ocupa el espacio? ¿Por qué no se puede afirmar del cuerpo físico lo que se afirma del cuerpo matemático? Si resiste á las fuerzas naturales ¿resistirá también á las del Criador? Esta cuestión es, señores, altamente trascendental, y toda ella se reduce á esta duda: ¿por qué el espacio es divisible hasta el infinito, y el cuerpo, ocupando el mismo espacio, no lo es? Kant elude la respuesta; Santo Tomás la da; el atomismo, ni se hace la pregunta, ni sabe responderla.

Y las substancias tan varias que pueblan el universo ¿en qué se distinguen las unas de las otras? ¿Por qué el oro no es plata? ¿Solamente por el color y el peso? ¿No son estos accidentes puros que no determinan una diferencia esencial? Si no hay en ellos más que átomos y fuerzas ¿tendremos que decir, que el oro es oro porque sus átomos son de ese metal? ¿Nada más tendría que decir la ciencia? Lo mismo podríamos preguntar de todos los cuerpos simples, ya que de ellos no se puede contestar en el análisis. O si decimos con una fracción de la escuela atómica que todos los átomos son iguales, homogéneos, y que sólo á sus diversas orientaciones se debe la variedad de substancias, ¿podremos creer que no hay entre substancias tan diversas, otra diferencia que la colocación de sus partes? ¿Qué el aire y el platino tienen los mismos átomos, y qué un simple cambio de postura en ellos puede convertir un cuerpo en el otro?

Mas esta hipótesis (que no debemos olvidar que no es otra cosa) no solamente choca al sentido común, sino que también á la razón contradice. Según ella, no hay en realidad más substancias que los átomos, y todos los cuerpos no son otra cosa que agregaciones de ellos, que átomos agrupados, amontonados por las fuerzas ciegas que se llaman cohesión y afinidad. El número de los átomos que contuviera un cuerpo cualquiera, debería ser superior con mucho á cuantos números conocemos. ¡A cuántas combinaciones no podríamos dar lugar! ¡Cuántas substancias nuevas aparecerían todos los días! Y sin embargo, las especies de los cuerpos no

umentan ni disminuyen: se descubren acaso cuerpos desconocidos, pero á nadie le ocurre que sean nuevos. Entre los compuestos, podrá haber nuevos, si queremos apurar la dificultad; pero cuerpos simples nuevos; quién podrá afirmar que los haya?

Esta dificultad no ha de ser de poca importancia, pues que ha preocupado entre otros á los filósofos alemanes. Kant para resolverla ha admitido las fuerzas que llama plásticas; es decir, fuerzas que no pueden dar á cada porción de átomos más que una manera de ser. Cada cuerpo, considerado químicamente tendría su fuerza especial: el oro la suya, otra distinta la plata, y así todos los demás. Esta concepción del filósofo de la razón pura, á la vez que revela su genio, es un gran paso hacia la verdad. Yo no sé si Kant aceptaría todas las consecuencias de ella; pero, en efecto, el límite de producción en la naturaleza, no pudiendo ponerse en la materia, ha de colocarse en las fuerzas que la rijen. Si cada especie corpórea tiene su fuerza propia, si esta fuerza ha de formar siempre determinado cuerpo obrando sobre la materia común, esta materia considerada en sí no será ningún cuerpo, sino algo que no tiene especie, precisamente porque está dispuesta á ser todas. Si esto es así, si esta fuerza da á cada cuerpo su especie, ha de formar no sólo el cuerpo, sino también los átomos, para darles á ellos la especie del cuerpo. Si da esta fuerza á cada cuerpo su modo de ser, le da también el sér, una vez que no podría existir ese cuerpo si no se le determinaba el modo, y que un sér indeterminado no puede existir. Si le da el sér, le da todas las actividades así físicas como químicas. Si le da todo esto, Kant diría la verdad, pero Kant sería entonces escolástico, porque esa es la doctrina de Santo Tomás. Esa fuerza es la forma substancial; y esa materia, la materia prima de Sócrates, de Aristóteles, de San Agustín, de Alberto el Grande, de Rogerio Bacon, de los filósofos más grandes, y de los teólogos más profundos. Esa doctrina la enseñaba Aristóteles á Alejandro el Grande á las orillas del Strimón; esa doctrina era la primera que encontraba Agustín recién convertido, en sus comunicaciones con Dios; Alberto el Grande la enseñaba después á Tomás, más grande que él; y con ella Rogerio Bacon se adelantaba siglos á los descubrimientos de hoy, y era tan hábil en la ciencia experimental, que pasaba por hechicero entre el vulgo de su tiempo.

Razón y mucha se tiene para afirmar que la doctrina del

atomismo no es metafísica sino puramente física; pero en eso cabalmente está su principal defecto. Ninguna ciencia, dicen los lógicos, define su objeto: es decir, aunque cuenta con la definición ya hecha, y de ella debe partir; pero es preciso que la tome de otra ciencia superior. La definición de un objeto es toda la ciencia que trata de él, y en ella se halla encerrada, de manera que esa definición no puede salir de esa ciencia misma, sino de otra que tenga un objeto más vasto en donde esté comprendido aquél. Todo esto es, señores, fácil de concebir, y por eso afirmamos con toda seguridad que la definición de cuerpo encierra toda la Física, y que, lejos de estar ella encerrada en esa ciencia, la abraza toda y la comprende. Luego dar la definición de cuerpo corresponde á la Metafísica, y usar de ella como de una fuente ó principio, á la Física, á la ciencia de los cuerpos. Por eso Aristóteles define al cuerpo en la Metafísica; Kant, al explicar la naturaleza de ellos, es metafísico; Hegel es metafísico, Hunter es metafísico; todos los filósofos tratan metafísicamente de los cuerpos cuando explican su naturaleza, esto es, cuando les definen.

Ni podía ser de otra manera, cuando los elementos de los cuerpos no son cuerpos. Los elementos de un cuerpo determinado, de éste ó del otro, podrían ser otros cuerpos; pero del cuerpo en general; cómo han de ser cuerpos? Si buscamos los elementos del agua, buscamos dos cosas al menos, que separadas no sean agua; que juntas, lo sean. Si buscamos los elementos del cuerpo, buscamos dos cosas que separadas, no sean cuerpo; que juntas, lo sean. ¿No sería una redundancia y un desatino decir que el agua se compone de agua? Pues lo mismo es decir que el cuerpo en general se compone de cuerpos, pues los elementos de una cosa deben ser distintos de ella. Luego de esos elementos no puede tratar la Física, sino otra ciencia que trate de lo que no es cuerpo, es decir, la Metafísica. De donde se infiere que la hipótesis de los átomos, podrá ser tan ingeniosa como se quiera; estará al alcance de mayor número de talentos; será amena y hasta graciosa; pero no explicará á la inteligencia la esencia de los cuerpos, ni podrá dar de ellos una definición que en Filosofía merezca tal nombre.

Si estos raciocinios han producido en vosotros una convicción, ó al menos una duda, yo no aspiraba, señores, á más; y me sentiré satisfecho si he logrado abrir en alguna inteligencia, no diré surcos luminosos, sino abismos de obscuridad.

para que se colmen y se iluminen después. Si vosotros decís que esto es destruir y no edificar, y me preguntáis cuál es la doctrina que debe substituir á esta que acabo de combatir, yo os diré sin vacilar que la doctrina de Santo Tomás. Pero ¿cuál es? ¿en qué consiste? ¿cuáles son sus fundamentos? ¿cómo explica los grandes fenómenos de la naturaleza? ¿cómo zanja las dificultades que toda doctrina sobre los cuerpos ha de encontrar sin duda? No es esta ocasión de contestar á tantas y tan graves preguntas: y si he de decir la verdad, no me siento capaz de aventurar la respuesta. Pero nosotros vamos, con la ayuda de Dios, á continuar estos estudios, no solamente por nosotros, sino en la esperanza de que esas verdades nuevas por antiguas descendan poco á poco á esa juventud que ha de regenerar al mundo con ellas, como lo presente y pronostica el gran León XIII: y yo os cito desde ahora, señores, para otra vez en que, esperando un éxito tan lisonero como el presente, pongamos á prueba vuestra benevolencia hacia nosotros.

Las cuestiones que tratamos son difíciles y peligrosas. Inocentes á primera vista, y puramente especulativas, comprometen acaso en sus resoluciones los grandes principios del Estado, y hasta los dogmas sagrados de la Religión. Por eso los antiguos no las estudiaban sino bajo la tutela de un maestro que fortaleciese la certidumbre con la veneración que inspiraba, y no dejase sola el alma con el peso de tan grandes cosas. Aristóteles las aprendió de Platón, Platón las escuchó á Sócrates; y así esas grandes concepciones al nacer en sus almas, tímidas y vacilantes, se hallaban abrigadas con un calor paternal, y como en el seno de una madre. Nuestro gran maestro es Santo Tomás. El Pontífice le llamó para que salvase y dirigiese á las generaciones en la navegación hoy no tranquila, sino tormentosa de las ciencias, y él vino, porque no es desconocido en el cielo, ni empaña en nada la gloria de los escogidos, la obediencia de la caridad. El es, pues, nuestro maestro: y somos más dichosos que aquellos antiguos, porque los sabios no más, se apagan al morir como antorchas, y los Doctores santos se convierten en astros que brillan perpétuamente: viven, y no sólo se consultan sus libros, sino que podemos hablarles y pedirles sus inspiraciones. El aprendió sin fraude, y enseña sin envidia. Para no engañarse, cuenta con una fe como la de Abraham, y con la inteligencia como la de un ángel; y para que se tuviera confianza en él, le dió Dios una sencillez

que venciera al candor de los niños, y quitáse de su boca todo engaño. A él nos empeñamos en seguir, á él veneramos, á él amamos. Siguiéndole, nos extraviarnos por nuestra flaqueza, y oyéndole, no le entendemos; pero nuestros deseos é intenciones nadie podrá culparlas, y siempre serán buenas; que esta ventaja lleva á la inteligencia el amor: que aquella se equivoca á las veces, y el amor nunca se engaña.

He dicho.

AGUSTIN ABARCA.

(8) El abate de Broglie en su famosa obra contra el positivismo, trata este punto de modo admirable.

Cree que en substancia la teoría de materia y forma de Aristóteles, se acuerda con los adelantos de la ciencia moderna, y después de demostrarlo perfectamente (sentimos no poder dar cabida á su demostración) concluye con estas palabras: "La idea primera de Aristóteles, cierta en sí misma, pero no completa, como todas las ideas del buen sentido, habría adquirido, pues, á causa de los progresos de la ciencia, un perfeccionamiento. A la idea de simple división en dos elementos, sucederá composición jerárquica de la materia, en átomos y fuerza viva primero, y después, en otra división de los mismos átomos en materia primera y forma primera." ("Le Positivisme et la Science Experimental, vol. 2, pág. 388). Como se ve la doctrina de Aristóteles quedó en pie enteramente, porque ella solo enseña "la esencia de los cuerpos," y no su evolución y desarrollo, y asombra cómo pudo aquel genio penetrar tan profundamente la naturaleza cóporea.

(9) Hemos expuesto cuanto decimos acerca de Santo Tomás, sin seguir texto determinado, limitándonos á expresar las doctrinas como las entendemos y como creemos puedan entenderlas los que sólo tengan elementos de filosofía; pero si quieren nuestros lectores conocer exposición mejor, por lo más completa y profunda, sin recurrir á autores de más difícil estudio, como Zigliara, Kleutgen, Mancini, etc., pueden leer los capítulos que dedicó Hettinger al Angel de las Escuelas en su libro "Timoteo, cartas á un joven teólogo," edición castellana de Herder, Friburgo, 1901.

(10) Así llama Santo Tomás al "entendimiento agente." Zigliara, "Philosophia."

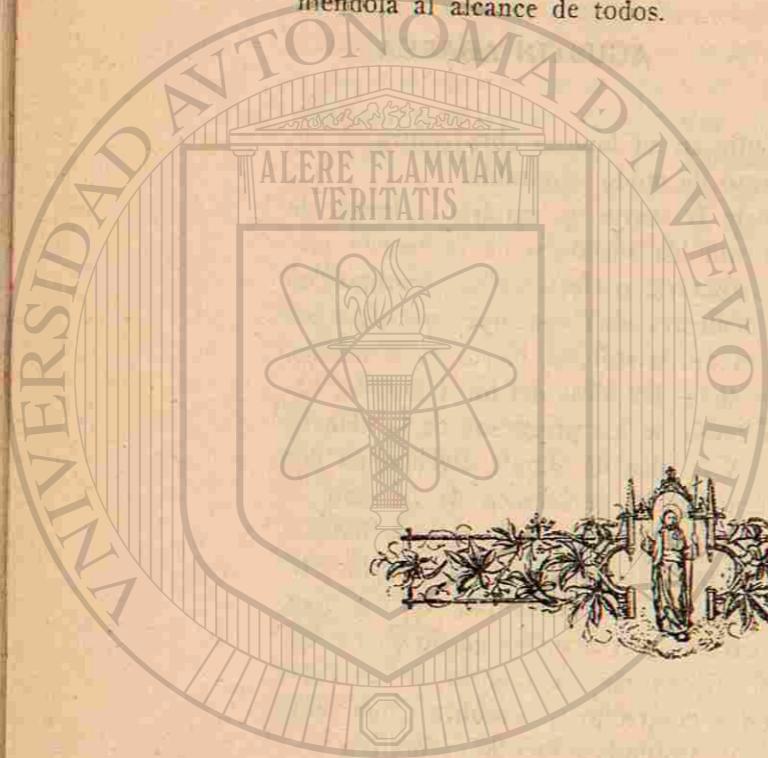
(11) "Summa Theologica, prima pars, q. II, art. II.

(12) Id. Id.

(13) Id. Id.

(14) Para no remitir al lector á las obras del Santo, que difícilmente consultaría, le recomendamos la refutación que hace Hettinger del panteísmo, según el Angélico Doctor. ("Timoteo," págs. 202 á 208).

De esas admirables doctrinas entresacamos la nuestra, poniéndola al alcance de todos.



XIV

LOS AUXILIARES DE LA IGLESIA

(1) "Chateaubriand fué vivamente atacado por el abate Morellet; el libro del Papa desconcertó de pronto á los teólogos con sus nuevos puntos de vista; el "Ensayo" de Donoso Cortés hubiera caído quizá á los golpes del Abate Gaduel, si el gran español no hubiera sometido su obra al juicio del Papa; Augusto Nicolás corrió peligro de figurar en el "Índice." (Bainvel S. J., "Un Siécle," pág. 831). Sigue el sabio jesuíta demostrando lo difícil que es para un lego tratar cuestiones teológicas, porque la verdad está generalmente entre dos errores, y los teólogos improvisados, ya son Baius ó Pelagios, alternativamente. Sin embargo, no condena el laicismo; sólo marca sus peligros, pues puede prestar—dice—grandes servicios á la verdad. ("Un Siécle," pág. 831).

(2) El Dante sin duda fué un apóstol seglar, y ninguno más grande que él; pero en aquellos tiempos poco podían servir los legos á la Iglesia con la pluma, porque la instrucción estaba poco difundida fuera del clero.

(3) Ollé Laprunne. "Vitalité Chetiéne," pág. 12.

(4) Véase la "nota" (10) del capítulo "Precedentes de la declaración."

(5) No insertamos la parte del artículo del sabio Jesuíta Bainvel, consagrada á los laicos, porque es muy extensa, pero daremos á conocer en substancia algunas de sus ideas: "conocen mejor que el sacerdote, no la verdad, sino el público, y mientras el teólogo de profesión se familiariza con la doctrina, el seglar siente más su belleza y puede mostrarla

mejor. El lego ve más de cerca las tempestades y los naufragios; anhela más la seguridad del puerto; puede comparar mejor, hasta prácticamente, la fe con la incredulidad y esa comparación lo conmueve, lo inspira y le hace decir al mundo lo que el contemplativo sólo diría al cielo. En fin, como descubre luego por sí mismo lo que el teólogo ha recorrido muchas veces por senderos trillados, da á su exposición algo más humano y vivo, sello de originalidad que más atrae y seduce al mundo." "Un Siécle, art. Le Dogme et la pensée Catholique," págs. 830 y 831.

(6) Los legos también han tomado parte en grandes obras sociales y de caridad, y pueden citarse muchísimos; pero sólo recordaremos las "Conferencias" de Ozanam y los "Círculos Católicos" del Conde de Mun.

(7) En ellos figuraron hombres de la talla de Ozanam, Lacordaire, Dupanloup y Veuillot.

(8) De Maistre, "Du Pape" lib. 10., pág. 361, ed. de Louis Vives, 1888.

(9) Ollé Laprunne. La Vitalité Chrétiénne, pág. 14.

(10) Bainvel. (Obra citada, pág. 832).

(11) No cabe duda que el gran dominico influyó sobre los que le rodeaban de un modo extraordinario, y en cada uno de los escritores que mencionamos (quizá sea preocupación) nos parece descubrir tintes de aquella luz tranquila y clara de singulares fulgores que brotaba del talento del insigne orador.

(12) Fué grande hombre de Estado y obtuvo en favor de la enseñanza católica una ley que desgraciadamente ha caído.

(13) Léase la vida de este grande hombre, escrita por Kathleen O'Meara, una de las mejores biografías que conozco. (París, "Didier et Perrin et Cie. 1892).

(14) Sofía Soymanoff fué Madame Suedchine, noble señora rusa, grande amiga y aun consejera de Lacordaire, que también influyó sobre ella intelectualmente. Parece á exageración, pero creo que se puede llamar á esa gran mujer, de virtud y ciencia sublimes, la Santa Teresa del siglo XIX. Corren algunas de sus obras en castellano, entre las que citaremos "La Vejez y la Resignación."

(15) Todos los oradores de Nuestra Señora de París y muchos otros, sin duda que han seguido, con más ó menos brillo, las huellas de Lacordaire.

(16) Ollé Laprunne, obra citada, pág. 24.

(17) La imitación del "sistema" de conferencias, si no inventado, sí ilustrado por Lacordaire, ha dado lugar á abusos que León XIII trató de corregir, pero esto no quita mérito alguno al orador.

(18) Véase la nota 17 del cap. "Una palabra acerca de la Escolástica."

(19) Ollé Leprunne, la misma obra, página 544.

(20) La misma página y siguientes de la obra anterior.

(21) Entiendo que de 1842 hasta su muerte (1883).

(22) Ollé Laprunne, la misma obra, pág. 48.

(23) "¡Qué hermosa reunión—dice Ollé Laprunne—(La Vitalité, págs. 48 y 49). Montalabert, Lecordaire, Falloux, Champigny, Armand de Melún, Foisset, el confidente, más tarde el historiador de Lacordaire, sabio, moderado, clarividente y de profunda piedad; Gratry, y el amigo de éste y de Lacordaire, Enrique Perreyve, tan fuerte y tan dulce; Agustín Cochin, alma tan cristiana, espíritu tan claro, carácter tan noble, etc., etc."

(24) Esa prudencia de la Santa Sede que nunca la hace traspasar los límites debidos ni dejar de llegar á ellos, es realmente asombrosa y ha sido reconocida por muchos impíos.

(25) Véase el hermoso paralelo que de Dupanloup y Veuillot hace Ollé Laprunne. (La Vitalité Chrétiénne, págs. 56 y 57.

(26) Lo que luchó Veuillot en favor de la infalibilidad, puede verse en el tomo IV "des Melanges," ed. de 1876, dedicado á historiar el concilio en el exterior.

No cerramos estas notas con respecto á Veuillot sin recomendar á los lectores el juicio de ese hombre incomparable hecho por Drumont, ("Les Treteaux du Succés," pág. 101) y el de Favernier, (art. "La Presse," de "Un Siécle," págs. 101 y siguientes), juicios que insertaríamos gustosos si nos fuera posible.

(27) Donoso Cortés "La Prusia en 1849." (Obras completas, t. II. p. 15).

(28) Id. Id. Id. Tomo II, pág. 90.

(29) Donoso Cortés. Carta de 24 de Mayo de 1852, vol. II, pág. 622.

(30) Baunard. "La Foi et ses Victoires," vol. 10.—"Vida de Donoso Cortés."

(31) Baunard. "Donoso Cortés," pág. 258. Esto mismo había observado Chateaubriand en el "Genio del Cristianis-

mo:” “Conocerá mejor los hombres—decía—quien haya meditado sobre los designios de la Providencia. Pongamos la eternidad como fondo de la historia del tiempo.” 3a. parte, lib. 30.

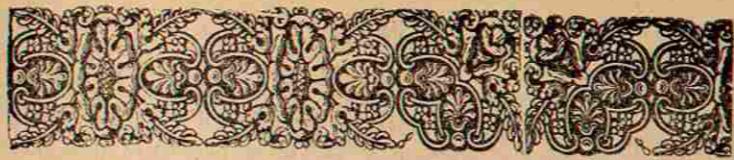
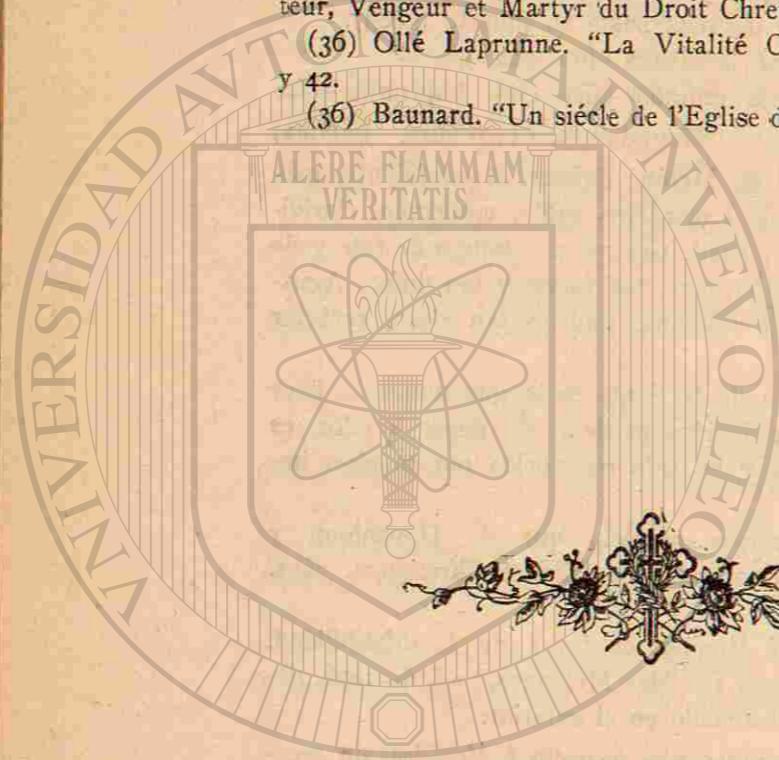
(32) Baunard. “La Foi et ses Victoires,” pág. 270.

(33) Id. Id. Id. Id.

(34) Todo lo relativo á García Moreno, está tomado de la obra del P. Berthe. (“García Moreno President de l’Equateur, Vengeur et Martyr du Droit Chretien”).

(35) Ollé Laprunne. “La Vitalité Chretienne.” págs. 41 y 42.

(36) Baunard. “Un siècle de l’Eglise de France.”



XV

LOS AUXILIARES DE LA FE EN MEXICO

(1) Nació el Sr. Couto en Orizaba el 29 de Diciembre de 1803, y murió el 11 de Noviembre de 1862.

(2) En el siguiente trozo, por cierto bellísimo á causa principalmente del elogio de la razón, encontramos el sabor tradicionalista de que hablamos en el texto, y en verdad que al decirlo no queremos rebajar el mérito del escritor, pues el tradicionalismo no estaba condenado, al menos tan formalmente como después. ¿Qué mucho que hubiera incurrido nuestro sabio en ese error en que cayeron Bonald y De Maistre? El señor Couto dice:

“La razón es, sin duda, el más bello constitutivo de nuestro sér, la ejecutoria de nuestra hidalguía, el primer elemento de poder que Dios nos ha dado, y el título de nuestro señorío en la tierra. ¿Pero qué es la razón? Destinada, según parece, á mostrarnos la verdad y guiar nuestros pasos en los caminos de la vida; guía fiel y aun oficiosa y diligente en cierto género de conocimientos, luego que la interrogamos sobre otras verdades, y deseamos saber de ella qué somos, de dónde venimos, adónde vamos, cuál es la verdadera regla de nuestras acciones, y cuál la razón de esa regla; en fin, luego que le pedimos alguna solución sobre las cuestiones de la alta filosofía; ó calla cuitadamente, ó no sabe presentarnos más que dudas, obscuridad y confusión. El célebre Bayle se aplicaba á sí propio el dictado que alguna vez da Homero á Júpiter: “junta-nubes,” el que condensa

las nieblas: Bayle no era sino la personificación de la razón, dejada á sí mismo, en la materia de que vamos hablando. Hoy, como hace dieciocho siglos, repite la pregunta que hacía Pilato á Jesucristo: ¿qué es la verdad?, y su último y más noble esfuerzo es llegar á reconocer su propia impotencia, y aguardar con sumisión la luz de lo alto. A este punto se elevó Sócrates, el más recto entendimiento de la antigüedad, cuando decía á sus discípulos que era necesario esperar á que alguno bajase á enseñarles cómo habían de conducirse con los dioses y los hombres; qué oración habían de hacer á aquéllos que les fuese aceptable; y en el entretanto abstenerse hasta de ofrecerles plegarias y sacrificios, temiendo presentarles votos impíos. ¡Triste ignorancia, no saber el hombre cómo dirigirse al autor de su existencia, al árbitro de su destino, al Sér con quien tiene eternas y más íntimas relaciones! ¡Triste ignorancia, repito; pero al mismo tiempo insigne confesión, digna del "padre de la filosofía!" Y nótese que no basta mostrar la luz de la verdad al hombre, sino que además es necesario luego resguardarla y ponerla á cubierto de los esfuerzos de su inquieta sabiduría. Porque es cosa prodigiosa cuántos recursos tiene el entendimiento para reducirlo todo á disputa, y volver cuestionable aun lo más averiguado. Es una potencia desatentada y estragosa, que si se la deja suelta y sin gobierno, después de arrasarlo todo, acaba por intentar destruirse á sí misma; pues el término final á donde siempre llega, es al escepticismo teórico, es decir, al suicidio de la inteligencia. Testigo la historia de la filosofía en Grecia, en Roma, en Francia corriendo el siglo pasado, hoy en Alemania y donde quiera que ha cundido el racionalismo." ("Discurso sobre la Constitución de la Iglesia," págs. 11, 12 y 13).

En cuanto al galicanismo del Sr. Couto, muy moderado y discreto por cierto, lo disculpa la autoridad de Bossuet.

Y de paso advertiremos que una de las cosas que demuestran mejor ciertas verdades de la Iglesia, consiste en la circunstancia de ser en ella populares siglos y siglos, hasta llegar á obtener la suprema definición dogmática, contra el juicio de sabios verdaderamente insignes, cuya opinión, fuera de esas verdades, todo lo ha avasallado. Si la Inmaculada Concepción de María no hubier sido una verdad católica; su creencia no habría sido ahogada por la poderosa voz del gran San Bernardo, uno de los hombres que más han influido en la Iglesia y en su siglo? Si la infabilidad pontificia

no fuese consecuencia natural y lógica de la constitución de la Iglesia y del primado de San Pedro, ¿habría llegado á la definición dogmática contra la opinión de Bossuet, nuevo Crisóstomo, nuevo San Agustín, insigne como el mayor de los Padres?

(3) La idea la expuse en otro lugar del modo siguiente:

"Dios me libre, señores, de sostener en principios el dogma liberal de la independencia entre la Iglesia y el Estado. Esa teoría condenada por el "Syllabus," repugna también á la sana razón, y aun un positivista sincero que sepa buscar hechos, los examine y los aprecie, se reirá de la falta de sentido práctico de esos sociólogos candorosos que quieren que dos entidades poderosas, motores ambas de los más importantes elementos sociales, relacionadas estrechamente entre sí por su propia naturaleza y por sus correspondientes fines, se encuentren frente á frente, sin mirarse, sin oirse, siendo la una respecto de la otra, para usar una expresión de Lacordaire, "como máscaras que se cruzan por la noche."

"Pero entre las regalías ejercidas por los Borbones, verbigratia, y la fórmula de la Iglesia libre en estado libre, opto por ésta. Si no es posible la armonía efectiva entre ambos poderes, la concordia fraternal y sincera, prefiero la independencia absoluta, aunque irracional y anti-científica, á un concordato conforme al cual puede proponer obispos el voiteriano Aranda ó el favorito Godoy!" (Discurso acerca de la autoridad episcopal," 15 de Diciembre de 1900).

(4) Noticia que precede á las obras del Sr. Couto, publicadas por el Lic. Don Victoriano Agüeros, pág. XIX.

(5) El Sr. Pesado nació en Puebla en 1801 y murió en México en 1860. "Entre sus obras en prosa de esta última época, merece especialísima mención la "Biografía de Iturbide" y la brillante serie de escritos en que trazó de mano maestra en el periódico religioso y literario "La Cruz," los dogmas y la moral del catolicismo, y planteó y resolvió algunos de ellos; los problemas que agitaban á nuestra sociedad y cuya solución opuesta la revelación vino poco después á erigir en base de la política hasta hoy dominante." (Roa Bárcena, "Noticias Biográficas." México, 1885).

Menéndez y Pelayo en su libro "Horacio en España," dice también de Don José Joaquín Pesado:

"Pesado, que no sólo fué poeta elegantísimo y clásico, sino apologista católico de orden muy elevado, bien merecía una edición completa y esmerada de sus obras en prosa y verso,

tan interesantes y dignas de leerse en España como en México... Aunque parezca increíble, Pesado no figura en "La Lira Mexicana," impresa en Madrid, 1879, y ordenada por Don Juan de Dios Peza. Lo cual no obsta para que la Europa culta ponga á Pesado al frente de todos los poetas mexicanos."

(6) El Sr. Don Joaquín García Icazbalceta nació en México en 1825 y murió en la misma ciudad en 1894.

(7) Don Ignacio Aguilar y Marocho nació en Morelia, entonces Valladolid, en 1813 y murió en México en 1885, si la memoria no me es infiel.

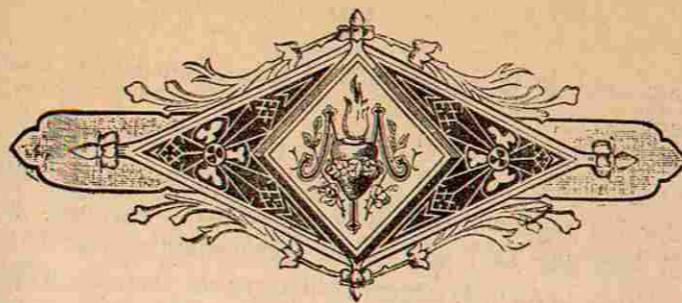
(8) El Lic. Don Miguel Martínez nació también en Michoacán, (Tuxpán), el 29 de Septiembre de 1821 y murió en México el 11 de Junio de 1885.

(9) Nació en Puebla en 1821 y murió en México, en 28 de Febrero de 1883.

(10) El Sr. Lic. Sánchez Gavito (padre) en el famoso pleito Amor-Escandón. Alegato de 1ª. Instancia, págs. 346, 347, 348 y 349.

(11) Hemos visto confirmada esta opinión en Hettinger, "Timoteo," pág. 12.

(12) Divina Comedia, Inf. c. III, v. 50.



XVI

MILAGROS.—MISIONES.—MARTIRIOS

(1) "Segundo Nocturno del Oficio de Nuestra Señora de Lourdes," autorizado por León XIII; lección IV.

(2) La historia de Nuestra Señora de Lourdes por Enrique Laserre es la mejor que de ese gran acontecimiento se ha escrito, y entendemos que ningún otro libro en el siglo XIX ha tenido mayor número de ediciones. Ernesto Hello ha hecho de la historia de Laserre un juicio admirable. ("Le Siécle").

(3) No hay hecho histórico mejor comprobado que éste. Antes de las apariciones no había en la gruta manantial alguno y cualquiera se convencerá de ello leyendo á Laserre. Los mismos periódicos libre-pensadores que entonces se publicaban en Lourdes, así lo aseguraban.

(4) "El 25 de Febrero de 1858 Bernadette durante un éxtasis, por orden de la Inmaculada, como la niña lo manifestó después, se acercó á un ángulo de la gruta, cavó con las manos en el seco polvo y poco después apareció el agua en hilo muy ténue al principio, y después hasta tornarse en arroyuelo que corre al Gave." (Laserre, "Historia, pág. 113 á 153).

La fuente maravillosa abierta en presencia de innumerables espectadores no contiene propiedades terapéuticas nin-

gunas, como lo ha demostrado el más concienzudo análisis. Leserre, 321.

(5) El niño Justino Bounhorts. (Leserre, 181).

(6) Citaremos el caso del abate Guilmin. Segur, vol. 1. Traducción española, edición de Barcelona, 1893, pág. 301).

(7) Más que eso: hay médicos protestantes que han reconocido la verdad de algunos milagros de Lourdes (Doctor Boissarie, "Historia Médica, pág. 200) y algunos incrédulos como el Dr. Bernheim, de Money se ven obligados á reconocer que las Observaciones de la Oficina de Demostraciones (Baureau de constatations) de Lourdes, han sido hechas con sinceridad por hombres respetables. (Boissarie, pág. 204 de la obra citada).

(8) Boissarie, "Lourdes, historia Médica, pág. 128.

(9) Monseñor Ricard, "La Verdadera Bernardette de Lourdes," cartas á Zola, pág. 138.

(10) Dr. Boissarie, "Historia Médica," pág. 128.

(11) El mismo autor y obra, págs. 85 á 90. El Dr. Voisin no fué por la respuesta á Roma, pues Mr. Artus en un folleto admirable, por la lógica, decía á Voisin: "He depositado diez mil francos en casa de Mr. Turguet, mi notario, ofreciendo probar: I, que Bernardette, la vidente de Lourdes, no está ni ha estado jamás encerrada en el convento de las Ursulinas de Nevers: II que Melania, que ha desempeñado el principal papel en el milagro de la Zaleta, no está ni ha estado jamás en las salas de nuestro hospital (supongo que el "buen" Doctor habría afirmado esto último.) mo.").

Voisin tuvo buen cuidado de permanecer mudo. (Boissarie, pág. 90 de la obra citada.)

(12) Léase la descripción de la hermosísima muerte de Bernadette en Monseñor Ricard. (Cartas á Zola, págs. 239 á 257).

Léase en ese mismo libro la oración fúnebre de la vidente por el Arzobispo de Nevers, Monseñor Lelong; pieza que se recomienda por el sentimiento profundo y delicado que la informa.

(13) Monseñor de Segur ha escrito un libro que ya citamos arriba en que refiere "ciento cincuenta milagros" indiscutibles, de la Virgen de Lourdes, algunos acaecidos en los lugares que mencionamos.

(14) P. Forbes. "L'Eglise Catholique au XIX siecle." Conferencias dadas en París en San Felipe du Roule. Es un libro

nutrido de preciosos detalles y que tendremos el gusto de citar con frecuencia.

(15) En el Congreso de Religiones de Chicago (1892) un sacerdote indio proclamaba la superioridad del misionero católico sobre el protestante, lo que por otra parte nadie pone en duda.

(16) Forbes, obra citada, págs. 12 y 13.

(17) Id., Id., Id., 18.

(18) Du Lac, "Jesuites," pág. 315.

(19) Id., Id., Id., Id.

(20) Forbes, obra citada, pág. 24.—Hermosísima es esta institución de la monja misionera, desconocida á principios del siglo pasado, que revela claramente la prodigiosa vitalidad del catolicismo, y constituye la esperanza de la nación francesa.

(21) El P. Du Lac habla de 6,500 misioneros y Louvet de 13,000; pero esas diferencias están explicadas en la nota del libro de Forbes (el ya citado) pág. 24.

(22) Du Lac, obra citada, pág. 332.

(23) En el Japón las persecuciones á los cristianos en el siglo XVI llegaron á ser tales, que se creyeron éstos completamente extinguidos, cuando se iniciaron las nuevas misiones; pero ¡qué feliz error! Como dice el texto, el cristianismo se había conservado ocultamente en algunas almas santas que lo transmitieron fielmente á la posteridad. Por las oraciones de esos justos, el Japón se convertirá.

El trozo inserto en el texto está tomado de Baunard, "Un Siecle de l'Eglise de France."

(24) Baunard.

(25) Menéndez y Pelayo. "Historia de los heterodoxos españoles," vol. 3, págs. 589 y 590.

(26) Ozanam y sus amigos creyeron que la presencia del Arzobispo calmaría el furor de las turbas; lo excitaron á presentarse efectivamente, y por todas partes se le recibía con cariño y respeto, cuando de una ventana se le disparó un tiro que lo mató en el acto. El gran Prelado, cuando se dirigía á las barricadas para proponer á los insurrectos el perdón, iba meditando en estas palabras evangélicas: "el buen pastor da su vida por sus ovejas." Se había confesado al salir

de su Palacio, presintiendo su fin, y al caer, dijo tranquilamente: "que mi sangre sea la última que se derrame." Su oración fué escuchada.—Kathleen O'Meara, "Vida de Federico Ozanam," p. 224.

(27) "L'Apathie des gens de bien," art. de Monseñor Darboy, publicado 29 años antes de su martirio, profetizando éste, como se ve. "Semaine du Clergé," vol. 13, pág. 184.

(28) El célebre escritor Pierre Loti en un artículo relativo á un viaje á Indo-China, refiere un hecho que expresa bien la situación precaria del pobre misionero entre infieles.

(29) Baunard, "Un Siecle de l'Eglise de France," pág. 418.

(30) Baunard, (página 413 de la obra citada) después de referir la reorganización que se dió en Lyon en 1832 á la obra de la Propagación de la fe, que de francesa se convirtió en universal, cita las siguientes palabras de Ozanam: "No era, pues, ya el tesoro de los príncipes ni el oro de los poderosos, sino el óbolo de todos, el céntimo del pobre, lo que iba á sostener y fomentar la evangelización de los países lejanos, cuyos nombres ignoraban sus mismos protectores, habría de suceder que la obra propagadora, echando raíces hasta en las entrañas de la sociedad cristiana, diera frutos más abundantes que los producidos en otros tiempos por la munificencia de los Reyes."

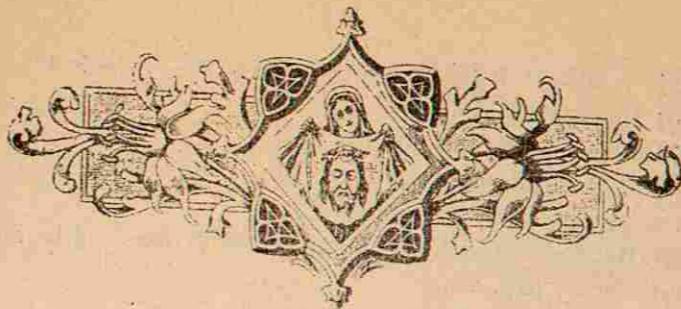
"Totalmente, desde su origen—agrega Baunard—los Consejos centrales de Lyon y de París han recogido para las misiones, 304.421,505 francos, de los cuales Francia sola ha proporcionado 204.421,505." (La misma obra, pág. 413.)

(31) "Otra obra en favor de los misioneros, la de la "Santa Infancia," nació en el gran corazón de Monseñor Forbin-Janson en 1838. Su fin es el rescate, el bautismo y la educación de los niños chinos, abandonados por sus padres, y constituye especialmente el apostolado de los niños cristianos respecto de los niños infieles, en nombre y por amor del niño Jesús. Tal es su definición. Los niños cristianos han respondido al llamamiento. Los ingresos de 1898 á 1899 fueron 3.615,845 francos, de los cuales 1.092,409 salieron de Francia." (Baunard, "Un siecle de L'Eglise de France," pág. 414.)

(32) P. Bellanger S. J. "Les Meconnus," pág. 266.

(33) Du Lac. "Jesuites," págs. 314 á 342.

(34) "Les Conférences, 3 me année," pág. 56. Paris. (Maison de la Bonne Presse. Rue Boyard, 5).



XVII

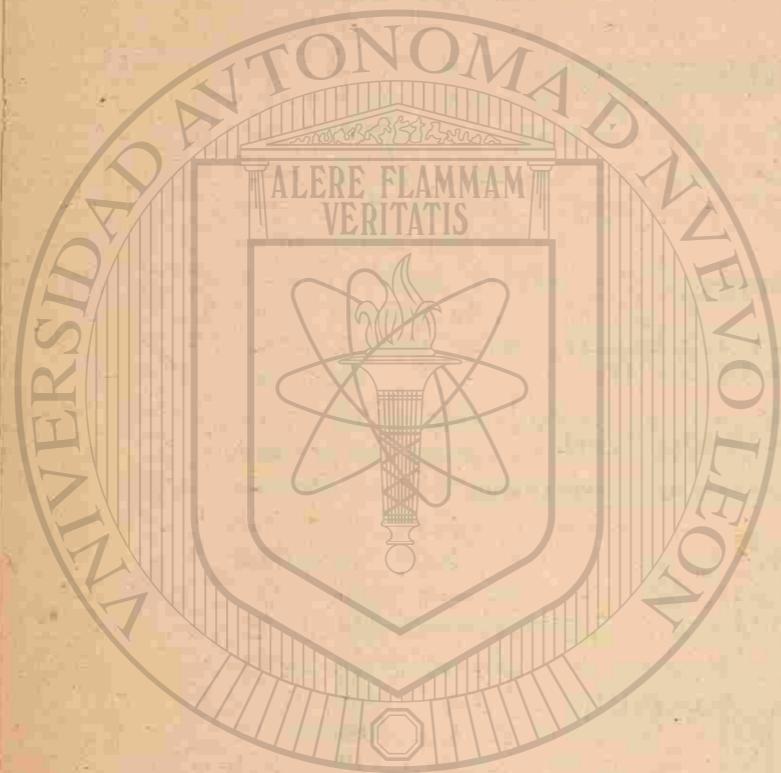
RESUMEN Y CONCLUSION

- (1) "L'Univers" de 11 de Diciembre de 1854.
- (2) Aquí recordamos un hermoso y profundo pensamiento de Madame Swetchine, que nos apresuramos á insertar, por lo oportuno, y para que nuestros lectores tengan una muestra del talento de esa mujer insigne: "Dios entrega al hombre la primera materia: ha criado el mundo y se lo ha dado para que lo termine. Nada empieza el hombre; pero todo lo desarrolla y continúa: se le concedió la palabra y ha inventado la escritura: el océano al salir de las manos de Dios, separaba los continentes, y el hombre ha hecho que el océano no sea sino el más ancho de los caminos: recibió la tierra inculta y á veces ingrata, y él la ha desmontado y la fecundiza, y ha plantado el ingerto. En el orden de la eterna salvación, los sufrimientos de los fieles terminan, y completan la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. ("La Vejez y la Resignación," pág. 111. Edición castellana de México, 1893).
- (3) "De Madrid á Nápoles," por D. Pedro A. de Alarcón, vol. 2, pág. 123.
- (4) "Creo,—le decía una vez Pasteur (era de Bretaña) á un colega suyo del Instituto,—como un campesino bretón." "Y si fuérais más sabio de lo que sois, ¿creeríais también?"—preguntóle su interlocutor." Entonces—contestó el grande hombre—creería COMO UNA CAMPESINA BRETONA."

- (5) "Civiltá Cattolica," año de 1854, vol. 8, pág. 495.
 (6) Id., Id., Id., Id., 499.
 (7) Id., Id., Id., Id., 491.
 (8) "Les Conférences (Maison de la Revue Presse)" año III, p. 21.
 (9) Bainvel. Art. "Le Dogme et la pensée catholique." ("Un Siecle" pág. 814.)
 (10) El mismo artículo, pág. 813.
 (11) Id., Id., 812.
 (12) Heine. "Alemania," pág. 39.
 (13) Baunard, "Un siecle de l'Eglise de France," pág. 439.
 Léase también lo que acerca de la abnegación de los misioneros en la leprosería d'Harror, dicen "Les Conférences," arriba citadas, pág. 177.
 (14) P. Forbes, "L'Eglise Catholique au XIX siecle," pág. 5.
 (15) Baunard, obra citada, pág. 500.
 (16) Alamán. "Historia de México." vol. 1, págs. 64, 65 y 66.
 (17) En los últimos setenta años, más de 600,000 conversiones se han operado en el clero anglicano y en la parte más ilustrada de la nación. (Forbes, obra citada, pág. 144.) El número de conversiones anuales es de cinco á siete mil en Inglaterra y Escocia (Forbes, pág. 28.)
 (18) Véase en el libro citado del P. Forbes, págs. 171 y 172, un soberbio trozo de Newman acerca de los Padres de la Iglesia. Por lo que toca al incremento del catolicismo en Alemania, véase el mismo Forbes, pág. 29, y por lo que hace á la apologética y á las conversiones, véase la preciosa introducción de Mr. Audin á la traducción francesa que hizo de la insigne obra de Hoeninghaus, "La Reforma contra la Reforma," París, 1859. Por desgracia, no hemos podido adquirir aún la obra de Goyau acerca de la Alemania Católica en los últimos años del siglo XIX.
 (19) Forbes, obra citada, pág. 27. Para que se tenga una idea cabal del desarrollo del catolicismo en los Estados Unidos, y de las esperanzas que ese movimiento promete, léase el precioso artículo de Brunetiere. (Revue des Deux Mondes, vol. 150, pág. 140.)
 (20) Forbes, la misma obra, pág. 42.
 (21) Bossuet, segundo sermón acerca de la Inmaculada.

INDICE GENERAL

	Páginas.
Dedicatoria.....	[a]
Advertencia.....	3
PRIMERA PARTE	
Una ley de la Historia de la Iglesia [I].....	7
Precedentes de la Declaración [II].....	17
SEGUNDA PARTE	
EL MUNDO ANTES DE LA DECLARACIÓN.	
El Positivismo [III].....	31
El Socialismo [IV].....	58
El Neo-Paganismo [V].....	65
El Divorcio [VI].....	75
El Suicidio [VII].....	85
Espiritismo ó magia antigua [VIII].....	97
La niñez, etc., etc. [IX].....	105
Pío IX y el dogma [X].....	119
TERCERA PARTE	
EFECTOS DE LA DECLARACIÓN.	
La Infalibilidad [XI].....	127
Una palabra acerca de la Escolástica [XII].....	137
Filosofía de Santo Tomás [XIII].....	151
Los auxiliares de la Iglesia [XIV].....	165
Los auxiliares de la fe en México [XV].....	183
Milagros, Misiones, Martirios [XVI].....	199
Resumen y conclusión [XVII].....	217
Notas.....	235



FE DE ERRATAS

— : :) (: : —

Pág.	Lin.	Dice.	Debe decir.
5	7	Octubre	Septiembre
10	25	<i>auris</i>	<i>auri</i>
10	30	la de mostrar	investigar
11	14	esperando	escuchando
13	16	de su alabanza	es su alabanza
14	11	violencia	viveza
14	21	insensiblemente	insensiblemente
15	14	absorvieron	absorbieron
33	21	neurosis mental	de neurosis mental
37	31	enrevesado	revesado
45	18	enrevesadas	revesadas
45	18	obstrusas	abstrusas
42	6	¡No, es el	¿no es el
51	11	le echa	lo echa
57	6	anunciada	anunciada
67	16	Sañoletto	Sadoletto
68	1	<i>Paganismo</i>	<i>Paganisme</i>
70	31	asuzando	azuzando
72	12	la ciencia	la licencia
72	28	modificado	momificado
78	39	sobrepasando	sabrepasan
79	22	síntoma	de síntoma
90	21	absorve	absorbe
103	7	baladís	baladíes
111	6	¿No significará	¿no significará
112	15	mureñas	murenas
116	26	presentado la cara	desenmascarando el rostro
122	24	lleno el corazón, de Dios...	lleno de Dios el corazón.
140	25	vasto	basto
142	15	la no filosofía	la filosofía, no
147	37	<i>inmobilit</i>	<i>immobili</i>
153	7	enrevesada	revesada
156	23	cambian	combinan
159	14	explica	aplica
159	15	el que	al que
159	22	semeja	asemeja
208	13	pronunciado	producido
277	4	balloux	Falloux

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

